Danielle Steel

Un baile en Versalles



PLAZA JANÉS

Danielle STEEL

Un baile en Versalles

Traducción de
Jesús de la Torre Olid

PLAZA JANÉS

A mis especiales hijos:
Beatrix, Trevor, Todd, Nick, Samantha,
Victoria, Vanessa, Maxx y Zara.
Que haya siempre magia en vuestras vidas,
personas que os quieran y a las que queráis.
Si actuáis como es debido, de buen corazón,
la magia vendrá.
Que seáis siempre dichosos.
Os quiero con todo mi corazón

MAMÁ / D. S.

Queridos amigos:

El baile de Versalles fue una velada muy especial de 1958 en la que se celebró el primer baile de puesta de largo en el palacio de Versalles de París. Varias jovencitas procedentes de familias importantes y nobles fueron presentadas en sociedad. En aquel primer baile rutilante, algo más de treinta jóvenes estadounidenses fueron invitadas a que se unieran a ellas, todas ataviadas con preciosos vestidos de gala blancos. Fue una noche de cuento y también estuvo cargada con toda la tensión que aquellas chicas de dieciocho años y sus compañeros varones pudieron sentir. Estoy segura de que fue un evento inolvidable y absolutamente fabuloso.

Los bailes de debutantes son antiquísimos y han existido durante varios siglos. En el siglo xx, sin ir más lejos, su objetivo entre la alta sociedad inglesa era que las jóvenes encontraran marido. Los hombres jóvenes las cortejaban durante la breve temporada social y se esperaba que aquellas muchachas acabaran prometidas cuando esta terminaba, para casarse poco después. Contraían matrimonio pese a que apenas se conocían y confiaban el resultado a la suerte. ¡Y a menudo, pertenecer al mismo «estatus» social no era suficiente!

En la actualidad sigue habiendo bailes de debutantes que son un tributo a la tradición. Su objetivo ya no es buscar marido, sino sencillamente marcar el momento de llegada de las jóvenes a la vida

adulta, se trata de un ritual de iniciación al cumplir los dieciocho años; se celebra su entrada en el mundo de los adultos. Todavía se engalanan con un precioso vestido blanco y disfrutan de una velada que siempre recordarán. Incluso hoy en día, sigue siendo una noche de cuento.

Espero que os guste la historia mientras regresamos a aquella primera noche tan especial de 1958, en el palacio de Versalles, donde se crearon muchos recuerdos.

Con cariño,

DANIELLE

UN BAILE EN VERSALLES

1

Jane Fairbanks Alexander vio el sobre de color crema en la bandeja de plata de la mesa del vestíbulo, donde lo había dejado la asistenta de media jornada que venía tres veces por semana. Gloria era irlandesa y había trabajado a diario para ellas cuando Amelia, la hija de Jane, iba todavía al colegio, pero ahora que estaba en la universidad, Jane no necesitaba a Gloria con la misma frecuencia y esta se había buscado otro trabajo de media jornada los dos días restantes de la semana. Se encargaba de comprar en la tienda de comestibles aquello que sabía que le gustaba a Jane, hacía la colada y limpiaba el apartamento. Por su parte, ahora Amelia solo se pasaba por casa algún que otro fin de semana. Era su primer año en Barnard. El apartamento parecía curiosamente silencioso sin ella. Era pequeño, pulcro y elegante, tenía dos dormitorios y estaba en un edificio de Manhattan de antes de la guerra situado en la Quinta Avenida con la calle Setenta y seis, con un portero que hacía que Jane se sintiera segura. Los días que iba Gloria, a Jane le gustaba volver a su apartamento limpio y ordenado con su ropa bien doblada sobre la cama. Tener una casa ordenada suponía una pequeña compensación frente al hecho de que Amelia ya no estaba allí, sino en su residencia de la zona norte de la ciudad. Barnard era la versión femenina de la Universidad de Columbia.

Amelia estaba disfrutando de su primer año de universidad. Estudiaba Literatura inglesa, lo cual tenía sentido, pues Jane era la segunda de a bordo de una prestigiosa editorial de la ciudad. El padre de Amelia también había trabajado en el mundo editorial y Amelia tenía unos objetivos claros. Quería ir a la facultad de Derecho cuando se graduara en Barnard y esperaba entrar en Columbia, que se enorgullecía de contar con una de las primeras facultades de Derecho que aceptó a mujeres. Durante los últimos nueve años, Jane había criado sola a Amelia. Alfred, el padre de esta, murió cuando la pequeña tenía nueve años. Apenas había llegado a conocerlo. Su madre, no obstante, logró conocerlo a fondo y tenía bonitos recuerdos de él anteriores a la guerra, cuando era todavía una persona completa, antes de que se marchara a la contienda y todo cambiara.

Jane lo había conocido cuando estudiaba su tercer año en Vassar. Él estaba estudiando un máster de Inglés en Yale. Desde que se encontraron en una fiesta de puesta de largo en Nueva York, él la cortejó durante un año y medio y había estado viajando desde New Haven a Poughkeepsie para verla siempre que podía. Se comprometieron durante el último año de universidad de ella y se casaron nada más licenciarse en 1939. Alfred tenía entonces veinticuatro años y Jane veintidós. Él tenía un trabajo de principiante en la editorial G. P. Putnam y le aguardaba un futuro prometedor. Había empezado como asistente editorial y enseguida fue ascendido a editor júnior. Le encantaba su trabajo y estaba deseando convertirse algún día en editor jefe o incluso director editorial.

Jane consiguió un trabajo recién salida de la universidad en la revista *Life* como correctora asistente. Sus intereses habían sido

siempre muy similares y a los dos les encantaban sus trabajos en el mundo editorial. A Alfred le asignaban los libros más literarios y los manuscritos con los que trabajaba eran más elevados que la labor que Jane desempeñaba en *Life*. Pero el trabajo de ella era animado, divertido y le parecía emocionante. Se quedó embarazada tres meses después de que se casaran y tuvo un embarazo fácil. Estuvo en la revista un año hasta que dio a luz a Amelia en el verano de 1940 y, después de eso, nunca volvió a trabajar. Era feliz quedándose en casa con su hija recién nacida y cuidando de sí misma, y el trabajo de Alfred, junto con el dinero que había heredado, les proporcionaba una vida muy placentera. Él no esperaba que ella se reincorporara al mundo laboral.

Alfred no tenía mucho dinero, pero sus abuelos le habían dejado un legado considerable que les aseguró algunos lujos además de bienes de primera necesidad. Y más tarde, cuando murieron los padres de él, el padre por un cáncer y la madre por un derrame cerebral, le dejaron también un poco más de dinero. Tuvo que seguir trabajando, pero Jane y él no dependían de su empleo y resultaba reconfortante saber que tenían unos pequeños ahorros en el banco, una inversión segura y cautelosa.

Los antecedentes de los dos eran muy parecidos. El padre de Jane fue presidente de un banco de Nueva York y su madre procedía de una distinguida familia de Boston. También venía de una familia «de dinero de toda la vida». Los padres de Jane venían de familias que habían gozado antes de una situación más cómoda que la que tenían ahora. Habían perdido la mayor parte de su fortuna durante la Gran Depresión de 1929, pero aun así quedó suficiente para facilitarles a sus descendientes una vida cómoda y asegurada. La

familia de Alfred formaba parte de la Vieja Guardia de Nueva York. Tenía varios primos con más dinero que él, pero su apellido se hallaba entre los más conocidos de la alta sociedad neoyorquina. No era en absoluto el más rico de todos ellos, pero tenía bastante como para mantener a su mujer y a su hija sin necesidad de que Jane trabajara. El padre de Alfred fue un banquero de inversiones de Wall Street y, al igual que la madre de Jane, la de Alfred no había trabajado jamás.

Las dos parejas de padres se conocían. El padre de Alfred y el de Jane pertenecían al mismo club, donde se reunían a menudo después del trabajo, y las madres de los dos realizaban labores de voluntariado un día a la semana como Damas Grises de la Cruz Roja. Era una actividad de la que disfrutaban. Les gustaba compartir nieta una vez que nació Amelia y, a veces, la llevaban juntas al parque a ver los animales del zoo o a montar en el tiovivo. Jane y Alfred eran hijos únicos, así que la llegada de Amelia se recibió con asombro y deleite en ambas parejas de abuelos.

Las vidas de Jane y Alfred transcurrieron sobre ruedas desde el momento en que se casaron y durante dos años y medio, hasta que Amelia cumplió los dieciocho meses. Por la noche, hablaban del trabajo de Alfred, de su evolución y sus últimos ascensos y sobre los manuscritos que le asignaban. Pero cuando atacaron Pearl Harbor, Alfred se alistó unos días después. A los pocos meses, lo movilizaron, primero a Inglaterra y, desde allí, a Italia. Jane y él mantuvieron una fiel correspondencia, pero una vez que él llegó a Italia ella notó que su tono había cambiado. Parecía desanimado y alternaba entre el miedo y la rabia, y no era capaz de contarle a Jane lo que había visto, por lo que ella no podía más que imaginar lo

dura que debía de estar siendo la guerra para él. Los padres de los dos murieron durante el primer año que estuvo fuera, lo cual también le afectó profundamente. Pasaron largos periodos en los que ella no tuvo noticia alguna de su marido, dependiendo de dónde se encontrara y si había servicio postal. Y luego aparecía de nuevo. Después de lo que Alfred había visto en Italia durante unos meses, ella notó el temblor en su forma de escribir. Las cartas ya no parecían propias de él y, cuando regresó de la guerra en el verano de 1945, Jane pudo ver el motivo. Era un hombre cambiado. Amelia tenía cinco años, no lo recordaba y lloraba cada vez que lo veía o que él trataba de cogerla en brazos, lo cual hacía que se echara a llorar o que saliera hecho una furia de la habitación y cerrara la puerta con un portazo.

Los médicos dijeron que sufría síndrome de estrés postraumático y de combate y que se curaría con el tiempo, pero eso nunca ocurrió. Tenía treinta años y la muerte de sus padres en un plazo relativamente corto después de su marcha había acentuado su trauma. Cuando volvió, dejó de ver a sus antiguos amigos y de ir al club. Su puesto en la editorial lo había ocupado una mujer que estaba realizando un trabajo magnífico por un sueldo menor del que le habían pagado a él. Era una viuda de guerra y no querían causarle malestar y prescindir de ella. El mercado laboral estaba inundado de hombres jóvenes y sanos que buscaban trabajo y a Alfred lo rechazaron en todos los puestos que solicitó. Estaba claro que aún no estaba recuperado. O montaba en cólera por algo que le pidieran o, como sucedió en una entrevista, se echaba a llorar cuando le preguntaban por su experiencia en la guerra. Al final dejó de ir a entrevistas para quedarse sentado en casa, dándole vueltas a la

cabeza y bebiendo todo el día mientras que su mujer se esforzaba por encontrar la forma de animarlo. Sentía preferencia por la ginebra, pero se bebía cualquier cosa que tuviera a mano. Jane se deshacía de las botellas cuando las encontraba donde él las hubiese escondido, pero su marido siempre tenía más ocultas en algún otro rincón. Sin trabajo y bebiendo sin parar, y con Jane también sin trabajo, Alfred acabó rápidamente con buena parte del dinero que sus padres y sus abuelos le habían dejado. Jugaba a veces en un club de póquer privado, donde bebía mucho, y se quedaba sentado en una silla todo el día en medio de una neblina, sumido en sus pensamientos, con la mirada perdida. Por la noche solía dormirse con la radio encendida. Su regreso no se parecía en nada a como su esposa lo había imaginado, dos almas gemelas que volvían a estar juntas y retomaban su vida por donde la habían dejado. Alfred nunca halló el modo de volver a ese lugar. Estaba perdido y jamás se volvería a encontrar.

A los treinta y cuatro años, cuatro después de su regreso de la guerra, iba con el coche a Connecticut a visitar a un amigo de su época en el ejército —del que Jane jamás había oído hablar—, se salió por un barranco con el coche y se mató. No dejó ninguna nota, así que ella no podía estar plenamente segura de si había sido un suicidio o un accidente porque fuera bebido. Sospechaba que sería lo primero, pero cómo demostrarlo. Había pasado cuatro años con una profunda depresión, con sudores nocturnos y pesadillas casi cada noche y se había negado a recibir tratamiento. Insistía en que estaba bien, pero los dos sabían que no era verdad.

Jane se vio siendo una viuda desconsolada de treinta y dos años. Sus padres ya habían muerto, por lo que no contaba con nadie a

quien acudir en busca de ayuda cuando descubrió que Alfred se había gastado casi todo su dinero y no tenía ningún seguro de vida. De manera que ingresó lo que le quedaba en una cuenta de inversión junto con los subsidios del ejército para los estudios de Amelia y las emergencias que pudieran surgir. Por suerte, Alfred había comprado el apartamento con la herencia de sus abuelos antes de la guerra, así que Amelia y ella tenían un techo propio sobre sus cabezas, pero poco más.

Amelia tenía nueve años cuando murió su padre y asistía a la Escuela Chapin, un centro privado para niñas de la zona este de la ciudad. Jane también había asistido a Chapin y Amelia nunca sospechó del terror de su madre cuando descubrió la situación en la que las había dejado Alfred. Apenas tenían suficiente para vivir con lo poco que les quedaba. Jane trató de buscar otro trabajo en una revista pero no lo consiguió. Llevaba casi una década sin trabajar y solo tenía un año de experiencia previa.

Por fin encontró un trabajo de editora júnior en una conocida editorial, algo parecido al primer trabajo de Alfred cuando se casó con él. Descubrió que tenía talento para la edición y a los autores jóvenes les gustaba trabajar con ella, como a ella estimularlos. Aparte de eso, tenía buen ojo para los manuscritos que les enviaban y que ella estaba segura de que serían éxitos comerciales y, a menudo, resultó que no le faltaba razón. Poseía una asombrosa facilidad para encontrar la proverbial aguja en el pajar y descubrió a autores desconocidos cuyas novelas se convirtieron en éxitos de ventas. Rápidamente fue escalando puestos en la editorial para la que trabajaba, Axerold y Baker. Phillip Parker, su jefe, estaba impresionado con sus capacidades y fue premiándola con ascensos y

aumentos de sueldo. Jane aprendió a llevar una vida austera y a cubrir todas las necesidades de Amelia. En menos de seis años se convirtió en editora adjunta y, como su jefe estaba a punto de jubilarse, fijó sus objetivos en ese puesto y él le dio de vez en cuando alguna pista de que casi con toda seguridad lo conseguiría. De hecho, Jane había estado haciendo buena parte del trabajo de él durante los últimos tres años. Phillip tenía una salud delicada y le decía que sería cuestión de tiempo que ella ocupara su cargo de director editorial. Jane se esforzó mucho para ser merecedora de ello y se llevaba trabajo a casa por las noches. Estaba haciendo el trabajo de dos personas, el de él y el suyo propio.

Se sentía orgullosa de su labor y le encantaba el contacto con los autores. Conocía a muchos de ellos en persona, se empeñaba en conocer a los nuevos y siguió promocionando a jóvenes escritores. Era un trabajo satisfactorio y ganaba un salario decente. Había tenido varias ofertas de agencias literarias para convertirse en agente, lo cual podría haber sido más lucrativo, pero se mantuvo fiel a la editorial que confió en ella y donde le pagaban bien. Logró permitirse todas las cosas que habría conseguido Alfred si no se hubiese gastado la mayor parte de su dinero antes de morir por culpa del alcohol. La autopsia había demostrado que iba borracho cuando cayó por el barranco. Ella estuvo furiosa con él durante mucho tiempo después, pero, por fin, había conseguido hacer las paces con su marido. La muerte de Alfred fue culpa de la guerra, no de él.

Ni Alfred ni Jane se habían criado con grandes lujos. Las fortunas de sus familias habían mermado, igual que las de muchas familias aristocráticas después de la Gran Depresión. Pero ambas familias

seguían teniendo una situación cómoda antes de la guerra y habían podido criar bien a sus hijos. Jane y Alfred procedían de linajes de sangre azul y habían estudiado en las mejores escuelas y universidades, conocían a las personas adecuadas y vivían en los márgenes de la alta sociedad neoyorquina, entre personas de su misma clase. Nunca habían pasado penurias en su niñez y Jane estaba decidida a procurar que a su hija no le faltara de nada. La había enviado también a una de las mejores escuelas privadas de la ciudad y lucía vestidos bonitos cuando asistía a las fiestas de cumpleaños. Las invitaban a las casas más elegantes, y a Amelia, a las mejores fiestas. Jane era miembro del Colony Club, una de las asociaciones de mujeres más exclusivas de Nueva York. Y se aseguraba de que las niñas que conocía Amelia y con las que entablaba amistad fueran de las familias «adecuadas». La lista de la alta sociedad de Nueva York era la biblia de Jane y se aseguró de que las personas con las que se codeaban pertenecieran a ella. Por sus antecedentes, las personas que no la conocían bien la tomaban por una esnob, pero no lo era. Se mostraba amable con todos en el trabajo, pero en lo que a Amelia respectaba, quería que tuviera las mejores oportunidades y trató de asegurarse de que crecía entre el mismo tipo de gente con el que se habían criado sus padres. Jane no se desvió de ese mundo seguro y tan familiar y tampoco permitió que Amelia lo hiciera. Cuando llegara el momento, quería que Amelia se casara con alguien de ese mundo.

Proporcionar a Amelia lo mejor de todo había supuesto para Jane un enorme esfuerzo. Su existencia desde la muerte de Alfred había sido una batalla a vida o muerte para llegar a fin de mes y no quería que Amelia pasara nunca por eso cuando fuera adulta.

Amelia jamás supo cuántas veces Jane se privó de un abrigo, un vestido, un sombrero o unos zapatos nuevos o incluso una falda nueva para el trabajo, en beneficio de su hija. Jane era una mujer guapa y sacaba partido a lo que tenía con una bufanda vistosa o con las joyas de su madre. Siempre se ponía las perlas que heredó de esta para ir al trabajo. Se mostraba y hablaba como lo que era, una mujer guapa, femenina, distinguida y aristocrática procedente de una familia de clase alta con una educación excelente. Había pasado toda la vida acicalando a Amelia para que atrajera algún día al hombre adecuado y se casara con alguien que la cuidara, la protegiera y la mantuviera y así ahorrarse los sacrificios que había hecho su madre tras el fallecimiento de Alfred. Jane estaba dispuesta a todo por su hija.

Apenas un mes antes, en Navidad, Amelia había hecho su presentación en el Baile de Enfermería, una de las fiestas de debutantes más exclusivas de Nueva York, donde las Astor y Vanderbilt habían celebrado su puesta de largo antes que ella. Muchas de las chicas con las que Amelia fue al colegio hicieron su presentación con ella. Había llevado un precioso traje que había comprado en Bergdorf Goodman. Se trataba de un sencillo vestido de satén blanco de Pauline Trigère con una cintura marcada, que permitía que se apreciara la esbelta figura de Amelia, y una falda acampanada. Amelia era una chica preciosa, con un cuerpo perfecto, pelo rubio y largo y unos grandes ojos azules. Era una réplica más joven y casi exacta de su madre. Jane era una belleza de cuarenta y un años y parecían hermanas.

Amelia bajó de forma exquisita las escaleras con su acompañante y cuando la presentaron se inclinó bajo las espadas cruzadas de los

cadetes de West Point. Teddy van Horn, un amigo de la infancia, había sido el acompañante de Amelia. Iba muy guapo con su frac y era un año mayor que Amelia. Ella no sentía por él ningún interés sentimental. Eran simples amigos, lo que hizo que la velada fuera más fácil que si hubiese prendido entre ellos alguna llama romántica. Jane había celebrado su puesta de largo en el mismo baile veintitrés años antes. Y aun ahora, a los cuarenta y un años, recordaba lo emocionada que se había sentido. Fue un momento culmen en su vida hasta que se casó con Alfred.

El precioso vestido había supuesto un esfuerzo para el bolsillo de Jane, cosa que nunca le refirió a su hija. El dinero que quedaba de Alfred, que ella había ahorrado e invertido, sirvió para pagar la universidad. La residencia de Amelia y todo lo relacionado con ella, así como sus gastos, suponían un roto para el salario de Jane en ese momento pero, en cuanto su jefe se jubilara y ella ocupara el puesto de directora editorial que había estado esperando, su situación económica no sería tan ajustada.

Mientras tanto, Jane podría arreglárselas, igual que había hecho durante los últimos nueve años. Amelia tenía ahora dieciocho y en cuanto terminara la universidad y los estudios de Derecho dentro de siete años, Jane podría respirar aliviada. Habían llegado hasta aquí y sabía que podría aguantar siete años más vigilando su presupuesto sin que Amelia sintiera jamás ese pellizco y sin que le faltara de nada. Jane prefería morirse antes de escatimar en gastos con Amelia y hacerla consciente de los esfuerzos de su madre. Quería que Amelia consiguiera un magnífico marido para que no tuviera que preocuparse por nada. Quería que se casara por amor, por supuesto, pero era igual de fácil enamorarse de un hombre rico que de uno

pobre. Amelia se portaba bien, por lo que a Jane no le preocupaba con quién pudiera juntarse en la universidad. Siempre estaba en la biblioteca estudiando para seguir sacando buenas notas y hasta ahora le había ido bien. Jane se sentía orgullosa de ella. Su hija era una estudiante seria con valores y principios y de buen corazón. Se habría quedado destrozada si hubiese sabido de los esfuerzos de su madre para mantenerla.

Jane había llevado un sencillo vestido de noche de terciopelo negro a la puesta de largo de Amelia justo antes de Navidad. Lo descubrió en una tienda de segunda mano en la que mujeres ricas solían deshacerse de su ropa. Era de Charles James y también encontró una bonita chaqueta corta de visón de Galanos para ponérsela encima. Iba igual de elegante que todas las demás madres de la fiesta y era más guapa que la mayoría de ellas. Tanto Amelia como Jane eran mujeres hermosas y les quedaba bien cualquier cosa que se pusieran. El vestido de Amelia fue uno de los más bonitos que hubo.

Amelia se había mostrado encantada cuando la invitaron al baile y deseaba asistir. Había hablado de ello con sus amigas llenas de ilusión durante todo el instituto. Para ella no tenía un significado tan profundo como para su madre y algunas de las otras chicas, pero sabía que sería divertido. Era un ritual de paso a la edad adulta. Durante un tiempo le había fastidiado conocer el origen y los objetivos del baile en el pasado. Los bailes de debutantes se celebraban en sus comienzos para presentar en sociedad a jóvenes de buenas familias con la intención de buscarles marido. Siempre había sido así en Estados Unidos y en Europa. Pero pocas chicas se casaban ya a los dieciocho años. «Recién salidas del colegio», como

solía decirse. Muchas, o incluso la mayoría, iban ahora a la universidad y bastantes de ellas conocían allí a sus maridos, como recalcó Jane cuando Amelia se estuvo quejando brevemente de que el baile fuese algo arcaico. También le molestaba que se excluyera a cualquiera que no perteneciera al ámbito de las personas blancas de clase alta. No le parecía bien.

—Es un mercado de ganado, mamá —había refunfuñado fugazmente Amelia—. Y todo el ganado es idéntico a nosotras. ¿Qué tiene de bueno?

—No es ningún mercado de ganado. Es una velada diseñada para que te sientas como Cenicienta, y si conoces a tu príncipe azul, será maravilloso. Es un ritual para personas como nosotras, como un club, para presumir de las hijas de las que tan orgullosas nos sentimos. Y conoces a todas las chicas que van a presentarse contigo. Has ido a clase con muchas de ellas. —Las demás iban a colegios como Spence y Brearley, los colegios que rivalizaban con Chapin. Amelia terminó dejando de lado sus reservas. No podía cambiar las reglas, aunque no aprobara que todas las asistentes fueran blancas y cristianas. El año anterior se había sentido profundamente conmovida por la actitud de los nueve valientes estudiantes que habían sido los primeros en saltarse la segregación en el instituto de secundaria Central High de Little Rock, Arkansas. Había escuchado la noticia con atención y se tomó muy a pecho la situación de esos chicos.

—Mamá, no está bien que a ellos no se les incluya también.

—No, no está bien —convino Jane—, pero la historia avanza despacio. Algún día cambiará, si bien la mayoría de la gente de este

país no está preparada todavía para que eso ocurra. Algún día la integración será la norma. No todo el país ha llegado todavía a eso.

—Pues tienen que darse prisa. Nosotras no somos mejores que ellos.

—Sucederá antes de que te mueras —la tranquilizó Jane—. Probablemente cuando llegues a mi edad. Little Rock ha sido un primer paso importante en esa dirección. Pero no podemos luchar todas las batallas, solo las nuestras, y esa no es una batalla que tengamos que lidiar nosotras. —La lucha diaria de Jane era hacer todo lo que podía por su hija y poder mantenerse las dos.

—A lo mejor debería ser también nuestra lucha —había contestado Amelia con seriedad apenas un mes antes. Las injusticias de la segregación la obsesionaban desde niña. Odiaba la idea de que a algunas personas se las tratara de una forma diferente. Y no le cabía duda de que eventos como los bailes de puesta de largo excluían a muchas personas y únicamente aceptaban a unos pocos elegidos. Era un club muy exclusivo. El objetivo de esos bailes y presentaciones de muchachas casaderas no había cambiado desde hacía siglos. Era una tradición anticuada y un esfuerzo poco velado por encontrar maridos para jovencitas cuando llegaban a esa edad.

Al final, a pesar de sus reservas, Amelia lo había pasado bien, sobre todo porque muchas de sus amigas del instituto acudieron y dejó de quejarse. Se había divertido con Teddy y las muchas chicas que debutaron con ella. No lo consideró un evento trascendental que cambiaría su existencia, pero sí fue una fiesta divertida y le encantó su vestido.

Mientras Jane estaba sentada a su mesa con el grueso sobre de color crema con su nombre escrito en él con una elegante caligrafía

y un sello francés que indicaba que lo habían enviado desde París, para Amelia se abría una nueva puerta que trascendía las más profundas esperanzas que su madre tenía puestas en ella. Jane lo leyó con atención y sonrió. En presencia del presidente de Francia y del embajador Hervé Alphand, el embajador francés en Estados Unidos, junto con la duquesa de Maillé y el duque de Brissac como copresidentes del evento, doscientas cincuenta jóvenes francesas iban a ser presentadas ante la alta sociedad de París en un baile que se celebraba por vez primera en el palacio de Versalles, y la señorita Amelia Whitney Alexander aparecía en la lista de las cuarenta jóvenes estadounidenses que estaban incluidas entre las invitadas. Especificaba que las estadounidenses tenían que haber sido presentadas en sociedad en Estados Unidos en 1956 y 1957, como era el caso de Amelia, que acababa de tener su puesta de largo un mes antes, en diciembre de 1957, y que las debutantes que fueran presentadas en un momento posterior, en diciembre de 1958, podrían ser admitidas. A las jóvenes de años anteriores o posteriores no se las incluía. Y de una forma más específica, las muchachas debían tener entre diecisiete y diecinueve años. La sonrisa de Jane se hizo más evidente a medida que fue leyendo la lista del comité honorífico y el del baile, que incluía a varios Borbones, entre ellos el aspirante al trono de Francia, si allí hubiese todavía rey. En la lista aparecían varios miembros de la realeza y la señorita Mary Stuart Montague Price era la presidenta general por la parte estadounidense. Y podía darse por sentado que casi todas las integrantes de la lista de jóvenes procedían de familias aristocráticas. Las estadounidenses cuyos nombres reconoció Jane eran de las familias más distinguidas del país. No se trataba de una

lista donde se reflejara la riqueza o la fama, sino el linaje y los ancestros. Y suponía un enorme honor y todo un reconocimiento para Amelia haber sido invitada.

La mente de Jane se disparó de inmediato pensando en lo que ese evento podría costarle en cuestiones tales como billetes de avión, hotel, gastos durante la estancia en París y quizá otro vestido más ligero y veraniego que el pesado de satén que Amelia acababa de lucir en la fiesta. Pero bajo ningún concepto privaría Jane a su hija de semejante experiencia en caso de que esta quisiera asistir. Tenía la intención de hacer lo posible por convencerla si Amelia dudaba. No hablaba francés y eso podría hacer que se sintiera avergonzada. Pero era una oportunidad magnífica para cualquier chica de su edad que la presentaran en el palacio de Versalles, que antiguamente había sido la corte de Luis XIV. Sería un evento inolvidable para ella y una increíble oportunidad para que conociera a chicos jóvenes más allá de su habitual círculo de amigos. Podría casarse con un príncipe francés o un duque inglés, fantaseó Jane. Su mente se aceleró al pensar en todas las ventajosas oportunidades que podrían surgirle a Amelia a partir de aquello.

Recordaba vagamente que la joven reina Isabel había dejado de celebrar la puesta de largo en la corte de Saint James y que lo había considerado una tradición anticuada, así que los franceses habían aprovechado la ocasión y esta iba a ser la primera presentación de debutantes en el palacio de Versalles. El baile se celebraría el 12 de julio. Jane dejó con cuidado la invitación sobre su escritorio para enseñársela a Amelia cuando llegara a casa. Venía a pasar el fin de semana con ella, de manera que habían mandado la invitación en el momento perfecto. Se solicitaba una respuesta para el 1 de febrero

de parte de las que desearan participar. Esperaba que su hija se sintiera tan emocionada como ella. Era un honor que la hubiesen elegido como una de las cuarenta invitadas estadounidenses.

Jane leyó el resto de su correo, tomó nota de cosas que tenía que hacer y miró por la ventana hacia la oscuridad de Central Park. Todavía había nieve en el suelo y se quedó pensando en el baile hasta que oyó la llave de Amelia girar en la cerradura. Entró en la habitación con botas de montar y una falda escocesa, un conjunto de jersey y rebeca azul marino, un chaquetón de marinero y gorro y guantes de lana blanca. Traía la cara roja debido al frío. Cuando entró en la sala de estar y sonrío a su madre, su largo pelo rubio cayéndole por la espalda le hacía parecerse a Alicia en el País de las Maravillas. Las dos mujeres eran sorprendentemente parecidas. Jane fue a abrazarla y sonrió feliz al verla. Era la primera semana de clases después de las vacaciones de Navidad y la había echado de menos cuando regresó a la residencia. Habían hablado varias veces esa semana. Solían hacerlo todos los días. Estaban muy unidas, disfrutaban cada una de la compañía de la otra y se llevaban bien.

—¿Qué tal las clases? —preguntó Jane mientras se sentaban en el sofá de la sala de estar. La habitación no era grande, pero estaba elegantemente decorada, con antigüedades que Jane había heredado de su familia y de la de Alfred, y desprendía un aire cálido y acogedor. A Amelia le encantaba ese apartamento. Era lo bastante amplio para las dos y le resultaba cómodo y agradable.

—Largas —contestó Amelia—. Ya me han encargado tres trabajos. Es como si nos estuviesen castigando por haber tenido vacaciones. —El baile parecía haber quedado ya a años luz de distancia—. Tengo que estudiar todo el fin de semana —dijo con gesto de decepción.

Quería ver a sus amigas e ir al cine con su madre. Se habían prometido ir el domingo antes de que Amelia volviera a la universidad. Y había un cine donde estaban poniendo *Una cara con ángel*, de nuevo con Audrey Hepburn y Fred Astaire, y las dos querían verla.

—No pasa nada. Yo también tengo cosas que hacer. Esta semana ha sido una locura en el trabajo. Vamos a sacar varios libros importantes en los próximos meses.

Amelia se había criado sola con su madre, así que ahora eran amigas además de madre e hija, y aliadas en la mayor parte de las cosas. Apenas discutían y las dos tenían personalidades de trato fácil.

Charlaron durante unos minutos y Jane no pudo aguantarse más. Se acercó a su escritorio de estilo inglés, una pieza antigua con superficie de piel que había pertenecido a su padre, cogió la invitación y volvió al sofá para entregársela a Amelia.

—Mira lo que ha llegado hoy en el correo —dijo, incapaz de ocultar la emoción.

Amelia la cogió, leyó las listas de todos los nombres y la carta de presentación explicativa y levantó los ojos hacia su madre.

—¿Es una broma? Son todas princesas y condesas. ¿Por qué iban a quererme allí?

—Porque tienes antepasados eminentes y puede que hayan conseguido la lista del Baile de Enfermería. Parece increíble. La primera presentación de debutantes en el palacio de Versalles. Es muy emocionante. —Amelia parecía considerablemente menos entusiasmada que su madre.

—A mí me parece demasiado caro y no hablo francés. Aquí conocía a la mayoría de las chicas con las que me presenté. Allí no conocería a nadie.

—No tienes por qué hablar francés. No es necesario hablar. Recorres el pasillo o la escalera del brazo de tu acompañante, te inclinas igual que hiciste en el Baile de Enfermería y ya está. Y habrás hecho tu presentación en sociedad también en Francia. En Versalles.

—No conozco a ningún chico de allí para que sea mi acompañante —contestó Amelia en un intento de echarse atrás. Le resultaba intimidatorio. La mayoría de las francesas que se presentaban tenían títulos. Algunas incluso eran princesas.

—Lee la carta. Habrá un acompañante disponible para las chicas que acudan del extranjero. Habrá quinientos acompañantes para doscientas noventa chicas. Amelia, tienes que ir. No puedes dejar pasar una oportunidad así. Lo recordarás toda la vida.

—Ya lo he hecho aquí, mamá. ¿Cuántas veces me tienen que presentar en sociedad? Será lo mismo otra vez, con subtítulos franceses. —Amelia se encogió de hombros y le devolvió la invitación a su madre, ni impresionada ni entusiasmada por asistir.

—Es en Versalles. Nada de lo que hayas hecho antes va a estar a la altura —insistió Jane. Ya podía imaginárselo, con su niña vestida también como una princesa.

—¿Por qué quieres que vaya, mamá? —Su hija no parecía nada animada.

—Porque creo que cuando la vida te ofrece una oportunidad como esta hay que aprovecharla. Y yo estaré contigo. No estarás sola.

—A mí me resulta escalofriante.

—Se trata de una oportunidad para hacer amistades en otro país.

—Y para casarme con un duque o un príncipe, ¿no? —se burló Amelia, pero sabía que no estaba muy desacertada—. No quiero ser Cenicienta, mamá. Ya asistí a esa fiesta y fue suficiente. No conocí a ningún príncipe guapo. Me divertí. Toda la idea parece sacada de otro siglo. No necesito presentarme en sociedad dos veces. Con una fue suficiente. Además, no quiero ningún marido hasta dentro de diez años por lo menos. Lo que quiero es terminar la universidad y entrar en la facultad de Derecho.

—Para entonces, ya serás demasiado mayor para presentarte en Versalles. Este es el año en que se supone que tienes que hacerlo. Después serás mayor y no querrán invitarte.

—Estamos en 1958, mamá, no en 1850. Es absurdo.

—No lo es. Considéralo una magnífica fiesta de disfraces. Incluso conocerás a algunas chicas estadounidenses y podrás hablar en tu idioma con ellas.

—¿Y qué le digo a mi acompañante después del *bonn-yuur* cuando no sepa ni qué me está diciendo él?

—Lo miras con esa maravillosa sonrisa tuya y caerá rendido a tus pies.

La hija sonrió ante las fantasías románticas de la madre y la fe que tenía puesta en ella, y después mostró un gesto de preocupación.

—¿Vas a obligarme, mamá? —Amelia pareció mirarla con terquedad durante un momento y Jane vio que no iba a resultar tan fácil como había imaginado. Tenía ante ella una contrincante obstinada.

—No voy a obligarte a nada, pero sí voy a tratar de convencerte. Creo que es una oportunidad maravillosa y no quiero que te la pierdas. Creo que te arrepentirás toda la vida si no vas.

—No, sí que vas a obligarme —dijo Amelia sin rodeos. Conocía a su progenitora. Quería lo mejor para su ella, a veces, demasiado.

—Es solo una noche de tu vida. ¿Qué tiene eso de terrible? —suplicó su madre tratando de persuadirla.

—Suena aburrido y pretencioso. Probablemente todas sean unas engreídas. Y es caro. La carta decía que hay una cuota de quinientos dólares si quiero asistir. Preferiría el dinero para un nuevo equipo de esquí. Se acerca un puente y quiero ir a Vermont con las amigas de clase. —Amelia era deportista, lo que a menudo solía resultar costoso.

—Puedes alquilar el equipo. Quinientos dólares no es demasiado para una oportunidad así. —Pero el resto de los gastos sí y Jane lo sabía. No le importaba. Quería que su hija viviera esa experiencia.

—Lo pensaré. —Prefería discutir sobre eso y veía que Jane estaba decidida. Esta asintió. Sabía lo inflexible que podría ponerse Amelia si insistía y no quería que se negara.

—Lo hablaremos el domingo —dijo Jane con una determinación que Amelia conocía muy bien. Cuando su madre deseaba algo mucho, era implacable, sobre todo si se trataba de Amelia—. Es probable que para entonces haya conseguido mi ascenso y una buena subida de sueldo —la tranquilizó—. Y podemos hacer un pequeño viaje después, a la Provenza o algún otro sitio, las dos solas. Será divertido.

Amelia sonrió. Podía imaginar en su futuro un baile en el palacio de Versalles con muchos franceses estirados que no hablaban su

idioma y que posiblemente la despreciarían, serían groseros con ella, la considerarían una especie de paleta y la tratarían como a una turista, pero una vez que aparecía esa mirada en los ojos de su madre, sabía que ni muerta iba a poder con ella.

—Venga, vamos a cenar. Gloria nos ha dejado pollo asado. Me muero de hambre —dijo Jane, abrazándola.

—Y yo —contestó Amelia. Rodeó con un brazo la cintura de su madre y fueron juntas a la cocina. Jane le dio un rápido beso y empezaron a prepararse para cenar sin pronunciar una palabra más sobre el baile de Versalles esa noche, pero Amelia sabía que su madre no se iba a olvidar. Empezaba a revelarse como algo inevitable y tendría que volver a presentarse en sociedad. Sentía como si estuviese a punto de subastarse al mejor postor —o a un atractivo príncipe, según su madre—.

A Amelia aquel plan le parecía una estupidez y no quería ningún marido, sobre todo francés. Le parecía sencillamente demasiado incómodo. Después de eso, se olvidó por completo y pasó el fin de semana preparando sus trabajos.

Jane no lo volvió a mencionar hasta el domingo, poco antes de que Amelia tuviera que marcharse para regresar a la residencia. Quería ir a la biblioteca después de cenar. Cogió la invitación de su escritorio y la movió en el aire delante de ella.

—¿Un baile en Versalles?

Su hija soltó un gruñido aterrador.

—Dios mío, ¿por qué tengo que ir? Deja de buscarme marido, mamá.

—No es eso. Solo quiero que te diviertas. —Jane parecía decidida y Amelia sabía que no la iba a vencer, así que más le valía rendirse.

—¿Tengo otra opción? —preguntó su hija mirando a su madre con resignación. Había esperado que se despistara y se le fuera de la cabeza o que cediera.

—La verdad es que no —contestó Jane sonriente—. Confía en mí. Será maravilloso. Te alegrarás de haber ido. Y después haremos algo divertido, un viajecito por Francia.

—Vale, me rindo —respondió Amelia poniendo los ojos en blanco antes de ir a por su bolso. Llevaba puestos unos vaqueros y unas botas de montar, un pesado jersey de Aran y el chaquetón de estilo marinero.

—Estoy segura de que no te vas a arrepentir —le prometió su madre.

—¡Uf! Eres la persona más testaruda que conozco —le replicó, exasperada.

—Gracias. —Su madre le sonrió—. Yo también te quiero. Y me lo agradecerás cuando seas una duquesa con tu propio *château*.

—Creo que te odio —contestó su hija con una sonrisa, la besó y salió rápidamente por la puerta para volver a su residencia. Quedaba mucho tiempo para julio y, de todos modos, no le parecía que fuese real.

Jane rellenó el impreso esa noche, extendió el cheque y lo envió por correo desde su trabajo por la mañana. Estaba completamente segura de que el baile de Versalles sería increíble y que a Amelia le iba a encantar.

2

La enorme casa de estilo colonial de Charlene y Bailey Smith estaba en Highland Park, el barrio más rico a las afueras del norte de Dallas, y recordaba un poco a *Lo que el viento se llevó*. Desde luego, no era nada discreta y no habían hecho intento alguno por ocultar su posición económica, pero también tenían buen gusto. Charlene pertenecía a la tercera generación de unos magnates del petróleo de Houston y era una de las mujeres más ricas de Texas. Y Bailey procedía de una familia adinerada de una escala más humana, cuya fortuna procedía del sector del desarrollo urbanístico, propiedades comerciales y, más recientemente, centros comerciales. Poseía un sexto sentido para las grandes inversiones. Su fortuna no alcanzaba a ser como la de su esposa, pero tenía un enorme patrimonio personal y juntos constituían una fuerza arrolladora dentro del panorama de la alta sociedad de Dallas.

No carecían de conciencia cívica y filantrópica y habían construido un hospital para niños discapacitados y donado millones de dólares a la investigación del cáncer de mama. Charlene era miembro del consejo de montones de instituciones benéficas. Con cuarenta y seis años, era una mujer fuerte y segura de sí misma, directa y de buen corazón. Bailey tendía a ser más diplomático y agradable con la gente. Cuando alguien buscaba dinero para una donación benéfica de proporciones olímpicas o un padrino inversor para poner en

marcha una empresa, acudían a Bailey. Era brillante en los negocios, pero también era una persona muy noble. Tenía cincuenta y un años y los dos acababan de celebrar su vigésimo quinto aniversario de bodas. Formaban un matrimonio sólido con dos hijas, Araminta y Felicity.

Su hija mayor, Araminta, tenía veintidós años. Había ido al mejor colegio femenino privado de Dallas, era una estudiante mediocre y había optado por no pasar por la universidad. A ninguno de sus padres le sorprendió, aunque su padre se quedó un poco decepcionado. Le habría gustado ver que, al menos, intentaba estudiar algo o incluso fingirlo. Araminta prefería asistir a fiestas y beber mucho, volver a casa muy tarde, salir con todos los chicos malos, guapos y ricos de Dallas, ponerse ropa bonita y robarle a su madre los vestidos más caros cuando podía. Era una chica preciosa, con pelo azabache, piel traslúcida y ojos azules y grandes. Podría haber sido modelo si hubiese querido, pero ni lo intentó. Ni el trabajo ni los estudios la atraían y tampoco lo disimulaba. Era una magnífica bailarina, le encantaba divertirse y los hombres se arrimaban en grupo a ella como ratones al queso. Le encantaba pasarlo bien. La habían presentado en la fiesta de puesta de largo del Idlewild Club cuatro años antes con un vestido de Givenchy que su madre le había hecho traer desde París. Era la reina de todos los bailes a los que asistía, incluido el que sus padres le organizaron para seiscientas personas cuando se presentó en sociedad. Para ello se había puesto un segundo vestido de alta costura confeccionado por Christian Dior, igual que el vestido dorado que su madre llevó a su fiesta. El impactante vestido rosa con el que Charlene acudió a la fiesta del Idlewild Club era de Yves Saint Laurent.

Los Smith no eran amigos de la discreción ni de las medias tintas. Organizaban muchas cenas y daban grandes fiestas. Les encantaba viajar y disponían de su propio avión. Tenían un apartamento en Nueva York y una casa en Palm Beach. Eran muy aficionados al esquí y habían adquirido una casa en Aspen. Todas sus casas estaban hermosamente decoradas, su colección de arte era bien conocida y a Charlene empezaba a preocuparle un poco que, aunque Araminta nunca andaba escasa de citas, no había aparecido entre ellas ningún pretendiente serio en los cuatro años desde su presentación en sociedad. Había pensado que sin duda Araminta estaría prometida en menos de seis meses después de su baile. Sus padres creían que un marido y unos hijos la harían quedarse en casa y sentar la cabeza, pero, hasta ahora, nada de eso había ocurrido.

Bailey había sido algo salvaje en su juventud antes de casarse con Charlene y el padre de esta había arrastrado una fama de jugador, adicto a las apuestas y borracho, sobre todo después de la prematura muerte de la madre de Charlene. Había tenido tres esposas más después de ella, cada una más joven que la anterior. Su exmujer más reciente tenía veinticinco años, solo tres más que su nieta, lo cual no parecía incomodarlo, aunque él rondase casi los ochenta años. Así que Araminta había heredado su lado salvaje.

La segunda hija de Charlene y Bailey, Felicity, no podía haber sido más distinta y a todos les parecía como si hubiese venido de otra familia por error. Incluso su padre, que la amaba, bromeaba con que debían de haberla intercambiado en el hospital. De adolescente había tenido cierto parecido a su hermana mayor, con el pelo castaño oscuro, aunque no tanto como el de Araminta, y, en su caso, ojos verdes como los de su madre. Charlene también tenía el

pelo oscuro y Bailey era un hombre de metro ochenta de altura, una complexión fuerte, muy atractivo y de pelo rubio con aspecto nórdico, de ascendencia inglesa y escandinava. Parecía un vikingo. Charlene era delicada y de rasgos refinados con el mismo pelo oscuro que sus hijas, ambas considerablemente más altas que su madre. Pero ahí terminaban los parecidos de Felicity con su familia. En la adolescencia su aspecto era agradable y, sin medirse con la arrebatadora belleza de su hermana, tenía una cara bonita. Y mientras que la figura deslumbrante de Araminta atraía todas las miradas tanto como su precioso rostro, a Felicity se la solía describir casi siempre como una «chica grande». Sobrepasaba a su hermana en altura, casi de metro ochenta, y más todavía con tacones. Y después de la delgadez de su adolescencia, había engordado veinte kilos en el instituto, para lo cual no encontraba explicación ni sirvió para mejorar su aspecto.

Su madre le había impuesto varias dietas e incluso había contratado a un chef especial y un entrenador para ella en un intento por hacerla perder peso, pero hasta ahora nada había funcionado y Araminta informaba con regularidad a su madre de que había visto una chocolatina en el bolso de Felicity o que la había visto comiendo helado en la cocina bien entrada la noche, cosa que no ayudaba a que perdiera peso, desde luego.

A Araminta le encantaba jugar al tenis con sus amigos. Felicity odiaba el deporte y pasaba la mayor parte del tiempo en su habitación, estudiando. No mostraba ningún interés por la ropa bonita y se sentía incómoda en las fiestas, pero era una estudiante destacada. Había sido la mejor de su clase desde que había empezado en el colegio. Le encantaba leer y estudiar y tenía un

talento especial para la ciencia. Había ganado todos los premios de ciencias en el instituto y su logro cumbre había sido que la aceptaran en el MIT, el Instituto Tecnológico de Massachusetts. Le estaba costando decidir entre especializarse en Bioquímica o Física nuclear y, por el momento, se había decantado por una carrera de Ingeniería química. Su padre estaba tremendamente orgulloso de ella. Nadie en la familia tenía la menor idea de cuál era la procedencia de su talento para las ciencias, pero su tutor principal del instituto le redactó una brillante carta de recomendación en la que decía que, sencillamente, le daba vergüenza ser una genio. Esa carta la había ayudado a ingresar en el MIT, lo cual la hacía sentirse encantada. Por primera vez iba a estar entre otros estudiantes como ella y no se sentiría como un bicho raro.

El instituto había supuesto una pesadilla para ella. Araminta era cruel con ella y no dejaba de sermonearla por su peso. Durante las vacaciones de Navidad pasó la mayor parte del tiempo en su habitación, leyendo y estudiando, así como evitando a Araminta y sus amigas cuando venían a la casa y la miraban con desprecio o ni siquiera le hacían caso. Felicity contaba con el cariño y la simpatía de su padre por los indefensos, con los que ella se identificaba fácilmente, pues había estado en esa situación durante toda su adolescencia. En casa en Dallas, se sentía marginada e inadaptada y siempre se referían a ella como la «otra hija» de los Smith. Araminta era la estrella del espectáculo, como había sido siempre. Era tan guapa de niña que la gente se detenía por la calle para mirarla. Felicity no envidiaba el papel estelar de Araminta, pero le habría gustado ser aceptada tal y como era, cosa que nunca ocurrió. Su madre estaba constantemente preocupada por su peso y Araminta

se había mostrado celosa y malvada con ella desde el día en que nació. Felicity se sentía siempre fuera de lugar, incómoda y demasiado grande para su propio cuerpo, y siempre que se sentía así, se llevaba un tarro de helado a su habitación y se lo comía, a veces dos, y luego escondía el bote vacío en la basura. Los dónuts eran también un problema para ella. Parecía que le hacían señas para que se acercara como si se tratase de viejos amigos deseosos de estar con ella. Y era incapaz de resistirse.

En el MIT a nadie le importaba su talla ni qué comía. Les interesaba su mente, su cerebro, y la mayoría de sus amistades eran chicos. Le encantaba jugar con teoremas de física y tenía facilidad para ellos, igual que a otras chicas les encantaba experimentar con el maquillaje y peinados nuevos.

Se había opuesto con uñas y dientes a que la presentaran en el baile de puesta de largo del Idlewild Club justo antes de Navidad, pero sus padres insistieron. No quiso decepcionarlos, así que accedió. Otras chicas habrían matado por una invitación para presentarse allí en sociedad. A Felicity le daba miedo. Como era de esperar, la velada había sido una agonía. Le pidió a Andy Jameson, su compañero del laboratorio de química del instituto, que fuera su acompañante. Sabía que al menos podría hablar con él. Medía quince centímetros menos que ella y su peso era considerablemente menor, pero a Felicity no le importaba. Era simpático y procedía de una familia respetable, aunque lo consideraban un excéntrico, así que tenía eso en común con ella.

Andy había llegado a la casa vestido con un frac que pertenecía a su padre y con el pelo de punta. Se había cortado por tres sitios al afeitarse y se escabulleron pronto de la fiesta para volver a la casa

de ella y beber cerveza en la cocina mientras hablaban de las diferencias entre Harvard y el MIT. Andy estaba en Harvard y se habían visto varias veces en Cambridge para tomar un café. No tenían ningún interés amoroso el uno por el otro; de hecho, él tenía ahora una novia en Harvard. Había acudido como acompañante de Felicity a la fiesta como un favor y ella le estaba agradecida. No tenía a nadie más a quien pedírselo y se sentía como un iceberg blanco, gigante, con el vestido que su madre había elegido para ella. Andy le había dicho que iba muy guapa, pero sabía que era mentira. El peluquero le había hecho un peinado con una corona de rizos que le hacía parecer aún más alta. Araminta se había reído de ella al verla. Andy tenía un hermano deportista que también se lo hacía pasar mal, así que sabía cómo se sentía.

—Hay que pagar un precio por ser inteligente —le dijo mientras tomaban su segunda cerveza, y ella asintió. Los dos sabían que era verdad. Araminta llevaba toda la vida castigándola y probablemente lo habría hecho aunque Felicity fuera guapa y delgada. Era diferente y no podía ocultarlo.

Hubo fotografías de las debutantes más guapas al día siguiente de la fiesta en el periódico y Felicity no aparecía en ellas. Ni siquiera se molestó en mirar. Araminta había aparecido en todos los periódicos cuando hizo su puesta de largo cuatro años antes. Pero no había tenido todavía un novio serio, solo romances pasajeros, citas y unas cuantas aventuras, y también varios chicos que la seguían porque era rica. Felicity rechazaba convertirse en la presa de nadie por la posición social de sus padres o sus abuelos. Estaba deseando volver a la universidad, donde nadie sabía quién era. Dallas suponía para ella como meterse en una pecera.

Únicamente le quedaban tres días de estar allí cuando llegó la invitación del comité del baile de Versalles. Charlene la vio en su escritorio al llegar a casa tras la reunión del consejo para la recaudación de fondos para una nueva ala pediátrica del hospital Parkland Memorial. Era la presidenta del comité que preparaba la gala. Esperaban reunir cien millones de dólares, que era lo que a Charlene tan bien se le daba.

Vio el sobre, lo abrió tras sentarse a la mesa y leyó con atención la carta de presentación. Al principio pensó que se trataba de un error. Bailey y ella iban a Europa varias veces al año y tenían amigos allí, más en Londres que en París, pero les encantaba París y alojarse en el Ritz. Y habían llevado muchas veces a las niñas al hotel du Cap. Era el hotel preferido de Charlene y a sus hijas también les encantaba.

Vio que la invitación al baile de Versalles era para Felicity y, tras quedarse un momento pensando, la dejó sobre el escritorio. Si conseguía que Felicity aceptara asistir, le daría autoestima y supondría un enorme honor ser una de las cuarenta chicas estadounidenses invitadas. Los linajes y los ancestros eran lo importante, los parientes aristocráticos y los títulos. El dinero no importaba, pues muchos de los aristócratas europeos estaban prácticamente arruinados. Los contactos sociales tampoco les impresionaban y el dinero procedente del petróleo casi suponía una desventaja y sería cortésmente ignorado. Que invitaran a Felicity suponía un reconocimiento al estatus de los Smith, considerados casi como miembros de la realeza en Dallas, y al prestigio de la familia de Charlene, alimentado durante tres generaciones en Houston. Era

un tributo a toda la familia y Charlene quería que Felicity asistiera. Pero no sabía cómo iba a convencerla.

Fue a la habitación de Felicity para hablar con ella media hora después. Llamó suavemente a la puerta. Cuando entró en la habitación, Felicity estaba rodeada de los libros que había traído para preparar un importante trabajo que planeaba empezar en cuanto volviera a la universidad.

—Hola, mamá. —Sonrió a su madre—. ¿Qué tal ha ido el día?

—Interesante. Estamos preparando un gran evento para el hospital. Necesitan recaudar cien millones para una nueva sección pediátrica.

—Estoy segura de que lo conseguirás. —Felicity volvió a dedicarle una sonrisa e irguió la espalda sentada en la cama. Las dos siempre se habían llevado bien. Eran muy diferentes y no siempre se entendían, pero su madre trataba de ser justa. Felicity respetaba eso de ella. Araminta era el único problema real que Felicity tenía en su familia y su madre intentaba proteger a su hija menor lo mejor que podía, aunque sin ser del todo consciente de las cosas tan crueles que Araminta decía de Felicity, ya que esta rara vez se quejaba. No habría servido de nada. Su hermana era así.

—Hoy hemos recibido una invitación —dijo Charlene con cautela, tratando todavía de ver cómo expresarlo para que Felicity no saliera gritando de la habitación. Cuando Felicity aceptó que la presentaran en sociedad en el Idlewild Club, Charlene le había prometido que jamás tendría que volver a hacer nada parecido. Y ahora, aquí estaba, con una oportunidad aún mayor para presentarla a sabiendas de que a su hija le horrorizaría.

—¿Una invitación para qué? —preguntó Felicity de buen tono, sin que le importara en realidad. Estaría felizmente de vuelta en Boston dentro de tres días, en su universidad.

—Para una fiesta en París. En el palacio de Versalles.

—Suena genial. ¿Vais a ir papá y tú?

—Eso depende de ti —contestó Charlene con cuidado.

—¿De mí? ¿Por qué? —Felicity la miraba sorprendida e inocente.

—Es el primer baile de debutantes que se va a celebrar en el palacio de Versalles. Parece muy emocionante. Habrá doscientas cincuenta chicas francesas y han invitado a cuarenta estadounidenses de todo el país. La invitación es un gran honor. Imagino que serán sobre todo miembros de la realeza de esa edad, aristócratas y algunas estadounidenses guapas y de familias distinguidas, como los Vanderbilt y los Astor, y muchas de la Vieja Guardia de Nueva York.

—Pues gracias a Dios que yo me libro. —Sonrió a su madre—. Ya hice mi presentación en Idlewild, así que me lo ahorro.

—Invitan a las chicas que acaban de ser presentadas y a las que lo van a hacer el año que viene. El rango de edad es de los diecisiete a los diecinueve. Te han invitado, Felicity. Es un honor increíble.

Su hija la miró nada más decirlo y se echó hacia atrás, como si tuviera miedo de que su madre la fuera a secuestrar y obligarla a ir. Charlene deseaba poder hacerlo. Sería muy bueno para ella.

—Me dijiste que ya no tendría que volver a hacer nada parecido. No me gustó nada, y eres consciente de ello. Parecía un elefante blanco con el vestido. Todas las demás chicas estuvieron lanzando gritos, riéndose y haciendo el tonto. Todas buscan marido y ninguna de ellas tiene cerebro —dijo Felicity con un desprecio que

procedía del miedo y Charlene lo sabía. A Felicity le aterraban los eventos sociales donde los focos apuntaban hacia ella.

—En primer lugar, puedes ir a fiestas y bailes y, a pesar de eso, ser inteligente. Te buscaremos un vestido distinto y todavía queda medio año, así que tienes tiempo para adelgazar un poco. Puedes hacerlo si quieres. Nada de cerveza ni dónuts durante seis meses y el peso caerá en picado. Esto podría suponer un buen incentivo. Pero aparte de eso, es una oportunidad de participar en un evento histórico: el primer baile de debutantes de Versalles. —Los ojos de Charlene se iluminaron al decirlo. En los de Felicity parecía como si estuviese formándose una tormenta. De las grandes.

—Todas buscan marido. Yo no. No hablo francés, de manera que ni siquiera puedo charlar con ellas.

—Puedes hablar con las de Estados Unidos. Podrías hacer nuevas amistades. Y no todas son tontas.

—Sí que lo son —respondió Felicity con terquedad—. ¿Por qué no puede ir Araminta? A ella le encantaría.

—Supera en tres años el límite de edad y la presentaron en sociedad hace cuatro años. Te han invitado a ti, no a tu hermana —contestó Charlene con énfasis.

—No pienso ir. —Miró a su madre, aterrorizada.

—Podríamos ir todos después al hotel du Cap a pasar una o dos semanas —dijo Charlene con ternura, tratando de persuadirla.

—Quiero asistir a un curso de verano —insistió Felicity.

—Necesitas un descanso. No puedes estar yendo a clase todo el tiempo.

—¿Por qué no? Me quedan varios años de estudios si voy a hacer un máster y un doctorado. No tengo tiempo para fiestas así. ¿Y de

qué me serviría? No puedo incluirlo en ningún currículum. A nadie le importan ese tipo de tonterías. No voy a ir, mamá. No me puedes obligar. —Parecía dispuesta a salir corriendo de la habitación.

—Felicity, en la vida hacen falta más cosas aparte de los laboratorios de ciencias —contestó Charlene con firmeza.

—¿Ha dicho papá que tengo que ir? —preguntó, preocupada. Le importaba más lo que pensara su padre. Charlene y Araminta siempre querían asistir a bailes y fiestas. Su padre era más sensato y escuchaba también el punto de vista de Felicity.

—Todavía no se lo he contado —respondió su madre.

—Preferiría sacarme el hígado con un picahielos.

—No es más que una cena con baile, Felicity. Una noche en comparación con toda una vida no es nada. —Y qué preciosa noche sería. Charlene ya se la estaba imaginando.

—Una noche desperdiciada. Y no tengo acompañante. Andy no va a venir a París para llevarme.

—Tienen quinientos acompañantes disponibles para las chicas.

—Suena como un circo. —Felicity se cruzó de brazos y miró a su madre con furia. Se estaba repitiendo la batalla del Idlewild Club.

—En ese caso, será un circo precioso. Podrías hacer amistades que durarán para toda la vida. En eso consisten estas cosas.

—No necesito ninguna amiga en Francia. Sabes lo poco que me va a gustar. ¿Por qué quieres que vaya?

—Para ampliar tu mundo. No puedes pasarte el resto de tu vida encerrada con una pandilla de científicos. —Charlene se había opuesto a que fuera al MIT. Lo consideraba un objetivo demasiado estrecho y Felicity tenía que ampliar su mundo, no encogerlo. Le costaba imaginar la vida de su hija como física o ingeniera química.

Y dudaba que encontrara en el MIT un marido adecuado. Bailey la había convencido para que la dejara ir. Era el sueño de Felicity—. Podemos hablarlo después.

—No hay nada de lo que hablar. No voy a ir. Puede ir Araminta y fingir que soy yo. Nunca lo sabrán.

—Araminta no necesita más fiestas en su vida.

—Tampoco yo —contestó Felicity, y su madre se puso en pie con una expresión de determinación.

—¿Por qué una cosa así tiene que suponer una batalla? —preguntó Charlene.

—Porque va a ser una tortura. No quiero tener que ir toda arreglada con un vestido grande y blanco y conocer a un montón de chicas malvadas y chicos que no me interesan. No soy como ellos, mamá, ni quiero serlo. No me importa si no me caso nunca. Es en lo único que piensan las chicas así. Yo quiero trabajar en algo que sea importante. Deberían haber invitado a Araminta. Mataría por asistir a algo así. Yo preferiría morirme —dijo Felicity acaloradamente, y una voz interior le dijo a Charlene que debía recular. Al menos, por ahora.

Dejó a su hija enfurruñada en la cama unos minutos después y regresó a su estudio justo cuando Araminta entraba, guapa y delgada, con un traje de lana azul claro de Chanel. Parecía sacada de la portada de una revista, como Vivien Leigh haciendo de Escarlata O'Hara. Se acercó a dar un beso a su madre mientras esta se sentaba en su escritorio con un suspiro. La invitación estaba a plena vista y los ojos de Araminta se fijaron en ella de forma instintiva. Al verla, la cogió.

—¿Qué es?

—Nada. Una invitación a una fiesta en París.

—¿Vais a ir papá y tú? Qué divertido. ¿Puedo ir yo? —Entonces leyó la invitación y se quedó sin aliento—. ¿Es un baile de debutantes? —Charlene asintió esperándose lo peor en cualquier momento. Araminta miró a continuación la carta de presentación y su madre no hizo ningún intento por quitársela. Antes o después, se iba a enterar—. ¿Quieren que Felicity sea presentada en sociedad en Versalles? —Sus ojos se abrieron de par en par por la sorpresa. Cuando su madre volvió a asentir, la expresión de su primogénita reflejaba el estupor de quien acaba de recibir una bofetada.

—Van a invitar a cuarenta debutantes estadounidenses.

—¿Por qué no puedo ir yo?

—Porque tu presentación fue hace cuatro años. Quieren debutantes de este año y del que viene. —Araminta soltó un grito espeluznante, como si le hubiesen clavado un cuchillo.

—Dios mío, mamá. Ya iba bastante mal en la fiesta de aquí. No puedes permitir que vaya a París. Parecerá un bicho raro. ¿Por qué no puedo ir yo y decir que soy ella? De todos modos, a ella no le gustan estas cosas.

—Servirá para darle más confianza. Esto podría marcar un punto de inflexión en su vida. Podría conocer al hombre de sus sueños, a un atractivo príncipe, uno de verdad; de lo contrario, terminará compartiendo su vida con algún científico loco del MIT que se parezca a Einstein.

Charlene hablaba de ello como si el baile de Versalles fuese la última oportunidad de que Felicity tuviera una vida normal, y puede que así fuera. Tras cuatro años en el MIT, estaría tan metida en su mundo de la ciencia que mostraría menos interés aún en el mundo

en que se había criado y la había hecho sentir toda la vida una inadaptada. No deseaba un mundo como el de ellos y el MIT era el billete de ida para huir de un destino que la aterraba. Aunque era una buena hija y Charlene sabía que al final conseguirían obligarla a asistir si era necesario, pero pretendía que Felicity lo deseara, lo cual era mucho pedir. Araminta estaba suplicando que la dejaran ir y Felicity que no. ¿Por qué esas dos chicas se lo ponían tan complicado? Aparte de eso, a Charlene la vida de la que disfrutaba siempre le había parecido perfecta.

Le encantaba vivir en Dallas y el mundo en el que se había criado. Bailey y ella tenían un matrimonio sólido y feliz, y dos hijas a las que querían y que no podían ser más distintas en todos los aspectos.

Araminta dejó caer la invitación sobre el escritorio, salió a toda velocidad de la habitación y se fue a su dormitorio muy airada. Estaba deseando que su hermana se marchara ya a la universidad. Lo arruinaba todo cuando estaba en casa. Odiaba que se quedara ahí y que sus amigas la vieran. Constantemente merodeaba por la casa con ropa rara, desaliñada y el pelo recogido en una coleta enmarañada. Iba hecha un desastre y no le importaba. Cada centímetro de Araminta era absoluta perfección y quería conocer al tipo de chicos a los que habían invitado como acompañantes en Versalles. No quería ir como la hermana mayor y soltera. Quería ser la estrella de la noche, con todos los jóvenes suplicando conocerla y también algunos de los más mayores.

La mayoría de sus amigas ya se habían comprometido o casado. Araminta era una de las últimas que quedaban libres con veintidós años. Chicas de Texas casadas jóvenes. No era justo. El baile de Versalles sería un desperdicio con Felicity. No se lo merecía. A

Araminta la habían preparado para llevar la vida de una princesa. Lo único que necesitaba ahora era conocer a su príncipe. Y sin embargo, a la rara de su hermana le iban a brindar una oportunidad de oro que no deseaba. Si Felicity no quería hacerlo, ninguna asistiría y la vida continuaría igual que ahora, un constante ciclo de fiestas con gente a la que Araminta ya conocía. No había un solo chico soltero en Dallas que quisiera para ella. Los conocía a todos y se había besado y flirteado con la mayoría de ellos.

Los últimos tres días de Felicity al final de las vacaciones de Navidad fueron un infierno para ella. Charlene siguió intentando convencerla de lo bien que lo iba a pasar en el baile de Versalles. Araminta la bombardeó con comentarios maliciosos y miradas de furia. Su padre se mantuvo al margen. Prefería dejar a su mujer las decisiones sociales importantes concernientes a las chicas y estaba seguro de que ella sabría qué hacer.

La menor de los Smith terminó rindiéndose la última noche. La presión que ejercieron sobre ella fue abrumadora. Pasó por el dormitorio de sus padres antes de retirarse a dormir. Su madre se hallaba haciendo listas para el evento que estaba preparando para el hospital con varios posibles donantes importantes con los que tenía que ponerse en contacto. Araminta tenía resaca tras la fiesta de Nochevieja y sus padres lo ignoraban. Sabía cómo ocultárselo, aunque Felicity siempre se daba cuenta por el humor de perros del que hacía gala, peor aún del habitual, con su hermana pequeña. Hacía que Felicity se sintiera incómoda en su propia casa. Siempre

era la inadaptada y la marginada. Estaba deseando volver a la universidad.

Charlene levantó los ojos cuando Felicity entró en la habitación. Llevaba un pijama de franela descolorido que le quedaba demasiado pequeño y que a ella le encantaba. Tenía un estampado de copos de nieve. Bailey se encontraba en la sala de estar de abajo viendo el fútbol.

—Gracias por unas maravillosas navidades —dijo con voz tierna a su madre. Su acento sureño sonaba como un suave ronroneo y parecía descontenta. Siempre le ponía triste que ella se sintiera tan incómoda en su propia casa, como si fuese culpa suya y no tuviese nada que ver con Araminta y sus padres. No podía ser culpa de ellos. Debía ser de ella. Había vuelto a arruinar sus vacaciones, incluso después de haber asistido a la fiesta para contentarlos. No había servido de nada. No era más que un mal recuerdo para ella que se sumaba a tantos otros—. Lo he pasado estupendamente —mintió, como siempre hacía, y Charlene lo sabía.

Pero Felicity esta vez tenía la posibilidad de cambiarlo. No podía cambiar a sus padres ni a su hermana, ni siquiera a sí misma. Lo había intentado. Que la aceptaran como era nunca parecía ser una opción. Charlene sabía que su hija pequeña no lo había pasado estupendamente en casa. Siempre era así. Ellos eran su familia, pero Felicity sabía que no eran sus aliados ni sus amigos. Nunca la habían aceptado del todo tal y como era, y Felicity se daba cuenta ahora de que quizá jamás la aceptarían.

Charlene no volvió a mencionar el baile de Versalles, porque su intención era inscribir en él a Felicity sin decírselo, y convencerla de aquí a julio.

—Iré, mamá —dijo Felicity casi con un suspiro.

—¿Ir adónde, cariño? —preguntó su madre a la vez que bajaba su cuaderno—. Te voy a echar de menos. ¿Vas a venir a Aspen en febrero? —Era una pregunta retórica. Se esperaba que Felicity volviera a casa todas las vacaciones. No tenía excusa para no hacerlo ni amigos en la universidad con los que quedarse. Todos sus amigos eran hombres que compartían sus intereses y que no eran más que compañeros, nada de citas. No le importaba.

—Claro, mamá. —Odiaba esquiar tanto como a ellos les encantaba. Araminta parecía un rayo en las pistas, esbelta y sexy con su ropa de esquiar. Felicity siempre se moría de miedo y no tenía las aptitudes naturales de su familia para los deportes. Le daban miedo las alturas y la aterraba el telesilla—. Me refería al baile de París. Iré. —Charlene la miró con cautela y una sonrisa fue iluminando lentamente su cara.

—Gracias. —Charlene extendió la mano y acarició la de su hija, y se quedaron así durante un rato. A Felicity le gustaba hacerla feliz, aunque tuviese que sacrificarse para ello—. Te prometo que lo vas a pasar bien y esta vez te buscaremos un vestido que te guste. —Había visto en la carta que las debutantes estadounidenses irían vestidas de blanco, como era su tradición, y las francesas de color, lo cual a Charlene le parecía una desgracia. A Felicity le sentaría mejor un color oscuro, o incluso un pastel. El blanco no hacía más que acentuar el peso del que parecía que jamás podría desprenderse. O, al menos, todavía, pero tenían seis meses para encargarse de ello—. Tu padre y yo vamos a sentirnos muy orgullosos de ti —le aseguró, y Felicity sonrió. Esa era la razón por la que había decidido ir. Quería que se sintieran orgullosos de ella, por mucho esfuerzo que eso

supusiera. Araminta nunca lo estaría. No estaba en su naturaleza ser generosa con su hermana y ayudarla a superarlo. Se reiría de ella, como era habitual, y puede que esta vez incluso más, de tanto que deseaba ser una de las debutantes de Versalles—. Iré a Boston y nos iremos de compras —le prometió a su progenitora. Felicity se sentó a su lado en la cama y su madre la abrazó. Su padre entró en ese momento en la habitación, sonriendo. Su equipo había ganado. Felicity se puso en pie para marcharse y Charlene informó a su marido de la decisión de su hija antes de que ella saliera de la habitación. Padre e hija intercambiaron una mirada y él sonrió.

—Buena chica —dijo con su amplia sonrisa. Felicity pensaba que su padre era el hombre más guapo del mundo—. Ya sabes lo orgullosos que nos vamos a sentir. Serás la más bella del baile. —Sabían que eso no era verdad, pero iba a ir de todos modos, por ellos. Y después de eso, jamás volvería a ser una debutante y podría hacer lo que quisiera. Con su decisión trataba de comprar su libertad, o el amor de ellos. No estaba segura de cuál de las dos cosas.

3

El día siguiente al Año Nuevo hacía un sol radiante en Los Ángeles. Algunos años era así. Podía respirarse la primavera. Caroline Taylor estaba saliendo de su casa de Bel Air con una blusa rosa a juego con sus bermudas y unas pequeñas bailarinas como las que había llevado Audrey Hepburn en *Ariane* con Gary Cooper. Caroline tenía cierto aire de ingenua estrella de cine, que era el mundo en el que se había criado. Su padre era Josh Taylor, el famoso productor y director oscarizado, de sesenta y cuatro años. Su madre era Elizabeth Wade, conocida como Betty, la estrella de cine. Betty tenía treinta y nueve años y apenas parecía mayor que su única hija, Caroline, que tenía dieciocho. Betty la había tenido a los veintiuno. Su carrera como estrella no le había dejado tiempo para tener más hijos, ni tampoco los quería. Betty y Josh estaban de acuerdo en que una hija era suficiente para ellos. Caroline era deslumbrante y a sus dieciocho años tenía el aspecto de una mujer. Se había criado en el sofisticado y vertiginoso mundo de la realeza hollywoodiense.

La puerta de la cochera se abrió y el pequeño Mercedes deportivo rojo de Caroline salió a toda velocidad a la calle. Tenía prisa. Su madre le había hablado del baile de Versalles esa mañana tras el desayuno. Se habían sentado después juntas a hacer un listado de todas las cosas que tenían que preparar. La fecha era perfecta. Betty y Josh iban a estar antes rodando una película fuera. Cuando

terminaran, irían juntos al Festival de Cine de Cannes y después volverían a Los Ángeles a finales de mayo para la posproducción de la película. Habrían concluido hacia finales de junio, a tiempo para ir con Caroline a París para el baile. A Caroline le había parecido que sería divertido, aunque tuviese prisa mientras escuchaba. Tenía otras cosas más de adulta en las que pensar. Estaba en su primer año en la USC, la Universidad del Sur de California, estudiando la especialidad de Producción de cine. Contaba con una habitación en la residencia, pero la mayor parte del tiempo prefería vivir en casa. Y gozaba de total libertad sin supervisión cuando sus padres estaban fuera. Confiaban en ella como una adulta y su asistenta era interna, por lo que no estaba sola en la casa. Quería ser directora, como su padre, no actriz como su madre, aunque era lo bastante guapa como para serlo. Tenía una figura perfecta y un pelo rubio y largo con ondas que le bajaba por la espalda mientras conducía en dirección a West Hollywood.

Lo del baile de debutantes de Versalles le parecía emocionante. Su madre le había prometido un vestido de Dior con una gran falda de gala. No estaba interesada en conocer a ningún hombre. Ya tenía uno. Su novio, Adam Black, tenía veintiocho años, diez más que ella. Había salido en una de las películas de su padre y se habían conocido cuando vino a su casa el verano anterior. Mantenían una aventura secreta desde hacía cinco meses y ella había descubierto con él cosas con las que jamás habría soñado antes de conocerlo. Ahora era una mujer y se sentía como tal cuando estaba con él. Sus padres se habrían puesto furiosos si se hubiesen enterado, pero pasaban mucho tiempo fuera y Adam y ella se cuidaban de mantener su relación en secreto. Se veían en el apartamento de él e

iban a restaurantes pequeños y raros que él conocía. Habían pasado una semana en México juntos mientras los padres de ella estaban rodando fuera de la ciudad. Se habían quedado varios fines de semana en Palm Springs y en San Francisco y nadie sospechaba nada. Creían que estaba en su habitación de la residencia cuando en realidad iba al apartamento de él.

Caroline aparentaba más de dieciocho años y los dos se querían. No se trataba de un simple romance hollywoodiense, sino de una relación real. El estudio con el que Black había firmado lo obligaba a acompañar, a veces, a jóvenes estrellas a estrenos y eventos de Hollywood, pero después volvía corriendo con Caroline. Acabarían contándoselo a sus padres, pero aún no. Era demasiado pronto y ella no quería que le arruinaran lo que tenía con Adam. Resultaba divertido llevar una vida secreta con él. Pensaba hablarle del baile cuando llegara a su piso. Era un corto trayecto en coche desde la casa de sus padres hasta el apartamento de su pareja en un edificio sórdido de estilo español de West Hollywood. Se sentía muy adulta cuando iba a verse allí con él.

Aparcó el coche en la puerta y llamó al timbre. Él le abrió desde arriba y ella subió las escaleras a toda velocidad. Lo encontró tras la puerta abierta cuando llegó y, nada más cerrar, cuando Caroline entró en el apartamento, vio que estaba desnudo y saltó a sus brazos. Él le quitó la ropa mientras iban rápidamente al dormitorio. Se las habían estado arreglando para pasar ratos juntos todos los días. Ella se había saltado muchas clases para estar con él y no le importaba. Adam era el amor de su vida y lo más emocionante que le había pasado nunca. Algún día lo vería convertido en una gran estrella como su madre. Tenía todos los ingredientes para ello: físico,

talento y carisma. Cuando ella veía ahora películas o fotografías suyas, le recorría un escalofrío. Él también sentía lo mismo. Decía que nunca había querido a nadie como a ella. Caroline era virgen e inocente cuando se conocieron seis meses antes y ahora era una amante experta. Ya no había vuelta atrás. Habría hecho lo que fuera por estar con él y cuando hacían el amor era de una forma aún más apasionada porque era secreto. Pasaban varias horas juntos en la cama todos los días y Caroline nunca en su vida había sido más feliz. Él compensaba todo lo que ella no había recibido nunca de sus padres porque eran importantes, famosos y siempre se hallaban ocupados. Sus padres estaban tan unidos que, a veces, Caroline sentía como si no hubiese sitio en su vida para ella. Adam nunca le hacía sentirse así. Decía que la adoraba y su amante sabía que era verdad. Un día sería tan famoso como sus padres. Pero por ahora era solo para ella, y el dueño de su cuerpo y de su alma.

La mansión Walker de la calle Setenta y tres con la Quinta Avenida era uno de los edificios históricos más famosos de Nueva York. Se trataba de una estructura hermosa y una maravilla arquitectónica y aparecía en todas las guías de la ciudad como un tesoro histórico. Pertenecía a Robert Walker y lo había construido su bisabuelo en el siglo XIX. En aquella época quedaba en el límite norte de la ciudad, rodeado por completo de jardines y campos. El terreno que lo rodeaba se había ido vendiendo a lo largo de los años, pero la casa permaneció. Había un pequeño y elegante jardín en el que Robert y su hija se sentaban a veces a almorzar los días soleados. Los fines de semana iban a su granja de Greenwich, Connecticut, donde

Robert tenía establos con preciosos caballos. Era un experto jinete y jugador de polo, y a su hija, Samantha, también le encantaba montar. Su padre se encargaba de proporcionarle caballos dóciles para que no sufriera ningún daño.

La casa de Nueva York tenía un aire sobrio. Estaba llena de retratos de los antepasados de Robert. Habían sido una parte importante de la Revolución industrial y su fortuna había sido legendaria durante dos siglos. Él era un hombre atractivo pero modesto, no le gustaba llamar la atención y había sido uno de los primeros fundadores de empresas de capital de riesgo, actividad que le resultaba emocionante y que había aumentado considerablemente la fortuna que ya tenía.

Había criado a su hija de dieciocho años para que tuviera valores sólidos y un marcado sentido de la responsabilidad social. Sus contribuciones filantrópicas eran famosas en los círculos benéficos y algunas de sus mayores donaciones habían sido anónimas. No tenía ningún deseo de ver su nombre en un edificio, hospital ni biblioteca. Se trataba de un hombre serio y su casa era un reflejo de ello. Samantha era el rayo de sol que iluminaba su mundo. Había pasado por épocas oscuras en su vida y las había superado.

Con su difunta esposa, Diana, había creado una fundación benéfica. Ella era pintora y él siempre dedicaba grandes sumas de dinero a los museos que a ella más le habían gustado. Uno de esos museos había montado una preciosa exposición póstuma de su obra. Diana había tenido una fuerte influencia de los impresionistas y su obra tenía un parecido más contemporáneo con las pinturas de Mary Cassatt. Le encantaba pintar a madres e hijos y ella misma había

sido una madre maravillosa para sus dos hijos. Samantha había tenido un hermano, Thomas, que era dos años menor que ella.

Diana y Robert se habían conocido justo después de que él terminara los estudios de Empresariales en Harvard y Diana acababa de regresar tras dos años en la École de Beaux-Arts de París. Él había puesto en marcha su primera empresa y ella pintaba sin cesar en un estudio del Village. Diana procedía de una familia acaudalada y decidió vivir con sencillez, igual que él. La familia de ella había fundado una de las empresas farmacéuticas más importantes del país en Chicago y era tan discreta como Robert. Formaban una pareja perfecta en todos los aspectos.

Se mudaron juntos a un loft del Village cerca del estudio de pintura y se casaron un año después de conocerse. Sam llegó tres años más tarde, poco después de que Robert heredara la imponente casa de su padre y, con ciertas reticencias, se mudaron al magnífico entorno del norte de la ciudad y se enamoraron de la casa en cuanto empezaron a vivir en ella. Su hijo, Thomas, nació dos años después que Samantha.

Diana había añadido varios toques creativos, aunque respetando la historia de la casa, y pintó murales extravagantes en las habitaciones de los niños y un divertido trampantojo en la cocina. Se había preparado un precioso y amplio estudio en la planta superior. Robert no lo había tocado desde su muerte. Permanecía junto a su recuerdo como parte de la casa. Los cuadros en los que ella estaba trabajando cuando murió seguían allí, entre ellos, un retrato temprano de Sam y Tommy. Robert rara vez subía al estudio ahora, pero sí lo había estado haciendo durante mucho tiempo. Solía

refugiarse en ese rincón cuando lloraba su muerte. Trece años después seguía sin haberse recuperado.

Durante los ocho años que duró su matrimonio, la vida de los dos había sido absolutamente perfecta y la tragedia los golpeó de lleno una mañana de diciembre en una carretera helada de Connecticut, cuando un camión derrapó y fue directo hacia ellos. Diana estaba llevando a los niños desde la ciudad. Robert había ido en su propio coche una hora antes. Diana y Tommy, de tres años, murieron al instante, y Samantha, de cinco, pasó tres meses en coma. Robert estuvo sentado junto a su cama durante aquellos tres meses sin apartarse ni un momento, decidido a que sobreviviera, a pesar de que todo apuntaba a lo contrario. Las graves heridas que había sufrido dejaron a Samantha con una ligera cojera, una sensación imperfecta de equilibrio por el daño en la cabeza y un brazo izquierdo débil que ella sabía usar con eficacia, pero no con la fuerza del derecho. Teniendo en cuenta el estado en el que había quedado tras el accidente, su recuperación fue casi milagrosa. Los efectos del accidente hacían que su leve cojera siguiera presente trece años después, a los dieciocho, que en alguna ocasión perdiera el equilibrio y se cayera sin razón aparente y que tuviera un brazo más fuerte que el otro, cosa que no le afectaba. Como consecuencia de sus lesiones, su padre se volvió superprotector y vigilante con ella. Tras el accidente, en la vida de Samantha había prevalecido un afán constante por superar sus debilidades; se había resistido a que le supusieran un obstáculo con la misma energía con la que desafió a sus pocas posibilidades de supervivencia. A medida que fue creciendo, hizo todo lo que hacían las niñas de su edad y se negó a

permitir que los efectos remanentes del accidente le hicieran ir más lenta o la detuvieran.

Samantha tenía algunos recuerdos de su madre que atesoraba, pero nunca estaba del todo segura de si de verdad la recordaba o si había creado esos recuerdos a partir de las cosas que su padre le había contado durante los años siguientes. Por todo lo que él decía, era evidente que su madre había sido una persona extraordinaria, entregada, cariñosa, generosa, buena y dedicada a su marido y a sus hijos, con muchos talentos, una gran belleza y un infalible sentido del humor. Por desgracia, Samantha no tenía ningún recuerdo de su hermano, salvo las fotografías de su madre y su hermano que había repartidas por toda la casa.

Al igual que en Sam aún persistían las secuelas del accidente, en Robert también, pero de una forma mucho más profunda. Quería proteger a Sam eternamente de todo tipo de daño, accidente fortuito y malas personas. El corazón casi se le paraba cada vez que ella se caía. No conseguía acostumbrarse, aunque ella se había habituado en cuanto volvió a caminar de nuevo y, cuando se caía, se levantaba, se quitaba el polvo y seguía adelante. A él le parecía muy valiente. Nada la detenía ni la asustaba. Estaba dispuesta a probarlo todo y a emprender tareas difíciles ante las que otros que no tenían ninguna discapacidad se achicaban. Su cerebro funcionaba a la perfección aunque, al principio, los médicos habían temido que no fuese así. Había conseguido recuperarse de manera extraordinaria contra todo pronóstico. Y a pesar de las trágicas circunstancias del accidente, era una persona feliz y equilibrada y muy madura para su edad, lo cual no era de sorprender en vista de lo que había tenido que soportar. Era sensata y práctica en lo referente a sus lesiones.

A medida que fueron pasando los años, ella se ocupó de dirigir la casa de su padre con firmeza cuando era necesario pero con respeto hacia los empleados, que la adoraban. Había crecido rodeada de personas cariñosas y de su progenitor, que habría removido cielo y tierra por ella. Gracias a la fortuna de su padre, la suya no había sido nunca una vida de sacrificios, pero sí tuvo problemas físicos con los que había tenido que lidiar y superar, como su tendencia a tropezar de vez en cuando si estaba muy cansada, o incluso a caerse. Asistió a clases normales en el primer curso de Dalton y logró graduarse siete meses antes.

Diana había llenado la casa de flores cuando estaba viva y Robert continuó haciéndolo, con todos los colores que a ella le gustaban. Samantha había seguido con la misma costumbre y hacía traer arreglos elegantes acordes con la casa. Y a pesar de su tragedia, no era una casa triste, sobre todo, gracias a Sam, que había sido valiente y decidida desde muy pequeña.

En una ocasión había dirigido una sesión de espiritismo allí con la esperanza de poder contactar con su madre. Abandonó la idea unos meses después. Era feliz viviendo sola con su padre, rodeada de personas que trabajaban para él para que sus días fueran más fáciles. Lo único que no le gustaba de esa existencia eran las limitaciones, ya fueran impuestas por la propia vida o por aquellos que deseaban cuidarla, especialmente su padre. Su única batalla con él era cuando intentaba restringir sus actividades o protegerla de cualquier cosa que pudiera afectarle, física o emocionalmente. Sam quería tener una vida plena. Lo único que se lo impedía era su padre. Como había estado tan resguardada, era tímida. Incluso sin el accidente, la enorme fortuna de su padre la separaba de los demás

y la convertía en objeto de escrutinio y celos y, con frecuencia, de feos comentarios por parte de otras niñas de su edad a medida que fueron creciendo. La universidad le resultaba socialmente más fácil de lo que había sido el instituto. El anonimato le daba cierta sensación de libertad y estaba disfrutando de su primer año en la Universidad de Nueva York y su especialidad de Historia del arte. Mostraba la misma pasión que su madre por el arte. Había intentado persuadir a su padre para que la dejara quedarse en la residencia o incluso irse más lejos, pero este no se lo permitió.

Le encantaban sus clases en la Universidad de Nueva York, pero aún no había hecho amigos. Se había acostumbrado a moverse por el extenso campus. Seguía queriendo vivir en alguna residencia, pero a ese respecto su padre se mostraba inflexible. Insistía en que podía resultar peligroso para ella si se caía por unas escaleras de cemento. Jamás iba a dejar que volviera a tener una lesión en la cabeza. Quizá no tuviera la misma suerte la próxima vez. Pero incluso ahora que iba a la universidad, ella sentía como si siguiera en una burbuja. También su padre. A él le venía bien. Se refugiaba del mundo tras sus muros. Llevaba una vida social tranquila, había salido con varias mujeres desde la muerte de su mujer y siempre decía que Sam era la única mujer duradera que necesitaba. De vez en cuando, algunas mujeres llegaban y se iban, y él las mantenía alejadas de Sam. Ella no tenía por qué conocer sus romances y él jamás llevaba a casa a las mujeres con las que salía.

Había recibido la invitación para Samantha para el baile de Versalles. Era consciente de que ella necesitaba más cosas aparte de los estudios y su vida sin sobresaltos con su padre, que discurría entre la mansión en la ciudad y su finca en el campo. Necesitaba

también a gente joven. Y amigos, citas y romances. Tenía ya dieciocho años y era una chica preciosa. Su mayor temor era que se enamorara de un hombre que no la cuidara bien, pero no podía vivir eternamente como una monja, aunque nunca se quejara de ello. Samantha anhelaba una vida más grande.

La habían invitado para su presentación en sociedad en el Baile de Enfermería y en el de las Asambleas Estudiantiles de Nueva York las navidades pasadas, pero se había negado enseguida, por todas las razones que ambos conocían. Algunas de sus compañeras de clase de Dalton iban a hacer su puesta de largo; con ninguna de ellas había hecho amistad en la escuela. Sí había tenido una buena amiga en clase cuya familia se había mudado a Londres después de graduarse y, como Samantha no vivía en las residencias universitarias, le había costado conocer a gente en la Universidad de Nueva York. Veía universitarios que se juntaban en pequeños grupos en el centro de estudiantes, pero hasta ahora ninguno le había pedido que se uniera a ellos y sus andares algo vacilantes le daban, a veces, un aspecto extraño. No tenía la facilidad ni la confianza que parecían derrochar las demás chicas de su edad. Y la idea de bajar unas escaleras con un acompañante al que apenas conocía y la posibilidad de tropezar y rodar por ellas le hicieron rechazar la invitación de inmediato. Robert había mostrado una preocupación similar y no insistió. Pero era obvio que se había perdido lo que quizá hubiera sido una noche emocionante para ella. Se había negado a sí misma la oportunidad de conocer a otros jóvenes de su edad y puede que incluso de tener su primer romance.

Se le estaba concediendo una segunda oportunidad con el baile de Versalles y Robert se preguntaba si quizá las chicas europeas de su

edad serían más maduras e indulgentes con sus diferencias. La idea de exponerla de esa forma lo angustiaba y, al mismo tiempo, pensaba que debería intentarlo. Podría pasarlo de fábula, conocer a alguien maravilloso y hacer nuevas amistades. Incluso casarse con algún miembro de la realeza europea. Era del tipo de veladas que podían ser un sueño y en un entorno que haría que resultase aún más mágico. Diana había sentido un cariño especial por Francia tras sus dos años estudiando en la Beaux-Arts y tenía la sensación de que ella habría dado su aprobación. El evento no tenía ese matiz cerrado e incestuoso del ambiente de la alta sociedad neoyorquina. Un baile en Francia en un palacio magnífico parecía algo mucho más glamuroso y sofisticado, aunque sabía que Sam tendría los mismos temores también en París, con un acompañante al que nunca había visto antes.

Cuando llegara el momento, ojalá que no muy pronto, Robert sabía que sería necesario que apareciese un tipo de hombre especial que cuidara y protegiera a Sam. No iba a entregar a su hija a nadie hasta que estuviese seguro de que el futuro marido se encontrase a la altura. Todavía no había conocido a ese hombre, ni tampoco Sam. Había salido con algunos chicos de clase, pero nada serio. Era muy madura para su edad, lo que hacía que los chicos de su clase le parecieran tontos. Y lo último que Robert quería era que ella se mudara lejos de él, pero cuando leyó lo del baile en la carta de presentación, no fue capaz de privarla de algo que parecía el sueño de cualquier chica hecho realidad. La verdad es que si todo iba bien podría ser una experiencia de cuento de hadas y una fiesta inolvidable para su pequeña, si él reunía el valor para dejarla ir y si ella lo deseaba. No estaba seguro de que le agradara la idea ni de si

debería animarla a ir. Una parte de él quería evitarlo y la otra más noble deseaba animarla a hacerlo.

Seguía debatiéndose sobre qué decirle cuando Samantha entró en su estudio la tarde de Nochevieja antes de cenar. No tenía ningún plan para esa noche, ni ella tampoco. La iban a pasar juntos, como habían hecho cada año desde que ella fue lo bastante mayor como para cenar en el elegante comedor con él. Entrarían juntos en el nuevo año. Él la besaría en la mejilla a medianoche y la abrazaría, y después se irían a sus respectivas habitaciones, donde ella soñaría con el futuro y él recordaría las otras Nocheviejas que había compartido con su esposa durante diez inolvidables años. Aquellos años le habían sostenido desde entonces, además del amor por su hija.

Robert vestía de esmoquin, como en todas esas festividades, y Sam apareció en su estudio con un bonito vestido blanco y plateado de satén con una falda de vuelo cubierta de tul de Christian Dior que había comprado en Bergdorf Goodman, y llevaba también unos zapatitos planos plateados para no perder el equilibrio. En ciertas ocasiones se ponía tacón alto, pero no era habitual —suponían una invitación a un posible percance al que no quería arriesgarse para pasar una velada con su padre—. Su pelo era de un rojo tiziano claro y tenía ojos verdes y grandes, como los de su madre. Era una chica despampanante con una cintura de avispa que el vestido acentuaba. Robert sonrió nada más verla. Parecía un hada o una princesa.

—Qué guapa estás esta noche —dijo con admiración, y ella dio una vuelta entera para que él pudiera admirar también la parte de atrás del vestido. Le quedaba a la perfección y él se acordó de la invitación al baile.

Fueron juntos al comedor y se sentaron a la larga mesa de la elegante estancia, que seguía estando tal cual la había diseñado el tatarabuelo de Sam. Su casa era parecida a la mansión Frick, que quedaba a apenas unas manzanas al sur en la Quinta Avenida. Una de las herederas de Frick, una nieta soltera que ya era bastante anciana, seguía viviendo sola en la planta de arriba. Era el tipo de destino que Robert no deseaba que Samantha tuviera algún día. Quería que disfrutara de una vida plena con un marido y unos hijos, lo cual se dio cuenta de que jamás sucedería si seguía manteniéndola oculta y bajo su protección. Tendría que abrir algún día la puerta de la jaula de oro. Era demasiado hermosa como para desperdiciar su belleza solo con su padre. Los demás merecían verla también. Sam necesitaba la vida de una joven normal. Si la fortuna de Robert no hubiese sido tan inmensa, ella habría salido al mundo desde hacía tiempo con los de su clase y habría tenido su propio grupo de gente de su edad. Pero su estilo de vida le permitía permanecer oculta, por decisión propia o no.

Habían terminado el primer plato de cangrejos frescos cuando él sacó el tema del baile. Seguía sin estar seguro de qué pensar, si quería dejarla asistir al evento o no, pero ella tenía derecho a participar también en la decisión.

—Ayer recibí una interesante carta de París —comentó Robert a la vez que el mayordomo colocaba un faisán delante de ellos, ya que a Robert no le gustaba mucho el pavo. Y Henry, el mayordomo, sirvió también vino blanco en la copa de Sam. Con dieciocho años, su padre la consideraba lo bastante mayor como para beber vino en la cena.

—¿Vas a invertir en Francia, papá? —preguntó su hija. Ella sentía más inclinación por las inquietudes artísticas de su madre, pero también le resultaban interesantes los negocios de su padre y le gustaba saber de ellos.

Él sonrió ante la pregunta. Sam siempre quería mantenerse informada de lo que él hiciera y le hacía las preguntas pertinentes. Sus preguntas le salían del corazón y era muy inteligente. Algún día sería una buena esposa.

—No se trata de negocios. Es sobre ti.

—¿Sobre mí? No conozco a nadie en París.

—Yo tampoco. A lo mejor deberíamos hacer que eso cambiara.

—¿Quieres ir a Francia el verano que viene? —Normalmente pasaban el verano en Greenwich, pero ella ya había estado con él en Europa. Le encantaba ir de compras y visitar galerías de arte y museos. Le divertía viajar con él y su padre sabía mucho de arte. La madre de Sam lo había instruido en el tema.

—A lo mejor sí. Nos han invitado a un baile en Versalles —le explicó—. O siendo más exactos, te han invitado a ti, y a mí como agregado. Parece algo de mucha categoría. Es el primer baile de debutantes que va a celebrarse en Versalles y han invitado a cuarenta chicas estadounidenses para ser presentadas allí. Y tú eres una de ellas. —Pareció asombrada durante un momento, dejó de comer y lo miró fijamente.

—¿Por qué a mí? Yo no me he presentado en sociedad aquí, ¿cómo saben siquiera que existo?

—Esos comités tienen sus fuentes. Hablan con gente y averiguan quiénes podrían ser las posibles candidatas para una cosa así. No estoy seguro de qué criterio siguen, aparte de que sean

presuntamente de familias decentes y de clase alta en el caso de las estadounidenses, puesto que aquí no tenemos títulos nobiliarios y no pueden elegir a las chicas de ese modo, como harían en Inglaterra o Francia o en otros países europeos.

»Puede ser divertido —continuó—. Y mucho más glamuroso que los bailes de debutantes que has rechazado aquí. Cuentan con quinientos jóvenes distinguidos para ser elegidos como acompañantes. Te asignarían uno de ellos si fueras. Según parece, lo único que tienes que hacer es comprarte un vestido y aparecer allí. —Se lo resumió para que resultara menos abrumador. Había una parte de él que deseaba que su hija fuera, por su bien. Podía ser un paso importante y un honor para él, además del sueño de cualquier chica. No quería privarla de ello.

—Estoy segura de que será más que eso —dijo Sam en voz baja, jugueteando con su comida mientras lo pensaba.

—En realidad, no. Hay una especie de recepción el día de antes para presentar a las chicas a sus acompañantes. Y una merienda que ofrece el embajador estadounidense para recibir a las chicas americanas. Habrá doscientas cincuenta debutantes francesas y hasta cuarenta de Estados Unidos. Puedes mantenerte entre la multitud si te pones nerviosa. Y en el baile te presentan y ya está. Podrías conocer a europeos muy simpáticos si asistes —dijo con cautela.

—¿Quieres que vaya? —Parecía sorprendida. Normalmente, él la mantendría en casa, al calor del entorno en que se había criado, salvo por los estudios. Robert era un gran defensor de la formación y Sam una buena estudiante.

—Creo que deberías pensártelo. La verdad es que es un enorme cumplido. Alguien debe haber hablado muy bien de ti si te están invitando a presentarte en sociedad en Francia, en un evento de tanta categoría. No es algo que se deba despreciar. Y yo estaría allí esa noche, así que no te sentirías sola.

—No es eso lo que me preocupa, lo de sentirme sola en un baile. Podría ser divertido si no tengo que bajar unas escaleras y hacer una reverencia al final. No quiero tropezar y salir rodando para aterrizar de culo a los pies de las escaleras en lugar de hacer una inclinación —dijo mirándolo fijamente. Sabía que estaba preocupada, igual que él. Ese era el motivo por el que había declinado su presentación en el baile de Nueva York.

—Lo sé, Sam. Pero si tu acompañante es un chico decente, podrás decirle que te agarre bien. —Su padre lo había hecho muchas veces para evitar que se cayera cuando le fallaba el sentido del equilibrio. Ahora le pasaba menos que antes, pero seguía ocurriendo sin previo aviso.

—Y si él no habla lo bastante nuestro idioma como para entenderme y no se preocupa, haré historia en ese baile y saldré en los noticieros. «Una debutante de Nueva York se confunde, se resbala por las escaleras y termina despatarrada delante del comité de honor. ¡Que Dios bendiga América!». Quedaría como una absoluta idiota. —Y, a continuación, le sonrió—. Por cierto, ¿estás tratando de casarme para deshacerte de mí? Para eso son esos bailes. Todas esas chicas están buscando marido.

—Probablemente volverías a casa con un príncipe o, como poco, con un duque. Es mejor que lo que conseguirías aquí —respondió él con una carcajada—. Y no, no estoy tratando de deshacerme de ti.

Es lo último que deseo. Si te casaras con alguien de allí, me partiría el corazón. Tendría que mudarme al Ritz de París para poder verte todos los días. Simplemente he pensado que te resultaría divertido. Mereces mucho más que quedarte en Nochevieja con tu padre el resto de tu vida. Y, la verdad, creo que lo pasarías bien. Incluso habrá un espectáculo de luces y sonido en la presentación. Versalles son palabras mayores. Esto será un hito. Creo que deberías asistir. No te pierdas esa diversión, Sam. Y estaré contigo. —Seguía indeciso al respecto, pero lo deseaba para ella.

Sam guardó silencio un largo rato, dándole vueltas y, finalmente, lo miró. Aún tenía la mayor parte de su cena en el plato. La comida estaba deliciosa, preparada por su magnífica cocinera, pero ella estaba demasiado nerviosa como para probarla siquiera después de que su padre mencionara lo del baile. Se iba a sentir como una fracasada si no iba. No se había arrepentido lo más mínimo de no asistir a los bailes de puesta de largo de Nueva York, donde algunas de las chicas más malvadas de su colegio habían sido presentadas en sociedad. Pero esto sería con caras nuevas y el hecho de que se hiciera en Versalles parecía convertirlo en algo especial. Normalmente intentaba enfrentarse a todos los desafíos y, sin duda, este lo era.

—¿Qué crees que me diría mamá que hiciera? —le preguntó. Era un juego que practicaban a menudo cuando a ella le costaba tomar una decisión.

Él no vaciló, pues ya lo había pensado.

—Creo que te diría que fueras valiente y asistieras. No puedes estar conmigo toda la vida. Eres una joven adulta y tienes que salir al mundo a vivir aventuras, aunque den miedo. —Viajar a Versalles

para ser presentada en sociedad era mucho más abrumador que ir a la universidad, lo cual no le había dado ningún miedo, aunque su padre también mostró algunas reservas al respecto y se negó en redondo a permitir que viviera en las residencias universitarias, por mucho que ella se lo pidiera, y a que ingresara en alguna universidad fuera de Nueva York. Tenía que vivir en casa y había querido que se quedara en la ciudad. Sam le propuso solicitar plaza en Vassar y en Wellesley, buenas universidades femeninas pertenecientes a la Ivy League, pero él no lo había permitido. Quería que siguiera en casa, a su lado, donde sabía que estaría a salvo y protegida, y él se encontraría cerca para ayudarla con cualquier problema.

—¿Y si las demás chicas son malas? —le preguntó con voz de niña pequeña, y él sonrió.

—Si lo son, tú no hablas francés, así que no sabrás qué han dicho. —Lo único que les preocupaba a los dos era que ella perdiera el equilibrio y se cayera en un lugar muy público. Lo demás lo sabría afrontar sin problema, pero caerse en público sería humillante—. No puedes dejar que eso te detenga, Sam. Ni las chicas malas ni caerte. No dejes que tus miedos te priven de una maravillosa experiencia. Creo que deberías ir.

—Yo también lo creo. Suena emocionante. Da muchísimo miedo, pero deslumbra eso de hacer tu presentación en un palacio. —Miró a su padre a la vez que Henry colocaba el postre delante de ellos. Era el favorito de Samantha: suflé de chocolate con nata montada. Su padre lo tomaba con la salsa fina y ligera de vainilla que se le ponía *à l'anglaise*. Sam prefería la deliciosa nata montada de su cocinera. Sonrió a su padre—. Iré —dijo con un susurro.

Se sentía sin aliento después de decirlo. ¿Y si terminaba siendo un desastre? Pero si lo era, sabía que lo superaría. Había pasado por cosas peores antes, mucho peores.

—Pero no encuentres marido en el baile ni te cases de inmediato ni te mudes a Europa.

—No es por eso por lo que pienso ir, papá. —Él sabía que no era ese el motivo—. Voy a asistir por ti, para demostrarte que puedo.

—Y por ti —añadió él—. Y para divertirte.

—Y por mamá —dijo ella en voz baja, con lágrimas que hicieron que los ojos le relucieran. Sabía que su madre querría que lo hiciera y que fuera valiente. Su madre había sido lo bastante valiente como para estudiar y vivir en Francia durante dos años y llevar una sencilla vida de artista durante varios más en Nueva York, a pesar de que venía de una importante y acaudalada familia.

Eran las diez cuando acabaron de cenar y volvieron a la biblioteca. El fuego estaba encendido en la chimenea y las dos horas hasta la medianoche pasaron rápidamente mientras hablaban. Robert le sirvió una sola copa de champán y otra para él. Ya se había tomado una copa de vino blanco en la cena y no quería que se emborrachara.

La besó en la mejilla a medianoche y levantó su copa.

—Por la más bella del baile de Versalles —dijo con orgullo, sin hacer caso del vértigo que sentía por su niña.

Unos minutos después subieron a sus habitaciones para acostarse. Era un año nuevo lleno de aventuras. Para los dos, 1958 parecía ya que iba a ser prometedor.

4

El tiempo de Nueva York en febrero fue especialmente malo. Llovió durante buena parte del mes y nevó dos veces. Amelia pescó un mal resfriado y luego la gripe y volvió a casa para que su madre cuidara de ella, de modo que Jane se contagió. Las dos se quedaron en casa durante una semana sin ir a clase ni al trabajo, pero al menos estaban juntas. Les dio tiempo a avanzar en sus planes para el verano. Una noche, que estaban sentadas con sus albornoces en la sala de estar bebiendo unas tazas de sopa de pollo, Jane cogió un bolígrafo y un cuaderno y elaboró algunas listas. Todavía tenían que comprar el vestido de Amelia y Jane quería reservar pronto los billetes de avión para que fueran más baratos. Tomaron nota de todo lo que necesitaban, pasaron buena parte del tiempo durmiendo y Jane preparó más caldo de pollo para dárselo a su hija a intervalos regulares además de las vitaminas. Al llegar el fin de semana, las dos estaban mejor.

Amelia regresó a la residencia el domingo por la noche. Debía hacer un examen al día siguiente, y Jane volvió al trabajo el lunes por la mañana.

Tenía un mensaje de Phillip Parker, el director ejecutivo de la empresa, pidiéndole que se reuniera con él en su despacho a las once y ella deseó haberse puesto ropa más profesional para trabajar. Llevaba un pantalón de vestir y un jersey de lana gruesa, el pelo

recogido en una sencilla coleta y aspecto de cansada, pálida tras haber pasado una semana enferma. Guardaba unos zapatos de tacón alto en el armario de su despacho y se los puso antes de subir a verlo en lugar de hacerlo con el calzado plano con el que había ido a trabajar.

La secretaria del director le dijo a Jane que la estaba esperando y entró directamente en el despacho. Phillip sonrió al verla.

—Me han dicho que estuviste enferma toda la pasada semana —dijo—. Espero que te encuentres mejor.

—Lo estoy.

No estaba segura de por qué la había llamado a su despacho. Parker había sufrido un leve infarto en noviembre y se rumoreaba que podría jubilarse antes de lo previsto. En cualquier caso, ya había dicho que se iba a jubilar a finales de año y ya había comenzado la competición para ocupar su puesto. Jane era la siguiente en la lista y llevaba allí nueve años. Él había comentado en varias ocasiones que ella ascendería para convertirse en la directora editorial y ejecutiva. Supondría un enorme ascenso ocupar su puesto siendo mujer. Estaba casi segura de que lo conseguiría y que sería la primera mujer que dirigiría la empresa en su larga y respetable historia. Iba a ser un auténtico tributo personal y también implicaba que obtendría un gran aumento de sueldo, pues había un amplio desfase entre su actual salario y el de él. No había ningún otro candidato para el puesto y Phillip le había asegurado que daría la cara por ella. Se trataba de una empresa de capital privado propiedad de la misma familia durante los últimos setenta años.

Tenía la sospecha de que Phillip la había mandado subir para decirle que se iba a marchar antes de final de año y que se

preparara para mudarse a la planta de arriba. Iba a ser un cambio importante y muy esperado en su carrera. Era leal a la empresa, le encantaba su trabajo y llevaba años bregando con su sueldo. Había seguido allí los últimos años porque el esfuerzo económico iba a llegar a su fin cuando consiguiera el puesto de Phillip. Merecía la pena esperar, aunque fuera en unas condiciones nada ideales.

—Iba a reunirme contigo la semana pasada, Jane, pero te pusiste enferma. Quería avisarte debidamente de que va a haber algunos cambios que serán más rápidos de lo que me esperaba. —Era exactamente lo que ella había pensado. Él se iba a marchar antes y ella ocuparía su puesto muy pronto. Pero estaba lista. Se había estado preparando durante años para dar este paso. Phillip le había prometido, más o menos, que lo reemplazaría cuando se fuera. Llevaba diciéndoselo los últimos cinco años y no había nadie más en la empresa que estuviese a la altura. Phillip lo sabía tan bien como ella y las propietarias de la empresa también.

La editorial era propiedad de las tres hermanas Axelrod, que la habían heredado. Ahora tenían más de setenta años y ninguna de ellas había trabajado nunca en la empresa. La familia se limitaba a vivir de ella, de manera muy rentable, y tenían una fe ciega en Phillip Parker, que había trabajado allí durante veintinueve años y jamás las había decepcionado.

Se reunía con las hermanas dos veces al año para ponerlas al día de los planes vigentes. Las tres mujeres vivían en Chicago, Illinois, Grosse Pointe, Míchigan, y Santa Bárbara, California. Las tres eran ya viudas y la mayor iba a cumplir los ochenta años. Le gustaba reunirse con ellas y ver lo razonables e inteligentes que eran. Ninguno de sus hijos estaba interesado en la editorial y, gracias a

eso, Parker no había tenido nunca interferencias en su forma de dirigir la empresa y sus informes de ganancias y pérdidas hablaban bien de él.

Jane echó un vistazo por la habitación durante un momento mientras Phillip le hablaba, pensando en los cambios que quería hacer para alegrar su despacho. Era un poco deprimente, muy anticuado y absolutamente masculino, con paneles de madera oscura, cortinas de color vino tinto y moqueta gris oscura. Quería darle una nueva vida al espacio físico y a la empresa. Pensaba que a sus empleadas les estimularía tener una mujer en la dirección. Ella se había reunido con las propietarias en varias ocasiones y se llevaba bien con las tres. Les tenía respeto y valoraba lo inteligentes que eran. Supondría un considerable golpe de efecto tener a una mujer al frente de una gran empresa. El sector editorial era normalmente muy tradicional, así que este iba a ser un salto innovador hacia la modernización. Era justo lo que las mujeres del negocio querían. Con cuarenta y un años, para Jane suponía un enorme honor que consideraran que era digna de ese ascenso.

—Vamos a hacer algunos cambios importantes, Jane, antes de lo previsto, y deseo que estés informada y ponerte sobre aviso.

Jane podía oír el fuerte sonido de las agujas del reloj de la pared y supo que siempre recordaría ese sonido y lo asociaría con ese instante cuando se convirtiera en la primera directora ejecutiva de una editorial de gran reputación. Habían sido necesarios nueve años de dedicación y duro trabajo para llegar hasta ahí. Se había ganado cada minuto de lo que estaba a punto de pasar.

—Sabes el buen concepto que tengo de ti —continuó él mientras ella esperaba que su nariz no estuviera tan roja e hinchada como

hacía unas horas. Se había puesto muy poco maquillaje sin ser consciente de que este iba a ser un día trascendental en el que tendría que haber mostrado su mejor aspecto. Deseaba haber tenido alguna pista de que hoy iba a ser especial. Phillip tenía un gesto serio al hablar—. Llevo mucho tiempo convencido de que eras la persona adecuada para ocupar mi puesto cuando me marchara. Y resulta que me voy a ir antes de lo que en principio tenía planeado, después del pequeño episodio que sufrí hace tres meses. Voy a quedarme por aquí hasta junio, pero vamos a tener que actuar con más celeridad de lo previsto para poder irme dentro de cuatro meses. Mi médico cree que estoy tentando a la suerte mientras siga trabajando y Martha quiere que me quede en casa. Va a ser un gran cambio para mí también. —No parecía contento, pero sí resignado, y Jane sintió compasión por él.

—Te lo has ganado —dijo ella en voz baja—. Y Martha tiene razón. Deberíais tener más tiempo para disfrutar el uno del otro.

Phillip asintió.

—He recibido una noticia inesperada relativa a la empresa. No tenía ninguna duda de que tú podrías ocuparte de mi trabajo. De hecho, estoy seguro de ello. Pero por primera vez, las propietarias me han propuesto un candidato para mi puesto y están firmemente convencidas de que es la persona ideal. Es el hijo de su asesor financiero y tiene todas las credenciales y una impresionante trayectoria en el sector, en una editorial importante. Puede que lo conozcas, es Ted Barnes, formado en Yale y en la Escuela de Negocios de Harvard. Tiene cincuenta y dos años y es el único candidato que he conocido con el currículum y la personalidad adecuados para dirigir una empresa como esta. Las hermanas

Axelrod temen que tú encuentres resistencia siendo mujer y que, habiendo ocupado un puesto inferior en la editorial durante mucho tiempo, los empleados que estén por debajo de ti puedan no estar dispuestos a recibir órdenes de tu parte. Y las hermanas tienen algo de razón. Yo nunca lo había pensado porque sé lo buena que eres en tu trabajo y creo que también lo serías en el mío. Pero al traer a la empresa a alguien de fuera evitamos toda la política y los celos. Te supondría un obstáculo si tuvieses que enfrentarte a eso a la vez que intentas también hacer tu trabajo. Me reuní la semana pasada con Barnes y es el hombre idóneo para el puesto.

»Jane, no sabes cuánto lo lamento. Sé que estabas esperando sustituirme. Su máster en Harvard supone un gran impacto y ya ha dirigido una empresa más grande que la nuestra. Para él va a ser fácil. Y tiene diez años más de experiencia que tú. No puedo oponerme a los deseos de las propietarias. Creo que es el movimiento acertado para la empresa. Sé que para ti no es una buena noticia y yo tampoco me la esperaba. —Tenía una expresión seria y triste mientras se lo decía y ella se quedó mirándolo, impactada. Todavía podía oír el reloj detrás de él; sonaba como si su corazón estuviese latiendo en toda la habitación. Le acababan de decir que no iba a recibir el ascenso que llevaba años aguardando.

—¿Y qué pasa conmigo en todo esto? —dijo con voz entrecortada, tratando de mantener la compostura y una actitud profesional. El corazón y la mente se le habían disparado—. ¿Sigo como estoy? —le preguntó directamente. Todo su futuro estaba pendiente de un hilo, en la cuerda floja.

—Ted empieza la semana que viene. Tenemos cuatro meses para prepararlo para que ocupe el puesto y no podemos perder un

minuto. En teoría, tú podrías quedarte en tu puesto actual, claro, y se te da muy bien, pero creo que sería un error e incómodo para ti. Y no puedo garantizarte tu puesto una vez que llegue Ted. Querrá traer a algunos de su equipo y es evidente que tu puesto como número dos lo quiera ocupar con alguien. Tendría que trabajar muy pegado a ti y sabe que habías sido preseleccionada para el cargo que le acabamos de ofrecer a él. Yo creo que lo mejor para los dos es que no tengáis que enfrentaros a una situación así. Pensamos que tiene más sentido que te vayas antes de que llegue él. —Sus palabras sonaban para ella como una sentencia de muerte y lo miraba fijamente mientras trataba de dar sentido a lo que acababa de decir. No iba a conseguir el ascenso que llevaban años prometiéndole. No iba a ser la directora ejecutiva y editorial cuando él se fuera. Le habían dado el puesto a otra persona y quería que se fuera esa semana, antes de que llegara el hombre que había conseguido el trabajo. No la habían ascendido. La estaban despidiendo. Era como si le hubiesen atravesado el corazón con un sable.

—Te daremos tres meses de indemnización, por supuesto, para que tengas tiempo de encontrar otra cosa. —Lo dijo como si fuese un generoso regalo. Su actual sueldo no era maravilloso, pero podía arreglárselas para vivir con él, a duras penas, con todos los gastos que tenía y todo lo que intentaba hacer por Amelia. Pero con este repentino cambio, no había tenido tiempo para organizarse. Había que pagar la universidad, el mantenimiento de su apartamento y todos los gastos relacionados con una hija universitaria. Podía escatimar en ella misma, pero no quería hacerlo con Amelia. El gran aumento que pensaba que iba a lograr se había evaporado de

repente y, en su lugar, la habían despedido sin que hubiese hecho nada malo.

—Esto es muy repentino —le dijo a Phillip—. No me lo esperaba en absoluto. No he tenido tiempo para prepararme. Amelia está en la universidad y yo cargo sola con todo. Y puede que no me sea posible encontrar otro trabajo de este nivel tan rápido.

Él la miraba con gesto compasivo y ella podía ver lo incómodo que se sentía. Phillip sabía que la habían dejado malparada, pero no había nada que él pudiera hacer. Las propietarias lo habían obligado a aceptar un candidato como director ejecutivo y era una opción fuerte para el puesto. Phillip no le dijo a Jane que las propietarias se sentían incómodas teniendo a una mujer como directora ejecutiva. Resultaba demasiado moderno para ellas, tal y como le dijeron.

—Quizá sea capaz de conseguirte una indemnización de cuatro meses, pero eso es lo máximo que puedo hacer.

Nueve años y la promesa de nombrarla directora ejecutiva habían salido volando por la ventana, lo cual suponía un golpe profesional, una enorme decepción personal y un desastre económico para ella. Estaba tratando de asimilar la mala noticia y mostrarse lo más elegante posible. Siempre le había caído bien Phillip Parker, pero acababa de asestarle un fuerte puñetazo, y él lo sabía. Sentía como si la hubieran golpeado con un martillo de demolición.

—¿Cuándo quieres que me vaya? —le preguntó en voz baja, con toda la dignidad que fue capaz de mostrar.

—En cuanto te organices, a finales de esta semana. Puedes ponerme al día de lo que estés haciendo. Haremos el anuncio el día de tu marcha para que los empleados no tengan tiempo de montar

ningún revuelo. No espero que asistas a ninguna reunión el resto de la semana.

Y eso fue todo. Su trabajo había concluido. Y en algún lugar muy dentro de ella supo que no habrían prescindido de ella de este modo si hubiese sido un hombre. El nuevo director ejecutivo tenía un máster de Harvard y contra eso no podía competir, pero Jane sabía que podía dirigir la empresa igual de bien que él, y Phillip Parker también lo sabía. Pero sus jefas querían a su hombre en el puesto y su actual director ejecutivo no podía oponerse. Jane sabía que la habían traicionado y lo único que deseaba era irse a casa a llorar. ¿Qué iba a decirle a Amelia? ¿Debía contárselo ya o esperar a que encontrara otro trabajo? No quería asustarla, pero ella misma estaba aterrada.

Tendría que empezar a llamar a agencias de inmediato. Contaba con algunos ahorros, pero no suficientes para que le duraran toda la vida ni tampoco mucho tiempo. Debía pagar la educación de su hija. Habría que pedir un préstamo si no encontraba pronto un trabajo parecido. Su mente iba a toda velocidad mientras salía del despacho de Phillip y él le daba las gracias por el maravilloso trabajo que había realizado durante nueve años. Este se quedó mirando por la ventana con el ceño fruncido después de que ella saliera del despacho. Se sentía fatal por lo que acababa de hacer. Se daba cuenta ahora de que había sido demasiado ambicioso al tratar de poner a una mujer en su puesto. Las hermanas nunca se habían opuesto, pero habían encontrado un sustituto por su cuenta. Esperaba que a Jane le fuera bien. Era una mujer brillante y estupenda en su oficio. Se dijo que pronto encontraría otro trabajo magnífico. Pero su conciencia seguía carcomiéndolo cuando pensó en la expresión de su rostro.

Cuando Jane volvió a su despacho, pasó a toda prisa junto a su secretaria Hilary, que vio cómo Jane se iba a toda velocidad. Hilary había sido la secretaria de Jane durante los últimos seis años. Era una mujer eficiente de cincuenta y tantos años que llevaba toda la vida trabajando de secretaria y que nunca se había casado. Jane fue la primera mujer para la que había trabajado y, al principio, Hilary se sorprendió al ver lo autosuficiente y fácil que era Jane. Hilary estaba acostumbrada a ocuparse de asuntos personales de sus jefes masculinos, como recoger la ropa del tinte de vez en cuando, si eran solteros o sus mujeres no estaban en la ciudad. O la mandaban a ir corriendo a Brooks Brothers para que les comprara una camisa si tenían que salir rápidamente a una cena y no tenían tiempo de volver a casa para cambiarse. Jane nunca le pedía que le hiciera recados y se encargaba ella misma de sus asuntos personales, porque era una profesional consumada y una persona buena y considerada.

Hilary entró en el despacho tras ella con una expresión de preocupación.

—¿Te encuentras bien? Estás muy pálida.

—Creo que tengo fiebre otra vez —contestó Jane para disimular su confusión tras la reunión. Su mente iba a toda velocidad mientras trataba de recordar cuánto tenía actualmente en su cuenta de ahorros. Tenía letras y bonos del Tesoro y era propietaria del apartamento que Alfred le había dejado, por el cual pagaba muchos impuestos y gastos de mantenimiento cada mes. Sabía que siempre podría venderlo si necesitaba el dinero, a lo que también podría añadir algunas joyas.

—Si tienes fiebre, creo que deberías irte a casa —contestó Hilary con firmeza. De vez en cuando trataba de ejercer de madre con Jane, actitud que a su jefa le pareció un gesto dulce que no se esperaba.

—Creo que sí. No quiero contagiar a nadie —respondió Jane. Lo único que en realidad quería era salir ya del despacho y alejarse de ese edificio. Le costaba contener las lágrimas. Se puso el abrigo, se envolvió el cuello con su bufanda de lana, cogió el bolso y salió del despacho minutos después. Solo deseaba irse a casa y acurrucarse en la cama. Dio las gracias porque Amelia no estuviese allí. Habría sabido nada más ver a su madre que algo terrible pasaba. El tejado se había desplomado sobre toda su vida.

Jane iba casi corriendo al salir del edificio. Hacía frío y un viento glacial, pero no le importaba. Decidió recorrer a pie las veinte manzanas hasta casa para aclararse las ideas. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Cómo iba a explicarle a ninguna agencia que la habían despedido sin ningún motivo, que un hombre llamado Ted Barnes iba a ocupar el puesto de director ejecutivo de una editorial que llevaban años prometiéndole a ella y que ahora se había quedado sin trabajo?

Cuando llegó a su edificio, estaba helada. Tenía chapetas en las mejillas por el frío, pasó deprisa junto al portero, al que saludó con un movimiento de cabeza, y se metió en el ascensor hasta su apartamento. Sus pies estaban casi congelados. Se quitó los zapatos, el abrigo, la bufanda y los guantes, entró en su dormitorio y se metió en la cama. Su mundo se había derrumbado. Su trabajo de nueve años se había acabado. Estaba sin trabajo y tenía que mantener a Amelia sin nadie que la ayudara. Mientras la realidad la

iba inundando como un maremoto, se quedó tumbada en la cama al tiempo que empezaba por fin a sollozar. Y lloró hasta que sintió que se había quedado sin vida, y después se durmió.

Su salida de Axelrod y Baker fue todo lo rápida y pacífica que Phillip Parker pudo lograr. Jane regresó al trabajo el miércoles, cerró la puerta de su despacho nada más llegar y empezó a recoger sus cosas. Vació su mesa y dejó todas las carpetas perfectamente ordenadas. Elaboró una lista impecable de los proyectos pendientes y Hilary entró para ver qué estaba haciendo a mitad de la mañana.

—¿Qué haces? —preguntó Hilary, sorprendida al ver las pilas de carpetas sobre el escritorio.

—Me voy —contestó Jane en voz baja. Había pasado todo el día haciendo listas y planes de a quién llamar y contactar y calculando su situación económica.

—¿Te refieres a que te mudas arriba? ¿El señor Parker te va a dar ahora un despacho ahí? ¿Se marcha antes de lo previsto? —Hilary parecía emocionada. Por lo que ella sabía, Jane había salido victoriosa de una importante carrera empresarial, pero no era así. Había perdido. Todo.

—No, me voy yo —respondió Jane con una sonrisa cansada. No tenía sentido disimularlo. Pronto sabrían todos la historia que la dirección decidiera contarles para explicar la instantánea desaparición de Jane—. Me despidieron el lunes. Parker se va en junio y van a darle el puesto de director ejecutivo a otra persona con un máster en Harvard. Empieza el lunes. Y han decidido que tenerme aquí con él sería demasiado incómodo y que él querrá

traerse a su propio equipo. Así que me han despedido. Se supone que me voy el viernes pero, mientras tanto, no quiere que asista a las reuniones. Van a hacerme desaparecer discretamente para que todos se enteren cuando me haya ido. Con este montaje parece como si yo hubiese cometido algún delito terrible, pero no puedo hacer nada para cambiarlo. —Jane trataba de no parecer afectada, pero estaba profundamente dolida por lo sucedido y lo rápido que se habían deshecho de ella.

—Es horrible. —Hilary parecía rabiosa y también tenía lágrimas en los ojos. Le encantaba trabajar para Jane y no tenía ni idea de a quién la asignarían ahora cuando volviera al equipo de secretarias. Había ascendido de rango junto a Jane durante los últimos nueve años y siempre la había protegido y había sido amable con ella—. No te harían esto si fueses hombre —dijo con un susurro, y Jane se encogió de hombros y colocó otro montón de carpetas sobre el escritorio.

—A lo mejor sí. En el mundo empresarial no hay mucha compasión. Hacen lo que mejor les viene. —Hilary pareció preocuparse entonces.

—¿Estarás bien? Me refiero a… Amelia y todo lo demás…

Era un detalle por su parte preguntarlo. Jane no había pensado en otra cosa durante los últimos dos días. Su conclusión era que sí, si tenía un cuidado extremo, y encontraba un trabajo nuevo con un sueldo decente en un periodo de tiempo razonable. Phillip Parker le había prometido algo que al final no podría darle, pero encontraría un trabajo en algún sitio, quizá de un rango más bajo, como correctora de nuevo. En algún momento tendría que aceptar lo que hubiera y nadie iba a ofrecerle un puesto de directora ejecutiva. Se

daba cuenta ahora de que había estado sumida en un sueño imposible, tanto Phillip Parker como ella. Las tres hermanas propietarias de la empresa querían un hombre para ese puesto.

—Estaré bien —la tranquilizó Jane. No estaba segura de que fuera verdad, pero quería que lo fuera. Y se esforzaría por conseguirlo, por mucho que le costara. Hilary salió del despacho en ese instante y volvió con una humeante taza de café, tal y como a Jane le gustaba, con un chorrito de leche y sin azúcar.

—Voy a echarte de menos —dijo la secretaria. Jane sonrió, y a continuación, las lágrimas cayeron por las mejillas de Hilary. Estaba llorando por las dos. A pesar del entorno refinado, trabajaban en un mundo cruel en el que cualquiera podría ser desechada sin previo aviso. Como nunca se había casado, Hilary era muy cautelosa con eso porque era consciente de ello. Gastaba muy poco dinero, tenía un pequeño apartamento sin ascensor en el centro y ahorraba todo lo que podía de su sueldo. No quería verse incapaz de pagar su alquiler si se quedaba sin trabajo, y las secretarias eran fáciles de sustituir, igual que las editoras. Jane se preguntó si tendría que empezar de cero. Ahora todo era posible. Sentía como si sus días de gloria hubiesen llegado a su fin. Pero tenía que seguir pagando la universidad de Amelia. Había tanto sobre lo que pensar.

Hilary se secó los ojos y para última hora de la tarde, Jane había terminado de empaquetar y ordenar.

Phillip Parker se había preguntado si debía llamarla para asegurarse de que estaba bien. Había parecido destrozada cuando le dio la mala noticia. Sabía que nunca olvidaría esa expresión de su rostro, de impacto y traición. Pero él no podía hacer nada por cambiarlo. Las hermanas Axelrod habían tomado la decisión y Phillip

no era más que el mensajero. Querían a Ted Barnes dentro y a Jane fuera. Eran mujeres muy conservadoras y no les gustaba la idea de que una mujer ocupara el puesto de un hombre.

Al final de la jornada, Jane lo llamó. De repente, su despacho le parecía impersonal y vacío y había tres cajas con sus pertenencias en el suelo, junto a la puerta. Hilary iba a ayudarla a bajarlas después de que todos se fueran para ahorrarse la vergüenza de salir con las cajas mientras todos miraban.

—¿Hay algo que tenga que firmar antes de irme? —le preguntó, y a él le sorprendió la pregunta.

—Podemos hacerlo el viernes por la mañana —contestó.

—No tengo nada que hacer hasta entonces. Se han cancelado todas mis reuniones, supongo que porque tú has dicho que se haga así, y no tengo nada que aportar. He vaciado hoy mi despacho. —Su tono era neutro y frío. Era muy profesional y nunca mostraba sus emociones en el trabajo, lo cual era algo que respetaba de ella. Cualesquiera que fueran sus problemas personales, si los tenía, él nunca supo de ninguno en nueve años. Lo único que sabía de su vida privada era que se trataba de una viuda con una hija que, al parecer, estaba ahora en la universidad.

—Tengo intención de dar entusiastas referencias de ti si alguna potencial empresa nos llama.

—Es un bonito gesto de tu parte —contestó, y sonó como si lo dijera en serio, fuera verdad o no. Lo que él había hecho no era ningún gesto bonito. Le había prometido algo durante varios años que no podía cumplir y ella se preguntaba si lo había sabido antes y simplemente le había ofrecido el puesto de directora ejecutiva como anzuelo para que se esforzara más en el trabajo, como fue el caso.

Se había dedicado en cuerpo y alma al trabajo, al que había dedicado todo su tiempo libre, y le había dado a Axelrod y Baker más de lo que le pagaron durante todos esos nueve años, incluso antes de que Parker le prometiera el puesto de dirección.

—Diré a los del departamento jurídico que te envíen la documentación de la indemnización. Podemos enviarte el cheque por correo si no lo han preparado todavía. Quería mantener la discreción hasta el viernes. Pero si prefieres irte ya…

—Lo prefiero —contestó con calma. No iba a despedirse de nadie. Había que dar demasiadas explicaciones. Había visto con anterioridad la marcha de otros, quejándose, lanzando acusaciones y culpando a todos de que los echaran. Resultaba doloroso de presenciar. Ella prefería marcharse en silencio, con dignidad y elegancia. Phillip podría adornarlo como quisiera. Eso ya no cambiaría nada.

La documentación le llegó a su despacho en un sobre confidencial diez minutos después. La firmó y Hilary la llevó de vuelta al departamento jurídico. La empresa tenía a dos abogados a jornada completa para encargarse de contratos y disputas legales. Phillip no se acercó a despedirse de ella, lo cual fue un alivio.

A las seis, Hilary la ayudó a bajar sus cajas al vestíbulo y a la calle. Jane llamó a un taxi y metieron dentro todo. Jane se despidió con un abrazo de la secretaria.

—Seguimos en contacto —dijo esta con las lágrimas cayéndole por las mejillas.

—Sí. Cuídate, Hilary, y gracias —contestó Jane volviéndola a abrazar. Se metió en el taxi con las cajas y desapareció en dirección norte.

El jueves, Jane llamó a las agencias de empleo y concertó citas con tres de ellas. Estaba solicitando un puesto de ejecutiva en editoriales o en cualquier campo relacionado con ellas; no como directora ejecutiva, claro. Y estaba dispuesta a aceptar un puesto de editora jefe si no había ninguno disponible como directora.

—¿Qué le parece trabajar en una revista? —le preguntó uno de ellos.

—Mi primer trabajo fue en una revista hace diecinueve años. Estaría bien.

De hecho, puede que hasta fuera divertido. El ambiente en las editoriales era mucho más serio y riguroso. Las revistas eran más espontáneas y creativas. Estaba abierta a lo que hubiera disponible.

Esa tarde dio un largo paseo. Se le ocurrieron algunas ideas sobre cómo apuntalar su situación económica, cosas que podría vender. Y la editorial Axelrod y Baker iba a pagarle el salario completo hasta mediados de junio. Sus preocupaciones empezarían después y tenía tiempo de ponerles solución e incluso de empezar a trabajar antes si tenía suerte.

Amelia la llamó cuando llegó a casa. No tenía ni idea de lo que había sucedido esa semana y Jane no sabía cuándo contárselo. No quería preocuparla. Desde que nació, Jane la había protegido de preocupaciones y malas noticias cuanto le fue posible y no pensaba cargarla ahora con ellas. Quería que disfrutara de su juventud y de sus años de universidad. El mundo real ya vendría a su tiempo. Jane había dedicado toda su vida a proporcionar a su hija una vida dichosa y sin preocupaciones. Y eso no iba a cambiar ahora por haberse quedado sin trabajo. Con suerte, encontraría pronto otro

adecuado para ella. Tenía un buen currículum y Phillip le había prometido una entusiasta carta de referencia.

—¿Quieres que vayamos de compras este fin de semana? —le preguntó Amelia—. He terminado todos mis trabajos y tareas. A lo mejor podríamos buscar un vestido para Versalles.

—¿No quieres ponerte el que llevaste al Baile de Enfermería? —le preguntó Jane con un repentino pánico por el baile de Versalles. Lo había olvidado por completo con el drama del momento y la pérdida de su trabajo. Tendría que ver cómo pagar eso ahora. Billetes de ida y vuelta a París, el hotel, quizá un pequeño viaje en coche después y otro vestido de fiesta. Iba a ser un viaje caro, pero quizá una buena inversión para el futuro de Amelia. Deseaba que su hija tuviera una vida cómoda y segura. No quería que tuviera que pasar por lo que ella acababa de vivir, que alguien pudiera ponerle una zancadilla y dejarla asustada y sin trabajo sin previo aviso. Y comprarle un vestido nuevo formaba parte de esa inversión, una póliza de seguro para su futuro. Merecía la pena. De repente, el baile de Versalles había adquirido para Jane un nuevo significado, aunque su hija no lo supiera. Era una chica guapa y no había motivos para que no pudiera encontrar a su príncipe azul el próximo verano en París.

—Estaba pensando en algo majestuoso y elegante, digno de un palacio, y más veraniego; algo ligero —dijo Amelia con una risita—. Algo con aspecto como de Cenicienta, pero muy liviano y fresco, porque va a ser en verano. Mi vestido de puesta de largo es demasiado serio y pesado. Me moriría de calor con ese satén tan rígido. Con este quiero flotar —añadió. Se había ido animando el mes pasado, desde que su madre la había convencido de que asistiera. Ahora le emocionaba.

—Vale, ¿por qué no nos vemos el sábado por la mañana y vamos a todas las tiendas que tengan trajes de novia? Las novias que se casan en junio compran ahora sus vestidos, así que debe haber bastante donde elegir. —Jane sonrió al notar la emoción en la voz de su hija cuando hablaban de ello, la veía totalmente comprometida con el plan y con muchas ideas para el vestido.

Quedaron en verse en Bergdorf a las diez y media y pasar el día juntas con un almuerzo en el hotel Plaza tras su primera parada. Jane se quedó pensativa después de colgar e hizo números tratando de calcular cuánto le costaría el viaje y el vestido. El baile de Versalles estaba muy por encima de su presupuesto ahora que no tenía trabajo. Pero no iba a privar a Amelia de ir, por mucho que costara convertirlo en posible. Estaba decidida a buscar un modo de hacerlo realidad. Siempre lo encontraba. Había pasado toda la vida de Amelia compensándola por el padre que no tenía, manteniéndolas a las dos y guiándola durante toda su vida. Y Jane estaba dispuesta a volver a hacerlo y conseguir llevar a Amelia al baile de París, al precio que fuera.

A finales de febrero, Caroline Taylor pasó por todas las tiendas de Beverly Hills con su madre: Saks, Neiman Marcus, y Fred Heyman en Rodeo Drive. Fueron a los principales diseñadores y vieron algunos vestidos fabulosos. Betty compró un magnífico vestido de noche Halston para ella. Era rojo y le quedaba arrebatador. Y eligieron por fin un diseño de Óscar de la Renta para Caroline. Iba a estar preciosa con él. Era un vestido de novia pero resultaba perfecto para un baile en la corte de Luis XIV de París. Era un poco más atrevido

de lo que Betty habría elegido para ella, pero le sentaba bien y, con el aspecto inocente de Alicia en el País de las Maravillas que tenía Caroline y su espectacular figura podría sacarle partido.

Se habían divertido yendo a comprar sus vestidos y Betty disfrutó pasando el rato con su hija. Se iba a marchar en unos días para ir a rodar su última película en España e Italia. Josh la producía y dirigía y Gregory Peck y Cary Grant la protagonizaban con ella. Sospechaba que el comité del baile las había elegido para dar un mayor glamour internacional y encanto hollywoodiense al evento. No cumplían con el papel de aristócratas ni tenían títulos, pero pertenecían a la realeza de Hollywood, lo cual era aún mejor para atraer a la prensa y, con los vestidos que habían elegido, los medios que asistieran se centrarían en ellas. Bastaba el nombre de Betty para que eso sucediera.

Esta tenía que asistir a una última reunión en el estudio tras su último encuentro con el equipo de Óscar de la Renta para el vestido de Caroline, que se había ido en su pequeño Mercedes deportivo rojo en dirección a West Hollywood. Sabía que Adam ya estaría esperándola. Se había retrasado. Le habían medido cada centímetro de su cuerpo de forma meticulosa en el estudio de Óscar de la Renta en Los Ángeles. Su madre había llevado anteriormente vestidos de ese diseñador en sus películas.

Aparcó el coche delante de la casa de Adam y llamó al portero automático. Subió a toda velocidad las escaleras cuando él le abrió y saltó volando sobre sus brazos. Él la agarró y dio vueltas con ella, y después la llevó directa a su dormitorio y la dejó caer sobre la cama.

—¿Dónde te habías metido? Te estaba esperando. —Parecía un niño quisquilloso y ella se rio. Era adicta a su cuerpo, como Adam al

de ella, que no podía apartar sus manos de Caroline más de cinco minutos.

—Había quedado con mi madre. Se va esta semana y teníamos cosas que hacer. —No quería contarle todavía lo del baile de Versalles. No le iba a gustar la idea de que tuviese un acompañante que no fuera él en un evento importante—. Se van esta semana a rodar fuera. Estará tres meses en el extranjero —dijo con tono alegre mientras Adam le quitaba la ropa y la lanzaba por el aire. Un minuto después su precioso cuerpo yacía aguardándolo y lo recibió sin reparos. La espera había merecido la pena.

Felicity hizo corriendo la pista del MIT por tercera vez y casi se cayó al suelo después. Llevaba unos pantalones cortos de baloncesto de hombre y una sudadera del MIT. Hacía un frío helador, pero ella sudaba a mares. Le había prometido a su madre que haría esta vez un verdadero esfuerzo por perder algo de peso. Estaba haciendo dieta y corriendo dos veces por semana. Hasta ahora había sido una agonía, pero estaba segura de que el resultado final merecería la pena. Un cuerpo completamente nuevo para cuando volviera a Dallas.

Estaba muerta de hambre cuando regresó a su coche después de correr. Se detuvo en una tienda a comprar una ensalada de camino a su residencia. Y al entrar en la tienda la invadió un aroma irresistible. Estaban vendiendo pizza en porciones y olía de maravilla. Tenían de cuatro tipos: champiñones, salchicha, cuatro quesos y *deluxe*, que era una mezcla de todos ellos, con anchoas bajo petición. Se colocó

en la cola y el estudiante universitario que trabajaba en el mostrador de la tienda tomó su pedido con una sonrisa.

—Quiero una porción de cada, pero sin anchoas —dijo ella mirando hacia atrás como si pudiera encontrarse a su madre o a Araminta vigilándola, aunque haciendo cola tras ella solo había estudiantes a los que no les importaba en absoluto lo que pidiera. Pagó las cuatro porciones. Estaban calientes y sacó una de la caja cuando se metió en el coche y se la comió antes de volver a su habitación. Le pareció tan deliciosa que se devoró las otras tres nada más llegar y dejó la caja en el cubo de basura del baño. Tenía por costumbre deshacerse de las pruebas siempre que comía, pero nadie la veía ni la regañaba en la universidad. En Boston era una adulta y podía comer lo que se le antojara.

Se pesó en la báscula del baño después de ducharse a la mañana siguiente y la báscula tenía que estar mal. Ya había ido a correr dos veces esa semana y había sido muy cuidadosa salvo por la pizza de la noche anterior, pero eso no era justificación para lo que ponía la báscula. Había ganado casi dos kilos en tres días. Resultaba evidente que estaba desajustada y que el peso que marcaba no era el correcto.

Se vistió y salió para clase pensando de nuevo en la pizza. Pero qué narices. Para el baile quedaban cinco meses todavía. Tenía muchísimo tiempo para hacer dieta antes de eso. Su objetivo era perder once kilos para julio. Eso era solo poco más de dos kilos al mes. Podía hacerlo y la pizza era nutritiva. Compró café y un dónut en una cafetería próxima a la facultad para llevarlos a clase. Estaba demasiado cansada para correr esa noche. Pero se pasó a por más pizza y se la llevó a su habitación en lugar de ir a cenar. Su

compañera de cuarto no estaba, así que nadie la vio comérsela. Y Felicity se olvidó de ello nada más terminar.

5

Felicity quedó la segunda de su clase al terminar el semestre de primavera. La única sorpresa al respecto fue que no quedara la primera, que era su puesto habitual. Pero el MIT era más duro de lo que se había esperado y le había ido algo peor de lo acostumbrado en el examen trimestral tras sufrir un fuerte catarro. Había querido quedarse para los cursos de verano, pero no podía por culpa del dichoso baile de julio. No tenía nada que hacer en Dallas. Estaba planteándose buscar un trabajo durante un mes, solo para mantenerse ocupada y salir de casa. No quería estar con su hermana y sus amigas, en la piscina, con sus sofisticados trajes de baño con pareos a juego y gorros de flores. También barajaba la posibilidad de pedir trabajo en su heladería favorita de Dairy Queen. Le encantaban sus helados y, en el instituto, muchos de los chicos que conocía habían trabajado allí los veranos, claro que ahora estaban en la universidad y podían optar a mejores trabajos para ayudarse a pagar sus estudios y que quedasen bien después en sus currículums.

Las amigas de Araminta no habían ido a la universidad, así que su única ocupación consistía en ponerse guapas y frecuentar la peluquería. Felicity no tenía paciencia con ellas y no sabía cómo hablarles. No estaba al día sobre los nuevos maquillajes, tratamientos de belleza ni peinados y no le interesaba la moda. Casi

todo lo que había en su armario llevaba ahí desde el comienzo del instituto y ahora le quedaba demasiado pequeño. A duras penas lograba embutirse en algunas de esas prendas. Lo cierto es que la mayor parte del tiempo llevaba sudaderas y vaqueros o camisas grandes de hombre con vaqueros y mocasines en verano. «¡Vas muy de *West Side Story*!», había comentado Araminta el verano pasado. A Felicity no le importaba lo que pensara su hermana de ella, pero prefería no tener que escucharla. Habían visto el musical de *West Side Story* en Nueva York.

En casa, a nadie le importaba lo buenas que habían sido sus notas al final de su primer año en el MIT, salvo a su padre, pero veía también en sus ojos una expresión de anhelo, deseando que fuera más delgada, que vistiera mejor y se pareciera más a su hermana. Por el contrario, los padres de Felicity nunca deseaban que Araminta fuera más inteligente, como su hermana, sino que Felicity fuese más esbelta y guapa.

Trató de no pensar en el baile mientras preparaba las maletas para volver a casa. Tenía que vaciar su habitación para que le asignaran otra en otoño. No sabía todavía quién sería su nueva compañera. Lo sabría a lo largo del verano. No había entablado amistad hasta ahora con ninguna chica. Su compañera de habitación y ella apenas se veían, tenían clases y horarios diferentes y no compartían intereses comunes. Los únicos estudiantes con los que en realidad hablaba eran chicos de las clases donde tenían prácticas y ninguno de ellos le había pedido salir. No había tenido ni una cita en todo el año ni esperaba tenerla. Su madre decía que todo eso cambiaría cuando perdiera peso. Pero no quería tener que morirse de hambre para conseguir un novio. No era infeliz sola. Se mantenía

ocupada con sus estudios y lo cierto era que no le dejaban mucho tiempo para citas. O, al menos, eso era lo que se decía a sí misma y lo que había creído a lo largo de todo el instituto. La mayor parte del alumnado del MIT pertenecía a sororidades o fraternidades, aunque algunas habían cerrado recientemente tras desafortunados incidentes relacionados con el alcohol. De todos modos, a ella no la habían invitado a entrar en ninguna. Pero no le había afectado en absoluto. Le parecían unos tontos y, por lo que se rumoreaba, peligrosos.

Voló desde Boston hasta Dallas y llegó a última hora de la tarde de un viernes. Tras dejar todas sus maletas en su habitación, bajó a la cocina a comer algo. Le preguntó a Daisy, la asistenta, y esta le dijo que su madre había salido y su padre aún estaba en el trabajo. Felicity pudo ver a Araminta y su corte sentadas junto a la piscina. Eran seis o siete chicas y tres chicos que las admiraban. Los chicos tenían el pelo rapado y a ellas el pelo les llegaba hasta los hombros y lo llevaban con las puntas hacia afuera o muy cardado. Felicity llevaba el suyo recogido en una trenza que le caía por la espalda. No salió a la piscina a saludar a Araminta. Seguramente le haría algún comentario malicioso y Felicity ya echaba de menos la paz y el silencio de su residencia, en una habitación en la que nadie la molestaba. Su compañera y ella tenían una relación mínima. Felicity estaba de lo más feliz así y se iba a la biblioteca a estudiar cada vez que aparecían las amigas de su compañera y se quedaban allí.

Daisy le ofreció a Felicity prepararle un bocadillo y ella lo rechazó. «No hace falta, Daisy, gracias. Yo me prepararé algo. He comido en el avión». Esperó a que Daisy saliera de la cocina, cogió un bote grande de helado de menta con virutas de chocolate y una cuchara y

subió las escaleras hacia su habitación. Se lo comió mientras iba deshaciendo las maletas. Se lo acabó cuando guardaba el último par de vaqueros, escondió discretamente el envase en el baño y vio que su madre había comprado una báscula nueva. No iban a evitar el asunto mientras estuviese en casa y lo sabía. Había prometido perder entre once y dieciocho kilos para cuando volviese a casa y, por cómo le venía la ropa, sabía que ni siquiera había estado cerca. De hecho, estaba segura de que había ganado peso.

Dejó la cuchara en el lavabo, se quitó los vaqueros porque sabía que tenían que pesar, al menos, medio kilo, quizá uno, y se subió a la báscula. Ahora podría saber la mala noticia. Su madre sabía cuánto pesaba alguien con los ojos cerrados y a treinta metros de distancia.

Se subió a la báscula, cerró los ojos y esperó. No tuvo que esperar mucho. Una severa voz robótica dio la noticia de modo que todo el barrio pudiera oírla. No solo no había perdido los dieciocho kilos de los que había prometido desprenderse, sino que había ganado dos. Y ahora quedaban siete semanas para el baile. Para entonces, quizá podría perder cinco o siete si dejaba de comer del todo, pero era imposible que pudiese quitarse diez o quince para el baile; mucho menos, dieciocho. Y su madre lo vería en cuanto entrara por la puerta. Tenía una báscula dentro de su cabeza.

Felicity volvió a ponerse los vaqueros y bajó las escaleras hacia la cochera. Sacó su bicicleta y fue a ver al amigo que había sido su acompañante en el baile de las navidades pasadas. No lo había visto desde entonces. Rodeó la casa de Andy hasta la parte trasera para que nadie la viera y lanzó algunas piedras de tamaño mediano y gravilla a su ventana, esperando que hubiese vuelto a casa tras la

universidad. Apareció en la ventana un minuto después con el ceño fruncido.

—¡Vete de…! —empezó a gritar y, entonces, la vio—. Ah, eres tú. ¿Qué haces aquí? —Parecía alegrarse de verla.

—Lo mismo que tú —respondió ella con una sonrisa, encantada de ver a Andy—. En casa a pasar el verano. O hasta julio, al menos. Después vamos a ir a Francia y luego volveré a la universidad.

—Yo voy a ir a Nueva Zelanda. Mi padre ha comprado allí una cabaña de pescadores —dijo.

—Suena tremendamente aburrido —contestó ella, y él se rio. Felicity era como un soplo de aire fresco y no había en ella nada de falsedad, no como en tantas otras personas que conocían. Decía lo que se le pasara por la cabeza, como acababa de hacer.

Se lo explicó después de que él bajara y sacara su bicicleta.

—Mi verano también va a ser un fracaso. Me van a presentar en sociedad en un baile de debutantes en París el mes que viene. —Él la miró desconcertado.

—Yo creía que eso ya lo habíamos hecho. ¿No fue suficiente?

—No —contestó de manera concisa mientras avanzaban con sus bicis uno al lado del otro. No se habían comunicado desde la universidad, pero les resultaba fácil retomar su amistad donde la habían dejado.

—Tu baile de puesta de largo me había parecido bastante oficial —dijo él.

—A mí también. Pero este es en Versalles, en el palacio. Mis padres están de lo más emocionados. Araminta está ya preparando toda una lista de cosas desagradables que decirme la noche del baile. Yo me burlaré de ella y me pondré unos tapones en los oídos.

—Andy sonrió. Tenía que admitir que las cosas que su hermana le decía eran absolutamente malvadas, pero a Felicity parecía molestarle menos de lo habitual—. He pensado buscar trabajo en el Dairy Queen —continuó ella mientras iban en dirección a una cafetería que les gustaba y que solían frecuentar después del laboratorio de química en el instituto.

—¿Crees que tus padres te dejarán? —Para los padres de Felicity las apariencias eran lo más importante y no se imaginaba que se alegraran ante la noticia de que ella trabajara en el Dairy Queen, sobre todo en vista de la obsesión de su madre con el peso de Felicity—. ¿Y qué tal en el MIT? —indagó para cambiar de tema. En la cara de ella apareció una sonrisa cuando lo preguntó.

—Genial. Me encanta. Quería ir al curso de verano pero no he podido por culpa de ese estúpido baile. ¿Cuándo te vas a Nueva Zelanda? —Al menos tendría a alguien con quien hablar mientras estuviese en Dallas.

—Dentro de dos semanas.

Llegaron entonces a la cafetería, dejaron sus bicicletas, entraron, y los dos tomaron cerveza de raíz con helado de vainilla. Él era delgado y atlético y se podía permitir esas calorías. Ella no.

—Ojalá fueses conmigo al baile de París. Mi acompañante va a ser algún chico francés que no conozco y que probablemente no hable nuestro idioma. Después vamos a ir al sur de Francia.

Echaba ya de menos la universidad y solo llevaba unas horas en casa. Iba a ser un verano largo mientras esperaba hasta marcharse a Francia, la estancia en París y luego un par de semanas en el sur. Ni siquiera se había comprado todavía un vestido para el baile. Su madre había querido esperar a ver cuánto peso perdía. No le había

contado la verdad antes de su regreso al hogar, así que ahora tenía que enfrentarse a eso y a otro gran vestido blanco que hiciera que pareciera una carpa de circo. Dejó a Andy en su casa y se fue a la suya. En cuanto entró por la puerta, su madre, que estaba bajando las escaleras, la vio. Parecía a punto de ponerse a llorar y Araminta iba justo detrás de ella y se rio al ver a su hermana.

—¿Cuánto peso has ganado? —le preguntó Araminta con voz empalagosa.

—Dos kilos —contestó Felicity sin más, y fue a abrazar a su madre, que estaba tratando de no parecer tan molesta como se sentía.

—He pensado en ir mañana a Neiman a probarte vestidos —dijo Charlene—. Estoy segura de que encontraremos algo que te guste. —Intentaba emplear un tono neutro, como si no le diera importancia, pero sí que le importaba y Felicity supo que había vuelto a decepcionarla.

—Buena suerte —le susurró Araminta mientras pasaba por su lado y Felicity subía a su habitación. Lo único de lo que siempre podía estar segura cuando volvía a casa era de que nada había cambiado.

Jane tenía otra entrevista la primera semana de junio. Había ido a docenas de ellas en los últimos tres meses. La respuesta era siempre la misma: estaba demasiado cualificada para el puesto que ofrecían y estaban seguros de que se aburriría y no permanecería en un trabajo que quedaba por debajo de su nivel. Y no querían pagarle lo que ganaba antes por un nuevo y humilde puesto de secretaria. Habían hecho falta nueve años de ascenso en Axelrod y Baker para

llegar al lugar en el que estaba cuando la echaron y ahora partía de nuevo desde cero. Y nadie le daba una oportunidad.

Había almorzado varias veces con Hilary, que seguía triste porque hubiesen obligado a Jane a marcharse. El nuevo director ejecutivo había contratado a un hombre para que ocupara su puesto. Phillip Parker se iba a finales de junio y Hilary le contó que el nuevo director ejecutivo y él no se llevaban bien, pero eso ya no era problema de Jane. El único problema real que tenía era mantenerse a flote hasta que encontrara un trabajo. Había tenido que contarle a Amelia que había dejado la editorial, pero no que la habían echado. Se quedaba sentada por las noches repasando una vez más su situación económica. Había creído que para entonces tendría un trabajo, pero no era así, y el dinero empezaba a escasear de manera peligrosa. Acababa de pagar la matrícula del segundo año de Amelia en Barnard y le preocupaba no tener suficiente dinero para asumir el coste del viaje. Ya había comprado los billetes en Pan Am. A mediados de junio hizo algo que había esperado evitar. Había estado investigando y le habían dado el nombre de una empresa que supuestamente era tan justa como discreta.

Tomó un taxi para ir allí una mañana después de que Amelia saliera del apartamento para pasar el día con sus amigas. Iban a jugar al tenis en el Town Tennis Club de Sutton Place. Jugaba con algunas de sus viejas amigas de Chapin y les había contado lo del baile de Versalles. Les parecía un sueño hecho realidad. Y el vestido que Jane había comprado hacía que pareciera una princesa de cuento. Iban a llevar el vestido con ellas en el avión en una enorme caja de madera que habían hecho especialmente para ello, de modo que no sufriera ningún daño en la bodega.

El joyero con el que se iba a reunir Jane tenía una oficina en un edificio de la calle Cuarenta y siete Oeste. Compraba y vendía propiedades y joyas de personas que necesitaban vender sus pertenencias. Alfred le había dejado muy pocas joyas de su madre. Había vendido la mayoría antes de morir, cuando necesitó dinero para pagar sus deudas del juego, pero le quedaban algunas que estaba guardando para Amelia y se había puesto una de ellas para esa reunión. Era una elegante sortija con una esmeralda que el padre de Alfred había comprado en Cartier para regalárselo a su mujer por su aniversario, pero ahora serviría para el objetivo de Jane.

Cuando se reunió con el joyero, que tenía más aspecto de banquero que de joyero, se la quitó del dedo y se la entregó. La dejó en el escritorio un momento y él sacó una lupa de su bolsillo y la examinó mientras Jane lo miraba, sintiéndose culpable por lo que estaba a punto de hacer. Tenía un juego muy elegante de zafiros compuesto de pulsera, anillo, collar y pendientes que también había pertenecido a su suegra y lo guardaba para dárselo algún día a Amelia como regalo de bodas. Su madre no había tenido ninguna joya de especial valor. No le interesaban, salvo el collar de perlas que Jane se ponía todos los días.

—La piedra es muy buena —dijo el joyero educadamente—. Es una joya preciosa. ¿Cuánto había pensado usted, señora Alexander?

—No lo sé —contestó con voz abatida. No quería decirle que se estaba quedando sin dinero y que llevaba cuatro meses sin trabajo, que tenía una hija en la universidad y un caro viaje a Europa que debía pagar, pero que el futuro de Amelia podría depender de ello si conocía al hombre adecuado y se enamoraba.

Él le dijo una cantidad que la sorprendió. El valor de la joya era mucho mayor que el que se había esperado. El joyero iba a perder su margen y no iba a sacar ningún beneficio de ello. Pero, por una vez, podía permitírselo. Había visto con anterioridad a mujeres como ella, sin nadie a quien acudir y nada que pudieran hacer salvo vender lo que tenían para sobrevivir. Exudaba desesperación por los poros, aunque aparentaba serenidad y elegancia allí sentada, esperando su veredicto. Él sabía lo mucho que había en juego sin necesidad de que ella se lo explicara. Le ahorró la humillación de hacerlo. Era un hombre decente y dirigía un negocio honrado. No había necesidad de añadir un castigo a la lamentable situación que estuviese sufriendo.

—Es una cantidad considerable —contestó ella, agradecida. No hizo ningún intento de regatear con él. No se habría atrevido, y el dinero que le había ofrecido le permitiría apartar para otro año de universidad de Amelia, además del que acababa de pagar, y cubrir los gastos del apartamento durante varios meses. El viaje a Europa no sería ya ningún problema. Podría pagarlo fácilmente sin tener que preocuparse. No lamentaba ya vender la esmeralda. Le estaba salvando la vida. Era mejor que guardarla bajo llave en casa. De todos modos, solo se la ponía en ocasiones muy especiales. Y ahora no tenía que asistir a ninguna que no fuera el baile de Versalles.

El joyero le extendió un cheque que a Jane le parecía una fortuna mientras lo doblaba y lo guardaba en un bolsillo interno del bolso. Parecía aliviada mientras le estrechaba la mano antes de marcharse y él se alegró al ver su expresión de alivio. Parecía una mujer agradable y sintió pena por ella. Las personas así siempre parecían muy asustadas cuando acudían a él, al ver que sus mundos se

estaban resquebrajando. La sortija era buena. Podría venderla bien, aunque con menos beneficio ahora, un sacrificio que estaba dispuesto a hacer de vez en cuando.

Jane salió de la oficina y llegó a la calle sintiendo como si le hubiesen quitado un enorme peso de encima. Ahora iban a estar bien durante muchos meses y podría pagar los estudios de Amelia de los próximos dos años, incluido el que Jane acababa de pagar. También podría aguantar hasta conseguir un buen trabajo. No tenía ni idea de cuánto tiempo tardaría, pero algo encontraría. Mientras tanto, irían a París para el baile de Versalles y, con un poco de suerte, Amelia conocería al hombre de sus sueños, de buena familia, que cuidaría de ella, y Jane no tendría que preocuparse más por su hija. El amable joyero de la calle Cuarenta y siete le había salvado la vida.

Robert Walker desayunó con su hija esa mañana. Estaban sentados en el pequeño jardín resguardado, disfrutando del sol. Normalmente pasaban en Greenwich los fines de semana, pero Samantha tenía algunos recados que hacer, cosas que todavía necesitaba para París. Quería buscar los zapatos planos de satén blanco con hebillas de pedrería para ponérselos con el vestido. No deseaba arriesgarse a llevar tacones para una ocasión así.

Robert tenía esa mañana una llamada importante de Japón. Les resultaba raro quedarse un fin de semana en la ciudad. Samantha había terminado las clases del semestre y hacía un precioso día de junio. Iban a pasar unas semanas en el campo antes de salir para la capital francesa.

—¿Lo tienes todo listo para París? —Le sonrió él y ella asintió.

—Casi, todavía me faltan los zapatos. Voy a llevar zapatos planos para no caerme de cabeza por las escaleras —dijo con toda naturalidad.

—No te vas a caer —respondió él con ternura.

—Podría pasar. Prefiero no hacerlo delante de trescientas debutantes y unos novecientos invitados más, incluidos los padres. Los zapatos planos son más seguros.

—Tenemos que ensayar el baile —dijo él mientras acababan de desayunar.

—No puedo bailar. Al menos con alguien que no conozca. Si pierdo el equilibrio, va a pensar que estoy borracha.

—No va a pasar nada —la tranquilizó él, como hacía siempre—. Ya has bailado antes conmigo.

—Eso es porque eres tú —contestó ella—. Me sujetas si tropiezo. En mi cabeza lo tengo claro, pero a veces mis pies no me escuchan y hacen lo que quieren. —Él esperaba que tuviera un buen acompañante, pero eso era imposible saberlo, y no quería avergonzarla advirtiendo al comité del baile que podría necesitar ayuda. No le habría gustado nada. Pero, como fuera, Sam siempre sabía arreglárselas y si algo salía mal se enfrentaba a ello con gracia. Había sufrido alguna caída en situaciones embarazosas y las había manejado con elegancia.

—Practicaremos antes del baile —dijo él, y ella vaciló. No siempre podía protegerla de cada situación por mucho que quisiera.

Su hija salió de casa unos minutos después, recorrió todas sus tiendas favoritas y encontró en Saks lo que quería. Sus nuevos zapatos eran perfectos, de seda blanca como el vestido, con varias

piedras de diamante falso. Parecían unos zapatos de ángel. Tenían un tacón diminuto que le pareció que podía permitirse. Y compró un par de zapatos planos de satén por si acaso. Regresó a casa a última hora de la tarde y su padre seguía aún con su llamada. Telefoneó a algunas amigas de clase y quedó en ir a ver una película y verse con ellas en un cine.

—¿Qué vas a hacer esta noche? —preguntó su padre después de su llamada. Cuando ella le contestó, le siguió preguntando—: ¿Quieres que te lleve? —Estaba preocupado.

—No, papá. No pasa nada. No me puedes proteger siempre. Si tropiezo, me caigo o pierdo el equilibrio, me levantaré. Sé cómo apañármelas. —A veces, le frustraba que él la cuidara con tanto celo y tan constantemente. La trataba como si fuese una figurita de cristal. Ella era lo único que le quedaba tras perder a su madre y a su hermano. Durante los últimos catorce años la había estado resguardando de todos los peligros que pudieran acecharla—. No puedes estar ahí siempre, papá. —Aunque sabía que eso era lo que él quería. Sus intenciones eran buenas, pero a veces la agobiaba.

—No quiero que te pase nada. No podría soportarlo.

—Sí que podrías. Y no me va a pasar nada. Estoy bien, papá. Sé cómo apañármelas y ya no pierdo el equilibrio con mucha frecuencia. —No era más que un efecto residual del accidente y sabía arreglárselas. Él lo sabía pero, de todos modos, le preocupaba. Y también que sus amigas no cuidaran de ella si pasaba algo en el cine. ¿Y si se caía por una escalera mecánica? La simple idea lo ponía enfermo.

Sam salió de casa poco después y él se quedó sentado en su estudio pensando en ella. Su hija era el amor de su vida, su tesoro,

y quería estar siempre a su lado para protegerla. Deseaba que el baile saliera a la perfección. Pero la vida no era perfecta y no siempre puedes proteger a tus seres queridos. Había aprendido la lección de una forma cruel, catorce años antes. Sam acababa de cumplir ahora diecinueve.

Era la última semana de junio y Caroline le había contado a Adam lo del baile unas semanas antes. Le explicó que el comité del baile había elegido e invitado a los acompañantes y que no permitían a ninguna escoger al suyo. Querían estar completamente seguros de quiénes eran los acompañantes y no habría excepciones ni nuevas incorporaciones.

Adam se mostraba normalmente celoso y así había sido durante el año pasado. Se sorprendió cuando no protestó por lo del baile de París. Se mostró de lo más relajado al respecto y también con su plan posterior de tres semanas de vacaciones en el sur de Francia con sus padres. Ella estaba intentando convencerlos de que la dejaran volver antes a casa, pero hasta ahora no habían aceptado. Los dos habían estado tres meses rodando fuera, lo cual había supuesto un paraíso para Adam y Caroline. Ella había pasado varias noches con él y apenas había aparecido por clase en la USC. Corría el peligro de suspender, pero no le importaba siempre que pudiera estar con él. Pero ahora sus padres querían pasar un tiempo con ella y tres semanas en el sur después del baile les parecía perfecto. Todavía no sospechaban nada de su aventura con Adam ni de lo seria que era. Él incluso había insinuado casarse en varias ocasiones, aunque últimamente había aparcado el tema. Se estaba preparando

para rodar una película y se hallaba concentrado en aprenderse el guion. Caroline le había ayudado a ensayar sus escenas y se le daba bien. Para ella todo aquello resultaba familiar.

Les había contado a sus padres que iba a pasar la noche en casa de una amiga y cuando llegó al apartamento de él, su expresión era de triunfo.

—Soy tuya todo el fin de semana —le dijo, y, juguetona, empezó a desabrocharle la camisa, pero él la detuvo.

—Tengo que madrugar mañana para una reunión —le dijo sin más.

—¿En fin de semana?

—Debo ensayar con el reparto. Mañana era el único día que tres de ellos podían ir —le explicó. Ella no le creyó. Parecía raro cuando lo dijo y era la primera vez en un año que rechazaba el sexo. Por fin, lo sedujo hasta conseguirlo, pero algo había cambiado. Podía notarlo. Fue superficial y rápido.

—¿Estás enfadado conmigo por lo del baile de París? —le preguntó ella después. Su novio estaba tumbado a su lado pero parecía lejos, distante, algo distraído, como si estuviese pensando en otra cosa y no en ella.

—Para nada. Creo que va a ser divertido para ti. Y no tienes que volver antes por mi culpa. Para esas fechas estaré con la preproducción y va a ser intensa.

—Por eso quiero volver antes, para que podamos pasar unos días juntos antes de que empieces. —Pero sus padres seguían sin permitírselo de todos modos y estaban siendo muy tercos. Ella también.

Entonces él se levantó de la cama y no se quedó con ella y, unos minutos después, le dio su ropa.

—Necesito un poco de espacio esta noche, cariño. —Ella notó cómo el pánico la invadía. Nunca le había dicho nada así ni la había enviado a casa. Normalmente, le suplicaba que se quedara.

—¿Pasa algo?

—No, es solo la película. Tengo que empezar a trabajar con el guion. —Ella sabía por sus padres cómo eran los preparativos de las películas y todavía era pronto. Se vistió despacio y se quedó mirándolo. Algo había cambiado.

Se sentía triste mientras se vestía, preguntándose si sería por el baile y él no quería admitirlo. Entendía que cuatro semanas alejados era demasiado. Pero no podía decirles a sus padres que quería volver por él. No tenían ni idea de que formara parte de la vida de Caroline.

—¿A qué hora mañana? —le preguntó a Adam mientras se inclinaba para besarlo. Estaba sentado en el sofá, desnudo, con una copa de vino. No le había ofrecido una y era evidente que quería que se fuera. No parecía enfadado, solo desconectado de ella, lo cual era peor.

—Mejor vamos hablando. Quiero pasar un rato con el resto del reparto. Quizá decidamos salir por ahí juntos.

Caroline no dijo nada. Quería llorar. Se limitó a sonreír y a besarlo en el cuello. Los labios de él rozaron los de ella un instante y se quedó mirándola al salir. Esperaba ingenuamente que la detuviera, que le pidiera que se quedara, pero no lo hizo. Se quedó en silencio, atractivo e irresistible, cuando ella cerró la puerta. Apenas podía contener las lágrimas mientras bajaba a toda velocidad las escaleras

hacia su coche. Estaba sollozando cuando encendió el motor y se alejó.

Estaba a medio camino de su casa cuando decidió detenerse en una tienda para comprar un paquete de cigarrillos. Normalmente no fumaba, pero ahora le apetecía. No sabía qué hacer; no sabía por qué, de repente, él parecía tan distante. Compró un paquete de Marlboro rojo y estaba esperando en el mostrador de la caja para pagar cuando vio un estante de revistas y creyó que el corazón se le detenía. Adam estaba en la portada besando a Fay Mallon, la joven actriz que iba a coprotagonizar con él su nueva película. Era la nueva y guapa estrella en ciernes de Hollywood y Adam había reaccionado con indiferencia cuando Caroline se lo comentó tras ser elegida para el papel. Dijo que no le interesaba, que no le había parecido tan guapa cuando la conoció y que, de todos modos, ella tenía novio. Caroline se quedó mirando la revista hasta que llegó su turno en la cola. Compró un ejemplar y los cigarros, y fue corriendo a su coche para leer el artículo. Decía que eran pareja y había varias fotografías más de ellos en el interior, una en un restaurante, dos en la calle y otra en una playa cercana a Los Ángeles, y se estaban besando en cada foto. Caroline sintió cómo la rabia y el pánico se adueñaban de ella. Lanzó la revista al asiento del pasajero y volvió con el coche al apartamento de Adam. Quería saber qué estaba pasando.

Dejó aparcado el coche de cualquier manera y subió corriendo las escaleras. Tenía la llave del apartamento y la utilizó. No había estado fuera mucho tiempo, quizá veinte minutos. Tenía una visión directa del dormitorio desde la puerta y la chica que salía en la revista con él estaba ya en su cama mientras Caroline los miraba horrorizada e iba en dirección a la habitación, cegada por el dolor y el impacto.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó a su hasta entonces pareja, y Adam dejó de mirar a la chica, que se apartó de él cubriéndose con la sábana. No pronunció una palabra y Caroline pudo ver que tenía una enorme erección.

—Estoy haciendo lo que parece, Caro. Oye, lo siento, hemos terminado. Yo ya me cansé hace un tiempo. Creía que todo concluiría de una forma natural cuando te fueras a Francia. Lo hemos pasado bien, pero ya se ha acabado. —Sus ojos la miraban fríos. Caroline creía que iba a desmayarse o vomitar—. Ahora tienes que irte.

Ciertamente no había otra cosa que pudiera hacer. No se dirigió en ningún momento a la chica que estaba en la cama. No era culpa de ella, sino de él. Caroline lo tenía claro. Y Fay Mallon suponía un paso más en su carrera. Caroline no era más que la hija de una estrella, mientras que Fay Mallon lo sería. El revuelo de estar con ella iba a suponer una buena publicidad para él. Caroline no era más que una cría.

—¿Eso es todo? ¿Así es como lo haces? ¿Afuera lo viejo y que entre lo nuevo? Ni siquiera has tenido la decencia de romper antes conmigo —le espetó Caroline con voz chillona. Estaba temblando por la crueldad de la situación.

—Te enviaré tus cosas, Caroline. Ahora vete. Esta no es ya tu casa. —Parecía esculpido en piedra mientras lo decía.

—Supongo que nunca lo ha sido —respondió ella con tristeza, y le lanzó una mirada larga e intensa antes de salir de la habitación. Era la primera vez que saboreaba la realidad hollywoodiense—. ¿Sabe ella que me has hecho el amor hace una hora o no le importa? —

Caroline miró entonces a la chica, que se encogió de hombros y miró a Adam.

—¡Vete! —Señaló hacia la puerta de su apartamento y, mareada, Caroline se dio la vuelta y se marchó con un portazo al salir después de tirar la llave al suelo. Le temblaba todo el cuerpo mientras bajaba torpemente las escaleras. Era la peor escena que había presenciado, como si fuese de una película barata.

Le ponía enferma pensar en lo que estaba haciendo ahora con Fay Mallon. No le había dejado nada a la imaginación. Y no le importaba el daño que le había hecho a Caroline. Se había hartado y la había despachado, como si fuese basura. Se sabe que los actores se acuestan con sus coprotagonistas, pero Caroline había creído que lo que sentían el uno por el otro era real. Al parecer, no. Adam solo estaba pasando el rato entre una película y otra, y ella le había sido útil. Fay Mallon lo era aún más. Caroline había pasado un año a su disposición y pendiente de sus llamadas. Se sentía como una verdadera idiota. Lo peor era que lo había amado de verdad, y todavía lo amaba, y le destrozaba saber lo que estaba haciendo con su nueva novia.

Caroline se quedó toda esa noche en la cama, fumando y llorando. No durmió y por la mañana, lo llamó. Él no contestó. No sabía si habría salido o sencillamente se negaba a hablar con ella. No pudo localizarlo en todo el fin de semana y al llegar el lunes estaba frenética. Parecía enferma y, cuando no bajó a desayunar, su madre fue a ver qué le pasaba y se sorprendió al ver lo demacrada que estaba.

—¿Estás enferma?

—Sí, tengo la gripe. He estado mala toda la semana.

—Ay, pobrecita. Deberías haber llamado y habríamos venido a casa desde Santa Bárbara. Estábamos de relax y yendo al Casino Coral a tomar el sol. ¿Tienes fiebre?

Su madre se acercó a comprobarlo y le dijo que no tenía, pero estaba ojerosa y su aspecto era incluso peor de lo que se sentía, lo cual resultaba difícil de imaginar. Le era imposible ponerse en contacto con Adam. No respondía al teléfono y no iba a ir hasta allí para suplicarle que hablara con ella. Había dicho que habían terminado y había sacado a Caroline de su vida. Ahora estaría con Fay el tiempo que duraran. La joven estaba destrozada. Era lo más doloroso que le había pasado nunca y la primera vez que probaba el sabor amargo de la vida adulta en un mundo duro y narcisista.

Betty le llevó un puñado de vitaminas y le dijo que se las tomara.

—Salimos para París dentro de diez días. Tienes que estar en plena forma. Si mañana no te encuentras mejor, llamaré al médico. A lo mejor necesitas una inyección de B12. Pero, por ahora, métete en la cama y quédate ahí —le ordenó, y Caroline se sintió aliviada al hacerlo. No quería ver a nadie ni ir a ningún sitio. Era más fácil fingirse enferma. Se sentía fatal. Lo único en lo que podía pensar era en Adam y en lo que estaba haciendo con Fay Mallon.

Caroline estaba obsesionada con él, como lo había estado durante un año. Había sido una forma terrible de terminar su relación. La peor que ella se podía imaginar. Era incapaz de sacarse la imagen de la cabeza: su coprotagonista en la cama con él, a punto de hacerle el amor, una hora o menos después de que ellos hubiesen hecho lo mismo. Y ahora la había echado, la había abandonado. Se preguntaba cuánto tiempo habría seguido con esa farsa si ella no

hubiese visto la revista y lo hubiese descubierto. Probablemente hasta que se marchara a Europa.

No quería salir. Temía encontrarse con él y, al mismo tiempo, lo deseaba. Quería verlo, abrazarlo y tocarlo de nuevo, pero él ya no era suyo. Ahora pertenecía a otra y ella no era de nadie. Nunca en su vida se había sentido tan sola y destrozada. Su mundo seguro e inocente se había hecho añicos a su alrededor.

La carta de la USC llegó mientras languidecía en la cama. En ella le decían que como consecuencia de sus faltas de asistencia, sin haber entregado todavía la mayoría de los trabajos y habiendo faltado a dos exámenes, quedaba en periodo de prueba durante el siguiente semestre y, si no mejoraba su rendimiento y sus notas, tendría que abandonar la universidad. Ocultó la carta a sus padres, la rompió en pedazos y, a continuación, regresó a la cama. Llevaba una semana sin dejar de llorar. Estaba cegada por el dolor. Adam había sido al final un ser despiadado. No era ningún caballero, ni siquiera una persona decente. Había roto con ella de la forma más cruel y fea posible. Y ahora sabía que no tenía intención de volver a verla, a no ser que se la encontrara por casualidad. Para él, se había acabado. Estaba harto. Ella se sentía despojada, destrozada y humillada.

Caroline seguía pálida cuando subió con sus padres en el avión a París. Era como si llevara varios meses enferma. Betty temía que el vestido le quedara demasiado grande. Parecía haber perdido casi diez kilos en diez días. Era más probable que fueran cinco, pero, sea como fuere, apenas si pudo arrastrarse hasta el avión. Su padre no había visto a nadie tan mal por una gripe desde hacía años.

6

Cuando Jane y Amelia llegaron a París hacía un precioso y soleado día de julio. El vuelo había hecho paradas en Gander, Newfoundland y Shannon, Irlanda, para repostar, y en total había durado dieciocho horas. Habían contratado un taxi grande y antiguo para tener sitio para el vestido de Amelia y sus maletas. Aun así, viajaron apretadas en el interior con la caja del vestido y el equipaje mientras se dirigían hacia la ciudad. Iban a alojarse en la margen izquierda del río, en un hotelito pintoresco que Jane conocía, Le Royal. Ya se había alojado allí antes, cuando fue a París para fichar a un importante autor francés. Era un hotel pequeño con habitaciones encantadoras y bonitas y a un precio razonable. Habían pedido habitaciones contiguas y compartían un baño. A Amelia le encantó en cuanto lo vio. Estaba en el centro del distrito siete, con bonitas tiendecitas y animados bistrós por todos lados. Era un lugar perfecto para pasar una semana en París.

Cada una se dio un baño y se cambiaron de ropa, y después se fueron a explorar la zona. Almorzaron en el Café Flore y Jane le explicó a Amelia que aquel había sido el punto de encuentro preferido de autores famosos tanto franceses como estadounidenses, y que Sartre, Camus, F. Scott Fitzgerald y Hemingway habían comido allí. Siguiendo por el boulevard Saint-Germain estaba el igualmente famoso Les Deux Magots, un lugar

frecuentado por artistas como Picasso. Se encontraban en terreno sagrado. Todo el distrito siete estaba plagado de historia y del espíritu de los famosos artistas que habían vivido allí. Jane había querido llegar unos días antes de la fecha para callejear por París y explorar sus lugares preferidos y compartirlos con Amelia. Quería que fuese un viaje memorable y ahora que podía permitirse pagarlo, resultaba infinitamente menos estresante para ella y podría disfrutarlo. Amelia se empapó de la belleza y los placeres parisinos como una flor sedienta.

Para la única comida cara que habían decidido regalarse en un restaurante de moda fueron a Le Voltaire, que había sido el punto de encuentro para las reuniones secretas de la Resistencia, durante la ocupación alemana. Ahora era un restaurante elegante, la comida era exquisita y vieron al famoso diseñador de moda Hubert de Givenchy comiendo con Audrey Hepburn, lo cual entusiasmó tanto a Amelia como a Jane. Se sentían muy glamurosas cuando volvieron después a su hotel.

Visitaron el Louvre y el Musée d'Orsay y dieron infinitos paseos por todo París. Cruzaron de la orilla derecha a la izquierda por el puente de Alejandro III, que a Jane le parecía el más bonito de la ciudad, de regreso al hotel. Se detuvieron a observar cómo el Sena se arremolinaba por debajo de ellas y ver también las gabarras, los cargueros y las barcazas para turistas.

—Me encanta cómo se siente aquí la historia —dijo Jane con una sensación de paz por primera vez en meses. Le gustaba pasar tiempo de calidad con su hija y era un alivio estar alejada de la búsqueda de trabajo durante un par de semanas. Había resultado arduo, estresante y humillante ir a las entrevistas. En cinco meses,

todavía no había logrado ningún trabajo decente. Había veces en las que se desesperaba, aunque ahora, gracias a la sortija de esmeralda, estaba menos angustiada. En otras ocasiones se decía que el trabajo adecuado aparecería en el momento oportuno y trataba de creérselo. Pero hasta ahora nadie había estado dispuesto a darle un trabajo que quedara por debajo de sus capacidades. Su experiencia y talento no estaban sirviendo más que para que siguiera sin empleo. Estaba dispuesta a aceptar un trabajo modesto como simple secretaria y no como ejecutiva, pero nadie quería ofrecérselo. Tenía que mantener, vestir, hospedar y educar a Amelia; por lo tanto, no podía ser exigente ni quería serlo. Hacía poco le habían hecho una entrevista para un puesto de número dos en una revista, lo cual le había parecido divertido, pero tuvo la impresión de que buscaban a alguien más joven. La mayoría de los trabajos para los que estaba capacitada y mejor dotada eran para hombres, con mejores sueldos de los que le habrían pagado a ella. Así funcionaba el mundo y era una batalla difícil de ganar. Y, hasta ahora, no lo había conseguido.

Dos noches antes del baile dieron comienzo las actividades relacionadas con él, justo cuando Jane y Amelia habían visto ya todas las cosas que querían ver de París. Incluso habían hecho una visita a Versalles para conocer mejor su historia, así como su majestuosidad. Después del baile se habían propuesto alquilar un coche para hacer viajes y visitar más castillos de Francia.

Ya les parecía un viaje fantástico, incluso antes del baile, y Amelia también lo había disfrutado. No era consciente del estrés al que se vio sometida su madre en su lucha por hacer económicamente viable ese viaje y su asistencia al baile ni lo que Jane se había visto

obligada a hacer para realizarlo. Jane nunca se lo había contado ni había permitido que notara nada. Por lo que a ella respectaba, era su problema, no de Amelia.

Cuando Caroline y sus famosos padres llegaron al Ritz, los paparazzi estaban esperándolos en la misma puerta del hotel de la Place Vendôme. Los Taylor salieron del Rolls que los había recogido y entraron en el hotel, donde no se permitía el acceso a los paparazzi. El equipo de seguridad del establecimiento impedía que pasara nadie que no tuviera permiso. El Ritz protegía a sus importantes huéspedes. Habían asignado a los Taylor una de sus mejores suites. El hotel en sí era más que elegante, tremendamente pomposo e impregnado de tradición, con antigüedades en sus majestuosos pasillos y sus bonitas habitaciones y suites. Los padres de Caroline tenían una de las mejores suites y para ella una habitación.

Esta seguía teniendo el aspecto de un fantasma cuando llegaron allí, con grandes ojeras. Desde la ruptura, no había dormido bien. Se quedaba despierta toda la noche llorando y permanecía en la cama durante el día. Deseaba llamar a Adam, pero sabía que no podía. De todos modos, él no iba a responder a sus llamadas y ella lo había visto en la portada de otra revista en el quiosco del aeropuerto, rodeando con sus brazos a Fay Mallon. Cada vez que lo veía en la prensa, era otro puñal que se clavaba en su corazón y se sentía enferma. Sabía que tenía que superarlo, pero ignoraba la manera de hacerlo. ¿Cómo se deja de amar a alguien después de pasar un año juntos? Era como perder un miembro o un órgano vital. Se sentía vacía por dentro, como si se hubiera muerto.

—Quiero que te eches una siesta —le dijo su madre—. Pareces agotada del viaje.

Seguían sin tener ni idea de que Caroline estaba destrozada. No tenían motivos para sospecharlo, pues no sabían nada de su aventura con Adam. Ella había sabido ocultarlo. Su madre creía sin más que tenía la gripe, tal y como ella había dicho. Parecía de las malas, y persistente. El aspecto de su hija había empeorado en lugar de ir a mejor. Y su madre quería que disfrutara del baile.

Betty fue a la peluquería nada más llegar y el padre de Caroline se fue a la piscina y reservó un masaje para después en la habitación. Caroline se quedó en la cama pensando en Adam. Ni siquiera miró por la ventana hacia la bonita plaza con el monumento de guerra de Napoleón en el centro y las tiendas que rodeaban la place Vendôme. No quería salir a pesar del magnífico tiempo que hacía. Le daba igual. Lo único que deseaba era esconderse bajo las mantas, llorar y regodearse en su desdicha. Jamás en su vida se había sentido tan triste y lo último que le apetecía hacer era lucirse con su lujoso vestido blanco y conocer a unas cuantas chicas estadounidenses que no le interesaban, mucho menos a doscientas cincuenta francesas que nunca más volvería a ver, y a un acompañante que probablemente no hablaría una palabra de inglés y haría que se sintiese aún peor porque no era Adam. No tenía ni idea de cómo iba a recuperar la compostura para el día siguiente. Era entonces cuando empezaban las actividades previas al baile, con dos meriendas formales y un ensayo durante los próximos dos días. No quería salir de la cama. Lo único que deseaba era dormir y llorar.

Cada vez que pensaba en Adam y en Fay Mallon y los imaginaba juntos en la cama, se sentía mareada y estaba empezando a odiarlo.

Sus padres le habrían matado de haberlo sabido, sobre todo su padre, que lo llevó a casa un año antes con la mejor intención, sin sospechar que Adam seduciría a su hija de dieciocho años. Le había confiado lo que Josh Taylor consideraba que era su mayor tesoro y Adam le había traicionado e incluso decidió terminar de mala manera su relación y le había provocado un gran dolor a Caroline. Ninguno de sus padres se lo tomaría a la ligera. Lo sabía. Se enfadarían también con ella por haber ocultado la relación. Ahora tenía diecinueve años, pero seguían considerándola su niña. Y al final, Adam se había comportado muy mal con ella. Le era imposible imaginar que volvería a sentirse entera ni feliz de nuevo.

El director del hotel George V estaba esperando a los Walker cuando se registraron. Robert tenía el aspecto de un serio hombre de negocios. Sam caminaba a su lado. Ella había estado muy callada desde que llegaron a París, preocupada por los próximos días. Su padre la miraba con una sonrisa tranquilizadora y ella sonrió cuando vio su suite de dos dormitorios, con preciosos ramos de flores y cajas de bombones, una bandeja de fresas bañadas en chocolate y una torre de macarons. Cogió uno mientras admiraba la habitación. Le encantaba viajar con su padre, aunque siempre le avergonzaba cómo los mimaban. Él era un hombre muy importante y todos esos detalles adicionales eran inherentes a su condición. Robert los aceptaba con naturalidad, pero a ella siempre le costaba.

Su padre había reservado una cena para los dos esa noche en Le Taillevent, que era uno de sus restaurantes de dos estrellas favoritos. Ella se preguntaba cuántas de las debutantes

estadounidenses habrían llegado ya y si le caerían bien cuando las conociera. Probablemente serían unas presumidas que estaban deseando lucirse. No esperaba hacer ninguna amiga allí, pero sabía que le venía bien salir al mundo y estaba decidida a sacarle el mayor partido, por muy nerviosa que estuviera. Y quería que su padre se sintiera orgulloso de ella. Eso no sería difícil.

La llegada de los Smith al Plaza Athénée fue al más puro estilo de Texas. Araminta y su madre viajaban cada una con seis maletas grandes y una montaña de otras más pequeñas con sombreros, bolsos, zapatos y accesorios. Cada una tenía un baúl de viaje de Vuitton y era como si hubiesen llegado en transatlántico, cuando en realidad habían viajado en su propio avión y habían hecho todas las paradas necesarias para repostar, lo que les había dado la oportunidad de estirar las piernas y tomar un poco el aire. Era un viaje muy largo desde Dallas, veintidós horas, pero preferían viajar en su propio avión.

Habían ocupado parte de una planta del Plaza Athénée y algunos miembros de la familia real saudí se alojaban en la planta de encima de ellos. El Plaza acostumbraba a alojar a grandes grupos de huéspedes muy exigentes que estaban habituados a que llevaran a sus habitaciones cualquier cosa que demandaran.

Charlene pidió té para todos nada más llegar. Lo trajeron dos camareros uniformados. Uno llevaba un carrito con ruedas con el té, y otro, un carrito con las pastas. Felicity se llevó uno de esos dulces a su habitación antes de que los demás salieran de las suyas. Tenían dos suites separadas con dos salas de estar, una para Charlene y

Bailey y la otra para las dos chicas. Araminta se dio cuenta de inmediato de que faltaba una pasta de la bandeja cuando llegó a la sala de estar. Se encendió un cigarro y fumó con aire glamuroso mientras Felicity ponía una mueca.

—¿Ya te has comido una? —le preguntó Araminta mirando el carro de las pastas.

—No —mintió Felicity con expresión inocente justo cuando llegaban sus padres.

—Tenemos reserva para esta noche en La Tour d'Argent —dijo Bailey con tono alegre. Le encantaban los restaurantes de París, todos los de estrella Michelin que garantizaran una comida extraordinaria.

Araminta y Charlene querían ir de compras. Charlene invitó a Felicity a que las acompañara y ella negó con la cabeza. Estaba muy preocupada por los siguientes tres días y solo quería que pasaran. No podía pensar en otra cosa. La belleza y los placeres de París no significaban ahora mismo nada para ella. Lo único en lo que podía pensar era en la tortura que le aguardaba en el baile. Estaba cegada por el miedo y sabía lo grande que iba a parecer con el vestido blanco que iba a llevar en Versalles. Habían encontrado un vestido en Óscar de la Renta que el diseñador había modificado para ella. Era de hombros descubiertos, lo que le hacía sentirse desnuda, tenía corte imperio, un paño delantero que tapaba muchos de sus pecados y otro que le caía por la trasera del vestido y le dejaba una corta cola. Incluso Araminta había dicho que no le quedaba mal, lo cual era un gran elogio, pero Felicity sabía que no podía ocultar las indulgencias del pasado año y el hecho de que había dejado de salir a correr en mayo. Ahora era demasiado tarde, pero lamentaba las

pizzas. Como era habitual, su madre se había mostrado benévola pero no Araminta, que lo dijo directamente. «Debes de haber comido basura hasta hartarte durante el segundo semestre. Eso que llevas dentro son un montón de dónuts». Felicity estaba acostumbrada a los comentarios de su hermana, pero odiaba la expresión de decepción en los ojos de su madre. Al menos, Óscar de la Renta había diseñado un vestido que le servía y lo entregó a tiempo. Estaba en una maleta suya, envuelto en una montaña de papel de seda para protegerlo. Era casi tan bonito como un vestido de novia, magnífico, y a Felicity le gustaba más que el que había llevado en el Idlewild Club en diciembre. Pero hubiera preferido no tener que asistir al baile.

Fue a dar un paseo esa tarde por la avenida George V a ver las tiendas y trató de no pensar en los días siguientes. Por una vez, comió algo ligero en un bistró. Estaba tan nerviosa que apenas si le entraba algo. Su madre hizo un gesto de aprobación cuando pidió un sencillo plato de pollo asado sin salsa y una ensalada. Charlene creía que Felicity estaba tratando de hacer dieta, pero Araminta sabía la verdad. Felicity estaba paralizada por el miedo a lo que le esperaba. La hermana mayor seguía disgustada porque a la pequeña la presentaran en sociedad en el baile y a ella no. A veces, la vida no era justa. Pensaba que era un desperdicio que fuera Felicity, que encima lo vivía con aprensión.

Las debutantes estadounidenses que habían llegado a París para su presentación en Versalles se alojaban en distintos hoteles de la ciudad, aunque algunas habían alquilado apartamentos de corta

estancia y otras se alojaban en casas de parientes o amigos. En el Ritz dijeron a los Taylor que cinco de las debutantes se alojaban allí. Y Charlene había oído que había dos en el Plaza Athénée. Iban a conocerse la siguiente tarde en la embajada de Estados Unidos. El embajador y su esposa iban a celebrar una merienda en honor de las debutantes americanas, sin sus padres, lo cual sonaba a cosa de adultos, pero hacía que para Felicity y Sam fuese más terrorífico. Amelia estaba deseando ir y Caroline Taylor no sentía ningún interés. La había abandonado el amor de su vida y no había nada más que le importara, y menos un estúpido baile en Francia, como le había dicho a sus padres sin contarles por qué estaba tan deprimida. Era su propio secreto oscuro y tenía la intención de que siguiera siéndolo.

Al día siguiente, Jane Alexander ayudó a Amelia a vestirse para la merienda en la embajada de Estados Unidos. Habían comprado un traje de seda azul claro casi del mismo color que los ojos de Amelia. Era discreto y Amelia se puso el collar de perlas que su madre le había regalado en su dieciocho cumpleaños. Llevaba unos sencillos zapatos beis de tacón alto, un bolso del mismo color y unos guantes de terciopelo blanco, además de un diminuto gorro redondo de seda azul con un pequeño velo. Y se puso unos pendientes de perlas que eran de su madre a juego con el collar. Tenía un aspecto formal, elegante y fino y del todo apropiado, y sus ojos estaban iluminados por la emoción, feliz de conocer a las demás chicas americanas. Puede que después de tres intensos días juntas algunas de ellas se hiciesen amigas. El hotel les había reservado un austero coche con

chófer para que la llevara a la embajada en el Faubourg Saint-Honoré, a poca distancia de la embajada británica, en la misma calle que las tiendas más lujosas de París.

En el Ritz, a Betty le costó conseguir que Caroline se levantara de la cama. Decía que le dolía la cabeza y les preguntó si podía saltárselo.

—No, no puedes —respondió Betty con firmeza—. La vida sigue, como se suele decir. Si yo me quedara en la cama cada vez que me duele la cabeza cuando estoy rodando una película, no habría hecho ni una sola. Te sentirás mejor cuando estés allí. —Le dio una aspirina y un vaso de agua, Caroline se lo tragó y se levantó con un gruñido. Una ducha la revivió un poco y escogió un vestido de lino negro muy elegante con una cintura diminuta y gran vuelo que se le había quedado muy pequeño a Betty y se lo había regalado a Caroline. Betty sacó un gran sombrero de paja negro de una sombrerera y se lo pasó a su hija. El conjunto resultaba despampanante, pero Caroline parecía más una estrella de cine que una debutante.

—¿No tienes algo más alegre? —le preguntó Betty. Fue al armario a buscar entre las prendas y volvió con un vestido de seda beis.

—Voy a parecer una señora mayor con eso —se quejó Caroline.

—Y con el vestido y el sombrero negro va a parecer que vas a un funeral. Quizá un funeral elegante en Hollywood, pero funeral al fin y al cabo. —Betty regresó un minuto después con un traje rosa de Chanel con ribete negro con un sombrero a juego. Era de ella, aunque no le importaba prestárselo a su hija—. Pero no pierdas el sombrero, que me encanta. Deberíamos haber pensado antes lo de

hoy. Se me había olvidado por completo lo de la merienda en la embajada. No creía que fuera tan importante.

—No lo es —respondió Caroline con la cara pálida mientras se sentaba. Parecía un poco verde mientras su madre la miraba fijamente.

—No tienes buen aspecto —comentó Betty.

—Odio comer ostras y creo que a lo mejor una de ellas estaba mala.

—Olvídalo. No puedes vomitar en una merienda en la embajada. Oblígate a ponerte bien —le ordenó Betty con decisión. Su madre era más severa de lo que parecía y estaba acostumbrada a trabajar mucho y, a veces, en condiciones muy duras—. Hoy hacía calor, no deberías haber comido ostras. No comas en la embajada y no te pasará nada.

Betty la ayudó a ponerse el traje rosa y Caroline estaba espectacular con su pelo rubio. Betty le aplicó un poco de colorete en las mejillas y lo fue fundiendo hasta que quedó natural y le puso después un poco de rubor en polvo. Caroline parecía sana y lo suficientemente bronceada y el sombrero era muy elegante. Le pidió prestado a su madre un collar de perlas y se puso unos tacones que hicieron que, de repente, el traje quedara sexy. Betty le dejó un pequeño bolso de mano de piel de caimán negro y Caroline tuvo un aspecto impresionante, por mal que se encontrara. Pero, al menos, no había vomitado. Salió de la suite despidiéndose de su madre con la mano.

—Y ponte los guantes —le gritó Betty cuando salía. Caroline había traído sus propios guantes de terciopelo blanco que siempre había que llevar a todas partes, especialmente para ir a tomar el té.

Salió del hotel unos minutos después en el Rolls que los había recogido en el aeropuerto. El chófer condujo por el Faubourg Saint-Honoré y giró para entrar en la embajada estadounidense. Había varias limusinas más dejando a otras jóvenes elegantemente vestidas. Una secretaria y un marine comprobaban sus nombres en una lista mientras iban entrando.

Felicity llegó justo después que Caroline y se fijó en el elegante sombrero rosa y negro. Ella llevaba un vestido de seda azul marino y una chaqueta con un sombrero a juego. Se sentía como su abuela. Se acordó de ponerse sus guantes blancos al entrar. Llevaba zapatos azul marino y un bolso del mismo color que Araminta había accedido a prestarle a regañadientes.

Las dos estadounidenses entraron a una sala grande y elegante llena de antigüedades francesas de distintos periodos, la mayoría de la época de Luis XV y Luis XVI. Las tapicerías eran todas de satén color pastel, con pesadas cortinas antiguas recogidas con gruesas cuerdas también de satén con largas borlas. Había en las paredes retratos antiguos que el embajador había pedido prestados a un museo durante su estancia en Francia y alfombras Aubusson en el suelo, también de colores pastel. Una enorme lámpara de araña de cristal dominaba la habitación y había una larga mesa cubierta con un mantel blanco, un pesado servicio de plata para el té sobre la mesa y porcelana de Limoges. Todo parecía de lo más francés mientras la esposa del embajador iba saludando a las chicas y su secretaria las presentaba. Había treinta y seis chicas en total, todas impecablemente vestidas, cada una de ellas con sus pertinentes sombreros y guantes. Tenían entre diecisiete y diecinueve años y parecían mayores con sus elegantes atuendos. Algunas se

presentaban a las demás, otras sostenían tazas de té o se servían bocadillos de pepino meticulosamente cortados y ensalada de huevo. Amelia estaba admirando la escena cuando una joven delicada de pelo rojo con un elegante traje lavanda tropezó de espaldas con ella y una pequeña cantidad del té de su taza le manchó la falda lavanda. Amelia se dio cuenta de que le temblaba la mano de lo nerviosa que estaba y se giraba hacia ella muerta de vergüenza.

—Lo siento mucho, no quería pisarte —dijo disculpándose, y Amelia sonrió.

—No te preocupes. ¿Está bien tu falda? —Sam Walker asintió nerviosa y sonrió—. Estaba tan distraída mirándolo todo que no me he dado cuenta de que estabas detrás de mí. —Pero su repentina pérdida de equilibrio no había tenido nada que ver con dónde estuviera Amelia. Llevaba unos zapatos de piel vuelta de color lavanda y tacón diminuto, en un tono a juego con su traje y sus pendientes, un collar y una pulsera de jade lavanda que le habría traído su padre de Hong Kong, pues era su color favorito. Los pendientes de jade en esa misma gama tenían diamantes diminutos alrededor.

—Es todo majestuoso, ¿verdad? —dijo Amelia maravillada—. Parece muy versallesco. Mi madre y yo fuimos allí el otro día para que yo pudiera verlo. El baile va a ser precioso. Estaban montando la escalera cuando recorrimos los jardines —añadió.

—¿Es muy empinada? —preguntó Sam con cara de pánico, y Amelia sonrió.

—Nada a lo que no podamos enfrentarnos. No querrán que nos caigamos de cara y, al parecer, habrá un mayordomo de uniforme en los extremos de cada escalón. Siempre pueden sujetarnos si

tropezamos. Y tendremos a nuestros acompañantes. De algo deben servir. —Amelia parecía muy confiada y a Sam le tranquilizó hablar con ella. Era agradable conocer a una persona entre la multitud. Las dos se habían fijado en que algunas de las chicas eran muy guapas, aunque otras menos. Y la embajadora se había encargado de hablar con cada una de ellas y darles la bienvenida a Francia.

—¿De dónde eres? —le preguntó Sam—. Me llamo Sam, por cierto. Samantha.

—De Nueva York —contestó Amelia con una sonrisa—. Voy a Barnard, que forma parte de la Universidad de Columbia. Es la sección femenina. Yo me llamo Amelia. ¿De dónde eres tú?

—También soy de Nueva York. Voy a la Universidad de Nueva York. —Sam quería saber dónde vivía Amelia, pero le daba miedo preguntarlo por si resultaba demasiado elitista si tenía que confesar que ella vivía en la Quinta Avenida.

—¿Te gusta la NYU? —le preguntó Amelia a la vez que una chica con un vestido y chaqueta azul marino pasaba al lado de ellas en dirección a la sección de las pastas de la mesa. Chocó con Sam y se giró para disculparse.

—Lo siento —dijo con expresión aturdida—. Iba a por los *éclairs* de chocolate, que me estaban mirando —añadió, y Amelia y Sam se rieron. Las dos se dieron cuenta de que tenía un marcado acento sureño. Parecía simpática.

—¿De Savannah? —le preguntó Amelia. Se había fijado en que una de las chicas de la lista era de Savannah, Georgia, y pensó que podría ser la que iba de azul marino.

—Dallas —contestó Felicity con una amplia sonrisa—. Mi madre no me ha dejado ponerme las botas y el sombrero de vaquero, a pesar

de que yo le había prometido que llevaría los guantes blancos. Estáis muy guapas las dos, por cierto —con sus trajes malva y azul claro—. ¿De dónde sois?

—De Nueva York —respondieron a la vez, y se rieron. Les cayó bien la chica de azul marino, dijo que se llamaba Felicity y parecía divertida. Y Felicity se había olvidado por completo de los *éclairs* mientras hablaba con ellas. A ella también le habían caído bien. Había temido que todas las chicas fueran unas esnobs y que la desdeñaran, pero tanto Amelia como Sam eran muy abiertas y agradables.

—Tenéis un aspecto muy neoyorquino, tan elegante y a la moda. Me encantan vuestros sombreros. El mío es de mi madre. Tiene un gusto terrible para los sombreros —les contó Felicity.

—¿Dónde estudias? —le preguntó Sam—. ¿En Texas?

—No. —Felicity negó con la cabeza, avergonzada por un momento —. Estudio en Boston. —Había muchas universidades en Boston, pero en cuanto dijera a cuál iba, la calificarían como un bicho raro y una estudiante aplicada en asignaturas que la mayoría de las chicas odiaban.

—¿A Radcliffe? ¿A la Universidad de Boston? —le preguntó Amelia. Sam era demasiado tímida como para preguntarle.

—Al MIT —contestó Felicity, incómoda, y las dos la miraron sorprendidas.

—¡Vaya! —exclamó Sam—. Es increíble. Nunca he conocido a ninguna chica que fuera allí. Debes de ser una estudiante estupenda.

—La verdad es que voy allí por la pizza. Hay una tienda cerca de la facultad donde venden una increíble pizza en porciones —explicó,

y las dos se rieron.

—¿En qué te estás especializando? —preguntó Sam, fascinada con Felicity. No parecía ninguna intelectual elitista ni actuaba como un bicho raro. Parecía muy normal y divertida.

—Quería hacer Ingeniería química, pero estoy pensando cambiarme a Física nuclear. Aún no lo he decidido. —Parecía avergonzada de nuevo—. Sé que se supone que a las chicas no les gustan los trabajos en ese tipo de campos, pero a mí siempre me ha encantado la ciencia. Mi familia cree que soy una cosa rara o, al menos, mi hermana.

—¿Dónde estudia ella? —le preguntó Amelia. Se preguntaba si venía de una familia donde todos se dedicaban a la ciencia o quizá fueran médicos.

—No estudia. Decidió no ir a la universidad porque sería un obstáculo para su vida social. Tenemos intereses distintos. Pasa mucho tiempo en la peluquería. A mí eso no se me da tan bien —dijo, y las tres se rieron. Se había recogido la trenza en un moño bajo el borde del sombrero. Las otras dos chicas también llevaban el pelo recogido.

—Me impresiona mucho que vayas al MIT —continuó Sam—. Hace que me sienta como una floja. Yo estoy estudiando Historia del arte.

—Yo voy a hacer Literatura inglesa y un pregrado de Derecho. Mis padres se han dedicado al mundo editorial. Yo quiero ser abogada —explicó Amelia.

—Mi madre nunca ha trabajado y mi hermana tampoco lo va a hacer. Así que eso hace que sea yo el bicho raro de la familia, encerrada en algún laboratorio. Mi padre se dedica al desarrollo

urbanístico. Está feliz con que vaya al MIT, porque es lo que yo quería hacer. ¿Cómo habéis terminado aquí? —les preguntó Felicity.

—Por casualidad, creo. Han lanzado dardos a una lista de debutantes y debieron dar en mi nombre —contestó Amelia.

—Yo igual —dijo Sam.

—Yo hice mi presentación en el Baile de Enfermería la Navidad pasada y creo que deben haber sacado la lista de allí. ¿Te presentaste también en ese baile? —le preguntó Amelia a Sam—. ¿O en el de las Asambleas Estudiantiles?

—En ninguno. No quise —contestó Sam—. Esta vez tampoco quería. Pero mi padre pensaba que debía hacerlo y cuesta resistirse a Versalles. Parece algo especial —añadió con cautela—. Así que he decidido venir.

—Yo no quería al principio, pero luego pensé que podría ser divertido y mi madre quería que viniera —dijo Amelia.

—La mía también. Le supliqué porque no quería venir, pero dijo que tenía que hacerlo. No me gustó nada el baile de Dallas y los vestidos grandes y blancos no son mi mejor atuendo —explicó Felicity—. Me siento mejor con una bata de laboratorio, pero aquí estoy. Resultaba más fácil venir sin más que pelearme con mis padres. Les hace felices —añadió de nuevo con expresión nerviosa, y las otras dos asintieron. Como estudiante del MIT, tenía una excusa factible para no querer ir a un baile de debutantes.

—Bueno, a mí me alegra que hayas venido —le dijo Sam—. Me preocupaba no conocer a nadie aquí, ni a mi acompañante, pero ahora que nos conocemos va a ser mucho más divertido. —Felicity se acababa de fijar en Caroline Taylor sentada en una silla en el otro

extremo de la sala. No se había movido desde que habían llegado ni había hablado con nadie.

—¿Creéis que deberíamos acercarnos a saludarla? —les preguntó Felicity.

—¿Por qué no? A lo mejor necesita también hacer amigas.

—No se ha movido de esa silla desde que ha llegado —comentó Felicity y, para entonces, ya habían llegado hasta Caroline—. Hola —dijo, y Caroline levantó los ojos sorprendida, con su traje rosa y negro y su sombrero a juego—. Nos hemos acercado a saludarte. ¿También eres de Nueva York? —Lo parecía.

—Soy de Los Ángeles —respondió Caroline.

—Ellas son de Nueva York, yo de Dallas —le aclaró Felicity. Las presentó diciendo sus nombres.

—Yo soy Caroline —contestó ella con una débil sonrisa.

—¿Estás bien? —le preguntó Amelia, solícita.

—He comido una ostra en mal estado en el almuerzo y creo que me voy a morir, pero mi madre ha dicho que tenía que venir.

—Igual que las de todas. —Felicity habló por ellas y Caroline se rio y, por un momento, pareció tener mejor aspecto.

—¿A todas nos han obligado a venir? —les preguntó Amelia, y Felicity asintió enfática.

—A mí sí. Imaginé que me quitarían la paga si no venía. Intenté convencerlos de que mi hermana ocupara mi lugar. Se moría por venir, pero no nos iban a dejar. Es demasiado mayor, tiene veintidós años. Así que, ¿vamos todas a encontrar marido mañana? —les preguntó Felicity, y volvieron a reírse.

—Espero que no —contestó Amelia con firmeza—. Yo quiero estudiar Derecho. Me quedan seis años de universidad por delante.

—A mí nueve o diez para un doctorado —añadió Felicity con determinación.

—Yo no sé qué querré hacer después —confesó Sam—. A lo mejor algo relacionado con el arte, como trabajar en un museo. Pero no quiero casarme hasta dentro de mucho tiempo.

—Yo voy a la USC, la Universidad del Sur de California y quiero trabajar en producción cinematográfica. Mis padres trabajan en el mundo del cine, lo llevo en la sangre —les contó Caroline más animada, levantándose para hablar con ellas.

—¿Quieres ser actriz? —Sam parecía impresionada.

—Dios mío, no. Ese es un trabajo duro y nunca estás en casa. Mis padres están siempre fuera de rodaje. —Caroline no confesó quiénes eran. No estaba preparada todavía. Todo cambiaba cuando lo hacía.

—Entonces, si no buscamos marido, ¿qué estamos haciendo aquí? —les preguntó Felicity, y todas se quedaron inexpresivas durante un segundo—. Que sepáis que todas las chicas de aquí quieren estar comprometidas para cuando acabe el fin de semana o, por lo menos, para el final del verano. De hecho, ya somos unas fracasadas si nos hemos presentado en bailes de nuestras respectivas ciudades en Navidad. Si no estamos prometidas todavía, siete meses después, es que ya hemos fracasado. ¿Tenéis novios? —Sam y Amelia negaron con una sonrisa—. Yo tampoco. Llevo desde Navidad saliendo a correr y comiendo pizza, así que no he tenido tiempo de conocer a nadie y, de todos modos, corro más rápido que ellos. Y los chicos de mi clase son unos friquis. Supongo que yo también lo soy, de manera que eso me coloca en la categoría de las «difíciles de casar». Probablemente sea una carga para mi familia durante muchísimos años —confesó, y todas se rieron—. Y a mi hermana

tampoco le está yendo muy bien. Se presentó en sociedad hace cuatro años y todavía no ha recibido ninguna propuesta de matrimonio. ¿Y tú? —le preguntó a Caroline.

—Yo acabo de romper con mi novio —dijo con suavidad pero, de repente, decirlo en voz alta no le pareció tan terrible—. Pero tampoco busco marido, y menos aún francés. Probablemente sean unos engreídos terribles. He oído que el príncipe que sería rey, si lo hubiera, va a venir al baile. Pero creo que es muy mayor.

—La verdad es que a mí no me importaría ser reina si se presentara la ocasión. A lo mejor dejaba el MIT si fuera a reinar, y así podría hacer, comer o ponerme lo que quisiera sin que mi hermana se burlara de mí y sin que mi madre se enfadara. Apuntadme para ese hombre. Definitivamente quiero entrevistarme con él. Sería mejor que un doctorado.

—Yo no estoy tan segura —dijo Amelia.

En ese instante, la secretaria de la embajadora dio unos toques en una copa con un cuchillo y la esposa del embajador pasó a dar un elegante discurso de bienvenida a todas las chicas en el que les deseó que disfrutaran de una velada inolvidable en Versalles. Mencionó que volvería a verlas al día siguiente.

El presidente del comité del baile iba a ofrecer una recepción para las doscientas ochenta y seis debutantes y el mismo número de acompañantes que les habían asignado para que se presentaran y después hicieran un ensayo. Y a la noche siguiente estarían todas en Versalles para presentarse ante la realeza y la alta sociedad internacional, cenar y luego bailar bajo las estrellas. La embajadora afirmó que iba a ser mágico.

—Y si no encontramos un marido para cuando acabe el fin de semana, estaremos marcadas para toda la vida —susurró Felicity a sus nuevas amigas, que sonrieron y aplaudieron cortésmente tras el discurso. Unos minutos después, todas abandonaron la embajada para pasar el resto de la noche con sus familias.

Las cuatro chicas salieron juntas y tenían coches que las esperaban y con los que debían encontrarse en el Faubourg Saint-Honoré. Se despidieron con la mano mientras corrían a sus coches. Las cuatro se habían divertido y se alegraban de haberse conocido. Y ahora, cada una de ellas tenía tres amigas y nada podría ser tan malo si podían compartirlo con ellas. Todas iban sonriendo durante el trayecto de vuelta a sus hoteles, salvo Caroline, que volvía a sentirse mal. La ostra en mal estado que había comido le estaba ganando y, cuando llegó al Ritz, entró corriendo en el hotel y subió las escaleras lo más rápido que pudo hasta su suite antes de que estallara el desastre.

7

Caroline entró a su habitación. Estaba tremendamente mareada pero, por suerte, consiguió llegar al baño. Se sintió mejor después, tras haberse desecho de lo que fuera que hubiese comido ese día en mal estado. Su madre había dejado claro antes que no había que fiarse de los franceses en cuanto a la refrigeración y que debían tener cuidado con lo que ingerían con ese calor. Lo que quiera que fuese, le había sentado fatal, pero se encontraba infinitamente mejor una vez que lo sacó de su cuerpo.

Sus padres habían salido, tenían reserva en otro elegante restaurante. Sabía que iban al La Tour d'Argent y a tomar unas copas al Ritz después. Disfrutaban de la compañía mutua y de sus veladas románticas. Pasaban bastante tiempo lejos el uno del otro por culpa de sus trabajos y valoraban siempre más el que disfrutaban juntos. Tras veinte años de matrimonio, la pasión no había desaparecido de su relación. A Caroline le daba vergüenza cuando era más pequeña, pero ahora le parecía bonito. Esperaba tener algún día el mismo tipo de matrimonio. Y eso no iba a suceder por un simple encuentro de una noche, ni siquiera de dos, en un baile en París. Todo sonaba muy romántico, pero no albergaba ninguna ilusión de conocer a su príncipe azul en el baile. Asistía por contentar a su madre. Y le habían caído bien las tres chicas que había conocido ese día. Eran muy distintas entre sí, pero todas

parecían normales, abiertas y sinceras en cuanto a los motivos por los que habían ido, básicamente por contentar a sus padres. Las tres eran muy modestas respecto a lo inteligentes que parecían y ninguna de ellas buscaba marido, lo cual era un alivio. Estaba segura de que muchas chicas estaban deseando dar con un hombre que les pusiera un anillo en el dedo para no tener que estudiar ni trabajar. El matrimonio era el único trabajo al que aspiraban, sin importar lo que tuvieran que arriesgar para conseguirlo. No era así como Caroline quería pasar su vida. Quería ser como sus padres y lograr algo por sí misma, gracias a su mente y su talento, no a sus artimañas por cazar un marido como único logro en la vida.

Apagó la luz y se durmió temprano, todavía un poco indispuesta pero mejor que antes de vomitar. Estaba convencida de que se encontraría mejor por la mañana ahora que lo que fuera que había comido ya no estaba.

Caroline se despertó con el sol entrando en la habitación, se dio la vuelta en la cama y se sentó. En cuanto lo hizo, reapareció el mareo. Y para horror suyo, volvió a vomitar. Su madre entró en la habitación cuando salía del baño con la cara pálida. Y la verdad es que se sentía peor que el día anterior.

—¿Sigues enferma? —le preguntó su madre con expresión de preocupación—. Hoy no es día para ponerse enferma. Tienes la recepción del comité de bienvenida esta noche y mañana el baile. Caro, tienes que recomponerte y obligarte a estar bien. Puedes hacerlo, lo sé. Llamaré a recepción para que envíen a un médico. A lo mejor puede ponerte una inyección de algo. Voy a pedir ginger-

ale, galletas saladas y té. No puede haber sido una intoxicación si sigues mal. Debe ser una gastroenteritis. —Caroline estaba tumbada en la cama, con muchas náuseas y la cara verde.

—No quiero ver a ningún médico, mamá. Estoy bien. —Su madre estaba llamando ya a recepción y colgó unos minutos después.

—Han dicho que tienen un médico muy bueno y que estará aquí en menos de una hora. Por cierto, ¿qué vas a ponerte para la recepción de esta noche? —Habían traído varias opciones y la velada iba a ser más formal que la merienda de la embajada. Era la primera vez que Caroline iba a ver a su acompañante y Betty quería que tuviera un aspecto fabuloso. Y probablemente habría prensa para captar unas primeras imágenes de las debutantes. Debía lucir su mejor aspecto.

Su madre no era de las que mostraban excesiva compasión cuando alguien estaba enfermo. Había rodado películas durante tifones, había navegado en medio de tormentas y nunca se había mareado. Rodaba sus propias escenas arriesgadas cuando no eran demasiado peligrosas y le gustaba decir que iba a seguir trabajando viva o muerta, por lo que una simple gastroenteritis no era motivo suficiente para que Caroline se viniese abajo como un suflé. Esa noche tenía una tarea: debía ser la debutante más fabulosa y Betty esperaba que fuera así.

Caroline sentía como si le hubiese pasado un camión por encima y seguía en la cama cuando llegó el médico media hora después con un maletín de Hermès en lugar de un bolso de médico. Llevaba un traje de buen corte, unos zapatos John Lobb perfectamente abrillantados y camisa y corbata de Hermès y era muy atractivo, y se mostró encantador cuando reconoció a Betty. Ella le presentó a

Caroline y le explicó cuál era el problema. Salió después de la habitación para hablar con Josh y hacer unas llamadas y dijo que estaría de vuelta en unos minutos.

—Alguna medicación para asentarle el estómago estaría bien —le sugirió ella y él sonrió. A los americanos siempre les gustaba decirle lo que tenía que hacer. Estaba acostumbrado a ese tipo de cosas habituales en el Ritz y en otros hoteles de lujo con los que trabajaba. Estaba disponible para ellos, hablaba varios idiomas y era extremadamente educado y agradable con los huéspedes.

Acercó una silla a la cama y sonrió a Caroline.

—Muy bien, *mademoiselle*, ¿qué ha comido en las últimas veinticuatro horas?

—Una ostra en mal estado en el almuerzo de ayer —respondió Caroline con firmeza.

—¿Está segura?

—Eso creo.

—¿Y con qué frecuencia ha vomitado?

—Una vez anoche y otra esta mañana. Me sentí mejor después del mareo de anoche, pero peor esta mañana al despertar. —Él asintió y le palpó el abdomen con cuidado mientras lo escuchaba con su estetoscopio. Mostró especial atención a la parte inferior derecha, la que no le dolía tanto. El estómago no le dolía, pero notaba como si fuese a vomitar. Le tomó la temperatura y no tenía fiebre. Le hizo una serie de preguntas, y después le preguntó qué edad tenía.

—Diecinueve.

—¿Es sexualmente activa? —le preguntó y ella vaciló. No quería que su madre lo supiera, pero Betty había ido a su habitación y no había vuelto.

—Antes sí. Mi novio y yo rompimos hace tres semanas.

—¿Y cuándo tuvo el último periodo?

Se quedó pensando. Las últimas tres semanas habían sido una neblina y lo único que había hecho era llorar sin pensar en absoluto en el periodo.

—Creo que alrededor del 20 de mayo.

—Y ahora estamos a 10 de julio, así que lleva tres semanas de retraso, ¿no? —Ella asintió lentamente mientras calculaba.

—Sí —contestó en voz baja, mirándolo con intensidad.

—Lo que quiere decir que está embarazada de cinco semanas, o siete, tal y como lo calculamos nosotros a partir de su último periodo. Podría hacerle un análisis de sangre y tendríamos los resultados dentro de dos días o puedo enviarla a una ginecóloga, si lo prefiere, para que la examine y confirmarlo. Creo que el problema podría ser ese, señorita Taylor —dijo él. Se dio cuenta de lo impactada y alterada que estaba. Era evidente que no se le había ocurrido. Volvió a palparle la parte inferior del abdomen y pudo sentir una leve hinchazón—. Yo creo que hay muchas posibilidades.

—Por favor, no se lo diga a mis padres —se apresuró a susurrarle Caroline, por si Betty volvía a entrar en la habitación—. Puedo hacerme una prueba cuando vuelva a casa —añadió con expresión de miedo y desesperación. No tenía ni idea de qué hacer y Adam no iba a contestar a su llamada si ella trataba de ponerse en contacto, ni le iba a importar.

—¿Y cuándo vuelve a casa? —le preguntó él.

—Dentro de dos o tres semanas. El domingo nos vamos al hotel du Cap.

—En ese caso, para entonces estaría embarazada de diez semanas, si mis cálculos no fallan. ¿Quiere esperar tanto tiempo para saberlo?

—No, pero no puedo contárselo a mis padres. Ahora no. No sé qué hacer. A lo mejor puedo hacerme unos análisis en el sur de Francia.

Él asintió.

—Le daré una receta para llevarlos a un laboratorio de Antibes. Puedo estar equivocado. Solo es una suposición. Pero la veo bastante sana, no parece tener ninguna infección ni fiebre y en una joven sana de su edad, un retraso de tres semanas en el periodo suele ser una señal fiable. ¿Usó usted protección o no siempre?

—No siempre —respondió taciturna. Muchas veces «no siempre». Habían sido poco cautelosos en varias ocasiones y ella había creído que la suerte les sonreiría porque estaban enamorados. Estaba segura de que el médico tenía razón. Siempre había sido regular. Ni siquiera se había dado cuenta de que no tenía el periodo de lo afectada que estaba por la ruptura. No podía tener un hijo de él ahora, ni de nadie. Tenía diecinueve años y no estaba preparada para traer hijos al mundo. Tendría que someterse a un aborto ilegal y no sabía cómo buscarlo, ni siquiera cuando regresara a casa.

—Lo siento, *mademoiselle* —dijo él cerrando su maletín y dejando de nuevo la silla donde estaba. Betty volvió a su habitación y Caroline lanzó al médico una mirada suplicante para que no dijera nada.

—Bueno, doctor, ¿qué opina? Tenemos que hacer que mejore. Va a ser presentada en un baile mañana por la noche.

—Ah, el baile de Versalles —dijo él sonriendo a Betty—. Bueno, debe tener cuidado con lo que come durante unos días. Comidas muy ligeras y en poca cantidad y ya veremos cómo se encuentra después. Puede ver a un médico en Antibes si no mejora. Por ahora, creo que no corre ningún peligro, pero quizá tenga el estómago revuelto. —Era lo mejor que podía hacer. Caroline era una adulta y le había ordenado que no contara sus sospechas, porque ella no dudaba de que él tenía razón. Estaba embarazada y no sabía qué hacer al respecto. Iba a contárselo a sus padres después del baile y entonces se desataría una verdadera tormenta. Tendría que contarles lo de Adam y su negativa a ser madre. Tendrían que llevarla a algún sitio donde el aborto fuera legal. Quizá a Japón o a México o algún lugar que ellos supieran y ella no. Y probablemente jamás se lo perdonarían. Pero necesitaba ayuda ahora. Y la situación era un disparate. La iban a presentar ante la alta sociedad y la realeza internacional, supuestamente para conocer al hombre de sus sueños y encontrar un marido, cuando el hombre de sus sueños ya estaba con otra mujer y la había rechazado, y ahora estaba embarazada de él. Quería llorar pero, en lugar de eso, dio las gracias al médico y Betty lo acompañó afuera y regresó cinco minutos después.

—Ha dicho que deberías descansar hoy antes de tu salida de esta noche y que mañana estés tranquila antes del baile. Lo siento, cariño. ¿Cómo estás ahora? Al menos, no es apendicitis ni nada grave.

Era muy grave. Preferiría tener apendicitis a estar embarazada. Y se sentía tonta por no haberse dado cuenta de que no había tenido el periodo. Se quedó tumbada en la cama, pensando en Adam, y en

que tendría a su hijo dentro de ocho meses si seguía adelante. Esa alternativa le parecía un error. No era un hombre bueno. Ahora lo sabía. No la quería y ella no deseaba tener un hijo con un hombre que la había tratado con tanta frialdad y que la había abandonado. Y un hijo no iba a hacer que lo recuperara. Ni debería hacerlo. Eso lo tenía claro.

—Me encuentro mejor, mamá —dijo en voz baja, y Betty se fue para que descansara un poco mientras de sus ojos se derramaban lágrimas que caían sobre la almohada. Le daba miedo decírselo a sus padres, pero no tenía otra opción. Se lo contaría el domingo, al día siguiente del baile.

Se dio la vuelta y lloró sobre la almohada. Esto era lo peor que le había pasado nunca y lamentaba haber tenido que venir a París. Quería volver a casa.

Caroline guardaba silencio mientras se vestía para la recepción de esa noche. Se puso un vestido negro de cóctel, color que se correspondía con su estado de ánimo. Era corto y sexy, cosa que no le parecía lo más adecuado. Pero estaba guapa una vez vestida. Seguía estando pálida y su seriedad realzaba su belleza. Tenía un aspecto casi trágico, tal como se sentía. Le parecía mal poner fin a una vida, pero tener un hijo a su edad con un hombre que no la amaba era igual de funesto.

—Dios santo, no vas a ir a la guillotina, vas a una recepción a conocer a tu acompañante. No te pongas tan seria. Has venido a pasarlo bien —le dijo su madre.

—Lo sé, mamá. Lo siento. Es que estoy de un humor raro. —Y dentro de dos días sus padres sabrían el porqué y se sentirían desconsolados al ver lo estúpida y descuidada que había sido. Creía que Adam la amaba; ella lo amaba y no pensaba que le fuera a suceder nada malo, y ahora sí había pasado.

—Pues no estés rara —le dijo su madre sonriéndole—. Ve a ver a tus nuevas amigas y a las demás debutantes y conoce a tu acompañante. Puede que sea un chico muy interesante —añadió. Josh y ella habían decidido cenar esa noche en el hotel, en el Espadon, que era el restaurante gastronómico del Ritz. Y la noche siguiente estarían en el baile. Ellos sí que estaban disfrutando de su estancia en Francia, se sentían orgullosos de Caroline y les ilusionaba pasar unas semanas en el hotel du Cap antes de volver al trabajo en Los Ángeles. Los dos tenían que hacer una nueva película.

El conductor del Ritz llevó a Caroline al club Interalliée, donde se iba a celebrar la recepción del comité de bienvenida. Se secó las lágrimas de las mejillas antes de bajar del coche. Ahora tenía un problema real por el que llorar. El embarazo, sospechaba, ponía todo lo demás en perspectiva. No había nada tan grave como eso.

Jane ayudó a Amelia a vestirse en su hotel de la margen izquierda. Llevaba también un vestido negro de cóctel. Era un vestido muy bonito que Jane había encontrado para ella; le quedaba perfecto y le realzaba la figura. Amelia sonreía cuando salió del hotel. Había pasado varios meses esperando que llegara el baile, pero ahora que estaba aquí todo era aún más emocionante de lo que creía. París le

aportaba una mayor intensidad y romanticismo. Sentía como si estuviese en una película, mientras un chófer con un Citröen la conducía al club que estaba en la orilla derecha. Se sentía tremendamente adulta y glamurosa cuando salió del coche y entró en el club con su invitación en la mano. El Interalliée era uno de los clubes más bonitos de París, con grandes salas donde se celebraban magníficas fiestas y banquetes de bodas. En París se sentía la historia. Y Amelia se alegró de ver que Samantha Walker entraba al club a la vez que ella. Llevaba un precioso vestido drapeado blanco hasta la rodilla. Parecía una diosa con la cascada de sus rizos rubios cobrizos. Había ido a la peluquería esa tarde. Lucía unos pequeños pendientes de diamantes en las orejas y la espalda desnuda. Y también unas sandalias plateadas con cintas que se enlazaban en las piernas.

—Qué emocionante, ¿verdad? —dijo Amelia, y Sam la miró con una amplia sonrisa.

—Me alegro de haber venido —contestó sintiéndose más cómoda ahora que conocía a alguien y no tenía que entrar sola.

Por primera vez, Amelia se fijó en que Samantha tenía una leve cojera. Iba a preguntarle si le había pasado algo esa tarde y, entonces, vio una larga cicatriz que le bajaba por el lateral de la pierna y cayó en la cuenta de que la cojera quizá no sería de ahora. Apenas se le notaba con sus zapatos planos mientras entraban juntas en la enorme sala en la que se estaba celebrando la fiesta.

Había ya varios cientos de personas allí, todas jóvenes y bebiendo champán, y un pequeño grupo de mayores, el comité de bienvenida, que estaba sondeando a la multitud. Conocían a muchas de las debutantes francesas, pero a ninguna de las americanas. Y

estuvieron de acuerdo en que formaban un grupo muy atractivo de chicas sanas, jóvenes y bien educadas, aunque sabían que muchas de ellas se mostrarían más exaltadas tras el baile y harían tantas travesuras como otras jóvenes procedentes de peor cuna. La juventud era la juventud, sin importar dónde se hubieran criado.

Tanto Sam como Amelia cogieron una copa de champán que les ofreció un camarero que llevaba una bandeja de plata. Había muchos por toda la sala sirviendo a los invitados. De repente, Sam señaló hacia el otro lado de la sala, donde vio a Felicity sola, con aspecto de estar perdida, con un vestido verde esmeralda, y se dirigieron hacia ella. Oyeron palabras en su idioma a medida que avanzaban entre la gente, pero sobre todo, en francés. Las chicas francesas habían llegado por grupos y permanecían juntas. Muchas de ellas parecían conocerse y sus grupos fueron haciéndose más grandes y por toda la sala había pequeños grupos de estadounidenses hablando entre sí y con expresión de sentirse intimidadas. Sam y Amelia tardaron unos minutos en sortear a la multitud hasta llegar a Felicity, que se mostró entusiasmada al verlas.

—Dios mío, aquí nadie habla nuestro idioma. Me he estado acercando a chicas para saludarlas y me miraban como si estuviera en la fiesta equivocada, y empezaba a pensar que era verdad. Aunque los chicos son monos —comentó a la vez que Sam y Amelia se reían—. He visto a un par realmente guapos hace un rato. Han pasado justo por mi lado. Parece que ya conocen a las chicas.

—Fueron todos juntos a lo que llaman *rallies* cuando eran más jóvenes. Son fiestas organizadas para que los jóvenes se conozcan, como bailes de instituto pero solo para aristócratas y gente pija —

explicó Amelia. El recepcionista de su hotel se lo había explicado a ella y a su madre.

—Genial, así que aquí se conocen todos y nosotras somos las intrusas. ¿Dónde está Caroline? ¿La habéis visto? —preguntó Felicity.

—Ayer no se encontraba bien, espero que hoy haya mejorado —contestó Amelia, y diez minutos después apareció con un vestido negro, muy guapa.

—Cuánta gente —dijo Caroline sin aliento cuando llegó hasta ellas —. Llevo veinte minutos buscándoos. Hay muchísimos franceses aquí —añadió antes de dar un sorbo a una copa de champán. Se sentía mejor que esta mañana, después de haberse quedado todo el día en la cama e imaginar que el médico podía estar equivocado. Puede que al final solo fuera una gripe.

Llevaban unos minutos charlando cuando una mujer con un traje rojo y medallas prendidas en la chaqueta subió a un pequeño escenario que había en un extremo de la sala y les explicó, primero en francés y después en inglés, que iba a decir sus nombres y que, cuando cada una oyera el suyo, se acercara al frente de la sala para presentarle a su acompañante, cuyo nombre también diría, y que debían permanecer juntos hasta el final de la recepción para poder conocerse antes del baile del día siguiente. Y que haría un breve repaso de la agenda de la noche siguiente para que supieran dónde colocarse y qué debían esperar.

—Allá vamos —dijo Felicity—. Esperemos que no acabemos con un sobrino de Drácula o un hijo de Jack el Destripador.

Pero los jóvenes eran chicos muy atractivos con elegantes trajes oscuros. Eran todos algo mayores que las chicas, de veintipocos años, una buena edad para juntarlos con chicas entre diecisiete y

diecinueve años. Había muchas miradas de curiosidad por toda la sala, así como risas y carcajadas ante la expectativa. Algunas de las debutantes francesas habían solicitado que unas personas específicas fueran sus acompañantes, o miembros de su familia como hermanos y primos, pero la mayoría de las parejas las eligió el comité de bienvenida basándose en jóvenes que pensaban que se llevarían bien. Y trataron de asegurarse de que todas las chicas estadounidenses tuvieran acompañantes que hablaran su idioma. Cada uno de los acompañantes había rellenado un pequeño cuestionario que les habían enviado en abril. La formación de las parejas había supuesto una labor meticulosa y el comité se la había tomado muy en serio.

Felicity fue una de las primeras chicas a las que llamaron y tuvo que ir abriéndose paso entre la multitud hasta el frente de la sala para acercarse al escenario. El joven que la esperaba parecía mayor que algunos de los otros, con más apariencia de hombre que de muchacho. Se llamaba Pierre Villiers y su expresión fue como la de si hubiese perdido en la lotería al ver a Felicity. Estaba visiblemente desencantado cuando se hicieron a un lado para poder hablar.

—Hola, soy Felicity —dijo ella con una amplia sonrisa—. ¿Hablas mi idioma?

—Por supuesto. Trabajo en una agencia de publicidad.

—¿No estudias? —Sonrió mientras le preguntaba.

—Ya no. Mi tía está en el comité del baile. Andaban escasos de acompañantes, así que me pidió ayuda. Y aquí estoy. Tengo veintisiete años. ¿Te parezco demasiado mayor? —No parecía importarle lo que fuera a decir y no se mostraba demasiado cortés

con Felicity. Tenía cierto aire arrogante—. ¿De dónde eres? —le preguntó.

—De Dallas, Texas —contestó ella con un deje texano.

—Ya me parecía que hablabas raro. ¿Y qué edad tienes? —Felicity estaba segura de que se sentía molesto por ser su pareja.

—Tengo diecinueve años y voy a empezar el segundo curso en el MIT.

—¿No es una universidad para físicos e ingenieros?

—Sí, eso es —contestó ella, orgullosa.

—Dios mío. Mi tía debía estar borracha cuando ha hecho las parejas. Yo era un desastre en física y química cuando estudiaba y copiaba en todos los exámenes. Sigo siéndolo.

—Lo siento mucho. A mí me apasiona la ciencia.

—A mí me aterra. Se supone que las mujeres no deben tener trabajos así —comentó él sin rodeos.

—¿Y Marie Curie? Era una científica francesa.

—Una anomalía, está claro. Su marido debió de ser un hombre débil. —Felicity no sabía si bromeaba. Le daba cierto miedo que no fuera así. Él dejó de hablar mientras escuchaban cómo llamaban a los demás. Parecía conocer a muchas de las chicas y las fue saludando con la mano mientras pasaban por su lado para ir hacia sus acompañantes. Al parecer, conocía a media sala.

Llamaron después a Amelia Alexander y a Tristan de Bret y el acompañante de Felicity lanzó un leve silbido.

—Me pregunto a quién conocerá ella para que le asignen un acompañante así. Alguien le ha hecho un favor a su familia.

—¿Lo conoces? ¿Es simpático? —preguntó Felicity. Y Pierre se encogió de hombros con una sonrisa de complicidad.

—No lo conozco en persona, pero sé quién es. Su familia es la más rica de Francia. Son dueños de todos los grandes y más importantes viñedos, empresas de cosmética, farmacéuticas y marcas de lujo. Debería casarse con él de inmediato. Dile que se quede embarazada esta noche —dijo sin ningún respeto, como si las americanas hubiesen ido simplemente a casarse con franceses ricos, cuando lo más probable es que fuera al revés y algunos franceses pobres estuviesen esperando pescar un pez gordo estadounidense. Pero había dejado bastante claro que, rica o pobre, Felicity no le interesaba. Le gustaban las mujeres guapas y era evidente que el peso de Felicity la descalificaba. Pierre dejó de prestarle atención y empezó a hablar con otras personas que estaban a su alrededor y con las debutantes a las que conocía. En varios de los casos, también conocía a sus hermanos mayores. Estaba claro que en esa sala estaban los populares y los marginados. Felicity vio que Amelia entablaba conversación con Tristan de Bret y que ninguno de los dos parecía entusiasmado con el otro.

Al poco rato, Amelia supo que Tristan tenía veinticuatro años, que estudiaba Ciencias políticas en Sciences Po, una de las mejores y más prestigiosas universidades de Francia, que su padre era conde, que le gustaban los caballos y que jugaba al polo. Y no le preguntó a Amelia nada sobre su vida. Parecía conocer a la mitad de las personas que había en la sala y habló más con ellas que con la chica a la que acompañaba. No parecía que hubiese ninguna chispa entre ellos y sus expresiones eran de aburrimiento.

A Caroline la emparejaron con un joven inglés, el segundo hijo de un conde. Se llamaba William Brockhall, era vizconde y se declaraba «aristocracia pobre». Le explicó que tenía mucha sangre azul, pero

nada de dinero. Parecía inteligente y divertido y tenía veinticinco años. Caroline tenía muchas cosas en la cabeza y no parecía estar escuchando nada de lo que él le dijera y apenas le hablaba. Podría haber sido el rey de Inglaterra y a ella no le habría importado lo más mínimo. Se sentía aterrada ante la posibilidad de estar embarazada. Willie Brockhall era un joven atractivo. Trabajaba en un banco de Londres, en el distrito financiero, y estaba desperdiciando su encanto con ella.

Y a Sam la emparejaron con un joven que se llamaba Quentin Dupont. Hablaba un excelente inglés, acababa de aprobar el examen de acceso a la abogacía con veintiséis años e iba a trabajar para un bufete francés. Mencionó que su padre era francés y su madre vietnamita. Se mostraba muy educado y respetuoso con Sam, le hizo muchas preguntas sobre qué estudiaba y cuáles eran sus aficiones e hizo un sincero esfuerzo por conocerla. A ella le cayó bien y descubrieron que ambos eran hijos únicos. El padre de él era propietario de una empresa que hacía muchos negocios en Asia y había vivido mucho tiempo en Vietnam, que fue donde conoció a su madre. Le preguntó a Sam sobre sus padres y ella le contó que su madre había fallecido cuando ella tenía cinco años y que vivía con su padre.

Las cuatro chicas intentaron juntarse mientras seguían anunciando a los acompañantes. Era evidente que Caroline no tenía ningún interés en Willie Brockhall, que sonrió al ver a Amelia, a la que también le gustó hablar con él. Y Tristan de Bret desapareció entre la gente para ir a verse con unos amigos. Le había explicado a Amelia que se suponía que sería el acompañante de su prima, pero que había pillado la varicela y que por eso le habían asignado a

Amelia, que no pareció atraerle ni interesarle mucho antes de esfumarse. Y el acompañante de Felicity, Pierre Villiers, también desapareció entre la multitud tras no haber hecho esfuerzo alguno por hablar con ella. Le dijo «Nos vemos mañana» y se fue, pero Willie Brockhall y Quentin Dupont se quedaron con las cuatro chicas.

Dieron después una explicación sobre cómo iba a ser el programa del baile al día siguiente y en qué orden, cosa que nadie escuchó y la mayoría de las debutantes y acompañantes se marcharon a continuación sin haber prestado ninguna atención a los horarios. Tampoco hicieron el ensayo. Formaban una multitud difícilmente controlable y Willie y Quentin salieron tras las cuatro chicas de la enorme sala de la recepción hacia la puerta del club Interallié. En cuanto estuvieron en la calle, Caroline se marchó sin apenas decir una palabra a ninguno. Dijo que tenía que regresar a su hotel. De hecho, volvía a sentir náuseas y temía que si se quedaba charlando pudiera vomitar en la calle, lo cual resultaría humillante.

—Me odia —le dijo Willie a Amelia, y ella sonrió.

—Está un poco distante también con nosotras —le explicó—. Creo que ayer tuvo una intoxicación; es posible que no se encuentre bien.

—No, me odia —insistió él con buen humor—. Le pasa a la mayoría de la gente cuando me conoce. Hablo mucho, hago demasiadas preguntas. Mi hermano siempre me lo dice y, al parecer, siempre les recuerdo a algún primo blandengue al que detestaban en la infancia. —Su descripción hizo que ella se riera. Willie la invitó a ir a tomar una copa y ella aceptó. Salieron en dirección a Saint-Germain, en la margen izquierda, en busca de un bar simpático lleno de estudiantes, lo cual hizo que Felicity se quedara con Quentin y Sam y se dio cuenta de que ellos también se habían gustado, así

que al menos dos de las americanas habían tenido suerte. Willie no era el acompañante de Amelia, pero estaba claro que Caroline no parecía estar nada interesada en él. Apenas se había despedido de este cuando se marchó para volver al Ritz. Y Felicity pensó que debería dejar sola a Sam para que conociera a Quentin, así que se retiró discretamente y se marchó unos minutos después para regresar al Plaza Athénée.

—Pues sí que ha sido corto —dijo Araminta cuando vio a Felicity en la sala de estar de la suite. Acababa de pedir al servicio de habitaciones unas crepes con salsa de chocolate y unos espagueti boloñesa para calmar los nervios—. ¿Cómo era tu acompañante?

—Mayor y muy guapo. Tiene veintisiete años y trabaja en una agencia de publicidad. Parece una estrella de cine y ha desaparecido doce minutos después de conocernos. Conocía a todos allí.

—Deberías haber dedicado más tiempo a tu dieta esta primavera y haber seguido corriendo. Podría haber dado resultado y a lo mejor él se habría quedado más de diez minutos —dijo Araminta con un tono desagradable típico de ella.

—Yo busco a un hombre que me quiera por mi mente, no solo por mi cuerpo o mi peinado —le respondió Felicity a su hermana, que estaba yendo a la peluquería cada día en París y tenía un aspecto impecable y elegante.

—El envoltorio importa —repuso esta—. Los hombres no van a molestarse en conocer tu mente si no les gusta el envoltorio en el que viene. Y la mayoría no busca mujeres que sean ingenieras químicas —dijo sin rodeos—. Ni siquiera saben qué es eso.

—Voy a cambiar de especialidad en cuanto vuelva a la universidad. ¿Qué te parece Física nuclear? ¿Tienes alguna información al

respecto? —le preguntó Felicity con tono irónico.

—Yo solo sé que no estás haciendo nada por ayudarte, Felicity. Si quieres un hombre, tienes que dejar los helados, los dónuts y las pizzas. Al menos durante un tiempo.

—No estoy segura de que merezca la pena —respondió la menor, pensativa.

—Te divertirás más si pierdes peso —le insistió con toda naturalidad—. Es la única razón por la que mamá y yo te chinchamos con ese tema. Es por tu bien, no por el nuestro.

—Terminaré haciéndolo —dijo Felicity, pero no parecía convencida. No envidiaba la vida de Araminta ni su círculo de amistades, y Araminta tampoco había tenido nunca un novio serio. Felicity pensaba que se esforzaba demasiado y que salía con los hombres menos adecuados. Araminta solo era el envoltorio sin nada dentro. No había cerebro ni corazón una vez que le quitabas la pringosa envoltura. Araminta puso los ojos en blanco cuando llegó el carrito del servicio de habitaciones y volvió a su habitación a ponerse una mascarilla mientras Felicity cenaba en paz y sola en la sala de estar. Sus padres habían salido a cenar.

En su habitación del Ritz, Caroline acababa de vomitar por segunda vez desde que había vuelto de la recepción. Sentía pánico con la presentación en Versalles. No podía pasar ya una noche entera sin vomitar. Y lo que era peor aún, estaba embarazada de un niño que no deseaba y de un hombre que no la quería. Esa noche lloró hasta quedarse dormida.

Quentin fue un perfecto caballero, que llevó a Sam de vuelta a su hotel y comieron un bocadillo en una mesa del vestíbulo mientras sonaba un piano como música de fondo. Él era una persona

interesante y a ella le estaba gustando conocerlo. Su padre entró por el vestíbulo tras haberse reunido con un inversor tomando unas copas en el bar y Sam se lo presentó. Quentin se mostró simpático y respetuoso y Robert no paró de preguntarle por él a su hija cuando volvió a la suite.

—¿Es tu acompañante? —le interrogó, curioso.

—Sí, es abogado. Acaba de aprobar el acceso a la abogacía y tiene un trabajo en un bufete.

—¿Es asiático?

—Su madre es vietnamita.

—Parece muy simpático.

—Lo es. Su padre es propietario de varias empresas en Asia. Es inteligente y muy educado, y parece agradable. Me siento mejor con respecto a mañana, ahora que lo he conocido.

—Yo también —le contestó Robert. Le caía bien Quentin—. No olvides bailar conmigo mañana por la noche —le recordó. Ella soltó un gemido y puso los ojos en blanco.

Estuvieron charlando unos minutos y después se fueron a sus habitaciones. Sam había pasado una agradable velada con Quentin y, al menos él, no iba a ser un desconocido cuando lo viera en Versalles. No creía que las otras hubiesen tenido tanta suerte. También le caía bien Willie Brockhall. Parecía divertido y era de buen trato y nada pretencioso al considerarse «aristocracia pobre», lo cual probablemente fuera cierto, pero no trataba de ocultarlo. Y como segundo hijo en Inglaterra, sería pobre, aunque su padre tuviese una enorme fortuna. Todo pasaría a su hermano mayor y él se quedaría sin nada, razón por la que dijo que trabajaba en la City, el distrito financiero de Londres.

Willie y Amelia estuvieron paseando esa noche por toda la ciudad después de cenar en un bistró. Hicieron una parada en Notre-Dame, y después, él la acompañó de vuelta a su hotel en la orilla izquierda a las tres de la madrugada. Fue una noche mágica en París, aunque él no fuera su acompañante. Y era mucho más simpático que Tristan de Bret, el acompañante que le habían asignado.

8

Llevaron dos docenas de rosas blancas de tallo largo en un jarrón a la habitación del hotel de Amelia el sábado por la mañana. Eran de Tristan de Bret y la tarjeta decía:

DESEANDO QUE LLEGUE ESTA NOCHE. SERÁ UN HONOR SER TU ACOMPAÑANTE.

TRISTAN

Ella leyó la tarjeta con una mueca de desagrado, pero las rosas eran bonitas.

—¡Vaya! —exclamó Jane cuando las vio—. Tiene muy buenos modales. Debes haberle gustado.

—Solo está siendo educado, mamá —respondió Amelia sin emoción—. Apenas habló conmigo en la recepción y se fue con sus amigos.

—Debes haberle causado una gran impresión. Son muchísimas rosas de una floristería de lujo para tratarse de un chico que no está interesado y solo está siendo educado. ¿Por qué no le das una oportunidad?

—¿Para qué? ¿Para caer rendida a sus pies a medianoche? Nos conocimos ayer. Apenas intercambiamos algunas frases. No me preguntó nada sobre mí. Y después de acompañarme a bajar las escaleras de Versalles, tendremos un baile y nunca más volveré a

verlo. ¿Qué se supone que va a salir de ahí? —Amelia hablaba con tono cínico. Y realista.

—Entonces ¿con quién estuviste hasta las tres de la mañana? Te oí entrar.

—Con uno de los acompañantes de las otras chicas. A ella no le interesó mucho y se fue directa a su hotel. No se encontraba bien. Ha sufrido una intoxicación.

—¿Y le has robado al acompañante? —preguntó con gesto de desaprobación.

—Yo no le he robado a nadie. Fuimos a tomar una copa y cenamos, y después paseamos por París y charlamos.

—Y hoy no te ha enviado flores. Tu acompañante sí.

—No tiene nada de emocionante, mamá. No sentimos atracción el uno por el otro.

—¿Cómo lo sabes después de una noche paseando por París y estar una hora con el otro chico? París es una ciudad romántica. Hasta King Kong podría parecer una cita atractiva. No te dejes llevar por ideas equivocadas y no descartes a nadie que pudiera ser el hombre adecuado si le das una oportunidad. —Amelia le había dicho a su madre el nombre de Tristan antes de que llegaran las flores y, de inmediato, Jane había lanzado las campanas al vuelo. Incluso los extranjeros sabían que los De Bret eran la familia más rica de Francia y, por algún increíble giro del destino, un De Bret había terminado siendo el acompañante de Amelia porque una prima tenía la varicela y había tenido que retirarse. A Jane le parecía que era cosa del destino, pero no a Amelia. Tristan le resultaba aburrido, y Willie, divertido. Y a los diecinueve años, eso era lo único que

quería. No estaba buscando comprometerse para el domingo con un absoluto desconocido, aunque fuera rico.

—Solo te gusta por su familia.

—Son los dueños de los mejores viñedos de Francia, la mitad de las industrias y varios bancos privados. Y puede permitirse enviarte dos docenas de rosas. No es ningún delito, Amelia. Tienes que aprovechar las oportunidades que te brinda la vida y aferrarte a ellas con las dos manos.

—Pero solo si es rico. ¿Es eso lo que quieres decir? Resulta asqueroso y no estoy buscando marido. Me quedan diez años por delante antes de ponerme a pensar en casarme. Y rico o pobre, cuando llegue ese día, quiero estar locamente enamorada de mi marido, y no porque sea rico. —Jane soltó un suspiro mientras la escuchaba.

—Yo no me casé con tu padre por su dinero. Tenía algo cuando nos casamos y nos lo habíamos gastado casi todo cuando murió. Es solo que no quiero que pases penurias. Aunque estés enamorada de alguien, la falta de dinero puede acabar con el amor. No hay nada de romántico en preocuparse por cómo vas a pagar el alquiler del mes que viene. Mi vida no ha sido fácil desde que murió tu padre —dijo sin más.

—Tampoco tú te estás preocupando por eso. Vivimos en el apartamento que papá nos compró. No tienes que pagar alquiler.

—No, pagamos los gastos que una casa conlleva. —Y no le contó que si no encontraba pronto un trabajo, quizá tendría que vender el apartamento para que pudieran comer y Amelia pudiera seguir en la universidad—. No te estoy diciendo que te cases con un hombre rico porque sea rico. Pero sí que la seguridad es importante. Durante los

diez últimos años mi vida ha sido un desafío para poder mantenernos. Deseo para ti una vida mejor que esa. No quiero que tengas que preocuparte nunca por el dinero.

—Lo sé, mamá. Pero tengo diecinueve años. Lo que yo no quiero es escoger a los chicos con los que salgo porque tengan dinero para evitarme hacer sacrificios algún día. Y si me enamoro y tengo que hacer sacrificios, lo haré. Me las apañaré igual que has hecho tú. A nosotras no nos falta de nada, he ido a los mejores colegios y estoy en una universidad buenísima. Tenemos un apartamento precioso. Estamos aquí, en París. Siempre tenemos todo lo que necesitamos y no te has casado con un rico aburrido para conseguirlo. Lo has hecho por nosotras y, si yo tengo que hacerlo algún día, lo haré.

Tristan de Bret suponía una oportunidad increíble y era exactamente lo que Jane deseaba para su hija: seguridad para que no necesitara quedarse despierta por las noches aterrada por no tener un plato de comida que llevar a la mesa ni poder pagar los estudios de su única hija. Los últimos diez años habían pasado factura a Jane y ahora se daba cuenta de que lo había hecho demasiado bien. Amelia pensaba que todo lo que tenían había aparecido por arte de magia. No tenía ni idea de lo duro que había trabajado, de lo que había ahorrado y escatimado, de lo que se había preocupado por asegurarle ese estilo de vida y la sensación de seguridad.

—¿Es por eso por lo que hemos venido aquí? —le preguntó Amelia —. ¿Para que yo pueda encontrar un marido rico? Si es así, supongo que el objetivo de que unas chicas sean presentadas en sociedad no es para que pasen una divertida noche de cuento, como dijiste. En ese caso, el objetivo de un baile de debutantes no ha cambiado en

los últimos cien o doscientos años. Es una subasta de chicas jóvenes, para venderlas al mejor postor. No es eso lo que yo busco, mamá. Quiero ser independiente y mantenerme por mí misma, igual que tú. Y cuando sea abogada, lo haré, y es posible que incluso pueda ayudarte entonces, igual que tú nos has mantenido desde que papá murió. Pero no me voy a casar, por muchas rosas que alguien me envíe, si no me parece el hombre adecuado. Estoy segura de que Tristan de Bret es un chico de lo más agradable, pero no hay sintonía entre nosotros, no me siento atraída por él. Es aburrido. Y él tampoco se sintió atraído por mí anoche.

Jane sabía que todo lo que Amelia estaba diciendo era verdad, y que era noble, pero también sabía lo doloroso que resultaba sufrir para llegar a fin de mes. Y ahora que estaba sin trabajo, desde hacía cinco meses, empezaba a desesperarse y no quería que Amelia tuviera que pasar por lo mismo, aunque eso implicara tener que casarse con un hombre menos atrayente.

—¿Y ese chico inglés con el que estuviste paseando anoche sí resulta interesante?

La expresión de Jane al preguntarlo era de desaliento. Podía notar cómo el chico De Bret se escapaba entre los dedos de Amelia. Quizá no consiguiera que saliera nada de ahí, pero es que su hija ni siquiera estaba dispuesta a darle una oportunidad. Podía permitírselo porque contaba con su madre para mantenerla. Jane le había proporcionado durante diez años una sensación de seguridad, pero se trataba solo de una ilusión, no era real. Y estaban viviendo con más estrecheces de las que Amelia creía. Por un momento, cuando invitaron a su hija al baile de Versalles, Jane creyó que era la respuesta a una plegaria, una oportunidad para presentarla a

alguien apropiado, alguien que la mantuviera segura y a salvo toda la vida, de modo que jamás tuviera que preocuparse por el dinero. Quería que Amelia tuviera esa oportunidad, pero era una idea que a su hija le parecía repulsiva, y quizá tuviera razón.

—Quiero conocerlos a los dos esta noche. Y no te falta razón, Amelia. Solo tienes diecinueve años. No tienes por qué preocuparte de nada de esto ahora. Y si Tristán es un aburrido, no hay más que hablar. Supongo que me he dejado llevar por la fantasía de la Cenicienta.

Abrazó a su hija y se quedaron así durante un largo rato.

—Solo estás asustada porque todavía no has encontrado trabajo. Probablemente conseguirás uno estupendo en cuanto volvamos a casa. Eres maravillosa y muy inteligente y te van a contratar. Lo sé —dijo Amelia.

Su niña era tan joven e inocente y todavía no se había enfrentado a las injusticias de la vida. No la habían rechazado en puestos para los que estaba cualificada, pero siempre había un hombre que conseguía ese trabajo y le pagaban tres veces más por él. A ella no la habían despedido después de nueve años porque otro hombre tuviera mejores referencias, aunque contara con menos experiencia, sino porque era un hombre, así que le dieron el puesto. Habían sido cinco meses duros y esclarecedores para Jane después de que la despidieran y empezaba a perder la esperanza de lograr un trato justo y un buen trabajo. Le habían pagado mal durante años y ella lo había tolerado porque casi le habían prometido el puesto de directora ejecutiva. Y ahora ni siquiera podía encontrar un trabajo de secretaria. No veía cómo iba a seguir pagando la Universidad de Barnard para Amelia, y mucho menos los tres años en la facultad de

Derecho a partir de ahora. Pero algo saldría. Y Amelia tenía razón. A los cuarenta y dos años, su carrera no había terminado. Estaba en pausa. Pero la pausa de cinco meses había hecho que su fe se tambaleara. El mercado laboral favorecía a los hombres. Y el baile de Versalles no iba a suponer el billete de Amelia para una vida mejor. Jane sabía que se había equivocado al pensarlo. Pero no sabía de qué otro modo asegurar el futuro de su hija ni lo bajo que podrían caer antes de hallar una solución o un trabajo, o si ese trabajo sería suficiente para mantenerlas a las dos. Para las mujeres no había una docena de maneras distintas de asegurarse el futuro. Pero el matrimonio sí era una de ellas. Y si Amelia se enamoraba de un chico de una familia con dinero, su vida sería más fácil. Aunque la salida fácil no siempre era la correcta, y estaba claro que el matrimonio no parecía el camino hacia la seguridad que Amelia quería, y Jane la respetaba por ello. Siendo tan joven, tenía moral y principios y sueños en los que creía, y ella la había enseñado a tenerlos. Ahora no podía enseñarle lo contrario ni decirle que era todo una mentira, que sus sueños nunca se harían realidad y que no podría lograr el éxito ella sola.

—Háblame de ese chico inglés —dijo Jane mientras se sentaba a su lado en el sofá de la habitación de Amelia.

—Es divertido, bobo e inteligente y quiere trabajar duro porque el sistema inglés es terrible y su hermano mayor lo va a heredar todo, por lo que quiere hacer su propia fortuna. Parece muy honesto y no finge ser nada que no es. Me dijo que era pobre nada más conocerlo, así que no me hago ilusiones algunas con él. Yo le dije que también era pobre, aunque tengo una madre que me mima un montón, como al traerme al baile de Versalles. No tenías por qué

hacerlo, mamá. Pero me alegra que hayamos venido. —Jane respondió con una sonrisa.

—A mí también. Me encanta estar aquí contigo. —No tendrían siempre ocasiones como esta en cuanto Amelia saliera sola al mundo.

—Gracias por hacerlo realidad —dijo Amelia.

—Parecía demasiado especial como para dejarlo pasar —le confesó Jane.

—Lo es. Y me gustan las chicas que he conocido hasta ahora. Algunas parecen una estiradas y no puedo hablar con las francesas ni tampoco ellas nos hablan. Pero las tres chicas americanas que he conocido son muy simpáticas. Creo que una de ellas tiene alguna especie de lesión, pero no le he querido preguntar. Es como si perdiera el equilibrio de vez en cuando. Parece que cojea un poco y creo que tiene una mano más débil.

—Suena como si fuese un derrame cerebral, y es demasiado joven para eso —dijo Jane con el ceño fruncido.

—Yo creo que es más bien una lesión, porque tiene una cicatriz en una pierna. Como si hubiese tenido un accidente o una operación. Pero es guapa y muy inteligente. Es la única a la que sí le ha gustado su acompañante. También salieron juntos anoche. Él es medio vietnamita.

—Qué pena que no vayáis a volver a ver a vuestros acompañantes después de esta noche.

—Quizá volvamos a París alguna vez. Y puedo ver a una de las chicas en Nueva York, la que tuvo el accidente. Va a la Universidad de Nueva York y es de allí. Las otras dos, una vive en Dallas y la otra

en Los Ángeles. La de Dallas es muy divertida. Va al MIT. Ha dicho que vendrá algún fin de semana.

—Debe de ser muy inteligente si va al MIT. —Jane estaba impresionada.

—Lo es. Tiene cierto problema con su peso, y su hermana y su madre la sermonean para que adelgace. Me cae muy bien. La de Los Ángeles ha estado todo el tiempo enferma. Ayer tuvo una intoxicación. Espero que esta noche se encuentre bien.

Jane se alegraba de que ya hubiese hecho amigas entre las demás debutantes. Al final esos eran los contactos que durarían, no un breve romance con un chico al que nunca volvería a ver. Su hija tenía razón.

Fueron a comer a un bistró cerca del hotel y a dar un paseo por el Sena, y después regresaron al hotel. Ya habían colgado el vestido para el baile y Jane le había prometido a Amelia que la peinaría. Esta era su gran noche. Cuando vio que su hija se metía en la bañera, Jane fue a plancharse las arrugas de su vestido. Nunca se había sentido más orgullosa de su hija como lo estaba ahora. Era una mujer de fuertes convicciones, con principios y amor propio a pesar de tener solo diecinueve años.

A Caroline le costó prepararse para el baile de esa noche. Tuvo que parar dos veces para vomitar. Las náuseas que la habían invadido los últimos días habían ido a peor. Ahora se sentía mareada todo el rato y le costaba ocultárselo a su madre.

—Quiero que te vea un médico cuando lleguemos al sur de Francia —dijo Betty con firmeza y le contó a Josh sus

preocupaciones.

—Espero que se quede en una simple intoxicación. Puede haber cogido la hepatitis por una ostra en mal estado. No me fío de la refrigeración de aquí. Lo dejan todo fuera con este calor. Y no debería comer ostras en julio. —Él pareció preocuparse, pero su hija no tenía fiebre, así que no se trataba de una infección.

A pesar de lo mal que se sentía, Caroline estaba bellísima una vez se puso la ropa. El vestido blanco con falda ancha hasta los pies y su cintura estrecha le daba el aspecto de una princesa o de un ángel; su padre no sabía decidirse. Pero Caroline se quedó abatida al ver lo ajustada que le quedaba la cintura desde la última vez que se probó el vestido, dos meses antes. Casi no podía cerrarse la falda y, cuando lo consiguió, le costaba respirar. Iba a ser una noche larga, con náuseas y sin poder respirar, y no pensaba comer porque estaba segura de que vomitaría. Su madre la obligó a tomar tostadas y un poco de ginger-ale antes de salir del hotel a las seis. Las debutantes tenían que estar en el palacio a las siete y habían reservado toda una zona para reunir a las doscientas ochenta y seis con sus respectivos acompañantes.

La presentación de las debutantes estaba previsto que empezara a las siete y media y no habían tenido un ensayo adecuado. La cena se iba a servir a las nueve, con un espectáculo de luces en el postre, después de que oscureciera, sobre las diez y media, y habría fuegos artificiales a medianoche. Se esperaba que la fiesta y el baile duraran hasta el amanecer, con desayuno para los que se quedaran. En total serían mil doscientos invitados, de los cuales dos terceras partes eran jóvenes. Los mayores se marcharían mucho antes de que terminaran los festejos. Iba a ser una noche que nadie olvidaría.

En el coche de camino a Versalles, Amelia se dio cuenta de que su madre no llevaba puesta la sortija de esmeralda que siempre lucía en las ocasiones formales. Era su mejor joya y Amelia se sorprendió al ver a su madre sin ella.

—¿Dónde está tu sortija, mamá?

—No la he traído —respondió hábilmente—. No quería viajar con ella alojándome en un hotel. No sabía si tenían caja de seguridad para los huéspedes o no y, en el viaje en coche vamos a quedarnos en hostales muy sencillos. He pensado que lo mejor sería dejarlo en la caja fuerte de casa.

Actuaba como si no llevarlo ni tenerlo en París careciera de importancia. Su hija la miró extrañada y después asintió, pero se quedó callada y pensativa el resto del trayecto hasta el palacio, aunque más tarde se olvidó del asunto con los nervios por la presentación. Pero algo de lo que había dicho su madre no le parecía normal, aunque tuviera sentido. Anidó cierta inquietud en ella ante la posibilidad de que su madre le estuviera mintiendo. Lo enlazó con el deseo de esta de que se casara con un hombre rico. Y concluyó con una perturbadora preocupación por su progenitora. De repente, Amelia se preguntó si las cosas iban peor de lo que su madre le había contado. A lo mejor el hecho de estar desempleada cinco meses le había pasado una factura mayor de lo que imaginaba. Era la primera vez que lo pensaba y dudaba de la palabra de su madre. Extendió la mano para apretar la suya y siguieron así el resto del camino hasta que el majestuoso palacio apareció ante sus ojos y las dos se olvidaron de todo lo demás. La magia había dado comienzo.

Después de que a Felicity terminaran de peinarla en Alexandre esa tarde, se dio un baño con cuidado de no mojarse el pelo.

Tras el baño, Araminta y su madre la ayudaron a ponerse el vestido, le arreglaron la tela drapeada por la espalda hasta la corta cola y le colocaron el mismo panel por delante desde el busto. Conseguía disimularle la mayor parte de lo que Felicity no había perdido en los últimos seis meses. Tenía un aspecto imponente y elegante y apenas se reconoció en el espejo.

—Vaya…, el vestido es increíble —dijo Felicity mirándose.

—Estás preciosa —comentó Araminta con un tono respetuoso. Nunca había visto a su hermana con un aspecto así. Su madre sonreía con orgullo y a su padre se le saltaban las lágrimas al contemplarla.

—Pareces una princesa —le dijo a Felicity antes de darle un beso en la mejilla. Ella se sentía casi como una novia, y lo parecía. Lo único que necesitaba era un velo y un ramo. Llevaría el ramo de lirios del valle blancos que el comité del baile había pedido para cada una de ellas. Las debutantes estadounidenses vestían de blanco y las francesas irían con el color que eligieran. Habían recomendado tacón bajo para que no se tropezaran en las escaleras pero, aun así, muchas iban a llevar tacones altos. Era la labor de los acompañantes que no se cayeran. Los jóvenes vestirían de frac, lo que aportaba dignidad y elegancia a la ocasión. Muchos de ellos iban a llevar un atuendo así de formal por primera vez. Los padres de las debutantes también vestirían de frac, con sus medallas, si las tenían. Los miembros de la realeza portarían sus bandas y se esperaba a bastantes de ellos esa noche.

La fiesta y la presentación iba a tener lugar en el monumental patio de naranjos del palacio, L'Orangerie. Los organizadores habían colocado a las familias e invitados de las americanas juntos en mesas, de modo que el idioma no supusiera un problema y pudieran disfrutar de la velada, pues pocos de los americanos hablaban francés y muy pocos de los invitados franceses tenían fluidez con el inglés.

Habían tardado semanas en organizar la cuestión de la ubicación de los numerosos asistentes al tratarse de personas de rangos tan dispares y de tanta relevancia. Además, también asistirían el nuevo primer ministro y la señora De Gaulle.

Los padres dejaron a las chicas en la recepción acotada, donde les habían dicho que se reunirían. Una vez que su preciosa carga quedó depositada, los padres fueron a unirse a los demás invitados.

Samantha dejó a su padre sin habla cuando la vio con el precioso vestido que ella había mandado confeccionar. Lo había ocultado hasta entonces para darle una sorpresa.

La gigante falda larga se movía como una enorme campana a su alrededor y la costurera había sido meticulosa con el dobladillo. Apenas tocaba el suelo, no más, para que no se tropezara. Las debutantes iban a caminar por un suelo irregular durante toda la noche, por los jardines, el patio y las escaleras; traicionero para todas ellas, pero en especial para Sam. Llevaba zapatos de tacón bajo. Se parecían a los delicados zapatos de María Antonieta que se mostraban en el palacio, con la hebilla de pedrería asomando por debajo del vestido, lo suficiente pero sin demasiado brillo.

Una ayudante le entregó los ramos a todas las chicas y el número fue el exacto.

Pierre Villiers estaba de pie junto a Felicity mientras esperaban a que la música empezara como señal de que había llegado el momento de la procesión de debutantes en dirección a las escaleras.

—¿Quién era esa chica tan deslumbrante del vestido plateado que he visto contigo en el coche cuando te has bajado? —le preguntó Pierre.

—Mi hermana, Araminta —respondió ella sin emoción. Podía ver el deseo en los ojos de él. Era la reacción habitual cuando veían a su hermana. Araminta siempre despertaba deseos en los hombres a los que conocía y ella estaba encantada de provocarlos. Pero nunca terminaba en nada serio una vez profundizaban.

—Tendrás que presentármela después del acto —le dijo, y Felicity asintió. No le importaba. Él no le había dicho que estaba guapa, pero ella sabía que sí lo estaba. El vestido le daba un aspecto regio. Al verse con ese precioso vestido de Óscar tuvo un destello de cuál podría ser su aspecto si perdiera el exceso de peso y esa noche había tomado la decisión de hacer algo al respecto. Había llegado la hora.

Caroline se agarraba al brazo de Willie con más fuerza de la que él se esperaba y, cuando la miró, vio que estaba pálida pero con gesto decidido. Le dio una palmadita en la mano para tranquilizarla y ella respondió con una débil sonrisa. Willie se dio cuenta de que ella no se encontraba bien y que hizo una mueca de dolor varias veces cuando creía que él no la miraba.

—No lo olvides, se supone que tienes que divertirte —le recordó —. Sonríe cuando bajemos las escaleras —añadió, y ella asintió.

—Gracias por las preciosas flores —le susurró Amelia a Tristan y él la miró encantado. Su padre le había dicho que era lo que se debía hacer. Había otra debutante que se presentaba esa noche, una francesa, en la que tenía especial interés. También le envió a ella dos docenas de rosas, en su caso rojas. Su padre había llamado de su parte a la floristería y se encargó de pagar la cuenta.

Mientras esperaban para empezar a avanzar, Samantha mantuvo la mano firmemente agarrada al brazo de Quentin y, unos minutos después, levantó los ojos hacia él. Su pelo era una gran masa de rizos rubios rojizos y él no había visto nunca a una mujer más hermosa e inocente.

—A veces me caigo —le susurró, más nerviosa cada minuto que pasaba.

—No te soltaré —le contestó él también susurrando—. ¿Puedo sujetarte la mano mientras haces la reverencia para así sostenerte? —Ella se quedó pensando un momento y asintió. A continuación, se giró para mirarlo y sonrió. La había entendido y no había necesidad de explicarle más.

—Eso estaría bien. Gracias.

—Te aguantaré el ramo cuando hagas la inclinación —le dijo Quentin a Samantha. Ella parecía visiblemente tensa y las manos le temblaban, pero estaba preciosa con su vestido de princesa de cuento. Él se sentía orgulloso de acompañarla y estaba también elegante con su frac. Ya había supuesto que a veces ella perdía el

equilibrio y la había observado con atención. El problema era sutil, pero se había fijado y no se equivocó al pensar que debía estar relacionado con la cicatriz de su rodilla, aunque ella lo disimulaba bien y lo compensaba con ingenio. No se le notaba la pérdida de equilibrio a menos que te fijaras mucho y la observaras durante un rato. Y a él no le importaba lo que el comité pudiera pensar sobre que le estuviese agarrando la mano para la reverencia. No podían hacer nada por impedirlo. Samantha le importaba más que sus reglas. Quería que se sintiera cómoda y segura y, tras su breve conversación, lo había conseguido.

A continuación, despacio, empezaron por fin a avanzar hacia la escalera. Sam había tenido pesadillas con esa escalera, pero podía notar el apoyo de Quentin a medida que se aproximaban a ella y dejó de sentir miedo. Los mayordomos uniformados con pelucas blancas estaban colocados en el extremo de cada escalón. Y el heraldo anunciaba sus títulos y nombres, primero las chicas y después sus acompañantes. Los acompañantes vestidos con uniformes militares daban color a la multitud.

Las chicas francesas fueron primero, con su arcoíris de colores, y después las estadounidenses, con aspecto de novias. Resultó que, por orden alfabético, Samantha Walker era la última en ser presentada. Hizo una pausa un poco más larga que las demás, lista para conquistar la escalera con la ayuda de Quentin. Su espera de solo unos segundos hizo que su entrada fuese más teatral. Había un foco sobre ella y sintió los destellos de las cámaras, pues no había otras chicas delante de ella que impidieran que todos pudieran verla.

—Despacio —susurró Quentin, y eso hizo. Bajó los escalones de uno en uno y parecía como si estuviera flotando con su gigantesca

falda de tul. Era el final perfecto para la presentación. Sam bajó suavemente la escalera, se detuvo al final y dio un paso adelante. Aferrada a la mano de Quentin, hizo una gran reverencia hacia el comité, otra inclinación más leve al pretendiente al trono, a pesar de que ya no hubiese un trono que heredar en Francia, así como un gesto con la cabeza al primer ministro, el general De Gaulle, y su esposa.

Se alzó, sonriendo, como una patinadora artística que hubiese clavado el triple axel en el aire y aterrizara con firmeza y elegancia en los pies sobre el hielo. Miró a Quentin agradecida y con paso lento y la cabeza alta, fueron a unirse a los demás mientras la multitud aplaudía a todas las chicas, especialmente a Sam. Hubo después una breve entrega de un broche a cada joven: un sol dorado para las debutantes francesas y una estrella dorada para las americanas. El broche del sol simbolizaba al Rey Sol que había construido el majestuoso palacio que había sobrevivido a los muchos avatares de la historia y seguía en pie y más bello que nunca.

Se dio permiso a todo el grupo para que se uniera a sus amigos y familiares en las mesas donde iban a cenar, y a todos los invitados que habían visto cómo se presentaban las chicas en sociedad. Sam le entregó a su padre el broche para que se lo guardara en el bolsillo y le presentó de nuevo a Quentin, que le estrechó la mano por segunda vez y le dijo que era un honor acompañar a su hija. A continuación, todos se sentaron a cenar. Las debutantes estaban en mesas colocadas en una zona destacada para que todos pudieran verlas y admirarlas. Formaban un precioso grupo de jóvenes. Quentin estaba en una mesa cerca de sus padres, pero lo sentaron con Sam porque era su acompañante. Sam coincidió con la madre

de Amelia en la mesa de su padre y le pareció simpática. Amelia y su acompañante estaban en la suya. Amelia quería presentar a su madre al padre de Sam, ya que todos vivían en Nueva York, pero no fue necesario. Dio la casualidad de que Jane y Robert Walker estaban uno al lado del otro, pues ambos habían ido solos. Y Robert se mostró encantado de ver lo contenta que parecía Sam. Estaba radiante. La presentación había supuesto un triunfo para ella. Había bajado esa escalera como si le perteneciese y lo hiciera cada día.

Justo antes de la cena, el director de la orquesta anunció el baile de padres e hijas y Robert llevó a Sam hasta la pista y ejecutaron un perfecto vals lento. Y después vino el baile tradicional con los acompañantes. Quentin se acercó a tomar a Sam de la mano de su padre y, con cuidado, la llevó por la pista de baile dando vueltas por la sala con enorme elegancia.

9

Felicity estaba en la misma mesa que Caroline y otras cuatro chicas americanas con sus acompañantes. Podía ver a sus padres en una mesa cercana en la que Araminta debía estar sentada con ellos, pero su asiento estaba vacío. Cuando anunciaron el primer baile con los acompañantes, Felicity no pudo encontrar al suyo por ningún lado. Había desaparecido inmediatamente después de la presentación sin decirle una palabra. Lo entrevió a lo lejos durante el cóctel y todavía no había aparecido en la mesa. La cena estaba a punto de empezar tras los dos primeros bailes.

—¿Dónde está tu acompañante? —le preguntó Caroline en un susurro.

Felicity se había quedado sola con su regio aspecto en cuanto acabó el baile de padres e hijas.

—No tengo la menor idea —confesó, sintiéndose perdida mientras Caroline dejaba la mesa con Willie Brockhall, que se mostró muy cortés cuando Caroline confesó que seguía sin sentirse bien. La velada había sido difícil para ella, había conseguido soportar a duras penas la presentación y ahora llegaban los bailes y la comida. La larga noche estaba planeada para chicas jóvenes en busca de maridos, no para mujeres embarazadas con mareos matutinos, pensó al tiempo que trataba de ser educada con Willie y comportarse lo mejor posible, por muy mal que se sintiera. Había

sentido calambres en la espalda y la parte baja del abdomen toda la noche, y pensó que probablemente se debía a que había vomitado con tanta fuerza que se le había destrozado todo el cuerpo.

Felicity vio cómo Caroline se alejaba bailando con Willie con un encantador foxtrot. La orquesta estaba tocando la mejor música de baile que había oído nunca. Incluso tocaron algunas canciones de Frank Sinatra y de Dean Martin. Le encantaba bailar y se sentía ridícula y observada al no tener pareja. Estaba a punto de sentarse a su mesa junto a la silla vacía de Pierre Villiers, cuando alguien le tocó el brazo. Se giró para ver quién era, esperando que Pierre hubiese regresado para el baile de los acompañantes. El joven a quien se encontró delante parecía como si se hubiese vestido a oscuras. Llevaba una maraña de pelo rojo y rizado que le formaba una aureola alrededor de la cabeza. Tenía unos cálidos ojos marrones y una sonrisa cauta. Vestía esmoquin en lugar de frac, pues no era acompañante, y llevaba la corbata torcida.

—Lo siento. Mi hermana es una de las debutantes de esta noche, Francoise Trudot, quizá la has conocido. Es pelirroja como yo. Me llamo Raphael. Sé que Pierre Villiers es tu acompañante. He estudiado con él. En fiestas como esta pasa más tiempo bebiendo entre los arbustos con sus amigos que en la pista de baile. Es una pena que te pierdas este baile, y la música es muy buena. ¿Te gustaría bailar conmigo? —le preguntó, y ella vaciló. No estaba segura de cuáles eran las reglas respecto a la sustitución de los acompañantes, pero la parte oficial de la velada había acabado y a partir de ahora era de estilo libre. Y sí que quería bailar. Era un detalle por parte de Raphael venir a rescatarla.

—Sí que me gustaría. —Le sonrió sintiéndose dispuesta a cualquier cosa con su bonito vestido. Se sentía como una princesa con él y no una chica gorda, desmañada y empollona de Dallas, que era como normalmente se veía.

Él la condujo a la pista de baile y ella descubrió al instante lo buen bailarín que era. Lo pasó de maravilla deslizándose con él por la pista y su dominio del inglés era casi tan bueno como su foxtrot.

—Eres muy guapa —dijo él mientras la orquesta cambiaba a la siguiente canción y seguían bailando—. Y bailas de maravilla —la elogió.

—Gracias. Me encanta bailar, pero no tengo oportunidad de hacerlo a menudo.

—¿Por qué no? —Parecía interesado en ella, Felicity le parecía tremendamente glamurosa con su sofisticado peinado y su elegante vestido. Le parecía como una reina. Y él era más alto que Felicity, con espalda ancha y una complexión fuerte.

—Estudio mucho —contestó ella mientras le sonreía.

—Ah, yo también. ¿Qué estudias?

Sabía que se acabaría el romanticismo en cuanto pronunciara la palabra. Era una palabra que ningún hombre quería oír en la boca de una mujer.

—Ingeniería —dijo, esperando que él dejara de bailar, bajara los brazos y se fuera de la pista. Pero, en lugar de eso, lo único que hizo fue reducir el ritmo y quedarse mirándola—. Tengo un título en Física —añadió, empeorándolo aún más. Raphael le mostró una amplia sonrisa cuando ella levantó los ojos hacia él.

—Yo voy a la Politécnica. También estoy estudiando Ingeniería. Pero no conozco a ninguna mujer que lo haga. La Politécnica de aquí

es una buena universidad. —Esta vez fue Felicity la que sonrió ante su modestia.

—Sí, lo sé. La mejor.

—¿Y tú? ¿Dónde estudias? —le preguntó. Era obvio que se trataba de una chica inusual, eso ya lo tenía claro. Lamentaba que le hubieran asignado a Pierre Villiers como acompañante. Era un famoso cretino en el panorama social, un borracho y un jugador, un mujeriego y un embustero e irrespetuoso con las mujeres.

—Voy a una universidad que se llama MIT —respondió ella—. En Boston. —Y esta vez él dejó de bailar y se quedó mirándola.

—¡Dios mío, no! Es la universidad que siempre he soñado. ¿Vas al MIT? Te odiaría, pero eres demasiado guapa como para odiarte y bailas demasiado bien. Solicité el ingreso allí para un programa de intercambio y me rechazaron. Qué suerte tienes. Y probablemente te lo mereces. Aunque a mí me han aceptado en un programa de dos años en Harvard. Soy estudiante de posgrado. —Lo cual, supuso ella, quería decir que tenía entre veintidós y veinticuatro años.

—¿Cuándo te vas? —Estaba emocionada por lo que había dicho: iba a ir a Harvard.

—Debo estar allí el 1 de septiembre. —Parecía muy contento por ello y más aún ahora que la había conocido a ella: tendría una amiga en Boston cuando llegara.

—Yo vuelvo la semana de antes. La gente siempre se queda aterrada cuando digo que voy al MIT, sobre todo los chicos. A ellas no les importa. Simplemente creen que soy un bicho raro y no quieren hablar conmigo. El MIT fue una de las primeras universidades en aceptar alumnas y en animar a las mujeres a

estudiar ingeniería y a ser emprendedoras. Aceptaron a la primera alumna en 1870 —le explicó ella con orgullo.

—Lo sé. Lo he leído todo al respecto. Me quedé hecho polvo cuando no me aceptaron.

—Harvard no es precisamente una universidad mala —se burló ella.

—No es el MIT —contestó él—. ¿Podré verte en Boston? No tengo amigos allí.

—Claro. Ahora me tienes a mí. Te haré de guía por Boston. Es una ciudad estupenda para la vida estudiantil, cuando tienes tiempo para eso. —Parecía un increíble golpe de suerte que los dos hubiesen encontrado un compañero de estudios de ciencias e ingeniería. No había parecido que un baile de debutantes fuese el lugar más apropiado para que se conocieran—. Mi familia cree que soy una especie de extraterrestre —le confesó mientras un camarero ataviado con traje de época, con librea de satén azul con ribete de encaje dorado y calzas, colocó la cena de Pierre delante de la silla donde se suponía que debía estar sentado—. ¿Quieres cenar aquí? —le preguntó Felicity señalando el asiento vacío que estaba a su lado.

—¿Será apropiado? —le preguntó Raphael. Era un hombre grande y parecía un oso de peluche con su bola roja de pelo rizado. Felicity se sentía pequeña a su lado.

—Claro. No pasa nada. No creo que vaya a volver. Le perdí hace una hora y media. ¿Qué opina tu familia de ti?

—Están contentos. Soy su único hijo varón, así que no tienen con quién compararme. Y mi hermana es bastante normal. Está estudiando para ser bióloga. Están familiarizados con los estudios. Mi

padre es investigador del cáncer en el Instituto Marie Curie y mi madre es dramaturga y una poeta laureada de la Académie Francaise. Es bastante conocida —dijo con orgullo—. Son intelectuales. ¿Y los tuyos?

—Mi padre se dedica al desarrollo urbanístico y a inversiones en inmuebles comerciales y mi madre es asistente de compras. Bueno, es broma. Simplemente le gusta ir de compras y ni ella ni mi hermana fueron a la universidad, así que piensan que soy un ser extraño. Y ser ingeniera está fuera de lo común por lo que a ellas respecta.

—¿Por qué has venido? —le preguntó él, desconcertado. Estaba muy lejos de Dallas y no se le ocurría ninguna razón para haber asistido.

—Siguiendo la tradición, he venido a buscar marido. Quieren deshacerse de mí. Y no creo que Pierre vaya a proponerme matrimonio cuando acabe la noche, así que tendré que regresar a Dallas deshonrada —dijo como si nada y él se rio tras la explicación.

—Es un idiota. Debería proponerte matrimonio. Al menos no se aburriría. Escoge a las peores chicas. Lo único que le importa es lo rápido que pueda llevarlas a la cama y después presume de ello. Es asqueroso. ¿Por qué Francia? Me refiero a por qué has venido.

—Me invitaron y a mi madre le pareció glamuroso y que aumentaría mi autoestima. Y ya sabes, sería bueno para las relaciones comerciales entre Estados Unidos y Francia si consiguen un buen precio por mí. Estaban planeando venderme al mejor postor, pero no creo que nadie presente ninguna oferta. El viaje ha sido un absoluto fracaso.

—No lo ha sido —contestó él, riéndose—. Te he conocido yo. Ha sido orquestado por el destino. Estoy seguro de que somos los únicos ingenieros de aquí —añadió con tono feliz y la invitó a bailar de nuevo una vez que terminaron de cenar. La comida estaba deliciosa y la orquesta era buenísima.

Pasaron la siguiente hora en la pista de baile sin descanso. Pierre Villiers no apareció en ningún momento para reclamar a su acompañante ni su cena. Y Raphael y Felicity no hicieron caso alguno a los juerguistas que los rodeaban. La gente se estaba emborrachando con el magnífico vino y todos parecían felices. Y ellos también. No dejaron de hablar en ningún momento.

En una de las mesas de los padres americanos, Jane Alexander, la madre de Amelia, y Robert Walker, el padre de Samantha, mantuvieron una larga conversación sobre lo que era tener hijas únicas de la edad de las suyas siendo padres solos. Descubrieron que los dos estaban viudos y que tenían muchas cosas en común. Pero no todas. Robert era una leyenda gracias a su empresa de capital de riesgo y Jane era una antigua ejecutiva de una editorial que ahora estaba sin empleo y era muy consciente de la diferencia en cuanto a riqueza, ingresos y la importancia de sus trabajos. Robert era un icono en el mundo de las finanzas. Ella no era más que una mujer pobre en busca de un salario. O así es como se sentía, pero él resultó ser una buena compañía. Parecía sincero en cuanto a su devoción por su hija y los dos tenían las mismas inquietudes respecto a la crianza de las hijas de esa edad y colocarlas sanas y salvas en la línea de salida de la vida real, sin que

sufrieran ningún daño ni incidente. Él la sacó a bailar y los dos disfrutaron y siguieron charlando durante la cena.

También comentaron el descubrimiento de que la estrella de cine conocida en todo el mundo, Betty Wade, tenía una hija que había sido presentada en sociedad esa noche con sus hijas.

—Amelia no me lo había mencionado —dijo Jane, sorprendida al ver que una de las madres era una gran estrella de cine.

—Y Sam no me lo ha contado. A lo mejor no lo sabían. Está siendo discreta y ellos no aparecen en la lista de los padres. —Los estaba buscando por la «W» y Jane la encontró primero.

—Está casada con el productor Josh Taylor. Ahí están, señor y señora Taylor y la hija es Caroline Taylor —le explicó Jane.

—A mí sí me habló de ella. —Robert recordó entonces su nombres —. Se conocieron en la merienda de la embajada del otro día. Sam me dijo algo de una chica que se llamaba Caroline que estaba enferma. Se había intoxicado o algo así. —Jane asintió, impresionada de nuevo por la gente a la que estaban conociendo, incluido Robert Walker. Bailaron de nuevo después de cenar.

Caroline aguantó el primer baile con Willie. No se estaba divirtiendo, pero se las arreglaba para continuar. A mitad del segundo baile, un animado foxtrot, apareció en su cara una expresión de pánico, salió corriendo de la pista de baile y empezó a buscar frenéticamente un baño, aunque no pudo encontrar ninguno lo bastante rápido. Literalmente, se zambulló en un pequeño claro oculto entre los arbustos y todo lo que había comido en las últimas horas, que no era mucho, le salpicó los pies y el borde del vestido. Podía notar que

había alguien detrás de ella, pero no le importó quién pudiera ser. Luego un largo brazo la rodeó y le dio un pañuelo mojado con agua y otro seco. Se secó la boca y la cara, se giró y vio que Willie se encontraba detrás de ella. Estaba demasiado mareada como para sentir vergüenza. Tenía los ojos llorosos por las arcadas. Cogió los pañuelos agradecida y se limpió, pero la parte baja de su vestido era un desastre.

—Gracias —dijo con voz áspera mientras algunas de las debutantes pasaban deprisa por su lado y ponían una mueca de desagrado—. Lo siento. He sido una acompañante terrible.

—No te preocupes, amiga. A mí me pasa siempre que bebo ron. —Willie sentía pena por Caroline. Tenía muy mal aspecto y el maquillaje se le había corrido. El rímel le bajaba por las mejillas mezclado con las lágrimas.

—No he bebido nada —dijo ella con tristeza tratando de no llorar.

—Es una pena. El vino es buenísimo. Y quédate los pañuelos. Son de mi hermano. Este traje es suyo. Los he encontrado en el bolsillo del frac. No los va a echar de menos. Lo cierto es que le he robado el traje. —Sonrió y ella se rio mientras iban a sentarse en un banco cercano para que ella se recuperara.

—Lo siento mucho.

—No lo sientas. Supongo que esto quiere decir que si me declaro esta noche me vas a rechazar. —Ella asintió con una sonrisa—. ¿Y mañana? ¿Hay alguna posibilidad?

Caroline negó con la cabeza.

—La misma respuesta.

—La verdad es que los franceses van muy rápido. Nos conocimos anoche, la presentación ha sido hoy y vuelvo a Londres mañana por

la noche, lo cual nos deja esta noche o mañana para la proposición de matrimonio. Nunca me he declarado a una mujer que está vomitando, aunque estoy seguro de que a alguna le habrán dado ganas ante la perspectiva de estar conmigo. A veces, a mí también me revuelve un poco el estómago. El hermano mayor se queda con todo, ya sabes. El cruel sistema británico. Terriblemente a contrapié. Yo me quedé con la casa Dower, pero ni siquiera es lo bastante grande para mí. Mi perro la aborrece. Probablemente hubo gatos que murieron allí hace siglos. Un lugar espantoso. Por tanto, ¿adónde nos lleva esto, señorita Taylor? Y otra cosa, ¿es verdad que tu madre es Betty Wade y tu padre es Josh Taylor? —Ella respondió asintiendo—. Podrías habérmelo dicho. He visto todas las películas de tu madre. ¿Crees que me dará un autógrafo a cambio de los pañuelos de mi hermano? No, bueno, a lo mejor no. —Sin duda, era un buen tipo y simpático y, en otras circunstancias, puede que ella se hubiese sentido atraída por él, pero no con Adam ocupando su corazón, un hijo suyo en su vientre y su necesidad de vomitar cada cinco minutos. Estos últimos días habían sido un infierno para ella. Ni siquiera quería ir al hotel du Cap con sus padres. Quería volver a casa. A Los Ángeles.

—Me voy a marchar ya —le dijo ella antes de ponerse en pie—. Buscaré a mis padres. Has sido un acompañante maravilloso y yo he sido una pesadilla como acompañante.

—Ha sido por causas de fuerza mayor —la disculpó él. Y causas de fuerza aún mayor de lo que él se podía imaginar—. Llámame si alguna vez vas por Londres.

—O si tú vas a Los Ángeles. —Se levantó con la intención de buscar a sus padres para decirles que quería regresar al hotel pero,

en cuanto lo hizo, sintió como si un cuchillo la atravesara y algo que caía al suelo salpicándole los pies y, cuando bajó la mirada, había sangre en sus zapatos de satén blanco. Trató de no asustarse pero, de repente, sintió verdadera angustia. Casi no podía hablar. Él no estaba seguro de qué estaba pasando pero se lo pudo imaginar.

—¿Llamo a una ambulancia? —le preguntó tratando de no entrar también en pánico.

—No, creo que no. Solo quiero volver al hotel. ¿Puedes buscar a mis padres? Los veré en el coche.

—Te acompaño al coche y después voy a por ellos. No podrás llegar sola hasta allí.

Ella tampoco creía que fuera capaz. Estaba mareada y podía notar cómo la sangre le bajaba por las piernas. El vestido se le iba a quedar hecho un desastre, pero no le importó. Aquello era lo más aterrador que le había sucedido jamás. Willie se las arregló a duras penas para sujetarla, rodeándola con un brazo hasta el aparcamiento, donde su chófer estaba fumando y hablando con otros conductores. El Rolls del Ritz estaba aparcado en un lugar cercano. Willie le preguntó al chófer si tenía toallas viejas o alguna manta en el maletero y él sacó ambas cosas rápidamente. Caroline las colocó en el asiento antes de subir mientras Willie la miraba.

—¿Te puedo dejar aquí y voy a buscarlos? —le preguntó con seriedad—. Creo que deberías ir al hospital, no al hotel. El Hospital Americano queda de camino —añadió. Le dio unas palmadas en el brazo y la dejó para salir corriendo en busca de sus padres. Era resolutivo y amable y había demostrado ser un buen amigo con una chica a la que apenas conocía. Los encontró enseguida en su mesa, se inclinó para presentarse y, con discreción, le explicó cuál era la

situación a Betty, que al instante pareció alarmarse y le susurró algo a Josh, quien se puso de pie de inmediato mirando a su mujer y a Willie con expresión angustiada.

—Un placer haberlos conocido —dijo Willie cortésmente—. O lo habría sido en otras circunstancias. Su coche está justo en la entrada. Iba a presentarme antes, pero estaban ustedes ocupados. Lamento haberles conocido así.

—Muchas gracias —contestó Josh, distraído mientras Betty recuperaba su bolso de la mesa. Estaba arrebatadora con su vestido rojo y tenía el aspecto de una estrella de cine con su collar de rubíes y diamantes que le habían dejado en Van Cleef con pendientes y pulsera a juego y una gran sortija de rubíes. Salieron casi corriendo hacia el aparcamiento y encontraron fácilmente el Rolls con Caroline en el interior, recostada en el asiento y con los ojos cerrados. Sus padres subieron al coche, con Betty al lado de Caroline y Josh delante. Betty le dijo al chófer que los llevara al Hospital Americano de Neuilly, tal y como Willie le había sugerido también.

—¿Qué está pasando? —le susurró Betty a su hija y los ojos de Caroline se llenaron de lágrimas.

—No lo sé. Estoy sangrando mucho. Creo que estoy teniendo un aborto. —Betty la miró como si la hubiesen golpeado con un mazo.

—¿Estás embarazada?

—Creo que sí —contestó Caroline con voz entrecortada mientras Betty se acordaba de la supuesta ostra en mal estado y los vómitos.

—¿Estás segura?

—Más o menos.

—¿De cuánto?

—Unos dos meses.

—¿Y de quién es?

Josh trataba de oír desde su asiento pero no lo entendía todo.

—Te lo contaré todo luego. De todos modos, ya hemos roto. Iba a intentar abortar cuando volviéramos a casa.

—Dios mío —dijo Betty, y Josh la miró, muy serio.

Tardaron media hora en llegar al hospital, con Caroline apretándole la mano a su madre. Un celador y una enfermera salieron hasta el coche cuando aparcaron y, mientras sentaban a Caroline en una silla de ruedas, Betty y Josh pudieron ver que toda la parte trasera del vestido estaba empapada de sangre. La hemorragia era considerable y el celador y la enfermera se alejaron corriendo con ella mientras sus padres rellenaban los documentos para la dilatación y el legrado de emergencia y todo lo demás que tuvieran que hacerle.

Quince minutos después, Caroline iba hacia el quirófano mientras recibía una transfusión. Los celadores la llevaron a toda velocidad por los pasillos en una camilla. Lloraba. Ya había perdido al bebé, pero tenían que detener la hemorragia.

Betty se sentó en la sala de espera con su vestido de noche y sus joyas y Josh con su esmoquin mientras la gente los miraba al pasar. Una hora y media después, mientras Josh y Betty se cogían de la mano, el cirujano vino a decirles que Caroline estaba bien. Había perdido mucha sangre, y el feto, por supuesto, no había sobrevivido, pero el doctor solo había tenido que efectuar una dilatación y un legrado, nada que fuera más radical, por lo que la capacidad de ella para tener hijos en el futuro no se había visto afectada.

Betty se limitaba a llorar mientras escuchaba. El cirujano les dijo que Caroline seguía sedada y dormida tras la intervención y les

sugirió que volvieran por la mañana. Tras otra transfusión y veinticuatro horas en observación, podría volver al hotel el domingo por la noche o el lunes por la mañana. Iba a tener que guardar reposo durante una o dos semanas, les dijo.

Betty quería ver a su hija, pero Josh le pidió que la dejara dormir. Se fueron del hospital con expresión aturdida después de darle las gracias al doctor. El chófer los llevó de vuelta al hotel. Había tenido la discreción de guardar las toallas empapadas en sangre en el maletero con la manta.

—¿Cómo no me he dado cuenta? —le preguntó Betty a Josh mientras lloraba por su hija y por todo lo que había sucedido sin que ella lo supiera—. ¿Por qué no me lo ha contado?

—¿Te ha dicho quién es el chico? ¿Sabías de alguien? —le preguntó Josh, y ella negó con la cabeza.

—Debe haber sido mientras estábamos rodando fuera, alguien que haya conocido en la universidad —dijo Betty con el corazón roto porque Caroline hubiese tenido que pasar por una experiencia tan traumática.

—Cómo imaginar que estando ya en la universidad no iba a ser capaz de comportarse mientras no estábamos —dijo Josh moviéndose entre la rabia y la pena por su hija y la culpa de no haberse enterado de nada. ¿Y por qué no se lo ha contado a su madre? Pero al menos, ya no estaba embarazada y lo había perdido de forma natural, sin cometer ninguna locura ni poner en peligro su vida con un aborto ilegal. Y estaba viva y sin lesiones permanentes.

Fueron a su suite del Ritz y Josh sirvió para los dos una copa bien cargada, whisky solo para él y vodka para Betty de la nevera del minibar. Se miraron el uno al otro como dos náufragos tras beberse

aquello, Betty se sentó al lado de Josh en el sofá y él la rodeó con el brazo.

—Jamás pensé que tuviéramos que preocuparnos por algo así con ella. Siempre ha sido muy sensata. —Hasta entonces, nunca habían tenido problemas con Caroline.

—Es humana, ya es una mujer y debe haberse enamorado —contestó ella con tristeza—. Tardará en olvidarse de esto. Ahora tendrá cuidado —dijo Betty a la vez que apoyaba la cabeza sobre el hombro de Josh. Se quedaron allí sentados un largo rato, agradecidos porque su hija fuera a ponerse bien y, después, se fueron a la cama. El baile de Versalles iba a ser una noche que nunca olvidarían.

Cuando Willie hubo vuelto a la mesa en Versalles, Tristan de Bret estaba hablando con la madre de Amelia, diciéndole que había sido un placer conocerlas. Era extremadamente cortés y educado y Jane se quedó de lo más impresionada por lo maduro que parecía. Trabajaba para su padre a media jornada y tenía un trabajo serio esperándolo cuando se graduara en el Instituto de Estudios Políticos de París. Se marchó unos minutos después para saludar a sus amigos y Amelia invitó a Willie a sentarse y le preguntó dónde había estado y si había visto a Caroline.

—No se encontraba bien, así que sus padres la han llevado de vuelta al hotel. Es esa gastroenteritis que ha tenido toda la semana —dijo con una sonrisa.

—Apenas he hablado con ella esta noche. Os he visto a los dos bailando y después habéis desaparecido.

—La he acompañado al coche. Este lugar es enorme y resulta bastante fácil perderse. Su madre es increíble, ¿verdad? —preguntó cambiando hábilmente de tema.

—De lo más glamurosa —asintió Amelia con una sonrisa—. Es aún más guapa en la vida real. —Y Betty era más joven todavía que su madre, que la había tenido a ella muy joven.

—¿Quieres bailar? —la invitó Willie, y Amelia pareció encantada. Él se puso de pie y la acompañó a la pista de baile y ella bajó la mirada y se sobresaltó.

—Dios mío, Willie, tienes sangre en los zapatos. ¿Te ha pasado algo o te has cortado?

—¡Un espanto! He pisado a un ratón cuando acompañaba a Caroline a su coche. Asqueroso, te lo aseguro. Este sitio está lleno. Supongo que son ratones de campo. He apoyado el pie y plas. Lo siento, me he olvidado de limpiarme los zapatos, estaba dándome prisa para volver contigo antes de que otro se te llevara volando. Me he preocupado un poco al ver que Tristan había vuelto. Debe conocer a todo el mundo aquí.

—No te preocupes por eso. —Amelia le sonrió y la expresión de sus ojos le dijo todo lo que él esperaba. Ella lo había fascinado en cuanto se habían conocido.

Empezaron un baile lento al ritmo de Nat King Cole al que el cantante de la orquesta imitaba a la perfección y, bajo la luz de la luna, Amelia cerró los ojos mientras bailaban y fue igual que el cuento de hadas que su madre había deseado que fuera el baile para ella.

Willie se había perdido el espectáculo de luces y sonido mientras se ocupaba de Caroline, pero bailar con Amelia y tenerla en sus

brazos lo compensaba con creces.

—Parece que su encantadora hija tiene dos pretendientes esta noche —le comentó Robert a Jane mientras ella bebía champán y él tomaba un brandy con un café y un puro. Todos los hombres lo fumaban después de cenar y también algunas mujeres. Eran los mejores puros habanos, el final perfecto para la cena.

—No está interesada en uno de ellos. Es muy educado, cortés, inteligente, aristócrata y le envió dos docenas de rosas ayer. Es perfecto y a ella le parece aburrido. Se está enamorando del chico inglés, que es encantador y confiesa que su familia es pobre de solemnidad tras perder todo su dinero después de la guerra. Es adorable, pero no es más que un muchacho. Tristan es un hombre. —En realidad, solo se diferenciaban por un año, pero Tristan tenía un semblante más adulto y Willie más juguetón.

—Yo no estoy tan seguro. A Tristan le han enseñado bien a impresionar a los demás, especialmente a sus mayores. He estado observándolo con sus amigos toda la noche. Es más niño que el resto y es un picaflor. Cuesta no quedarse impresionado por su apellido, por el éxito de su padre y sus buenos modales. Pero me gusta Willie. Es real. No oculta nada ni finge ser lo que no es. Un chico como él podría llegar lejos. Yo apostaría por él en una carrera —comentó Robert, y Jane se quedó sorprendida—. Llegará a ser alguien algún día. Parece honesto. Tristan se aprovechará del éxito de su padre y encandilará a muchas mujeres. Al final, el dinero no importa. Lo importante es el hombre. Creo que Willie es bueno, si es que está buscando un marido para ella.

—No quiere ningún marido —contestó Jane con un suspiro—. Dice que la he enseñado a ser independiente y dueña de sí misma. No busca un hombre que la defina ni del que depender. Quiere ir a la facultad de Derecho y hacer algo por sí misma —continuó, y él sonrió. Había pasado una maravillosa velada charlando con ella.

—Entonces ha hecho usted un buen trabajo. No deseamos la clase de matrimonios que tuvieron nuestros padres, o la mayoría, con hombres dominantes y mujeres sumisas, hombres que no sabían quiénes eran sus mujeres ni tampoco les importaba. Yo ni siquiera desearía la mayoría de los matrimonios que veo hoy. Creo que nuestras hijas tienen las ideas claras y van a cambiar el mundo.

—Espero que tenga razón —respondió ella. Le caía bien. Parecía un hombre honesto y amable.

—¿Le gustaría bailar?

—Sí, gracias. —Robert la sacó a la pista de baile y vio a su hija bailando con Quentin, charlando tranquilamente, de lo más relajada, y a Amelia con Willie, que le estaba haciendo reír. Mientras daban vueltas por la pista, una chica con un ceñido vestido plateado salió dando traspiés de los arbustos y se dirigió a su mesa con un hombre atractivo que claramente estaba borracho. Los dos lo estaban. El vestido de ella se encontraba visiblemente torcido y se le había bajado por un hombro y la raja del lateral se le había roto y le subía por el muslo. Era evidente lo que habían estado haciendo. Y aún más para los padres de ella, mientras se tambaleaba en dirección a la mesa donde ellos hablaban con una pareja de americanos de Filadelfia cuya hija también había sido presentada esa noche en sociedad. Araminta se sentó y trató de concentrarse mientras Pierre

Villiers se escabullía discretamente sin decirle una palabra ni a ella ni a sus padres.

Felicity había visto toda la escena por encima del hombro de Raphael y soltó un bufido de indignación.

—¿Qué pasa? —le preguntó él.

—Mi hermana acaba de resurgir de entre los muertos. Está completamente borracha y seguro que ha estado liándose entre los arbustos con mi acompañante.

—Es su sello personal —dijo Raphael en voz baja y miró hacia atrás para ver en la mesa a la joven guapa pero muy borracha y desaliñada con un atrevido vestido plateado—. ¿Estás enfadada? —preguntó a Felicity, preocupado—. No es un buen tipo. No la volverá a llamar.

—También es el sello personal de ella. Dentro de cinco minutos, mi madre me dirá que nos vamos. —Y justo cuando lo dijo, Charlene hizo una señal rápida con la mano hacia Felicity para que volviera a la mesa. Estaba furiosa. Todo resultaba demasiado familiar, aunque Araminta se había superado a sí misma comportándose de la peor de las maneras, poniéndose ciega de alcohol y robándole el acompañante a su hermana. A Felicity ya no le importaba. Se lo había pasado genial con Raphael.

—¿Te puedo ver mañana, Felicity? —le preguntó este con educación. Tenía un aspecto desaliñado, pero se comportaba como un caballero y ella lo había pasado estupendamente con él—. Podríamos ir a dar un paseo por los Jardines de Luxemburgo o las Tullerías y hablar de Boston. —Sonrió. Él también había disfrutado.

—Nos vamos el lunes, pero mañana estaría genial.

—Te recogeré en el Plaza a las doce del mediodía. —Nada más decirlo, los fuegos artificiales explotaron por encima de ellos con una lluvia de estrellas iluminando a los danzantes y al palacio. Raphael y Felicity miraron al cielo, y después, el uno al otro.

—Dos ingenieros en una noche estrellada. ¿Podría haber algo más perfecto? —dijo él, y ella se rio.

—Lo he pasado de maravilla, gracias —contestó ella y él le acarició la mano mientras se levantaban.

—Estoy deseando llegar a Boston —dijo él. También ella lo deseaba. Al final había sido una noche mágica y nada se lo iba a estropear, ni siquiera una hermana maleducada, celosa y borracha que se había liado con su acompañante. A Felicity no le importaba. Había encontrado la aguja en el pajar. O él a ella. Raphael la acompañó a donde estaban sus padres, dio las buenas noches a todos y fue en busca de los suyos, de su hermana y de su acompañante. Los Smith llevaron a sus hijas al coche, una de ellas casi incapaz de mantenerse en pie y la otra sonriendo y sintiendo como si estuviera flotando. Sus padres estaban tan enfadados con Araminta que no hablaron durante todo el trayecto de vuelta al hotel mientras Araminta dormía y a Felicity le daba todo igual. El baile de Versalles había sido tal y como su madre le había prometido. Mágico.

Jane, Amelia, Willie Brockhall, Robert, Samantha Walker y Quentin Dupont estuvieron toda la noche bailando y charlando, se quedaron hasta el desayuno de las cinco de la madrugada y se fueron del palacio de Versalles a las seis para volver a la ciudad en sus respectivos coches. Quentin llevó en su coche a Willie hasta donde

se alojaba con sus amigos en el distrito seis, no lejos del hotel de Amelia. Quentin no había bebido nada durante varias horas, así que podía conducir sin problema. Estaba embriagado por la noche, no por el vino. Sus padres se habían ido unas horas antes y él tenía un Renault pequeño en el que llevó a Willie. Y las familias Walker y Alexander habían regresado a sus hoteles con sus respectivos coches y chóferes.

—Ha sido una noche increíble, ¿verdad? —le dijo Quentin a Willie. Durante los dos últimos días se habían hecho amigos.

—La mejor de mi vida —confirmó Willie con una sonrisa, y abrió la ventanilla para que entrara un poco de aire—. Creo que hemos conocido a las mejores de las americanas. —Estaba obsesionado con Amelia. Nunca había conocido a nadie como ella.

—Felicity también es simpática. Esta noche estaba guapa. ¿Qué le ha pasado a Caroline Taylor? —preguntó Quentin mientras conducía —. Vi a sus padres salir a toda prisa.

—Apendicitis, creo. Llevaba doliéndole desde que llegó. Han ido directos al Hospital Americano —contestó Willie con discreción.

—Qué mala suerte que se haya perdido toda la diversión.

Ambos permanecieron el resto del trayecto a la ciudad sumidos en sus pensamientos. Estaban muy ilusionados. Ya tenían planes para verse con Sam y Amelia al día siguiente. El baile había terminado y la auténtica emoción acababa de empezar.

10

Willie se despertó más tarde de lo habitual y se sirvió una taza de café en la casa de sus amigos. Se estaba quedando con un antiguo compañero de trabajo de Londres que se había mudado a París, trabajaba en el Credit Lyonnais y se había comprometido con una chica francesa. Se habían ido a Deauville a pasar el día para ver a unos amigos.

Lo primero que hizo Willie fue llamar al Hospital Americano y preguntó por la habitación de Caroline. Se puso al teléfono y por su voz parecía agotada. Todavía no había hablado con sus padres y sabía que iba a ser duro cuando lo hiciera. Se sentía agradecida por el interés de Willie, y abochornada.

—Gracias por lo de anoche. Siento que te vieras atrapado en medio de todo aquello —dijo con tristeza.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Le gustaba divertirse, pero era una persona responsable y ella le caía bien. Parecía que estaba metida en un buen lío y sentía pena por ella. Podía imaginarse qué había pasado.

—Estoy bien.

—¿Ha terminado todo bien?

—Ha terminado de la mejor manera. Así es más fácil —respondió la joven de forma críptica y él supo que no había nada más que

saber. Lo habían educado demasiado bien como para hacer preguntas indebidas.

—Espero volver a verte si vienes por Londres o si alguna vez voy yo a Los Ángeles. Está bien saber que tienes una amiga al otro lado del mundo.

—La tienes. Cuídate, Willie. Y gracias de nuevo.

—Cuídate tú también, Caroline. —Colgaron unos minutos después y él se sintió aliviado al saber que ella había sobrevivido a esa noche tras lo que fuera que hubiese pasado después de llegar al hospital. No debió ser agradable.

Se duchó y luego se vistió. Iba a llevar a Amelia a almorzar al jardín del Ritz y el día era perfecto para ello, hacía un tiempo espléndido.

Ella llevaba una falda ancha de lino beis con crinolina por debajo, una chaqueta beis a juego y unas sandalias cuando la recogió en su hotel de la margen izquierda. Su madre les despidió con la mano mientras ellos se alejaban con el coche. Jane lo veía con buenos ojos después de lo que había dicho Robert. Y puede que tuviera razón y Tristan de Bret fuera un poco inmaduro. Willie no. Era joven y desmañado a veces, como un perro grande moviendo la cola. Era sincero, amable y cariñoso. Puede que eso fuese mejor que tener un padre rico.

Amelia y Willie dieron un paseo por los jardines de las Tullerías después de comer en el Ritz. Se sentaron en un banco mirando al Louvre y a los niños que jugaban delante de ellos, y él la besó. Los dos sentían la magia de la noche anterior y lo afortunados que eran por haberse conocido.

—¿Cuándo voy a volver a verte? —le preguntó él.

—No lo sé —respondió ella en voz baja—. Vuelvo a la universidad a principios de septiembre y lo único que tengo libre después es Acción de Gracias y, luego, las vacaciones de Navidad. Y si te soy sincera, ahora mismo es un poco complicado. Mi madre lleva cinco meses sin trabajo —dijo sin más, y Willie sonrió.

—La mía lleva sin trabajo toda la vida, y también mi padre, y ahora están vendiendo la plata y las reliquias de la familia. Estoy harto de gente que llora por el pasado. Yo quiero construir el futuro y arrancar de cero, sin todas esas cargas. Nací antes de la guerra y recuerdo cuándo empezó. Tenía siete años y trece cuando terminó. Llevan desde entonces lamentándose por los viejos tiempos. Este es nuestro tiempo y yo quiero que sea maravilloso. Quiero que cada minuto cuente y deseo compartirlo con alguien a quien ame. Quiero compartirlo contigo, Amelia, si tú también lo deseas. Quiero esforzarme mucho y puede que algún día acabe trabajando aquí, en Francia. O en Estados Unidos. Sería un nuevo comienzo. No sé cómo voy a hacerlo, pero iré a verte, aunque tenga que llegar nadando. Quiero hacerlo. Eres la mujer más fascinante que he conocido —dijo, y la volvió a besar.

Fue un beso largo lleno de anhelo e intención. Willie tenía la energía y el optimismo de los jóvenes.

—Me alegro mucho de haber ido al baile —dijo después—. Es una tradición absurda juntar a gente de esa forma para buscar a alguien a quien querer y con quien casarte para el resto de tu vida, pero a lo mejor tienen razón. Nos hemos encontrado y ahora quiero demostrarte que puedo ofrecer una buena vida para los dos. Sé que a tu madre le gustaba Tristan de Bret, pero es un cretino y va a vivir toda la vida a la sombra de su padre. Yo quiero ofrecerte una buena

vida algún día, Amelia. No me importa cuánto puedo tardar en conseguirla. Sé que apenas nos conocemos, pero siento como si estuviésemos destinados a conocernos. Hay una razón por la que los dos hemos ido a ese estúpido baile. —Amelia también sentía lo mismo.

—No tengo prisa —contestó ella en voz baja—. Solo tengo diecinueve años y me quedan por delante otros seis de universidad con los estudios de Derecho.

—Yo no quiero esperar tanto. Buscaré la solución antes —dijo él sonriendo y con una expresión decidida—. Y quiero ir a verte en agosto, si puedo.

—Cuando mi madre esté trabajando de nuevo podré visitarte yo.

No quería ser una carga ahora para su madre. Asistir al baile había resultado caro y tenía la sensación de que su madre estaba pasando más estrecheces de las que decía. A Amelia le preocupaba la ausencia de la sortija.

—Apenas te conozco, Amelia, pero voy a echarte de menos. Escríbeme y yo te llamaré cuando pueda. Y deberías venir algún día a Brockhall Manor, antes de que lo pierdan todo y la vendan. Y sucederá. Estoy seguro.

Después no hubo nada más que decir. Los dos sabían lo que hacían y lo que iban a intentar hacer. Y Willie estaba decidido a que se hiciese realidad. Quería ir a verla a Nueva York. Se resistía a perderla ahora que la había encontrado.

Regresaron caminando al hotel de ella en la orilla izquierda desde los jardines de las Tullerías y compraron un helado por el camino. Y él volvió a besarla antes de dejarla. Amelia y su madre iniciaban su viaje en coche al día siguiente y ella estaba deseando hacerlo. Willie

se marchaba a Londres esa noche. Debía estar en el trabajo el lunes por la mañana. Ahora tenía un motivo por el que trabajar, con renovada energía. Tenía un objetivo a la vista y un plan para el futuro. Sabía que podía hacerlo y ella también y, cuando él tuviese su carrera encaminada, contaría con algo para ofrecerle. Amelia tenía una sensación de paz respecto a él mientras entraba en el hotel y Willie volvía al apartamento de sus amigos para hacer las maletas. Seguía asombrado por lo que había ocurrido y por haberla conocido. Había venido a París a una fiesta y se había dado de bruces con el amor de su vida. Estaba seguro de ello. Y también Amelia. Ella nunca se había sentido más segura de nada en toda su vida. De repente se sentía como una mujer, no como una niña. Y el palacio de Versalles era el símbolo del futuro de los dos. El baile había supuesto un impacto en la vida para ambos.

Raphael recogió a Felicity a las doce en el Plaza Athénée y fueron en coche hasta el Bois de Boulogne para ir a dar un paseo. Había traído una cesta de pícnic y una manta que cargó en su coche, un diminuto y destartalado Peugeot. Además le llevaba un ejemplar del libro de poesía de su madre y se lo dio mientras estaban tendidos en la manta extendida sobre el césped. Le tradujo los poemas. Eran preciosos. Después dejó el libro y la besó.

—Siento como si hoy fuese el comienzo de todo, y apenas te conocí ayer. Haces que todo parezca una aventura. Mis padres no querían que fuera a Harvard. Pensaban que podía recibir una mejor formación en Francia, pero ahora sé por qué pensaba que tenía que ir. Era por ti. Me quedan dos años de estudios allí. Quiero pasarlos contigo, Felicity. —Solo tenía veintitrés años. Le quedaba toda una

vida por delante, pero los dos eran maduros para su edad y sabían lo que hacían y adónde querían llegar.

—A lo mejor puedes cambiarte al MIT después de pasar un año en Harvard, o puede que no quieras —dijo ella, pensativa.

—Vamos a estar en la misma ciudad. Podemos estudiar juntos. Yo voy a estar en la residencia de los alumnos de posgrado. Y mis padres están siendo muy generosos —respondió él sonriéndole y volviéndola a besar. Los dos tenían razones para estar ilusionados y, para ella, Dallas parecía ahora solo una pequeña parte. Había todo un mundo esperándolos y podían conseguir lo que quisieran, por sí mismos y juntos.

Quentin había invitado a Sam a su casa para almorzar con sus padres. Ella los había conocido la noche de antes, pero solo brevemente, y él quería que se conocieran mejor antes de que ella se marchara a Estados Unidos. Salía para Londres el lunes por la noche con su padre. Tenía negocios allí y le había propuesto que lo acompañara. A ella le encantaba ir a Londres, los museos, el lugar. Le encantaba ver el cambio de guardia del palacio de Buckingham, alojarse con él en el Claridge's e ir de compras. Ahora todo iba a resultar decepcionante tras el baile de Versalles, que había sido el punto álgido del viaje, del año, de su vida hasta ahora. Y Quentin decía que sentía lo mismo.

Sam se sorprendió al ver su casa de rue de Grenelle. Se trataba de un *hôtel particulier* del siglo XVIII con patio y jardín. Y todos los muebles eran antigüedades dignas de un museo. Le recordó a un diminuto rincón de Versalles cuando entró en la casa. Su madre la

recibió elegantemente vestida y su padre llevaba un loden austriaco con botones de madera y pantalones grises. Eran distinguidos y el padre de Quentin se mostraba muy modesto, pero poseía empresas por toda Asia. Sam se alegró de haber ido vestida con falda y blusa y tener un aspecto respetable. Le encantó ver su colección de arte contemporáneo, en su mayor parte de artistas asiáticos, mezclada con las antigüedades. Y Quentin estaba emocionado con su nuevo trabajo de abogado.

Los Dupont se mostraron con ella cálidos y hospitalarios y, después de comer, Sam y Quentin salieron a dar un paseo por el distrito siete mientras se preguntaban cuándo volverían a verse. Ella se sentía aliviada de haber podido ver la casa y su estilo de vida tan refinado. Haría que su casa resultara menos impactante y majestuosa cuando Quentin fuera a verla, si es que lo hacía. Con su nuevo trabajo en el bufete de abogados, no sabía cuándo podría disponer de tiempo libre y ella debía cursar su segundo año en la Universidad de Nueva York, pero los dos estaban seguros de que si sus caminos habían estado destinados a cruzarse ahora, volverían a hacerlo.

Estaban sentados en un banco de un pequeño parque cercano a la casa de él cuando mencionó con cautela el asunto de la falta de equilibrio y la cicatriz de la pierna de ella. Le preguntó con toda la delicadeza que pudo cómo había ocurrido. Se había dado cuenta enseguida de que Sam tenía algún tipo de problema físico, aunque era cuidadosa y se las arreglaba bien.

—Si no quieres hablar de ello, no tienes por qué hacerlo —dijo con suavidad y respeto.

—No es ningún problema. No suelo hablar de ello, pero tienes derecho a saberlo. —Se sentía cómoda con él, y segura, lo cual lo hacía más fácil.

—¿Fue un accidente o naciste con problemas de equilibrio? —le preguntó con dulzura.

—Fue un accidente hace catorce años. Yo tenía cinco. Un camión se estrelló contra nuestro coche. Conducía mi madre. Ella murió al instante, y también mi hermano de tres años. Yo estuve en coma durante tres meses. Creían que no sobreviviría. La pierna quedó muy dañada, igual que mi brazo. Sufrí una herida en la cabeza que todavía afecta a veces a mi equilibrio, no siempre. Nunca puedo predecir cuándo va a ocurrir, puede que haya más probabilidades cuando estoy nerviosa o cansada. Algunas veces, sencillamente me caigo sin motivo, lo cual resulta bochornoso. Y otras, no sucede nada. Mi brazo izquierdo es más débil que el derecho. Y la cicatriz de la pierna es de la herida. En ocasiones, se me pone rígida. Ahora estoy bien.

Quentin parecía impactado por su respuesta, por lo que ella había sufrido y por la pérdida de su madre y su hermano. Lo había contado de una manera muy sencilla. Formaba parte de su historia y todavía echaba de menos a su madre y a su hermano, pero esa añoranza no era ya un dolor lacerante; era como su cojera, suave y sutil y solo aguda en ciertas ocasiones.

—Dios mío, Sam, ¿cómo lo superó tu padre?

—Uno hace lo que tiene que hacer, pero es el motivo por el que se preocupa tanto por mí. Lo aterra que me pase algo. Pero hay que confiar en la vida. Tiene que darme más rienda suelta. No ha permitido que me quede en la residencia de la universidad. Le daba

miedo que me cayera por las escaleras. No estoy segura de que alguna vez logre superarlo, pero yo me estoy esforzando. —Sonrió a Quentin y él la atrajo hacia sí y la abrazó, deseando encontrar las palabras con las que decirle que también quería protegerla.

—Anoche me sentí muy orgulloso de ti. Sabía lo asustada que estabas y no entendía el porqué. Pero no iba a permitir que te pasara nada —dijo. Tenía un carácter muy estable y unos modales que transmitían calma.

—Lo sé. Lo noté. Me daba miedo caerme por las escaleras y parecer una tonta o una borracha. Ha sido muy importante que mi padre aceptara venir y dejarme asistir al baile. No sé quién tenía más miedo de que algo saliera mal, si él o yo. Pero quiero superarlo. Soy como un pájaro en una jaula de oro. Necesito cometer mis propios errores y, sí, algunas veces me caigo. No siempre puede estar a mi lado para protegerme, por mucho que me quiera.

Era muy sensata para su edad y Quentin podía notarlo. Pero él también era maduro para su edad. Ser medio vietnamita había supuesto un desafío. La familia de su madre había sido muy rica en Saigón, pero lo perdió todo en la guerra. Y la aristocrática familia francesa de su padre se había opuesto con vehemencia a que se casara con ella y lo repudió. Él se había mantenido al lado de su esposa y había hecho una fortuna por su cuenta. Quentin era el producto de dos culturas que, a veces, estaban en guerra en su interior.

—Debe resultarle difícil darte libertad —dijo Quentin refiriéndose al padre de Sam. Los de Quentin eran también muy protectores con él. Había sufrido acoso y, a veces, lo había pasado muy mal en el colegio por su mezcla de razas, pero ahora se sentía cómodo con

quien era y orgulloso de su legado. No le importaba ser diferente. Se sentía en paz consigo mismo.

—Es casi imposible que mi padre me dé rienda suelta —contestó ella—. He crecido y él tiene que acostumbrarse a ello.

—Anoche estuviste perfecta. Parecías un ángel con ese vestido. —Sonrió al recordarlo. Sabía que nunca lo olvidaría.

—Echo mucho de menos a mi madre en cosas así. Todas las demás tenían una madre que las ayudó a vestirse, a peinarse o a maquillarse. Yo siempre resuelvo por mi cuenta las cosas de chicas. Mi padre lo ha sido todo para mí durante catorce años. Pero ahora tiene que dejarme crecer libre.

—No lo culpo por preocuparse. El mundo puede ser duro y peligroso a veces. Yo no podría soportar que te pasara algo. Quiero protegerte también. —Sonrió, le agarró la mano y le besó la punta de los dedos—. Eres una persona muy especial —añadió.

—Tú también —susurró ella, se inclinó hacia Quentin y lo besó. Después, él se metió la mano en la camisa y se sacó del cuello una fina y larga cadena. Se la quitó y la sostuvo en el aire un momento. Tenía una pequeña medalla.

—Mi abuela vietnamita me regaló esto. Tiene un ángel en la medalla y decía que la había protegido durante la guerra. Ahora mi ángel te protegerá a ti hasta que volvamos a estar juntos. —Se la puso a Sam y dejó que le colgara sobre el pecho. La medalla era pequeña y la cadena muy fina. Sam se sintió profundamente conmovida.

—¿Estás seguro? Es de tu abuela, deberías quedártela y llevarla tú.

—La voy a compartir contigo. Algún día te regalaré otro ángel para que te proteja. Por ahora, este cuidará de ti. —Entonces, la besó con sus suaves labios llenos de pasión y ternura hacia ella y hacia la historia que Sam le había contado. Regalarle su medalla del ángel era el único modo que tenía de demostrarle que se estaba enamorado de ella. Desde el instante en que la vio había sabido que estaban destinados a cruzar sus vidas y conocerse mejor. No sabía cuándo, pero estaba seguro de que llegaría el momento en que volverían a verse.

Pasearon un poco más. Luego la llevó a su hotel y la volvió a besar antes de marcharse. Se alejó sumido en sus pensamientos cuando ella desapareció en el interior del establecimiento.

Robert había invitado a Jane a que almorzara con él y con las hijas de los dos el domingo y, cuando ella lo vio en el Crillon para comer, se disculpó diciendo que no había sabido que Amelia tenía otros planes. Él sonrió y ella vio que también estaba solo.

—Igual que Sam. Está almorzando en casa de Quentin con sus padres. Nos marchamos mañana.

—Nosotras también —contestó Jane mientras se sentaban a una mesa del restaurante—. Amelia está con Willie. Él sale esta noche para Londres. Tiene que trabajar mañana. El baile ha terminado y todos los forasteros se están dispersando. Nosotras vamos a hacer un viaje en coche para ver algunos *châteaux*. Salimos mañana de París.

—Es un bonito viaje. Yo lo he hecho con Sam. Mi mujer también lo hizo conmigo. Le encantaba Francia. Estudió dos años en el Beaux-

Arts. Era pintora. Sam tiene algo de su talento pero no lo aprovecha. Le interesa más estudiar el arte de otras personas que el suyo. Salimos mañana para Londres. Tengo trabajo que hacer allí y es divertido que Sam viaje conmigo.

—¿Qué haríamos sin nuestras chicas? —preguntó Jane con una sonrisa.

—Seríamos personas muy solitarias —respondió él sin más—. Sé que terminaré soltándola para que vuele con sus propias alas, pero es difícil. Todavía no se me da bien. Pero no puedo mantenerla atada a mí toda la vida. Creo que un viaje como este es como tentar al destino. Presentarla a otras personas, a chicos jóvenes lejos de casa. Si se enamora de uno de ellos en serio, es posible que quiera vivir aquí algún día. Pero no sería justo privarla de las posibilidades de ampliar sus horizontes.

—A mí me pasa lo mismo con Amelia. Ahora se está enamorando de ese chico inglés. Y si no fuese él, podría haber sido Tristan en París. Y no podré seguirla eternamente como si fuera su sombra. —Había renunciado a muchas cosas de su propia vida durante los últimos diez años.

Él la miró sonriendo después de que pidieran la comida y también vino.

—Creo que los dos estamos en el mismo barco. Hay cierta similitud en nuestra situación con nuestras hijas. Y ahora hemos abierto aquí la caja de Pandora —dijo con tristeza—. Espero que no nos arrepintamos. ¿Cuándo vuelves a Nueva York?

—Dentro de una semana. No va a ser mucho tiempo. Para entonces, el verano habrá medio terminado. Amelia vuelve a la universidad a finales de agosto.

—También Sam, a la Universidad de Nueva York. Pero tú has sido más valiente que yo. No he permitido a Sam vivir en la residencia de estudiantes. Sigue enfadada conmigo por eso. Me daba miedo de que le pasara algo. Tiene algunos problemas de equilibrio. Sufrió un accidente con su madre y su hermano pequeño hace catorce años. Mi mujer y mi hijo no sobrevivieron. Sam casi tampoco. Estuvo en coma tres meses. Tiene algunos efectos residuales, un brazo y una pierna más débiles y algunos problemas de equilibrio por una lesión de la cabeza, pero salió adelante y yo me siento agradecido cada día. Hay que aprender a mirar al futuro, no al pasado. He tardado diez años en ser consciente de ello. Venir aquí formaba parte de ese aprendizaje. Ha sido muy bueno para Sam, aunque no hubiese conocido a Quentin. Lo ha sabido hacer a la perfección. Y también tu hija. Me alegra que se hayan conocido —dijo sonriendo a Jane—. Espero que vengáis a visitarnos a Connecticut en agosto, antes de que las chicas vuelvan a la universidad. ¿Montas a caballo?

—Antes sí. Hace mucho tiempo. Participaba en concursos de salto cuando era más joven. Dejé de hacerlo cuando tuve a Amelia. Y cuando su padre murió, pensé que no podía arriesgarme a que me pasara algo. Soy lo único que tiene. Es una responsabilidad tremenda.

—Yo estoy en la misma situación con Sam.

A continuación hablaron de otras cosas, de viajes, de libros, del antiguo trabajo de ella, de la época de los dos en la universidad, que ahora parecía tan lejana. Él había ido a Yale y a Harvard, ella a Vassar.

—Tenemos la Ivy League bien cubierta. Y de nuevo, Sam quería ir a una universidad fuera de Nueva York y yo no lo he permitido.

Crecen demasiado rápido y ahora hay hombres que entran en sus vidas. ¡Extranjeros! Hemos sido unos valientes trayéndolas aquí —dijo Robert sonriendo.

—Son jóvenes —contestó ella con confianza—. No va a pasar nada demasiado rápido y Amelia va en serio con lo de estudiar Derecho. No piensa sentar la cabeza en mucho tiempo. Esta generación no parece tan ansiosa por casarse como nosotros. Yo me casé a los veintidós, lo que parecía normal entonces. Ahora casarse a esa edad parece precipitado. No creo que nuestras hijas lo hagan. Y los chicos que han conocido son demasiado jóvenes. Tienen tiempo para jugar una temporada.

Eran las cuatro cuando Robert dejó a Jane en su hotel. Habían estado hablando mucho rato y él prometió llamarla cuando regresara a Nueva York. Ella no estaba segura de que lo haría, pero había sido agradable conocerlo en París y era un hombre muy atractivo. Había sido un placer almorzar con él. París y conocerlo a él habían supuesto sus primeras diversiones en muchísimo tiempo y habían charlado sobre muchas cosas, además de las que tenían en común respecto a sus hijas.

Josh y Betty estaban recogiendo a Caroline en el hospital casi a la misma hora que Robert dejaba a Jane en su hotel. Había sido una mañana emotiva para los Taylor y no hablaron de ello con Caroline hasta que estuvieron de vuelta en el Ritz. Ella parecía cansada y pálida, pero su expresión era seria cuando se sentó con ellos en la sala de estar de la suite. No podían seguir evitando el asunto por más tiempo. El drama de la noche anterior había puesto el foco

sobre Caroline y su aventura. Quería sincerarse con sus padres, pero sabía que casi se iban a morir del disgusto cuando se enteraran.

—¿Cuánto tiempo ha durado? —le preguntó su madre.

—Un año, desde el verano pasado. —Ambos la miraron sorprendidos.

—¿Un año? —preguntó Betty.

—Se volvió más intenso cuando empecé en la USC. No estaba en casa y podía verlo siempre que quería. —Decidió contarles todo. Adam no merecía que lo protegiera—. Ahora estoy en periodo de prueba en la universidad. Falté a muchas clases. Tengo el cuatrimestre de otoño para enmendarme. Y prometo que lo haré —dijo con solemnidad. Su padre parecía aún más molesto al oír esto.

—Estamos dejando de lado lo más importante —dijo entonces Josh. Tenía aspecto de haber pasado una noche terrible. Como todos en aquella familia—. ¿Quién es él? Tenemos derecho a saberlo. ¿Es alguno que hayas conocido en la universidad?

—No.

—¿Sabe lo del embarazo?

—No. Rompimos hace tres semanas y yo no lo he sabido hasta que estuvimos aquí. Creía que era una intoxicación, pero no. El médico al que llamó mamá me preguntó por mi menstruación y, en ese momento, lo pensé y me di cuenta. No lo supe antes. Y él sigue sin saberlo. No voy a contárselo. No quiere hablar conmigo. Y tiene una novia nueva.

—Qué bonito por su parte —dijo Betty, furiosa aunque no lo conocía. Él también tenía una responsabilidad en esto.

—No nos has dicho su nombre —le recordó su padre y, de manera instintiva, Caroline supo que su vida no sería jamás la misma una

vez que lo dijera. Su padre podría boicotearlo y perjudicar su carrera y nunca más se fiaría de ella. Ya no se fiaban, desde anoche. Pero era imposible ocultar la verdad. Si quería mantener su relación con sus padres, tenía que contárselo.

—Ha sido Adam Black —dijo sin más. Su padre se quedó mirándola como si se le hubiera separado la cabeza del cuerpo.

—¿El Adam Black que conocemos? ¿El actor? Yo lo llevé a nuestra casa. ¿Se propasó contigo y trató de seducirte? —preguntó, horrorizado.

—Sí. Y yo deseaba que lo hiciera. Me pidió salir y yo acepté.

—Es diez años mayor que tú —protestó Josh, furioso—. Eras una niña. Sigues siéndolo. —Pero también una mujer, y sus padres se daban cuenta ahora, con mentalidad y deseos propios y una vida secreta durante el último año.

—Lo sé, papá. Pero ya no soy una cría.

Había amado a un hombre, había concebido un hijo con él, había perdido un bebé y podría haber muerto o haber quedado con alguna secuela permanente. Había sufrido las terribles consecuencias de sus actos y se estaba responsabilizando de ellos, lo que la convertía, de la noche a la mañana, en una adulta.

—No, al parecer, no eres una niña. ¿No vas a decirle lo que ha pasado? —Su padre quería confirmar lo que ella había dicho.

—No. No quiero que sepa que me he quedado embarazada. De todas formas, no quiere hablar conmigo. Me ha dejado por Fay Mallon.

—Qué hijo de puta —murmuró Josh, mientras Betty se daba toques en los ojos con un pañuelo.

—Anoche estabas preciosa —dijo ella con tristeza—. Yo quería que fuera la noche más feliz de tu vida. —Y, sin embargo, había sido la peor. Ninguno de ellos la olvidaría jamás, ni el impacto del aborto.

—Ese chico que era tu acompañante fue de lo más bueno contigo. Puede que te haya salvado la vida al sacarte de allí tan rápido y venir a por nosotros —dijo su padre.

—Lo sé. Me ha llamado esta mañana. No va a contárselo a nadie. Me fío de él.

—Voy a ir a ver a Adam cuando volvamos, quiero que sepa que estoy enterado de vuestra aventura y que me ocuparé de que nunca vuelva a conseguir un papel. Podría hacer que lo boicoteen en todos los estudios de la ciudad. —Caroline sabía que su padre no era normalmente una persona vengativa, pero estaba furioso con Adam por la aventura clandestina con una chica tan joven, y por su irresponsabilidad.

Caroline no pronunció palabra. No tenía ningún motivo para suplicar que se apiadara de él después de la forma que escogió para abandonarla. Y, de todos modos, su padre iba a hacer lo que quisiera. Se sentía personalmente traicionado por Adam. Le había ayudado en su carrera y, a cambio, Adam se había aprovechado de la inocencia de Caroline.

—¿De verdad habéis roto? —le preguntó su madre.

—Sí, del todo. Y quiero que los dos sepáis lo mucho que lamento haberos decepcionado y mentido y haber cometido tantas locuras. Estaba enamorada de verdad de él —dijo mientras las lágrimas inundaban sus ojos y le caían por las mejillas. Había sufrido una ruptura amorosa y ahora una pesadilla y Adam ni siquiera quería

hablar con ella. No era el hombre que ella había creído que era. Se daba cuenta ahora.

Betty y Josh se miraron, después miraron a su hija y Josh habló por los dos:

—Tu madre y yo nos sentimos muy mal por esto, por ti y por nosotros, como familia. Has escapado a duras penas de un desastre que podría haberte costado la vida o impedirte tener otro hijo algún día. Por suerte, ninguna de las dos cosas ha pasado. Pero en el futuro queremos que seas sincera con nosotros, aunque no nos guste lo que nos cuentes. Tienes derecho a elegir y tomar decisiones. Eres adulta. Pero no quiero más secretos ni mentiras entre los tres. —Caroline asintió, sorprendida de que la perdonaran con tanta facilidad. Se levantó para abrazarlos y los tres lloraron abrazados y dándose besos, aliviados de que la pesadilla hubiese finalizado.

—Lo superarás —le dijo su madre con ternura—. Todos cometemos errores de juicio y nos equivocamos. Si esto te enseña a tener más cuidado, a ser más prudente y sincera en el futuro, llevarás mucho adelantado.

—Gracias, mamá.

—¿Y qué vamos a hacer respecto al hotel du Cap? ¿Queremos ir o volver a casa? Estamos todos agotados y hemos pasado por un gran susto. Pero a lo mejor unas vacaciones nos vendrían bien.

Caroline se quedó pensándolo un momento y asintió.

—A mí me gustaría ir, papá, si todavía queréis.

—No estoy seguro —contestó él—. ¿Por qué no lo pensamos durante unas horas y lo decidimos después de la cena?

Betty y Caroline asintieron, pero se inclinaban hacia el sí. El ambiente relajante, las grandes comodidades y las propiedades curativas de unas vacaciones de verdad les parecían bien a todos, en especial si eran unas vacaciones llenas de lujo, de mimo y de la privacidad que el hotel du Cap/Eden Roc les proporcionaba. Cuando hubieron dado buena cuenta de la cena que pidieron al servicio de habitaciones, habían llegado a la conclusión de que los tres querían ir. Iban a concederse otro día de descanso y tomarían un avión el martes. A los tres les pareció la decisión adecuada, el comienzo de un nuevo capítulo en sus vidas y de una relación más sincera entre ellos. Ahora Caroline era oficialmente una adulta. Había pagado un alto precio por ello.

A Araminta no le resultó tan fácil que sus padres la perdonaran, pero no había sufrido tanto como Caroline ni había estado a punto de morir, así que no obtuvo el voto de compasión por su escandaloso comportamiento en el baile.

Esperaron a que Felicity se fuera a comer con Raphael para no avergonzarla ni ponerla en apuros y después se sentaron con Araminta para dejar las cosas claras. Ella no se lo esperaba. Tenía una resaca tremenda al día siguiente del baile y aseguraba que no sabía qué había hecho, lo cual les pareció aún peor.

Su padre habló por los dos.

—Te fuiste con el acompañante de tu hermana y la dejaste sin él toda la noche, sin nadie durante la cena ni compañero de baile. Estabas borracha perdida, como siempre que vas a una fiesta, incluso en Dallas. Te escapaste con un hombre al que apenas

conocías que puede decidir contarlo y, por tanto, humillarte a ti y de paso a todos nosotros. Es evidente que tuviste sexo con él en algún rincón del recinto de Versalles.

—En el laberinto —aclaró ella mientras sus padres se encogían avergonzados—. Y luego no sabíamos encontrar la salida. Él decía que sí, pero no. La verdad es que Felicity no se perdió nada. Era un poco cretino. —Hablaba con insensibilidad y sin remordimientos, aunque se sentía algo avergonzada.

—Y aun así tuviste sexo con él —insistió su padre— en un sitio público. Tenías el vestido torcido y rasgado cuando regresaste a la fiesta, y resultaba tan evidente que todos supieron lo que habías hecho. Nos humillaste a todos nosotros y te deshonraste a ti misma. No voy a seguir tolerando ese tipo de conducta. A partir de ahora te comportarás de una forma cívica y amable con tu hermana, que no se merece los malos tratos que llevas haciéndole sufrir desde hace diecinueve años. Si dices una sola palabra sobre su peso, su aspecto, lo que come o lo que no, te ordenaré que te vayas de casa.

Parecía decirlo en serio. Araminta estaba impactada. No se esperaba que sus padres fueran tan severos. Su madre no dijo nada en su defensa, lo cual era poco habitual en ella. Siempre encontraba excusas para Araminta.

—Y mientras tanto —continuó su padre—, por tu intolerable comportamiento aquí, en un evento que era importante para todos nosotros y, desde luego, para Felicity, voy a cancelarte todas las tarjetas y las cuentas de crédito de todas las tiendas de Dallas. O te comportas como una persona respetable, y no como una buscona borracha obsesionada con el sexo, o te buscas un apartamento

propio y un trabajo y te pagas tu alquiler y tus gastos de la tarjeta de crédito. ¿Queda claro?

—Sí, papá, pero ¿no crees que cancelarme todas las cuentas y tarjetas de crédito es un poco exagerado? Felicity dice que se lo ha pasado bien y que, de todos modos, no le gustaba su acompañante.

—Sea como fuere, montaste un espectáculo cuando regresaste a la fiesta, a medio vestir, con un aspecto espantoso, el maquillaje corrido, y tal borrachera que casi no podías andar. Todo eso rebasa todos los límites para mí. Pasará tiempo antes de que se me olvide, y más vale que a ti tampoco. —Y, dicho eso, salió de la sala de estar de la suite y entró en su dormitorio dando un portazo mientras Araminta suplicaba a su madre que tuviera piedad.

—¿Y por qué tengo que ser tan tremendamente agradable con Felicity? ¿Qué hace ella por mí? A ella la invitaron a presentarse en el baile y a mí no.

—Y la has castigado por ello y le has robado al acompañante. Eso es bastante mezquino, Araminta —respondió Charlene con un tono más suave que el que Bailey había empleado con su hija. Pero, por una vez, Charlene no sentía pena por ella.

—Papá siempre exagera mucho cuando se trata de ella, como si fuese Einstein, una santa o algo así —se quejó Araminta. No parecía tener remordimientos.

Charlene la miró entonces, consternada al ver en lo que se había convertido su hija. Era una chica consentida y cruel, a un nivel que daba miedo.

—Araminta, si no te comportas, no empiezas a tratar mejor a la gente y cuidas tu vocabulario, algún día vas a terminar siendo una vieja solitaria. Tienes una reputación en Dallas. Todos saben que

eres el alma de la fiesta, pero esa boca tuya va a meterte en líos. No veo hombres haciendo cola para verte delante de nuestra puerta. Y tu hermana es una persona lista, amable y decente. Nunca ha hecho nada para perjudicarte y tú la atacas cada vez que entra en casa y se cruza contigo. Tu padre tiene razón. Eso debe acabar.

—¿Vas a dejar que papá me eche de casa solo por eso? —Araminta parecía asombrada al ver la mirada gélida de su madre. Había ido ya demasiado lejos, incluso para su madre.

—Cariño —dijo contestando a su pregunta—, yo misma te prepararía las maletas y cerraría con llave cuando salieras. —Araminta la miró abatida.

—Anoche le dije que estaba guapa —repuso en voz baja.

—Y luego te empeñaste en seducir a su acompañante. Se acabó. Haz las maletas. Salimos para Du Cap por la mañana.

—¿Y mis tarjetas de crédito? ¿De verdad va a cancelarlas papá?

—Ya lo ha hecho esta mañana. Te queda trabajo por delante —dijo Charlene. Se puso en pie y abandonó la habitación mientras Araminta se quedaba sentada temblando, odiándolos a todos, especialmente a la mocosa de su hermana. Pese a estar gorda, recibía todos los mimos y recompensas y no se los merecía. Araminta había sentido celos de ella desde el día en que nació y ahora se había quedado sin sus cuentas y sus tarjetas de crédito por su culpa. Eso solo serviría para que detestara más a su hermana.

Jane recogió el coche de alquiler que había reservado a primera hora del lunes y Amelia y ella condujeron durante una hora hasta el primer *château* de su lista, Fontainebleau, construido en el siglo XII.

Había sido agrandado y embellecido a lo largo de los siglos gracias a distintos reyes franceses, desde Luis VII a Napoleón III. Las habitaciones del interior eran bellísimas, y los jardines, grandes y majestuosos.

Tras recorrer el *château* y sus enormes jardines, condujeron otra media hora hasta la catedral de Chartres, hicieron después una parada para comer y, a continuación, siguieron dos horas de camino hasta el castillo de Chambord en el Valle del Loira. El *château* renacentista era enorme y solo vieron una pequeña parte de él, con cuatrocientas cuarenta habitaciones y ochenta y cuatro escaleras. Cuando terminaron la visita, estuvieron listas para registrarse en una cómoda pensión que se encontraba cerca. Había sido un día agotador pero interesante y las dos estaban cansadas.

Amelia había estado todo el día pensando en Willie y lo llamó desde un teléfono público junto a la puerta de la pensión donde pasaban la noche. Lo había visto el día de antes, pero ya lo echaba de menos. Lo llamó al despacho y lo encontró justo antes de que se fuera. Se había quedado más tiempo del habitual y parecía encantado de oírla.

—¿Y qué tal por los castillos de Francia? Parece que tu madre ha preparado un recorrido ambicioso.

—Lo es. Resulta interesante pero extenuante. Hoy hemos visitado dos castillos enormes y una catedral y tiene otros dos castillos en la lista para mañana. Es incansable cuando planea un viaje. Ojalá siguiéramos en París y tú estuvieras también.

—Ojalá —respondió él con dulzura.

Lo que más los sorprendía a los dos era que una semana antes ni siquiera se conocían y ahora él era una parte fundamental en la vida

de Amelia y Willie sentía que no podía vivir sin ella.

—¿Por qué no te olvidas de los castillos y vienes a Londres? —le propuso.

A Amelia le pareció una idea estupenda. No tenía ni idea de cuándo volvería a verlo. Había dicho que iba a intentar visitarla en Nueva York antes de que ella regresara a la universidad, pero por ahora no tenía vacaciones y tampoco presupuesto para comprar un billete a Estados Unidos. Pero lo conseguiría como fuera, por difícil que le resultase. De momento tendrían que conformarse con el recuerdo del baile. El resto del verano le parecía ahora a Amelia una eternidad sin él y Willie ni siquiera estaba seguro de poder ir en agosto. Solo era un destello de esperanza.

Hablaron otros quince minutos más hasta que Willie tuvo que abandonar el despacho y colgar. Iba a cenar con su padre en su club. Cenaba con su padre siempre que viajaba a Londres. Sus visitas ya no eran frecuentes. El conde se había cansado de Londres hacía años y prefería quedarse en el campo. A Willie no le gustaba pensar en eso, pero su padre se estaba haciendo viejo, y también su madre. Ahora preferían una vida tranquila y campestre, lo cual a Willie le resultaba de lo más aburrido y tenía que obligarse a ir a verlos algún que otro fin de semana.

Sus padres parecían ahora muy alejados del mundo, con una existencia mucho más sencilla. Su padre se había pasado la vida cazando, practicando tiro, montando a caballo, dirigiendo su finca, viendo a sus amigos de otras fincas vecinas y hablando con los granjeros que tenía de inquilinos. Era la vida de un caballero del campo. A veces iba a la Cámara de los Lores a visitar a sus viejos amigos. Su arcaico estilo de vida formaba parte de un mundo

perdido y los había llevado a la ruina. A Willie siempre le había parecido un mundo que languidecía lentamente a la par que la generación de sus padres y una forma de vida que ya carecía de sentido. Su hermano seguía los pasos de su padre. Quince años mayor que Willie, estaba casado, residía en la finca y tenía cuatro hijos. Consideraba a Willie como a un niño. A todos les resultaba evidente que al final tendrían que vender la finca, probablemente a algún estadounidense rico. Todavía les quedaba un poco de dinero, pero apenas eran capaces de llegar a fin de mes y tenían lo justo para dirigir la casa. No podían seguir siempre así, e incluso Willie había confesado que le daba pena venderla. Había en ella mucha historia y recuerdos felices de su infancia. Pero ahora estaba deteriorada y deslucida y necesitaba arreglos que no podían permitirse.

—¿Qué tal te va, muchacho? —le preguntó su padre mientras comían rosbif en el elegante comedor cubierto de madera del club.

Willie no podía hablarle a su padre de su trabajo en la City porque el conde no lo aprobaba. El trabajo era para los plebeyos, no para los nobles y los caballeros. El hermano de Willie, Basil, tampoco trabajaba y vivía de su patrimonio, igual que su mujer y sus hijos.

—Este fin de semana he asistido a un evento muy divertido en París, una fiesta de presentación de debutantes que se celebraba en el palacio de Versalles. Mil doscientas personas, casi trescientas debutantes —le contó su hijo para distraerlo, aunque al conde no le caían muy bien los franceses, pero Willie sabía que un baile de presentación en sociedad sería de su agrado y daría su aprobación. Era algo que le resultaba familiar.

—¿Alguna británica entre ellas? —preguntó el conde de Brockhall.

—No, todas francesas y estadounidenses —respondió Willie sin más.

—Es una pena que la reina dejara de presentar a nuestras jóvenes en la corte. Se trata de una tradición encantadora. Así es como conocí a tu madre —dijo el conde con una sonrisa nostálgica. Willie se sabía la historia de memoria. Su madre tenía dieciocho años y su padre era miembro de la Guardia de la Reina y se casaron seis meses después de conocerse. Sus familias se conocían no solo desde hacía décadas, sino de varias generaciones atrás. Porque en realidad todos se conocían. La alta sociedad londinense había sido una entidad cerrada sin el peligro de que ningún extraño les importunara. La tradición lo era todo para ellos, con sus linajes y sus títulos. El hermano de Willie era conde y algún día heredaría el título de su padre. Y Willie era vizconde, lo que para él no significaba nada. Procedía de un mundo que estaba desapareciendo rápidamente. Sin duda había sido maravilloso, pero no quedaba nada que lo sostuviera. Desde la guerra, la gente había ido perdiendo su patrimonio, sus casas, su modo de vida, los tesoros a los que se habían aferrado. Willie pensaba que la única forma de que tuviera algún día una buena vida era liberándose de ese lastre y Amelia le parecía el tipo de chica con quien poder hacerlo. Apenas la conocía, pero se había criado también siguiendo tradiciones estrictas y normas que no tenían sentido para ella y estaba tan cansada de ese mundo como él. Lo único en lo que podía pensar ahora era en la fórmula para reunir dinero y comprar un billete a Nueva York a finales de agosto.

Al día siguiente, Jane y Amelia continuaron con su viaje primorosamente planeado. Jane había investigado a fondo. Visitaron el castillo de Cheverny, un edificio del siglo XIV que todavía pertenecía a la familia original. Habían empezado con las visitas al *château* en 1914 con el fin de mantenerlo y se habían vuelto tremendamente populares entre visitantes de todo el mundo. Los interiores eran magníficos y a Jane y Amelia les encantó.

Visitaron el castillo D'Auvers y el de los duques de Bretaña y otros más pequeños que también les gustó conocer.

Amelia llamaba a Willie a diario; se había convertido en el momento álgido de la jornada para ambos. Y mientras aprendían la historia pasada soñaban con el futuro y estaban deseando reencontrarse.

11

Charlene, Bailey, Araminta y Felicity Smith salieron del Plaza el martes, volaron hasta Niza una hora después y dos limusinas los recogieron en el aeropuerto. Charlene y Bailey subieron en una y las dos chicas en otra. Araminta no había cruzado palabra con Felicity desde la regañina de su padre al día siguiente del baile. Culpaba a Felicity de ello en lugar de a su propia conducta.

Felicity no tenía ni idea de lo que había sucedido ni de lo que sus padres le habían dicho a Araminta, pero estaba segura de que algo grave había pasado entre ellos tres mientras ella paseaba por el Bois de Boulogne con Raphael y lo besaba, lo cual había resultado muy placentero. Estaba deseando volver a verlo en Boston. Se preguntaba si terminaría siendo una relación romántica de verdad o si simplemente serían amigos. No había salido con nadie desde el instituto y los chicos con los que iba a la universidad siempre terminaban convirtiéndose en compañeros. Buscaban chicas con el aspecto de su hermana, pero estaba claro que Raphael había mostrado interés por ella como mujer. Puede que solo hubiese sido la magia de París o el hecho de que él fuera francés. Pero pasara lo que pasara, sería divertido enseñarle Boston y escuchar lo que le contara sobre lo que hacía en la universidad. Ella era estudiante de un pregrado y él estudiaría un posgrado en Harvard, pero desde un punto de vista científico, sería entretenido compartir conocimientos.

Cuando estuvo de vuelta en el Plaza después de verlo, Araminta ni siquiera quería hablarle. Felicity lo intentó varias veces y, después, lo dejó pasar y supuso que sus padres le habrían dicho algo por haberse emborrachado en el baile la noche de antes. No tenía ni idea de que habían tomado medidas drásticas hasta el punto de cerrarle el grifo. Su padre sabía que era lo único que realmente le importaba.

Pero cuando llegaron al hotel du Cap, la pura belleza del lugar y la interminable lista de lujos y comodidades hizo que todo lo demás careciera de importancia. Tenían dos preciosas suites en el edificio principal del hotel con una panorámica del mar y de todos los yates anclados justo delante del hotel. Los propietarios de los yates y sus invitados venían a cenar al hotel con frecuencia y almorzaban en el Eden Roc, la parte más baja del hotel sobre el agua. Y las cabañas privadas para huéspedes que se alojaban en el hotel les permitían tomar el sol en privado e incluso que les sirvieran el almuerzo en ellas, con absoluta intimidad.

Charlene y Bailey fueron a ver las cabañas poco después de llegar y se acomodaron en la más grande para pasar el día. Araminta ocupó la segunda, que se suponía que tenía que compartir con su hermana. Con el fin de evitarla, Felicity se tumbó en una colchoneta junto a la piscina. Le gustaba observar a los demás huéspedes que iban pasando. Las mujeres iban casi tan elegantes a la piscina como a cenar: maquilladas, con el pelo arreglado, luciendo joyas y bañadores y vestidos playeros de colores llamativos y con sandalias doradas de tacón alto. Como siempre, Felicity se sentía en ese ambiente como un sencillo gorrión en medio de una bandada de

cisnes. Estaba acostumbrada y no le importaba. Nadie le prestaba atención.

Los cuatro fueron a cenar al restaurante del Eden Roc esa noche. Al final de una opulenta comida, Felicity miró con anhelo el carrito de los pasteles, pero decidió no provocar los comentarios de su hermana y tomó fruta. Araminta levantó una ceja, pero tras una mirada severa de su padre, no chistó. Felicity se estaba haciendo a la idea de perder unos cuantos kilos antes de que Raphael llegara a Boston.

Fue una cena inusualmente silenciosa, con Araminta sin hablar con ninguno de ellos y Felicity cansada de estar tumbada al sol. Se fueron a dormir temprano y, antes de meterse en la cama, Felicity se entretuvo un rato en la terraza admirando las vistas, los barcos, las luces a lo lejos y la luna en el cielo. Era el sitio más romántico que había visto y les encantaba ir todos los años. Varios conocidos de Texas acudían allí en verano, pero ninguna de sus amistades había venido esta vez.

Al día siguiente, Felicity se despertó temprano y fue a dar un paseo antes de ir a la piscina. Decidió evitar de nuevo a Araminta en la cabaña. Tomó café junto a la piscina y se saltó la cesta de los pasteles. Nadó y se encontró con sus padres en el restaurante de la terraza para almorzar. A su padre le gustaba especialmente el espléndido bufé y se sirvió un plato generoso. Estaban todos comenzando a relajarse tras los agitados días previos a su llegada. Araminta se había quedado en la cabaña para almorzar sola.

—¿Está bien? —preguntó Felicity a sus padres.

Ellos intercambiaron una rápida mirada.

—Está bien —le respondió Charlene a Felicity, y su padre no añadió nada. Seguía enfadado con su primogénita y era del todo recíproco. Araminta estaba furiosa porque le habían cortado las alas y cerrado sus cuentas. En circunstancias normales, ya habría salido de compras por Cannes y se habría dado algún capricho en Hermès y Chanel y en esta ocasión no podía, y todo por culpa del «pequeño incidente» con el acompañante de Felicity en el baile. De todos modos, el tipo había sido un fiasco y no había vuelto a saber nada de él, ni pensaba que eso fuera a pasar. No era de la clase de hombres que se quedan. Había sido aventura de una noche, un oportunista sexual. Araminta ya había estado con muchos de esos antes, sobre todo cuando se emborrachaba en alguna fiesta. Pero creía que eso era mejor que no tener ningún hombre.

Después de comer, sus padres volvieron a su cabaña para descansar y dormitar el resto de la tarde. Las comodidades del hotel eran tales que la gente de todo el mundo repetía fielmente cada año. Era carísimo, pero merecía cada penique que pagaban y cualquiera que estuviese allí era porque podía permitírselo. La gente que acudía de fuera a cenar cada noche iba de punta en blanco y llegaba en Bentleys, Rolls descapotables y Mercedes antiguos o en Ferraris y Lamborghinis y algún que otro Bugatti.

Felicity estaba medio dormida sobre una tumbona junto a la piscina en su segundo día de estancia, a última hora de la tarde, cuando vio que se acercaba alguien que le resultaba familiar: una preciosa chica rubia con un traje de baño negro de dos piezas que resaltaba su figura. Un camarero le había dicho a Felicity cuando pidió una limonada que acababa de llegar una importante estrella de cine, pero que no sabía quién.

La chica del bañador negro de dos piezas vio a Felicity bajo una sombrilla, se fijó bien y sonrió. Era Caroline Taylor, encantada de volver a verla.

—¡Felicity! Acabamos de llegar. No sabía que ibais a venir.

—Venimos todos los años.

—Nosotros también. Solo llevamos aquí veinte minutos. —Felicity sonrió, feliz de ver a Caroline.

—El camarero me ha dicho que tenían entre sus huéspedes a una gran estrella de cine. Supongo que es tu madre.

—Probablemente. A mis padres les encanta venir porque no permiten que entren los paparazzi, como pasa en otros sitios.

Se sentó en el borde de la tumbona de Felicity donde estaba la colchoneta, bajo la sombrilla. Era un día caluroso y el sol brillaba. Felicity había cogido un poco de color en los dos días que llevaba allí, mientras que Caroline estaba tremendamente pálida, casi de un blanco cerúleo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Felicity—. No volví a verte después de que te marearas en el baile y Willie dijo que pensaba que ibas al hospital por tu intoxicación y que podría ser apendicitis. ¿Cómo estás ahora?

—Estoy bien. Se solucionó en el hospital. Pasé allí la noche y ayer estuve descansando en el hotel. Me encuentro estupendamente.

Pero Felicity podía ver las ojeras de Caroline. Debía haber estado peor de lo que todos pensaban. Esperaba que no fuera grave. No tenía buen aspecto.

—¿Cuánto tiempo te quedas? —le preguntó Caroline a Felicity, feliz por ver un rostro conocido. La situación con sus padres seguía

siendo complicada y estaría bien contar con el apoyo de una amiga de su edad.

—Dos semanas —contestó Felicity, igual de encantada, a la vez que un asistente traía una colchoneta para Caroline y la dejaba en la tumbona contigua a la de Felicity.

—Nosotros también —dijo Caroline—. ¿Dónde está tu hermana? —A Caroline no le había dado buena impresión cuando se la presentaron. Le pareció que actuaba como una engreída y que era vulgar, y luego había desaparecido en el baile, igual que el acompañante de Felicity, aunque no había relacionado a ambos. Además, Caroline ya se había ido cuando ellos volvieron a aparecer.

—Está en la cabaña. No solemos coincidir. No siente mucha devoción por mi persona. Yo prefiero estar aquí —contestó Felicity.

Caroline pidió una limonada y las dos estuvieron charlando. Se acomodó en la tumbona junto a Felicity, que descubrió entonces lo extrovertida que podía ser Caroline, cosa imposible de entrever mientras estuvo enferma. Por eso se había sentido más atraída por Amelia y Sam, pero Caroline también estaba resultando ser una buena compañía.

—¿Quieres que nos veamos esta noche en el bar? —le preguntó Caroline. La gente de las casas de la zona iba ahí a tomar una copa por la noche, en su mayoría jóvenes, o acudían a los bares y discotecas de Antibes y Juan-les-Pins, o a Cannes si no les importaba ir algo más lejos. Los mayores ponían más distancia, porque preferían Montecarlo para beber, comer y jugar. La Riviera estaba muy animada en verano y era un imán para la gente con dinero.

—Claro, sería divertido —se apresuró a asentir Felicity.

—¿Se lo preguntamos a tu hermana? —le preguntó.

—No va a querer estar conmigo —se limitó a contestar su amiga, lo cual le pareció extraño a Caroline, pero no insistió.

Caroline le preguntó si había visto a las otras dos chicas antes de marcharse y Felicity le dijo que no.

—Amelia iba a hacer un viaje en coche con su madre, a visitar castillos, y se fueron el lunes por la mañana. Y Sam iba a Londres con su padre. —Vaciló, y después puso una expresión de pícara—. Pero sí que comí con un chico que conocí cuando el asqueroso de mi acompañante desapareció en combate. El nuevo me salvó de la absoluta humillación en el baile con los acompañantes. Su hermana fue presentada ese día; yo no la conocí, pero él fue muy agradable. Va a hacer un curso de posgrado en Harvard este año. Lo veré en Boston, así que puede que sea divertido.

—¡Vaya! Esto se pone interesante. ¿Es mono? —Caroline no había visto a Felicity bailando con él. Estaba demasiado mal y con demasiados dolores como para fijarse en nadie. Fue poco antes de que empezara su hemorragia y se viniera abajo.

—No, la verdad es que no. Tiene el pelo raro, pero es muy inteligente y parece simpático. Y no se desmayó cuando le dije que estudiaba Ingeniería química, porque él también es ingeniero.

—Parece que te ha caído del cielo —comentó Caroline apoyando la cabeza en la tumbona. Seguía cansada y probablemente anémica. La idea de empezar una relación amorosa con alguien le daba pavor, pero se alegraba de que Felicity hubiera conocido a alguien. No era fácil de emparejar y parecía que estaban destinados el uno al otro.

—No hubo ninguna chispa entre tú y Willie Brockhall, ¿verdad?

—Yo no estaba de humor —contestó Caroline—. Acabo de romper con mi novio. Creo que voy a estar fuera del mercado una temporada. —Una temporada muy larga. Había quedado seriamente afectada.

—Me parece que Amelia y él hicieron muy buenas migas —comentó Felicity.

—Me alegro —dijo Caroline—. Es un chico estupendo. Me llamó al día siguiente para ver cómo estaba. Buscó a mis padres la otra noche para que fueran conmigo y nos dijo a qué hospital teníamos que acudir. Ahora está todo un poco borroso. —En ese momento sonrió a Felicity—. Pero me alegro de haberos conocido a ti, a Amelia y a Sam. Espero que podamos volver a vernos cuando regresemos a Estados Unidos. A lo mejor puedo volar a Nueva York en unas vacaciones y estar todas juntas.

—Sería más divertido que Dallas —respondió Felicity, y más fácil para las demás, puesto que ella estaba en Boston y las otras dos en Nueva York.

—¿No sería genial que saliera algo de ahí para alguna de nosotras? Tú y el francés estudiante de posgrado en Harvard, parecía que a Sam le gustaba su acompañante y que Amelia y Willie encajaron. Sé que no le gustaba su acompañante. Pero ¿no sería emocionante que saliera alguna relación seria de todo esto? Es improbable, pero me encanta la idea —dijo Caroline.

—Improbable, pero nunca se sabe —asintió Felicity pensando en Raphael. Se quedaron charlando hasta que llegó la hora de ir a cambiarse para la cena. Caroline dijo que prefería llamar esa noche al servicio de habitaciones. Seguía cansada. Felicity tenía que cenar con su familia en el restaurante principal del Eden Roc.

—¿Sigues con ganas de ir al bar después de cenar? —le preguntó Felicity a Caroline antes de marcharse de la piscina.

—Claro. ¿Por qué no? Solo tengo que ponerme unos pantalones blancos y una blusa de seda después de comer y estaré lista.

Felicity pensaba que Caroline era tan guapa que podría ponerse una bolsa de papel sobre la cabeza y una sábana y estaría preciosa. Se marchó despidiéndose con la mano y Caroline se quedó en la tumbona pensando en ella. Le parecía una chica muy inteligente y simpática. Se preguntó qué estaría pasando entre su hermana y ella. Felicity tenía que perder un poco de peso, pero ¿qué cambiaba eso? Era una buena compañía, divertida y una persona agradable. Caroline se sentía afortunada por tener allí una amiga, alguien de su edad con quien pasar el rato. La situación entre sus padres y ella seguía complicada y Felicity no quería estar con su hermana, así que era una suerte que las dos hubieran encontrado a una amiga, una buena oportunidad para conocerse mejor, ya que Caroline no se había encontrado bien durante los días previos al baile. Ahora parecía mucho más abierta.

Felicity y Caroline se vieron esa noche en el bar y los padres de ambas estaban encantados con que sus hijas estuviesen allí con una amiga. Felicity invitó recelosa a Araminta a que las acompañara, solo por cortesía, y se negó. No quería tener nada que ver con Felicity, a la que veía como la responsable de sus actuales problemas con sus padres, y Felicity estuvo encantada de ir sin ella. Después de cenar se dirigió al bar de la zona principal del hotel para verse con Caroline. El hotel parecía un pequeño *château* y la parte del bar

situada en la terraza estaba atestada de gente. Los mayores se quedaban dentro para disfrutar del aire acondicionado. Los huéspedes más jóvenes y las personas que venían de las villas cercanas se congregaban en la terraza y hablaban de una mesa a otra, bebiendo champán en una preciosa noche estival llena de estrellas. Varios chicos jóvenes hicieron el intento de acercarse a ellas, pero las dos querían charlar tranquilamente y solas. Caroline pensaba que cualquier otra noche sería divertido ir a Juan-les-Pins a tomar una copa y dar una vuelta. Las dos semanas siguientes iban a ser divertidas, cosa que ninguna de las dos se había esperado. Era una maravillosa consecuencia del baile y aparte de lo que pasara con los hombres que Felicity y las demás habían conocido, las dos se alegraban de tener una nueva amiga. El baile había resultado mucho mejor de lo que ninguna de ellas se había esperado, ahora incluso para Caroline.

Felicity nadaba cada mañana en el mar y por las tardes en la piscina. Las dos chicas jugaban al tenis y salían a bailar a Juan-Les-Pins con una pandilla de jóvenes que se alojaban en el hotel con sus familias. Un grupo era de Oklahoma, otro de Houston y Felicity le explicó a Caroline que eran familias con dinero del petróleo.

La madre de Caroline era la única estrella de cine estadounidense que estaba alojada allí, si bien Brigitte Bardot, la sensual y joven estrella francesa, pasó un fin de semana en el hotel durante la estancia de las nuevas amigas. Estaba con su marido, el productor cinematográfico francés Roger Vadim, y recientemente había corrido el rumor en la prensa francesa de que se separaban, así que todo el mundo se quedó fascinado al verlos allí y no dejaron de observarlos. Se mantenían apartados en su cabaña, pero las chicas los veían de

vez en cuando, como cuando se encontraron a la actriz en la piscina y todos los hombres se quedaron mirando el cuerpo de la Bardot. Incluso Caroline decía sentir celos de ella. Felicity también estaba celosa y dobló su rutina de natación matutina después de aquello. Bardot era la estrella sexy más reciente y solo tenía veinticuatro años.

Las dos amigas estuvieron de acuerdo en que sus dos semanas en el hotel estaban pasando demasiado deprisa y que estaban encantadas de estar allí. Araminta se las había arreglado para encontrar su propio círculo de amistades de veintimuchos y treinta y pocos años y le gustaba juntarse con un grupo más sofisticado y pasar el menor tiempo posible con sus padres y su hermana. Todos tenían allí cosas que hacer. Únicamente se juntaban para las comidas.

Menos de una semana después de su llegada, Caroline volvía a tener un aspecto sano y estaba de buen humor. Se dio cuenta de que por dolorosa que hubiese sido para ella la noche del baile en todos los aspectos posibles, el final de su embarazo había sido una bendición.

A Sam siempre le habían encantado los viajes a Londres con su padre. Adoraba viajar con él, como adoraba el ambiente señorial del Claridge's y las elegantes y a menudo anticuadas tiendas, llenas de cosas preciosas. Los animales de plata de Asprey, los anticuarios, las joyerías, las tiendas de ropa. Harrods era un festín y siempre encontraba allí prendas bonitas. Su padre le daba carta blanca y ella no abusaba, pero se lo pasaba muy bien mientras él se encargaba

de sus negocios. Al final de la jornada, ella tomaba una cena ligera en Claridge's cuando volvía de sus incursiones en las tiendas y se sentía muy elegante y adulta comiendo pequeños y delicados bocadillos primorosamente preparados con panecillos, mermelada de fresa y crema cuajada. Y cuando él no estaba ocupado con clientes y socios, ella quedaba con su padre para cenar.

Quentin la llamaba cada noche al hotel y le encantaba hablar con él. Él le hablaba de su nuevo trabajo y ella le contaba lo que hacía.

—Sé que parece una tontería porque hace una semana no te conocía, pero te echo de menos —dijo con cautela, temeroso de parecer estúpido.

—Yo también te echo de menos—confesó ella, tímida durante un momento, pero cómoda con él casi todo el tiempo.

—Ojalá estuviera allí para poder cenar juntos. Me gusta Londres. Siempre es emocionante, como Nueva York.

—A mí también me encanta y es divertido salir de compras. Mi padre ha tenido muchas reuniones, así que he dispuesto de tiempo libre.

—A mis padres les gustó mucho conocerte. Gracias por haber comido con ellos.

—Me halagó que me invitaran.

—Estoy intentando ver cuándo puedo ir a verte. No van a darme vacaciones en el bufete durante un tiempo. —Era un trabajo nuevo para él.

—En cualquier caso, yo voy a estar ocupada en la universidad. Mi padre dice que va a tener que volver aquí antes de fin de año. A lo mejor puedo acompañarlo. Tiene negocios en Londres, pero yo podría hacer un viaje rápido a París mientras él está aquí.

—Ya se nos ocurrirá algo —dijo él.

Siguieron hablando una hora por teléfono cada noche, así ella pudo ir sabiendo más cosas de él y compartir sus sueños íntimos y expectativas para el futuro.

—Hay unas bonitas fotografías del baile en el *Paris Match*. Y han salido artículos en los periódicos. Creo que ha sido noticia en todos. Pero deberías comprarte el *Paris Match*. No estoy seguro, pero creo que hay una foto nuestra durante el baile de los acompañantes. Sale mucha gente en la imagen, pero estoy casi seguro de que somos nosotros.

Ella se emocionó al oírlo y la sedujo la idea de tener una foto de los dos. Llevaba puesta su medalla del ángel y no se la había quitado desde que él se la regaló.

Después de su llamada bajó al quiosco del vestíbulo y compró un ejemplar de *Paris Match*. El baile de Versalles aparecía en la portada. Subió corriendo con él, se tumbó en la cama y examinó con avidez todas las fotografías. Estudió la que él había mencionado, la del baile de los acompañantes, y estaba convencida de que se hallaba en lo cierto. Aparecían a lo lejos, bailando, pero reconoció su estatura, el color de pelo de ella y su vestido. Lo estaba mirando, sonriente, y los dos parecían elegantes, jóvenes y felices en la fotografía. Deseó que el fotógrafo hubiese estado más cerca. Pero había quinientas setenta y dos personas bailando, todas las debutantes y sus acompañantes, así que ya era sorprendente que Quentin y Sam se pudieran reconocer, pero seguro que eran ellos. El resto de las fotografías eran bonitas y mostraban el palacio, el espectáculo de luces, los fuegos artificiales, las primeras debutantes bajando las escaleras para ser presentadas por los lacayos con uniformes de gala

que estaban junto a la escalera, y la primera chica de la cola haciendo una profunda reverencia ante el comité del baile. Habían capturado todos los episodios más importantes. Era un homenaje a la historia de Francia y un evento extraordinario. Dejó la revista sobre la cómoda, abierta por la página del baile de los acompañantes.

Robert concluyó con sus reuniones el viernes, y el sábado por la mañana, tras haber cenado la noche anterior en Rule's, que era ya una tradición para los dos, Samantha y él volvieron en avión a Nueva York. Fueron directos a Connecticut en vez de a la ciudad. Hacía muchísimo calor y, a la mañana siguiente, en pantalones cortos y sentada junto a la piscina, se le hacía raro estar en casa. Habían pasado muchas cosas desde que se fueron. Había hecho nuevas amistades, la habían presentado ante la alta sociedad francesa, se había divertido en París y Londres, y Quentin había aparecido en su vida. Eran muchas novedades para asimilar. Quentin también estaba sorprendido, aunque a él le habían pasado menos cosas y estaba en su ciudad natal. Pero estar en Versalles con lámparas resplandecientes a lo largo del camino para los coches que llegaban, las invitadas ataviadas con vestidos extraordinarios, las debutantes, algunas con vestidos de pedrería de colores y las americanas con vestidos de gala blancos, fue como un viaje al pasado para todas ellas. Ahora todo parecía haber sido un sueño. Y lo que Sam más vivamente recordaba era la sensación de estar en los brazos de Quentin y bailando. No había notado que perdiera el equilibrio en ningún momento. Lo otro que se le había quedado grabado y que sabía que jamás olvidaría era cuando él la besó al día siguiente, sentados en el banco del pequeño parque. Era un recuerdo que

atesoraría toda la vida. Acarició la medalla de oro de la cadena al pensar en ello, para recordarse a sí misma que él era real y que no lo había soñado.

Jane y Amelia aterrizaron en el aeropuerto Internacional de Idlewild en Nueva York el domingo por la mañana y tomaron un taxi hasta su apartamento de la Quinta Avenida. Tenían cinco maletas, incluida la que contenía el vestido de Amelia cuidadosamente envuelto en papel de seda. Gloria, su asistenta, les había dejado suficientes provisiones para que comieran en casa el domingo y Amelia daba vueltas por el apartamento como si estuviese intentando ubicarse. De repente, todo le parecía nuevo y desconocido, de tantas cosas que habían sucedido. Encontró a su madre en la cocina poniendo una cafetera.

—Me siento como Cenicienta después del baile —le dijo mientras se sentaba a la mesa de la cocina y miraba alrededor de esa acogedora estancia—. Ahora todo son ratones blancos y calabazas —añadió Amelia, y Jane se rio.

—Yo me siento igual. Acabo de darme cuenta de que tengo que preparar la cena para esta noche o nos moriremos de hambre. No hay bistrós ni pintorescas tabernitas entre castillos. Nada de vestidos de noche ni bailes. —Y tendría que llamar a las agencias de empleo al día siguiente, porque había que continuar buscando trabajo—. Ha sido un viaje maravilloso —dijo Jane, feliz de que lo hubiesen hecho y temerosa de tener que retomar su búsqueda de trabajo al día siguiente.

—Gracias por obligarme a ir, mamá. Nunca me imaginé que sería tan divertido ni tan especial. —El Baile de Enfermería de Nueva York

en diciembre fue mediocre en comparación. Y a Jane le parecía que merecía cada penique que le había costado, incluso el anillo con la esmeralda. No se arrepentía de nada y Amelia parecía contenta también.

Fue a deshacer las maletas y esa tarde sonó el timbre de la puerta. Era de la Western Union con un telegrama de Willie. Amelia sonrió al leer el mensaje. «Bienvenida a casa. Nos vemos en agosto. Con cariño, Willie». Había querido enviarle flores, pero había decidido ahorrar el dinero para un billete a Nueva York y, en su lugar, mandar el telegrama. A ella le encantó.

—¿Quién era? —Jane asomó la cabeza en la habitación de Amelia para preguntar. El vestido de baile de Amelia estaba extendido sobre su cama, un extraordinario recuerdo que probablemente nunca más volvería a ponerse. Pero el vestido también había merecido lo que pagó por él.

—Un telegrama de Willie Brockhall —contestó con una tímida sonrisa, y su madre se acercó para abrazarla.

—Bueno, Cenicienta, parece que has encontrado a tu príncipe azul. —Jane se había acostumbrado a la idea y lo cierto era que se trataba de un joven agradable.

—No es más que un vizconde —corrigió Amelia a su madre, y Jane se rio. Volvió después a sus maletas mientras se preguntaba si el romance se enfriaría y terminarían olvidándose el uno del otro durante los próximos meses. Todo era posible en el amor juvenil. A lo mejor conocía cada uno a otra persona que les llamara la atención, o quizá solo uno de ellos. A lo mejor no se volvían a ver hasta dentro de un año, dos o más, y sus sentimientos mutuos se

disolverían sin más de una forma natural o quizá sí durarían y se verían de nuevo.

Amelia sabía que era mucho más de lo que su madre creía y que volverían a encontrarse. No trató de convencerla. Lo único que necesitaba era estar segura ella misma y que Willie pudiera cumplir su deseo, si es que podía ahorrar dinero para su billete a Nueva York.

12

Sam llamó a Amelia a primera hora del lunes por la mañana y la invitó a comer en la ciudad. Iba a ir con su padre, que decía que tenía montones de cosas que hacer en su despacho.

—¿Dónde quieres almorzar? —le preguntó Amelia.

—¿Quieres que seamos adultas o niñas? Podríamos comer en el Plaza, si quieres, o hay una tienda en Madison Avenue donde preparan bocadillos y ensaladas muy ricos.

Se decidieron por el Plaza. Tendrían mucho tiempo para las tiendas de bocadillos cuando estuviesen de vuelta en la universidad. Y resultaba divertido arreglarse para ir a comer.

—Por cierto, ¿qué tal en Londres? —le preguntó Amelia.

—Lo he pasado muy bien. Mi padre estaba ocupado, así que he tenido mucho tiempo para ir de compras y entretenerme. ¿Y tú? ¿Qué tal tu viaje con tu madre? —le preguntó Sam—. ¿Qué tal los castillos?

—Grandes y antiguos. Versalles era mejor. El resto eran bonitos, pero hemos visto muchos. Dos o tres días habrían sido suficientes, no seis. Mi madre se obsesiona un poco con la cultura —contestó Amelia, y Sam se rio—. Este era el verano de los castillos. El año pasado el de las exposiciones de jardinería. No dejó de comprar plantas y, al final del verano, el apartamento parecía un invernadero y hasta tuvimos que regalar. El año anterior nos recorrimos todo el

estado viendo refugios de pájaros y otro en Florida que es famoso. Me da un poco de miedo qué será el año que viene. —A Sam le parecía que Jane era divertida. Habían coincidido, pero no la conocía bien. Había ocasiones en las que anhelaba tener una madre, pero solo a su madre, no a las de las demás. Pero tenía un padre estupendo y Amelia apenas recordaba al suyo, así que cada una tenía su suerte y sus pérdidas y ambas contaban con un buen padre o bien una buena madre.

Las dos tenían un aspecto encantador y muy apropiado para aquel lugar cuando se vieron en el Plaza. Sam llevaba un vestido de verano de lino rosa con una chaqueta a juego y sandalias rosas, y Amelia, un vestido blanco de vuelo y sin mangas que le quedaba muy bien con el bronceado que había adquirido durante su viaje en coche por Francia. Habían tenido bastantes comidas al aire libre y paseado por suficientes jardines de castillos como para coger un poco de color. Eran dos jóvenes preciosas comiendo en el Palm Court. Las dos tomaron una enorme ensalada y té helado. Era el sitio favorito de Sam para almorzar y uno de los preferidos de Amelia, y estando aún en París, habían descubierto que vivían a solo tres manzanas de distancia en la Quinta Avenida, lo que les pareció una gran coincidencia.

Inevitablemente, hablaron de Willie y Quentin y se preguntaron cuándo los verían de nuevo. La idea de que nunca volvieran a verlos y que resultara complicado y demasiado caro no se les había pasado todavía por la cabeza. Las posibilidades de supervivencia de una relación a larga distancia entre París, Londres y Nueva York a su edad eran entre pocas y ninguna.

Jane esperó a que Amelia saliera a comer para hacer una ronda de llamadas a las agencias a las que había estado telefoneando antes. Resultaba demasiado humillante que Amelia la escuchara llamar. Se esperaba las mismas respuestas que había recibido durante cinco meses, que no había nada adecuado para su nivel y que estaba demasiado cualificada, pero siguió llamando y le decían que la avisarían si aparecía algo apropiado.

Recibió exactamente esa respuesta de parte de las primeras dos agencias, pero en la tercera le pidieron que esperara un momento. La agente volvió a ponerse enseguida con una ficha en la mano.

—Iba a llamarla hoy. La llamé la semana pasada y respondió su asistenta. Dijo que estaría fuera de la ciudad hasta el domingo. Tengo algo que no es lo que usted quiere, pero es un trabajo interesante. El director ante quien tendría que responder es una mujer. Es todo un personaje. Yo he trabajado anteriormente con ella y me cae bien. Creo que a usted también podría gustarle.

—¿Qué tipo de trabajo es? —preguntó Jane sin estar segura de que le gustara un trabajo que la agente ya sabía que no era lo que ella buscaba.

—Es variado. Usted cumple todos los requisitos y el sueldo es bueno, en la franja más alta de lo que usted desea.

—No me tenga en ascuas. ¿Es para hacer de equilibrista en el circo, pasear perros o hacer de telefonista? —Había muchos trabajos que le habían ofrecido que no quería y, en la mayoría, no la querían a ella.

—Es el segundo puesto en una revista —contestó la agente sin más—. Subdirectora editorial. Buen cargo. Caótico —dijo con sinceridad—, pero así son las revistas. La directora editorial tiene

sesenta y ocho años. Dice que no quiere jubilarse, pero eso puede cambiar. Es una revista antigua con un nuevo aire. La vendieron hace cinco años a un grupo francés y le han dado un giro completamente distinto. Publican artículos bastante interesantes y tiene una tirada muy decente. No es *Vogue* ni *Bazaar*, pero es respetada. Ahora se llama *Chic*. Antes era *Women's World*. Anteriormente era más parecida al *Ladies' Home Journal*, algo así como una revista para amas de casa. Ahora intentan llegar a un grupo de mujeres trabajadoras de un nivel superior. Menos recetas, más belleza, colaboradoras inteligentes y buenos anunciantes. —Jane se quedó pensándolo y trató de mantener la mente abierta. Era muy distinto a la seriedad de una editorial, pero se trataba de un trabajo y lo necesitaba con desesperación. No le parecía que fuera algo que odiara hacer.

—¿Cuál es el rango de sueldo? —Jane se preparó para la mala noticia y la agente le dio la cifra con voz neutra mientras los ojos de Jane se abrían de par en par—. ¿La he oído bien?

—Los propietarios son los editores más importantes de Francia. —El sueldo era algo más del doble de lo que Jane había recibido en Axelrod y Baker cuando se fue.

—Dios mío. ¿Cuándo puedo verlos?

—Los llamaré. Ha vuelto usted justo a tiempo. La directora se va a Francia de vacaciones durante un mes el día 1 de agosto. Ha regresado usted en el último momento.

—¿Han visto a alguien más?

—No había nadie en la ciudad. Pero de todos modos, usted era la primera de mi lista y se lo estaba guardando. —A Jane se le saltaron

las lágrimas mientras escuchaba. Aunque odiara a su jefa por algún motivo, ¿cómo iba a ser tan malo con un sueldo como ese?

—Llevo veinte años sin trabajar en una revista y solo lo hice durante uno —le recordó ella—. Toda mi experiencia es en el sector editorial.

—Algo me dice que esto le va a gustar más. Resulta mucho más divertido. La directora es francesa, pero completamente bilingüe. Usted no necesitará el francés para trabajar con ellos. Todos los empleados son estadounidenses, salvo la directora. Lleva cincuenta años aquí. Fue aquí a la universidad. Y su marido es estadounidense. La llamaré ahora y volveré a ponerme en contacto con usted —dijo mientras Jane se quedaba clavada a la silla de su cocina, con la mirada perdida, rogando para que ese trabajo fuese para ella. Económicamente podría ser la solución a todos sus problemas después de los cinco peores meses de su vida.

Su teléfono sonó diez minutos después.

—Mañana, a las diez de la mañana. No hace falta que le diga que sea puntual. Ella lo es.

—Dormiré en su puerta si es necesario.

La agente notó el nerviosismo de su voz. El despido había hecho que se tambaleara la fe en sí misma por lo inesperado y poco merecido. Phillip Parker había dejado de llamarla hacía meses. Se había sentido muy culpable al ver que ella no encontraba otro trabajo. Habían tenido varios problemas con Ted Hughes, el nuevo director, que era torpe con las propietarias, a las que no caía bien. Jane habría sido una elección mucho mejor para el puesto y muchísimo más barata, puesto que Hughes era un hombre. Y estaba molestando al personal, pero eso ya no era problema suyo.

La revista *Chic* ocupaba tres plantas de un edificio nuevo de la Séptima Avenida. Las oficinas eran limpias, pulcras, sobrias, modernas y elegantes y las había diseñado un laureado arquitecto y diseñador de interiores francés. Estaban esperando a Jane cuando llegó y no la hicieron esperar ni cinco minutos antes de que la condujeran por un vestíbulo amplio y despejado hasta un despacho de la esquina. La secretaria de la directora había salido a recibirla y una mujer bajita y delgada se puso en pie cuando Jane llegó. La invitó a pasar con una sonrisa. Llevaba una falda de lino negra y una camisa blanca inmaculada. Tenía el pelo blanco como la nieve y un corte estupendo. Sus ojos eran de un azul penetrante y lucía una gran pulsera de ónix en la muñeca. Mostraba el aspecto de lo que quería vender: estilo. Jane también vestía de negro, que le parecía una apuesta segura para la entrevista.

Pascale Winters la invitó a sentarse y apenas se le notaba acento al hablar. Había ido a la facultad de Periodismo de Columbia y había sido editora de moda en el *New York Times* y luego en el dominical antes de pasar a otras revistas. Miraba fijamente a Jane cuando hablaba. Tenía los ojos alegres y una voz dulce. Era muy dinámica y parecía varios años más joven de los que tenía.

—Me echaron de *Vogue* —dijo Pascale de inmediato—. Fue mi primer trabajo en una revista importante después del *Times*. Creí que eso acabaría conmigo. Estaba destrozada. Al director editorial no le caía bien y me despidió un año después. Solo quiero que sepas que eso le ocurre a veces a la gente buena y que no es el final del camino y, desde luego, no a tu edad.

Le gustaba el currículum de Jane y así se lo dijo. Respetaba su constancia y lealtad más que a la empresa para la que había

trabajado, que a ella le parecía aburrida.

—Conoces el mundo de las editoriales. ¿Y el de la moda?

—No tengo experiencia profesional en ese sector —respondió Jane.

—Queremos un fuerte contenido editorial, buenos artículos de buenos escritores. Queremos respetar la inteligencia de nuestras lectoras, no nos interesan las manualidades con papel maché ni ninguna receta a menos que lleve brandy, trufas o caviar. Somos una revista para mujeres con estilo, cerebro e imaginación. Ningún tema es demasiado controvertido si resulta interesante. No tenemos prejuicios ni ideas preconcebidas. No me importa el color de nuestras lectoras ni tampoco si han ido a la universidad. Montones de mujeres inteligentes no han ido. Dicho de otro modo, todo vale —explicó Pascale con una sonrisa.

Jane sintió como si la hubiesen empujado desde un avión y no estuviera segura de llevar paracaídas. Pero resultaba emocionante e innovador, tenía un aire europeo y, aun así, era muy americano. Parecía como si esa revista respetara a las mujeres y les gustara, y estaba dirigida por una mujer que reflejaba lo que las mujeres querían, no lo que un hombre les decía que debían ser y querer.

—Queremos atraer a mujeres casadas, divorciadas, viudas, mujeres solteras y madres solteras, a todas las mujeres, de todas las edades. Y el estilo tiene que ver con muchas cosas, no solo con lo que visten. Es su modo de pensar, su forma de vivir, lo que leen, lo que dicen.

Pascale era una mujer fuerte y llena de energía y su fuerza era contagiosa. Jane estaba emocionada solo por escuchar lo que tuviera que decir.

Recorrieron el departamento de arte y los diseños gráficos eran preciosos. El departamento de arte lo dirigía un hombre, el de contenidos una mujer, el de belleza un hombre etíope muy guapo. Todo cuanto Pascale decía llevaba a Jane a desear ser más y hacer más. Hacía que su anterior trabajo le resultara anticuado, limitado, y estaba claro que en él no respetaban a las mujeres a pesar de que era propiedad de mujeres. Al final no la habían respetado ni valorado y la habían echado por un hombre. Jane no se consideraba feminista, pero creía en la igualdad, la justicia y el trato justo para todos. Creía que había que tratar bien a las personas, hombres o mujeres.

—¿Qué te parece? —le preguntó Pascale cuando volvieron a su despacho—. Te diré que siempre escucharé tus ideas. Puede que no esté de acuerdo contigo y tengo opiniones firmes, pero siempre me interesa oír nuevas ideas de mi equipo. Y tú aportarás una perspectiva nueva y fresca, ya que todo esto es nuevo para ti.

—Es tremendamente emocionante —contestó Jane. Pascale sonrió.

—Yo creo que te va a ir bien aquí —dijo—. Puedes crecer en este entorno, descubrir tus propias opiniones y tu voz. El tipo de publicaciones que hacías era represivo y dirigido por completo por hombres. Algún día eso va a cambiar, aunque todavía no ha ocurrido. Me gusta remar en esa dirección, pero requiere tiempo. Dentro de cincuenta años, este será un mundo distinto, puede que incluso dentro de veinte o de diez. Pero ahora mismo siguen dominando las viejas costumbres. Yo quiero cambiar eso. —Jane asintió. Había sido víctima de esas viejas costumbres cuando la

echaron—. No va a suceder de un día para otro. Yo quiero ser pionera de lo nuevo.

—Ya lo eres —contestó Jane, que admirada lo que Pascale representaba e intentaba hacer. Y esperaba estar a la altura del trabajo. Tanta libertad le daba miedo. No había límites. Iba a necesitar valentía e imaginación para hacer un buen trabajo y ampliar su mente, no solo apoyarse en lo que ya conocía. Su experiencia le vendría bien, pero tenía mucho que aprender, lo cual resultaba emocionante.

Pascale le mencionó de nuevo el sueldo, que seguía asombrando a Jane.

—Quiero estar aquí cuando empieces. Me voy de vacaciones dentro de una semana. Estaré fuera tres semanas. ¿Qué te parece comenzar el 21 de agosto, si es que quieres el trabajo?

—Sí que lo quiero. Me encantaría. —Era más de lo que se había atrevido a imaginar.

—Yo también quiero. —En ese momento, Pascale se puso en pie. La entrevista había terminado. Y Jane no lo sabía, pero Pascale había llamado a Phillip Parker y le había pedido saber la verdad sobre Jane. Él la había elogiado y había dicho que se marchó porque se la jugaron y salieron en malos términos. Pascale no tuvo reparo alguno en contratarla después de eso.

Pascale estrechó la mano de Jane y el trato quedó sellado. Le dijo que el departamento de personal se pondría en contacto con ella para darle los detalles. Jane se sentía aturdida cuando salió y se quedó en medio de la Séptima Avenida sonriendo, mirando al edificio donde iba a trabajar. ¡Tenía un trabajo! Todo se solucionaría. Lo había conseguido. Había sobrevivido a cinco meses de terror y sus

pies volvían a pisar tierra firme. Su vida era segura. Podía pagar la universidad y todo lo demás, incluso algunos lujos que antes no había tenido. Quería dar saltos de alegría. Tomó un taxi a su casa y el teléfono estaba sonando cuando entró por la puerta. Era la agencia que la llamaba para felicitarla y ella se deshizo en agradecimientos por haber tenido la visión de postularla para el puesto. Colgó unos minutos después y el teléfono volvió a sonar. Era Robert Walker y se quedó sorprendida al oírlo.

—Pareces muy contenta de haber vuelto. —Robert podía notar el entusiasmo en su voz.

—Lo estoy. Acabo de conseguir un trabajo nuevo y tiene una pinta fantástica.

—¿Puedo preguntarte dónde?

—Una revista que se llama *Chic*.

—He oído hablar de ella. Parece divertido.

—Lo va a ser. ¿Y tú cómo estás? ¿Qué tal en Londres? ¿Cómo está Sam?

—Estamos bien. Acabamos de regresar hace dos días. Yo estuve ocupado en Londres, pero a Sam se le da bien entretenerse sola. ¿Puedo atreverme a hacerte una proposición osada? ¿Puedo llevarte a cenar para celebrar tu nuevo trabajo? ¿O sería inapropiado e intrusivo?

—No, sería encantador. —Se sintió conmovida. Iba a celebrarlo con Amelia, pero le gustaba la idea de hacerlo también con él.

—¿Mañana es demasiado pronto?

—No, es perfecto.

—Genial. Te recogeré a las siete y media si te viene bien.

—Será maravilloso.

—Sam me dice que estás en nuestra misma calle. Iré caminando a por ti y podemos tomar un taxi para ir a cenar. Estoy deseándolo, Jane.

—Gracias —respondió con suavidad, agradeciendo su buena estrella por todas las cosas buenas que le acababan de ocurrir. A veces tiene que pasar algo malo para dejar sitio a lo bueno. Y, de repente, era como si el hecho de que la despidieran hubiese sido un regalo para llevarla a algo mejor. Colgó después de la llamada de Robert, terminó de deshacer las maletas y estaba esperando impaciente a Amelia cuando volvió a casa tras ver a una de sus amigas del colegio.

—Pareces feliz, mamá.

—Lo estoy. Tengo un trabajo, con el doble de mi antiguo sueldo. Empiezo dentro de cuatro semanas. —Amelia soltó un grito, abrazó a su madre y bailaron por la cocina mientras Jane se reía. Los cinco meses quedaron atrás como si hubiesen sido un mal sueño. La vida iba a ser buena otra vez. Mejor aún que antes.

La velada de Jane con Robert Walker fue como una cita de película, pero diferente a cualquier otra primera cita que hubiese tenido antes. Él era interesante, listo y divertido, y un perfecto caballero.

Tomaron una copa en el apartamento de Jane y él admiró las vistas y las estancias pequeñas pero elegantemente amuebladas. Ya se sentían cómodos en compañía el uno del otro cuando salieron a cenar. La llevó a un restaurante francés muy elegante, a un corto trayecto en taxi por la Quinta Avenida, donde disfrutaron de una

deliciosa cena en un entorno precioso, muy lujoso, con flores fabulosas.

Los camareros y el *maître* lo saludaron con familiaridad. Les ofrecieron una discreta mesa en un rincón y allí hablaron de todo, también de sus hijas y sus matrimonios. Jane fue sincera en cuanto al fracaso del suyo y cómo la guerra había destrozado a su marido, hasta llevarlo al suicidio, momento en que se quedó sola con Amelia, y tuvo que encarar años de dificultades, un trabajo donde la infravaloraban, y un despido, hasta llegar a este nuevo trabajo con todo lo que significaba para ella.

Y Robert le contó lo mucho que Samantha suponía para él, que había estado a punto de perderla y lo difícil que le resultaba dejarla ahora volar, cosa que ya había mencionado antes.

Hablaron de las cosas que les gustaba hacer, él la hizo reír y bromearon sobre que los dos eran mamás gallinas que temían que sus hijas se volvieran independientes y algún día tuvieran vidas propias. Los dos habían puesto todos sus huevos en una sola cesta, a pesar de que reconocían lo peligroso que eso era, pero resultaba inevitable dadas sus circunstancias, tras las traumáticas muertes de sus parejas. Tenían más en común de lo que creían cuando se conocieron en el baile.

Volvieron a pie hasta el edificio de ella después de cenar bajo el cálido aire nocturno, y cuando llegaron, él la invitó a ir a Greenwich el sábado. Le propuso que llevara a Amelia. Podían pasar un agradable y tranquilo día en su granja. Jane aceptó encantada.

—Buenas noches, Robert. Gracias —dijo Jane cuando lo dejó. Él le acarició el brazo, pero no la besó ni pidió subir y ella tampoco lo invitó. Ninguno de los dos podía ver el camino que les aguardaba,

solo una corta distancia, pero el camino en el que se encontraban parecía sorprendentemente cómodo y fácil de recorrer en compañía, más que si lo hicieran a solas. Después de que el portero cerrara la puerta tras entrar ella, Robert se marchó caminando hasta su casa.

Sam estaba en su habitación leyendo cuando él pasó junto a su dormitorio.

—¿Cena de trabajo esta noche? —le preguntó ella—. Estás guapo. —Para la primera cita que había tenido en mucho tiempo se había puesto una nueva corbata rosa de Hermès y un traje azul oscuro con camisa blanca.

—He cenado con una amiga. He invitado a tu amiga Amelia y a su madre a Greenwich a pasar el sábado, si te parece bien. —Esperaba que fuera así y en la cara de Sam apareció una sonrisa.

—Es una idea estupenda. Yo iba a preguntarte si podíamos invitarlas. —Robert y Sam iban a pasar allí el mes de agosto, como hacían cada año, y él vendría de vez en cuando a la ciudad a trabajar. Era la forma perfecta de terminar el verano—. Gracias por invitarlas, papá.

Después de que él se dirigiera a su habitación, Sam se preguntó de repente si la «amiga» con la que había cenado sería Jane, pero parecía demasiado pronto para eso y poco probable, aunque a ella también le habría gustado. Acababan de volver y no se lo imaginaba invitándola a salir tan pronto, si es que alguna vez lo hacía. Robert sonreía cuando llegó a su habitación sin dejar de pensar en la velada que había pasado con Jane. Le había parecido tan perfecta como a ella. Y un día en la granja con Jane y con su hija le parecía también una buena idea. Estaba disfrutando mientras la conocía, poco a poco, y le gustaba lo que hasta ahora había visto. Quería tomarse su

tiempo para descubrir el resto. Jane tenía muchas facetas y, a la vez que ella se desvestía unas manzanas más arriba, pensaba lo mismo de él. Padre, empresario, mago de las finanzas, viudo, amigo. Los dos se estaban divirtiendo, y eso era lo único que importaba por ahora.

13

El día que Jane y Amelia pasaron con los Walker fue mejor de lo que ninguna de ellas se había esperado. Robert dedicó la mañana a recorrer la granja en el coche con Jane para enseñárselo todo, también los caballos en sus cuadras tan extremadamente bien cuidados. Había vacas y ovejas y una pequeña lechería, algunas verduras que cultivaban y zonas de pasto. Era una granja de verdad y a él le encantaba. Tenía su propio tractor, cosa que hizo sonreír a Jane. Robert decía que le servía para desconectar de su trabajo y que le encantaba pasar el tiempo allí. Todo estaba impecablemente cuidado y era una bonita y productiva finca.

Tras el recorrido, él dejó el coche en los establos y volvieron caminando entre huertos de frutales hasta llegar a la casa. Era una casa preciosa y muy grande que había construido él al comprar la granja. Robert contaba con su ala propia y Sam tenía la suya en el extremo opuesto de la casa, y la finca contaba con varias casas de invitados cerca.

—A lo mejor a Amelia y a ti os gustaría pasar algún fin de semana. Es un maravilloso contraste con la vida en la ciudad. —Robert tenía una expresión relajada y feliz mientras paseaba con ella. Parecía muy distinto al empresario sofisticado e importante que había conocido en París y con el que había cenado en Nueva York. Llevaba unas botas desgastadas, unos vaqueros, una camisa de cuadros

azules y un sombrero de vaquero de excelente factura. Todo aquello le quedaba tan bien como sus impecables trajes británicos hechos a medida y sus camisas y corbatas de Hermès. Era una faceta diferente de él. Jane se había puesto unos vaqueros blancos, una camisa blanca y unas sandalias, y no se había esperado que la granja fuese tan rural, cosa que a Amelia le encantó. Las dos chicas estaban ya sentadas en la piscina cuando Robert y Jane volvieron de su excursión. Era un lugar precioso.

—Ni mucho menos como Versalles —dijo él con una sonrisa, pero estaba también orgulloso de su granja. Como Jane no había visto nunca su mansión de la ciudad, no era consciente del tremendo contraste que suponía.

La cocinera les preparó hamburguesas y patatas fritas para comer, con pollo frío por si Jane no quería hamburguesa, una gran ensalada y varios pasteles elaborados con la fruta que cultivaban en la granja, helados cremosos para las chicas si querían y una bandeja de brownies y galletas.

Después de comer, todos se quedaron junto a la piscina. Jane y Robert charlaron tranquilamente bajo una sombrilla y las dos chicas estuvieron, entre risas y carcajadas al otro lado, guardándose sus secretos. Actuaban juntas como dos niñas y Jane y Robert sonreían al verlas.

—Se me romperá el corazón si alguna vez se enamora de alguno de esos europeos y se muda allí. Era una de las cosas que me preocupaban al dejarla ir al baile de Versalles —le confesó él a Jane.

—A su edad nada dura para siempre —lo tranquilizó Jane.

—Ni a la nuestra —le recordó Robert. Los dos habían aprendido eso de sus matrimonios con finales inesperados.

—Se divirtieron en el baile y un poco de romance le ha puesto la guinda. ¿Quién sabe si alguna vez volverán a ver a esos muchachos? —dijo Jane. Era la segunda vez que él lo había mencionado, así que sabía que estaba preocupado con ese asunto.

—No estoy seguro de que haya sido tan carente de importancia como piensas. Quentin ha llamado a Sam todos los días desde Europa.

—Se cansarán. Las largas distancias son difíciles a nuestra edad e imposibles a las de ellas. Willie es un chico simpático, pero no puede permitirse venir a ver a Amelia.

—No hay distancias que un hombre no pueda recorrer cuando desea a una mujer —sentenció Robert, aún preocupado.

—Todavía no son hombres ni mujeres hechos y derechos. Solo lo parecen. Siguen siendo niños la mayor parte del tiempo.

—Ese chico Brockhall es más joven. Creo que tiene veinticinco. Quentin Dupont tiene veintiséis. Yo era más joven cuando me casé con mi mujer.

—Yo tenía veintidós y mi marido veinticuatro. Creo que todavía tenemos un poco de tiempo para disfrutar de ellas antes de que se vayan y nos dejen —dijo Jane y lo miró con una cálida sonrisa—. Tienes una casa maravillosa aquí.

—La disfruto mucho. Me encanta pasar mi tiempo aquí, con los animales y los cultivos. Es el contrapunto perfecto al resto de mi vida pegado a un escritorio. También me gusta navegar.

—A mí también me encantaba navegar de niña. Íbamos a Maine a pasar una o dos semanas en verano. Es bonito tener recuerdos así cuando eres adulta. Todas las cosas que haces con Sam, los viajes, estar aquí, la mantendrán unida a ti.

—Eso espero —contestó él, y ella pudo ver lo unido que estaba a su hija y lo importante que era para él. Los dos eran posesivos con sus hijas, más que la mayoría de los padres, y entendía qué lo motivaba en el caso de él. El miedo a perderla hacía que la mantuviera cerca.

Al final del día, Robert le preguntó a Jane si les gustaría quedarse a cenar. No había sido consciente de lo mucho que le gustaba su compañía y lo fácil que era estar con ella. Jane también había disfrutado, pero tenían un largo camino de vuelta a casa y no quería abusar de su hospitalidad.

Y entonces, las chicas los sorprendieron y Sam le suplicó tanto a Jane como a su padre que dejaran que Amelia se quedara a pasar la noche, y era evidente que ella quería. Las chicas estaban disfrutando de su nueva amistad. Sus amigas del instituto seguían fuera durante el verano y el baile de Versalles había creado un vínculo entre ellas. Robert se sumó a la invitación de Sam y Jane vaciló, pero parecía que la invitación era sincera y finalmente cedió. Él dijo que Jane también podía quedarse en una de las casas de invitados, pero ella no quería ser una carga ni obligarlo. Al final accedió a que Amelia se quedara y él le prometió que cuidaría bien de ella y la llevaría a su casa el domingo por la noche. Amelia parecía encantada y se apresuraron a entrar en la casa para subir a la habitación de Sam mientras Robert acompañaba a Jane al coche.

—¿Te parece bien conducir a casa sola en medio de la oscuridad?

—Creo que puedo arreglármelas. —Le sonrió—. Has hecho que mi hija se sienta demasiado cómoda. Ahora no va a querer marcharse nunca.

—Mañana se habrá cansado de nosotros y estará encantada de volver a casa. —Los dos estaban contentos de ver lo bien que se llevaban sus hijas. Eran como cachorritas o potras pequeñas jugando juntas.

Jane pensó en ese día mientras conducía de regreso y en cómo podría ser su vida si hubiese estado casada y no hubiese sido la única figura paterna que tenía Amelia. Ambas chicas parecían anhelar lo que no tenían. A Sam le gustaba hablar con la madre de Amelia y esta miraba a Robert con admiración y podía ver lo que tenía Sam y que ella se había perdido.

Fue un trayecto de hora y media de vuelta a la ciudad y Jane sentía un cansancio agradable cuando llegó a casa. El día al sol y al aire libre en una granja había sido relajante y estaba segura de que Amelia se lo estaba pasando de maravilla y se sentía agradecida con Robert por haber dejado que se quedara. Parecía que las chicas estaban forjando una rápida amistad y a Jane le gustaba que vivieran en la ciudad y pudieran seguir alimentando ese nuevo vínculo, aunque las dos estuvieran ocupadas cuando empezara la universidad.

Acababa de desvestirse y estaba a punto de meterse en la bañera cuando Robert llamó y se apresuró a tranquilizarla.

—Las chicas están bien. Están viendo una película en un proyector de cine que tenemos. Solo quería asegurarme de que habías llegado bien a casa. Siento que hayas tenido que volver sola. —Ella lo había hecho todo sola durante los últimos diez años. Esto no era diferente. Estaba acostumbrada.

—Ha sido un viaje agradable. Relajante. Tienes allí un sitio maravilloso. Gracias por hacernos pasar un día tan bonito. Demasiado bonito. Ahora no vas a poder deshacerte de mi hija.

—Nos encanta tenerla aquí. Y lo están pasando muy bien. Hemos preparado palomitas para ver la película en condiciones. —Era un buen padre, y eso le gustaba mucho de él.

Jane pasó el domingo matando el tiempo en el apartamento y Robert y Sam dejaron a Amelia a las seis. Les dio las gracias. Jane los invitó a subir a tomar una copa y Robert dijo que tenía que volver a su casa y organizarse. Le esperaba una semana dura. Se marcharon hacia su casa y Amelia le contó lo bien que lo había pasado, lo mucho que le gustaba Sam, y le dijo que Robert también había sido muy simpático con ella. Le contó después que Sam estaba loca por Quentin y que la llamaba todos los días desde París. Estaba planeando venir a verla, pero no sabía cuándo.

Jane no volvió a tener noticias de Robert en toda la semana y él las invitó a que volvieran a la granja y a que Amelia pasara allí el fin de semana. Fue igual de agradable que la vez anterior. Y Robert invitó a Jane de nuevo a cenar en la ciudad la noche de antes de su marcha a la granja para pasar tres semanas allí. Se mostró aún más agradable de lo habitual. Estuvieron en un pequeño restaurante italiano y fueron los últimos en marcharse. Ella empezaba su nuevo trabajo en menos de tres semanas y estuvieron hablando de ello.

—Espero hacer una labor decente. La verdad es que no tengo ninguna experiencia en revistas, solo en libros.

—Te acostumbrarás —la tranquilizó él. Había comprado un ejemplar de la revista y estaba impresionado por la calidad de sus artículos.

—Tengo mucho que aprender —dijo ella con modestia. A Robert le gustaba su humildad y que no pareciera competir con él. No estaba tratando de demostrar nada, solo quería hacer un buen trabajo en su nuevo puesto. Era un trabajo muy distinto al que había tenido en Axelrod y Baker.

Una vez que estuvieron instalados en la granja, Sam invitó a Amelia a pasar una semana allí y esta suplicó a su madre que la dejara ir. Jane no quería que pensaran que se estaban aprovechando, pero finalmente accedió y pasó el día allí cuando fue a recoger a Amelia al final de la semana. Fue otro día agradable con ellos y tanto Sam como su padre parecían tristes al ver que Amelia se iba.

Después de eso, la vida de Jane pasó a funcionar de nuevo a toda máquina. Llevaba seis meses sin trabajar y había estado en casa todo el tiempo. Empezaba en su nuevo trabajo la semana siguiente de que Amelia volviera a casa y su hija se marchaba a Barnard y a la residencia en una semana. La sincronización era buena. Pascale le había advertido que quizá tendría que trabajar a veces hasta tarde, sobre todo cuando cerraban la edición de la revista para el mes siguiente.

Cuando Jane empezó, el trabajo resultó tan emocionante como había esperado y trabajó hasta tarde todos los días durante la primera semana intentando ponerse al día. El sábado dejó instalada a Amelia en su habitación de la residencia. Tenía la misma compañera de habitación del año anterior, así que estaba contenta.

Jane lo dejó todo colgado y guardado y llegó a casa a las ocho de esa noche. Se tumbó en la cama, agotada tras haber estado todo el día arrastrando cajas, bolsas y maletas y un baúl y colocar una pequeña nevera. El padre de la compañera de Amelia había instalado un pequeño sistema de sonido y Jane le prestó su máquina de escribir eléctrica que ya no usaba. Cuando sonó el teléfono casi se sentía demasiado cansada como para responder, pero lo hizo.

—Tu voz suena tan cansada como la mía. —Robert se rio al otro lado de la línea—. ¿Día de mudanza a la residencia?

—Sí. Pero tú dijiste que Sam no se queda en la residencia.

—No. Ha tenido presentación. Había un seminario para los padres, una segunda presentación para nosotros y una recepción de bienvenida. Un almuerzo, una merienda de su departamento. Me he recorrido todo el campus. Nada era en el mismo edificio. Hoy nos hemos hecho varios kilómetros.

—Yo he instalado una nevera y he arrastrado un baúl por tres tramos de escaleras. —Se rio sin mostrar ninguna compasión por él —. Lo único que has hecho tú ha sido comer galletas y escuchar los discursos de los directores de departamento.

—Eso también es agotador. ¿Cómo narices te las has arreglado para subir un baúl por tres tramos de escaleras?

—He pagado cinco dólares al hermano de doce años de su compañera de habitación para que me ayudara.

—Me parece una buena inversión. Yo iba a preguntarte si querías salir a cenar. Sam sigue todavía en la universidad con sus amigas. No volverá hasta tarde. Pero no parece que te apetezca mucho.

—Tendrías que llevarme hasta el ascensor. No creo que pueda levantarme de la cama sin oponer una fuerte resistencia.

—¿Quizá mañana? Apenas voy a ver a Sam el resto del semestre.

—Ni a Amelia. Durante las clases, solo viene a casa para lavar la ropa o si está enferma. Mañana me parece bien. Es domingo. Estoy casi segura de que tendré que trabajar hasta tarde todos los días.

—¿Te está gustando el nuevo trabajo? —le preguntó él.

—Me encanta. Pero es todo un mundo nuevo en comparación con el que tenía antes.

—Está a mucha distancia de Versalles, ¿verdad? —preguntó él, y ella se rio.

—Desde luego que sí. Ninguna de las madres de esas debutantes necesita trabajar. Pero estoy feliz de volver a tener un trabajo. Me desquicia estar sin él. —Y directa a la ruina.

—A mí me pasaría lo mismo. Estoy deseando verte mañana. Tengo que salir a la Costa Oeste esta semana para reunirme con una empresa de capital de riesgo de allí. Vamos a firmar un acuerdo conjunto. —Estaba aún más ocupado que ella, pero Jane había disfrutado de las veladas que habían pasado juntos.

La recogió la noche siguiente a las siete y disfrutaron de una relajada cena dominical en P. J. Clarke's charlando sobre sus hijas y sus trabajos. Era agradable tener un amigo. Él la agarró de la mano cuando la acompañaba de vuelta a su apartamento. Siempre lo pasaban bien. Jane no había vivido todavía ningún mal momento con él y Robert le daba buenos consejos respecto a su trabajo, cosa que ella agradecía.

Cuando se estaban acercando al edificio de ella, Jane le preguntó si quería subir a tomar una copa. Le daba un poco de miedo. No

estaba segura de hacia dónde se dirigían, si era amistad o algo más, ni sabía bien lo lejos que ella deseaba llegar. Sería incómodo si no salía bien y afectaba a la amistad entre las dos chicas. Él parecía igual de cauteloso que ella. Dejaron de caminar cuando ella le preguntó lo de tomar la copa y él la miró con dulzura y le acarició la mejilla.

—Me encantaría, pero tengo que levantarme a las cinco de la mañana para tomar el vuelo a San Francisco. Desearía poder posponerlo para cuando regrese. Me gusta pasar el tiempo contigo, Jane. No quiero estropear nada entre nosotros ni meter la pata.

—Yo tampoco —contestó ella, aliviada por su sinceridad, y él la rodeó con los brazos y la abrazó. Habían estado paseando a lo largo del muro exterior de Central Park.

—Me gusta mucho estar contigo —dijo él—. Hacía mucho tiempo que no sentía esto. Me siento muy cómodo contigo. —Ella asintió mientras él la abrazaba. Era lo mismo que ella sentía. Entonces, él la besó y al sentir sus labios sobre los de ella la invadió una ternura que no se había esperado. El beso se volvió más apasionado y los dos estaban sin aliento cuando pararon. Llevaban un mes y medio viéndose con regularidad. El tiempo había pasado muy deprisa y no llevaban la cuenta pero se habían estado viendo de forma continuada desde París—. Quizá pienso demasiado —dijo él en voz baja— y puede que simplemente tengamos que dejar que las cosas sucedan. —Volvió a besarla tras decir eso, y después fueron caminando despacio hacia el edificio de ella, con el portero montando guardia en la puerta. El portero se dio la vuelta para no avergonzarlos. Los había visto besándose al otro lado de la calle como dos adolescentes.

Robert bajó la mirada hacia ella y sonrió.

—A lo mejor eso deja las cosas más claras entre los dos. No estaba seguro de hacia dónde íbamos. Creo que acabamos de dejarlo claro —dijo él, y ella se rio—. Continuará —añadió—. Estaré de vuelta el viernes. Creo que tenemos que volver a intentarlo. — Parecía prometedor y el corazón de Jane estaba latiendo más rápido mientras ella le daba un beso en la mejilla y él se despedía con la mano y se alejaba. Robert seguía sonriendo. De repente se sentía como un colegial cuando estaba con ella. Había temido implicarse demasiado desde que la conoció. Y, de pronto, se daba cuenta de que ya era demasiado tarde para eso.

Cuando Amelia se dirigía hacia su clase y bajaba corriendo las escaleras de su residencia en Hewitt Hall el primer día, había un telegrama esperándola en el tablón de anuncios. Lo vio al pasar, aunque iba deprisa. Lo cogió y lo leyó, y en su rostro apareció una sonrisa. «Me ha tocado la lotería. Festivo en Inglaterra. Te veo el viernes por la noche. Con cariño, Willie». No tenía ni idea de cómo lo había conseguido, pero el lunes siguiente era el día del Trabajo y ella tenía un puente de tres días. No le importaba lo corta que fuera la visita de él, estaba emocionada por verlo y Willie había mantenido su palabra de venir a Nueva York para verla. Guardó el telegrama en el bolso y salió corriendo para clase. Tenía una obligatoria de matemáticas, y luego, otra de literatura inglesa.

La primera semana parecía extenuante después de tres meses de vacaciones. No le había ido bien en el examen de matemáticas y ya tenía dos libros para leer para su clase de literatura inglesa, pero no

tenía ninguna intención de estudiar durante el siguiente fin de semana.

Amelia sentía cierto pánico respecto a dónde iba a alojarse Willie y esperaba que no creyera que podía quedarse en la residencia con ella. Las normas eran estrictas al respecto. Y no quería preguntarle a su madre si él podría alojarse en el apartamento. Willie le envió otro telegrama el martes que la alivió. «Por si te lo estás preguntando, me quedo con un amigo en el Greenwich Village. Llego a tiempo para cenar el viernes. ¿Nos vemos en su apartamento?». Había escrito la dirección y el número de teléfono de su amigo. «Después, a cenar —continuaba el mensaje—. Del todo legal. Palabra de boy scout. Con cariño, Willie». Ella casi se puso a bailar en plena calle de lo emocionaba que estaba. Su madre la llamó el miércoles por la noche para preguntarle qué pensaba hacer durante el puente y si iba a ir a casa para estar con ella o tenía planes propios.

—Viene Willie el fin de semana —le dijo, y Jane se quedó estupefacta.

—¿Desde Londres?

—Se queda con un amigo. No sé cuánto tiempo va a estar. Pero quiero verlo.

—Por supuesto —contestó Jane con voz apagada. No se esperaba que fuera a venir de verdad. Aquello parecía más serio de lo que había pensado—. No hagas ninguna locura —le advirtió Jane.

—Claro que no, mamá. —Amelia parecía ofendida ante la insinuación, dado que siempre había sido sensata. Pero ningún hombre había venido volando desde Londres para verla. Eso era algo importante—. ¿Qué vas a hacer tú?

—No lo sé. Quería hablar antes contigo. —Robert la había invitado a cenar el sábado después de su regreso el viernes por la noche. Y había dicho que Sam iba a quedarse en casa de unas amigas en Long Island, así que sus hijas tenían sus propios planes, lo que les dejaba libres para hacer lo que quisieran. Y Robert dijo que se quedaría en la ciudad ese fin de semana.

Jane aceptó cenar con él la siguiente vez que la llamó. Le preocupaba que Amelia se enamorara perdidamente de Willie, pero tenía que confiar en ella. No podía estar siguiéndola a todas partes.

Cuando llegó el viernes, a Amelia le costó permanecer sentada durante sus clases. En posteriores telegramas habían fijado la hora de su encuentro a las siete en el apartamento donde él se iba a alojar en el Village, y después irían a cenar por el barrio. De todos modos, para entonces él ya estaría agotado debido a la diferencia horaria. Y tenían el sábado y el domingo para pasarlo juntos. Willie se marchaba el domingo para estar en el trabajo el lunes por la mañana. Era lo más romántico que nadie había hecho nunca por ella. Llamó a Sam para contárselo y esta se mostró emocionada por su amiga.

—¿Qué vas a hacer con él? —le preguntó Sam.

—No lo sé. Lo que él quiera. Vamos a pasar dos días juntos. —Se le ocurrió pensar que apenas sabía nada de él, pero era como si lo conociese de toda la vida e iba a venir nada menos que desde Londres para verla. Y le había dicho que iba a ser «del todo legal».

—¿Vas a quedarte con él en el apartamento? —le preguntó Sam susurrándole para que nadie la oyera al teléfono.

—Claro que no —respondió Amelia, nerviosa, pero ella misma se lo había preguntado. No quería que él pensara que era una chica fácil ni demasiado ligera, pero cada vez que pensaba en él, todo su cuerpo parecía derretirse y no sabía si podría poder resistirse. Tampoco quería quedarse embarazada. Conocía a chicas de la universidad a las que les había pasado y cualquier solución a su alcance había supuesto una pesadilla solo pensarlo. No podía permitir que eso sucediera ni correr ese riesgo. Se habían visto tres veces en toda la vida, pero su correspondencia había estado llena de pasión y cariño durante el mes y medio desde entonces. Habían avanzado muy rápidamente desde que iniciaron su relación y a ella no le cabía duda de que lo quería y que él a ella también—. Yo me quedaré en la residencia —dijo tanto para convencerse a sí misma como a Sam.

—Tienes que contármelo todo el lunes. Habré vuelto de Long Island el lunes por la noche. —Sam se iba a quedar con una amiga de la Universidad de Nueva York y también irían otras dos chicas.

Le deseó buena suerte a Amelia. A las seis de la tarde del viernes, Amelia estaba vestida y preparada. Llevaba una falda de tubo negra, un jersey blanco con cuello de pico, zapatos de tacón alto, un bolso que su madre le había regalado y unos guantes blancos. Caminó hasta el metro que había cerca de su residencia y fue en dirección al sur de la ciudad hasta el Village. Había buscado la dirección en un plano, pues no conocía bien el Village y costaba encontrar las direcciones. Fue hasta allí a pie. Su pelo largo le caía por la espalda. El tiempo seguía siendo cálido.

Eran las siete menos cuarto. Había llegado pronto, pero no quería quedarse sola en la calle. Las personas que se arremolinaban a su

alrededor parecían estudiantes y gente normal que vivía en el barrio. No quedaba lejos del campus de la NYU y había cafeterías y restaurantes por todas partes. El edificio le pareció un poco descuidado, aunque no demasiado. Llamó al timbre. Nunca había ido al apartamento de un hombre, pero no quería verse con él en la residencia. Podría haber quedado con él en casa, pero tampoco quería eso, con su madre pululando en la habitación de al lado y entrando cada cinco minutos a ver qué hacían. Amelia había firmado su salida para ir a pasar el puente en su casa en el último minuto. Tenía pensado regresar a la residencia, pero, por si acaso algo se complicaba o decidía volver a su casa al final, quería contar con la libertad de hacerlo, de ahí que se decidiera a firmar la salida para todo el puente, hasta el lunes.

Se quedó allí esperando un momento y él le abrió desde arriba sin preguntar quién era. Ya lo sabía, y ella subió corriendo hasta la segunda planta y se quedó sin aliento al verlo esperándola en la puerta. Llevaba una chaqueta, camisa y corbata, su pelo rubio como el de ella, y estaba tan tremendamente guapo que Amelia se quedó sin respiración mientras él daba dos largos pasos hacia ella y, sin pronunciar palabra, la cogió en sus brazos y la besó. Ninguno de los dos tenía dudas de cuáles eran sus sentimientos. Eran un hombre y una mujer enamorados, con todo lo que eso implicaba. Ella lo siguió al interior del apartamento y él la besó de nuevo y la llevó a su diminuta y destartalada sala de estar, donde se sentó en el sofá al lado de él.

—Dios mío —dijo él mirándola—. Empezaba a pensar que eras una especie de sueño o ilusión o que te había imaginado, pero eres real.

Y eres tan guapa, Amelia, que duele mirarte. He pensado en ti cada minuto desde lo de París.

—Yo también —respondió ella, sonriéndole—. No creía que vendrías.

—Han sido necesarias algunas artimañas. Hoy es festivo, así que tenía el día libre. Encontré un billete muy barato, y aquí estoy.

—¿Cómo te hiciste con el apartamento? —Era un hombre con recursos, como poco. No era bonito, pero era un lugar donde alojarse gratis.

—El hermano de un amigo mío está estudiando aquí. Se ha ido el fin de semana a los Hamptons. Aquí también hay una especie de vacaciones. Le ha dejado las llaves a la encargada de mantenimiento del edificio, ella me las ha dado a mí y aquí me tienes. ¿Quieres tomar algo antes de ir a cenar?

—De acuerdo. —Willie estaba mirándola de nuevo fijamente. Esto era muy distinto al baile de debutantes. Estaban los dos solos, de verdad, en un apartamento diminuto. Él era más alto de lo que ella recordaba, e incluso más guapo. Sentir sus brazos a su alrededor era una maravilla y, cuando la besó, Amelia sintió que flotaba.

Willie entró en la diminuta cocina y sacó una pequeña botella de champán del frigorífico. La abrió y sirvió una copa para cada uno. La sala de estar era lo bastante grande para que cupiera un sofá, un escritorio, una mesita y dos sillas, y el dormitorio era del tamaño de la cama. Ella dio un sorbo al champán y él dejó su copa y volvió a besarla.

—Siento como si los minutos ya estuviesen pasando y no quiero desperdiciar un segundo que pase contigo. ¿Te apetece ir ya a cenar? —Ella asintió. No había nada más que hacer en el pequeño

apartamento y por un momento se sentía tímida por estar con él y muy adulta por verse así con un hombre. Un hombre que había venido desde Inglaterra para verla. Todavía le costaba asimilarlo. Había cumplido su promesa. Había venido, tal y como le dijo que haría.

Se terminaron el champán y Willie cogió las llaves y abandonaron el apartamento. Ella se cogió del brazo de él cuando estuvieron en la calle. Había un pequeño restaurante italiano al otro lado de esta. Se lo señaló y ella se rio. Era todo muy romántico y divertido. Entraron en el establecimiento y se sentaron en una mesa pequeña. Al final pidieron pizza. Amelia no tenía hambre y para él era después de la medianoche, pero parecía muy despierto.

—¿Qué planes tenemos para mañana? —le preguntó él cuando se acabaron la pizza.

—Lo que tú quieras. Museos, la Estatua de la Libertad, Central Park, podemos ir a mi apartamento a ver a mi madre. ¿Has estado aquí antes? —No sabía eso de él.

—Dos veces, hace mucho. Fui a lo alto del Empire State Building y a la Estatua de la Libertad. Lo del parque suena bien. ¿Dónde vives?

—Muy lejos de aquí, en la zona norte. Vivo en la residencia durante las clases. No sé qué va a hacer mi madre este fin de semana. Yo quería estar contigo, Willie.

—Y yo he venido a verte a ti. —Le agarró la mano por debajo de la mesa—. ¿Quieres que volvamos al apartamento y charlemos un rato? —Estaba en una ciudad desconocida y no sabía bien qué hacer —. ¿Quieres que vayamos a un bar a tomar una copa? —En el bar habría ruido. Era viernes por la noche y habría mucha gente emborrachándose y resultaría difícil hablar.

—A lo mejor ir a charlar un rato. —Quería estar tranquila, el corazón seguía palpitándole con fuerza. A él también le gustó la idea. Volvieron al edificio al otro lado de la calle después de que él pagara la pizza y ella subió las escaleras tras él. El apartamento destartalado y pequeño les resultó familiar cuando lo vieron de nuevo. Se sentaron uno al lado del otro y el joven la besó otra vez. Y en el momento en que la besó ella sintió como si estuviese en casa entre sus brazos. Él no podía apartar las manos de ella y Amelia no quería que lo hiciera. Estaba tumbada en el sofá a su lado, sabiendo que debería parar, pero dejó que le desabotonara la falda, que ya se le caía, y que le deslizara una mano suave por debajo del jersey. Willie soltó un grave gruñido de deseo y se apartó de ella.

—Amelia —dijo con voz áspera—. No quiero hacer nada que tú no quieras ni por lo que después me odies. No he venido a esto. He venido porque te quiero, pero tengo que confesar que me resulta muy difícil apartar las manos de ti —continuó, y volvió a besarla. Con la falda desabotonada, su ropa interior blanca de encaje quedó expuesta y también el liguero, lo cual lo excitó tanto que los pantalones le iban a estallar y ella lo sintió contra su cuerpo.

—Yo también te deseo —susurró, y eso fue lo único que él necesitaba escuchar. Le desabrochó los ligueros, le bajó las medias y se las quitó. Él se desprendió de la ropa y, a continuación, la besó y se quedaron tumbados desnudos y él se detuvo para mirarla.

—Quiero recordar este momento siempre, en este apartamento absurdo y feo. Todo me parece bonito cuando estoy contigo. —A continuación la cogió en brazos y la llevó al diminuto dormitorio para dejarla suavemente sobre la cama y volvió a detenerse—. No tienes por qué hacer esto. Te querré aunque no lo hagamos. —Resistirse a

ella estaba convirtiéndose para él en algo imposible, pero la dejó y atravesó el pequeño pasillo hasta el baño, buscó entre la bolsa de aseo que había dejado allí cuando se duchó y se vistió y regresó con lo que necesitaba—. No quiero que te quedes embarazada —le susurró. Todavía recordaba la terrible escena con Caroline en el baile con el charco de sangre en el suelo. Después le hizo el amor tierna y delicadamente, haciendo que fuera para ella lo menos doloroso posible. Estaba seguro de que era virgen sin tener que preguntárselo. Se contuvo todo el tiempo que le fue posible y la había protegido. Más tarde vio hábilmente que ella también tenía un orgasmo y se quedó sorprendida por la fuerza de la sensación y por el rugido de placer desbocado de él. Willie había intentado que para ella fuese lo más memorable posible. Luego la mantuvo abrazada a él, preocupado. No quería que se convirtiese en un mal recuerdo para Amelia.

—¿Te he hecho daño? —le susurró Willie apoyándose en un codo para mirar su preciosa cara. Ella le sonreía con una mirada de tanto amor y ternura que a él se le saltaron las lágrimas—. Amelia, voy a quererte siempre. Y algún día haremos lo que es debido. Prometo quererte y cuidar de ti hasta el día en que me muera. —Nunca había querido a ningún otro ser humano como la quería a ella en ese instante.

—Yo también te quiero —dijo ella llena de serenidad.

Se quedaron ahí tumbados un largo rato, susurrándose en la oscuridad.

—¿Quieres una copa? —le preguntó él—. Este chico solo tiene whisky y hielo. Nos hemos bebido su champán. Si hubiese sabido

que iba a ocurrir esto, lo habría guardado. —Ella se rio y a él le encantó cómo sonaba.

—No quiero una copa. No la necesito. Solo te necesito a ti —le contestó y, un poco después, volvieron a hacer el amor.

Ella se convirtió esa noche en mujer entre sus brazos y por la mañana se ducharon juntos; después salieron a desayunar y él tomó un enorme desayuno, incapaz de dejar de sonreírle. Amelia también tenía hambre y, tras el desayuno, dijo que tenía que volver a la universidad a por algo de ropa. Fueron juntos en el metro.

—Debería haber buscado una habitación de hotel —le susurró él en el metro—. No creía que fueras a quedarte conmigo. No creía que fuera a tener tanta suerte —añadió. Se bajaron en su parada y ella fue a su cuarto mientras él esperaba en el vestíbulo. Volvió cinco minutos más tarde con todo lo preciso para pasar la noche con él. Bajó con unos vaqueros azules y un jersey y llevaba una falda en la bolsa por si salían a cenar.

Regresaron al apartamento que le habían prestado para que ella dejara la ropa y, a continuación, dieron un paseo juntos por el Village. Compraron helado en una camioneta, se sentaron en el parque de Washington Square a mirar a la gente y luego volvieron al apartamento e hicieron otra vez el amor.

—Quiero llevarte a cenar a un restaurante decente —dijo Willie cuando se levantaron de la cama—. Al menos tengo que darte de comer —añadió, y Amelia se rio.

—¿Te gusta la comida china?

—Me encanta.

—Conozco un sitio al que van todos los estudiantes de la Universidad de Nueva York.

No quedaba lejos del apartamento y fueron allí a darse un banquete mientras hablaban de todo y hacían planes para el futuro. Se devoraron con los ojos durante toda la comida. Cuando terminaron con todo, salieron y pasearon de nuevo. Había gente tocando música en Washington Square y descubrieron una fiesta callejera italiana, con la gente charlando, riéndose y bailando en la calle, y él bailó con ella. Amelia sabía que pasara lo que pasara después entre los dos, esto siempre sería para ella como el día de su boda. Willie le compró un ramo de rosas y consiguió un oso de peluche para ella en un puesto de feria. Compraron más helados y volvieron despacio al apartamento para hacer el amor. Ella se quedó dormida en sus brazos y él la estuvo mirando a la luz de la luna y le acarició suavemente la cara y el pelo. Y después se colocó a su lado sintiendo su calor y supo que ese era el mejor día de su vida, que no había nada mejor que eso.

14

Cuando Robert recogió a Jane en su apartamento el sábado, iba vestido con ropa informal y le había dicho a ella que hiciera lo mismo. Fueron a cenar al Club 21 y él le habló de su viaje a San Francisco. Había ido a reunirse con una empresa de capital de riesgo para hablar de una gran inversión conjunta que iban a hacer, juntando dos fondos para un negocio de proporciones épicas. Era fascinante escuchar cómo lo explicaba y él hizo que las complejidades del acuerdo resultaran muy fáciles de comprender. Al escucharlo, Jane entendió la magnitud de su famosa reputación y el tipo de inversiones que hacía y pudo ver lo mucho que él lo disfrutaba. El viaje resultó un éxito y las dos compañías habían llegado a un acuerdo. Había sido una buena semana de trabajo y estaba encantado.

A continuación fueron a tomar una copa al hotel Carlyle, uno de los lugares favoritos de los dos. Quedaba cerca de ambas casas y de fondo un pianista tocaba canciones populares. El *maître* conocía a Robert y los instaló en una mesa de un rincón del bar. Resultaba divertido estar con Robert. A Jane le encantaba su versatilidad entre ranchero y granjero, padre entregado y leyenda de las finanzas en su vida profesional. Tenía docenas de facetas y aspectos distintos y nunca resultaba aburrido.

Estuvieron hasta tarde charlando y escuchando la música, y después fueron paseando hasta la Quinta Avenida desde el hotel, en dirección al apartamento de Jane, a una manzana al oeste en la Quinta Avenida.

—¿Dónde está Amelia este fin de semana? —le preguntó él mientras pasaban por los escaparates de Madison Avenue.

—Se ha quedado en la residencia. Tiene puente festivo. Willie Brockhall ha venido desde Londres para verla.

—Vaya —respondió Robert, impresionado—. Es un hombre de palabra. Recuerdo que le dijo que la visitaría en agosto y lo ha cumplido. Es mucho para un tipo de su edad. No tiene un gran sueldo donde trabaja. Debe de estar loco por ella.

—Eso parece —dijo ella, y Robert la miró.

—¿Lo dices con escepticismo?

—No, pero me preocupa. Los dos son muy jóvenes, están locamente enamorados y espero que ella no haga una locura. Queda mucho tiempo hasta que él pueda hacerse cargo de una mujer y unos hijos. Es difícil que sobreviva una relación a larga distancia. Yo solo veo muchas dificultades en el futuro de ella si apuesta por él. La familia de él está en declive. Tienen un patrimonio que se está desmoronando. Tiene un trabajo mediocre y un gran corazón, y mucha ambición, pero nada sucede de la noche a la mañana. Añade a todo eso una mujer e hijos y ella va a tener que ayudarle durante mucho tiempo a salir del pozo en el que su familia le ha metido como segundo hijo. El patrimonio que se desmorona va a pasar a su hermano, que lleva la vida de un noble de campo y no trabaja. Amelia tendrá que trabajar duro para sustentar todo eso. Son muchas cosas las que va a tener que superar ese amor. Yo me

esperaba una vida más fácil para ella, ni siquiera una vida grandiosa, pero sí más fácil.

—¿Y si él es el hombre que ella quiere? —preguntó Robert con cuidado.

—En ese caso, ella lo seguirá hasta el fin del mundo y supongo que se las arreglarán. —Trataba de hablar con serenidad.

—¿Y si se viene a trabajar aquí?

—Tendría más oportunidades de conseguir una vida decente y de quitarse la carga de su familia, y yo no tendría que recorrer cinco mil kilómetros si ella necesita que le eche una mano. Pero hará lo que decida hacer. Está enamorada hasta las trancas. Es un terreno peligroso para una joven con estrellas en los ojos. Yo fui igual. Y supongo que habríamos tenido una vida buena si la guerra no lo hubiese cambiado todo. Mi marido volvió de la guerra destrozado y nunca se recuperó. Al final eso lo mató, igual que si le hubiesen disparado en la playa de Normandía el día del desembarco. Ya estaba muerto cuando volvió.

—La guerra destrozó a muchos hombres buenos —dijo Robert en voz baja.

—Al menos Amelia no tendrá que enfrentarse a eso. Solo espero que no quiera casarse antes de que él arregle su vida. Además, Amelia es demasiado joven para casarse.

—Puede que lo consigan, ¿sabes? A veces esos matrimonios jóvenes funcionan si están decididos y siguen por el buen camino.

—Eso espero, si es que llega ese momento. Se enamoró de él en el baile. Todavía están empezando.

—A mí también me preocupan Sam y Quentin. Parece que él persevera. Sigue llamándola casi todos los días desde París.

—Por lo menos las dos se han enamorado de chicos decentes que están locos por ellas, no como el cretino que plantó a esa pobre chica de Texas y se lio con su hermana entre los arbustos. —Robert negó con la cabeza mientras recordaba la noche del baile.

—Esa noche se dieron todo tipo de posibilidades. Creo que es posible que nuestras hijas hayan tenido suerte al haber acabado con los buenos.

—El amor de los jóvenes —dijo Jane con una sonrisa triste antes de entrelazar la mano con el brazo de él. Como fuera, Robert siempre hacía que el mundo pareciera un lugar menos peligroso, incluso para la hija de Jane y para ella misma. Era protector por naturaleza—. El amor juvenil da miedo. A veces es muy ciego.

—Puede que eso no sea tan malo. A lo mejor hay que ser un poco ciego para darle una oportunidad al amor. Los jóvenes no monopolizan ese mercado. Un poco de amor ciego tampoco viene mal a nuestra edad. Si solo vemos lo que puede salir mal, nunca nos levantaríamos por la mañana. Un poco de fe ciega es necesaria. Hay que creer el uno en el otro. A nuestra edad se tiene una mejor idea de que lo tienes delante. Aunque no sabes qué desafíos te esperan. Pero, con un poco de suerte, puedes esquivarlos o sobrevivir a ellos. —Ella sonrió y asintió mientras caminaban hacia su edificio. Robert la atrajo en ese momento hacia él—. Creo recordar que tengo una copa pendiente desde la semana pasada, antes de irme a San Francisco. ¿Alguna posibilidad de que pueda cobrármela ahora? —Miró hacia arriba y levantó una mano—. Me parece que acaban de caer algunas gotas de lluvia. —Ella sonreía al oír lo que decía.

—Sí, esta noche canjeamos copas pendientes. Y tienes buena memoria. Me pediste poder cobrarte esa copa más adelante la

última vez que te vi y, por lo que recuerdo, yo acepté.

Pasaron junto al portero con paso decidido y subieron en el ascensor. Ella le hizo pasar al apartamento y encendió las luces.

—Me encanta tu apartamento, Jane. Todo es bonito y dan ganas de sentarse y quedarse, o acurrucarse con un buen libro junto a la chimenea.

—Me alegra que te guste —contestó ella con calidez, y él la besó antes de sentarse en la sala de estar—. ¿Champán o brandy?

—Quizá solo una copa de vino blanco, si tienes.

Sacó una botella del frigorífico de la cocina y él la abrió y sirvió un poco en dos copas. Después volvieron y se sentaron y, nada más hacerlo, él la besó.

—Me encanta estar contigo —dijo él en voz baja—. Siempre haces que me sienta feliz y que quiera verte más. —Y, tras decir eso, se besaron de nuevo.

—Tú también me haces feliz. Más de lo que lo he sido en mucho tiempo. —Y ahora, con su nuevo trabajo, volvía a sentirse segura. Era una buena sensación después de cinco meses de angustia y miedo. Pero Amelia y ella lo habían superado.

—Mereces ser feliz —dijo él, dejando la copa en la mesita para rodearla con sus brazos. A ella se le cortó el aliento cuando la besó. Habían tenido poco tiempo para ellos con sus hijas presentes—. Necesitamos intimidad —añadió—. Últimamente he estado pensando mucho en eso. Quiero irme contigo a algún sitio.

La besó entonces con más fuerza. Sus manos buscaron el contorno de su cuerpo bajo el jersey, hasta que rozó sus pechos y se los acarició despacio. Su boca la estaba devorando ya, le quitó el jersey y ella le ayudó a sacarse su ropa a la vez que él le

desabrochaba los pantalones que ella se había puesto esa noche para la cena. Un minuto después Jane estaba desnuda. Él la miraba bajo la tenue luz de la lámpara y ella le quitaba el resto de su ropa y lo besaba con suavidad, mientras él se dejaba llevar por la pasión de ella y por la suya propia. Jane lo condujo a su dormitorio y se tumbaron en la cama, fundiéndose el uno en el otro, necesitándose, hambrientos tras haber dedicado su amor a otras personas durante tanto tiempo, necesitando que ahora fuera para sí mismos, para los dos. Él sentía como si formara parte de ella mientras hacían el amor, y se quedaron abrazados, sin aliento, cuando terminaron.

—Dios, cuánto te deseaba —le susurró él. Jamás había deseado tanto a una mujer—. Eres muy independiente y te esfuerzas tanto por mantenerte sola que temía que nunca llegáramos a esto. Te he deseado desde la primera vez que te vi en el baile y me daba miedo demostrártelo y decírtelo. Gracias por desearme ahora.

—Gracias a ti. —Le sonrió—. Yo tenía miedo de quererte. Temía no ser lo bastante buena. Eres una persona importante, mereces a alguien mejor que yo.

—Para mí no hay nadie mejor que tú —contestó él mientras la abrazaba y empezaba de nuevo a hacerle el amor. No encontraba palabras para decirle lo mucho que la amaba. Lo único que podía hacer era demostrárselo. Quería estar ahí para protegerla, para que no tuviese que ser tan valiente constantemente. Era la mujer más valiente que había conocido y él necesitaba que ella también lo hiciera igual de valiente.

La mantuvo entre sus brazos después de hacer el amor y anheló abrazarla eternamente. De repente, ella se rio y lo miró.

—¿Qué vamos a decirles a nuestras hijas? No creo que se les haya ocurrido que nosotros también podíamos enamorarnos.

—No creo que suponga un problema con ninguna de las dos. —Sonrió y la abrazó con más fuerza—. Puede que crean que tienen monopolizado el mercado del amor, pero nosotros llegamos a él antes y lo necesitamos más que ellas. Por ahora, tampoco hace falta contárselo. Están ocupadas con sus propios asuntos. Se enterarán de lo nuestro antes o después. Creo que también desean que seamos felices. En cualquier momento saldrán volando a vivir sus vidas y, cuando lo hagan, nos tendremos el uno al otro. —A ella le encantaba todo lo que le decía y todo lo que eran juntos.

Durmieron abrazados el uno al otro esa noche, hicieron el amor por la mañana, prepararon juntos el desayuno y, de pronto, Jane se alegró de que Amelia estuviese viviendo ahora en la residencia. Había llegado la hora de que Robert y ella tuvieran una vida. Habían cumplido con su deber y se habían ganado todo lo que tenían juntos.

Amelia y Willie pasaron sus dos últimas horas juntos en el apartamento, haciendo el amor y haciéndose promesas y planes para el futuro. Había sido un fin de semana perfecto.

—Iré a verte en las vacaciones de Navidad —le prometió ella—. Probablemente justo después de Navidad. Tengo que pasarla con mi madre y después iré a verte. Ya veré cómo me pago el billete. —Igual que él había tenido que hacer para venir a verla.

Lavaron las sábanas en la lavadora del sótano e hicieron la cama. Además, Willie le había comprado a su anfitrión invisible una botella

de un buen champán y se marcharon dejando una nota de agradecimiento. Cuando salían juntos del apartamento, miraron las pequeñas habitaciones y los destartalados muebles y la mejor suite del Plaza no les habría parecido más hermosa.

Willie la abrazó por última vez en la calle y la besó.

—Recuerda todo lo que hemos dicho —le dijo él con tono serio—. Cada palabra la decía de corazón. —Y ella también. Willie detuvo a un taxi y subió para dirigirse al aeropuerto. Amelia se quedó allí hasta que el taxi giró por una esquina y desapareció. Después fue hacia el metro, bajó las escaleras para regresar a su residencia de la zona norte y, mientras se sentaba en el vagón unos minutos pensando en él, supo que durante esos dos días con él, ella había cambiado para siempre.

Robert se quedó con Jane hasta el domingo por la noche. Sam no iba a volver de Long Island hasta el lunes y Robert no tenía por qué dar cuenta de su paradero. No debía explicaciones a nadie y necesitaba estar con Jane una noche más. No quería alejarse de ella y, allá donde estuviese con esa mujer, sería para él su hogar a partir de ahora. Resultaba doloroso dejarla para volver a su casa el lunes.

Cuando Felicity llegó a Boston a finales de agosto, esperaba que Raphael llegara cinco días después, el día del Trabajo. Se había inscrito en el alojamiento amueblado disponible para estudiantes de posgrado y Felicity le había prometido ayudarle con la mudanza. Lo recogió en el aeropuerto con una furgoneta que había pedido

prestada y lo descubrió esperándola en la acera delante de la terminal, con dos bolsos de lona, una maleta y una pesada mochila en la espalda. Llevaba unos vaqueros cortados, unas zapatillas altas y una camiseta de Harvard nueva. Era imposible no reconocer su melena de rizos rojos. Felicity estaba feliz de verlo y los dos sonreían cuando ella detuvo la furgoneta y lo ayudó a cargarlo todo en el interior. Bloquearon el tráfico y la gente ya estaba pitándoles cuando él lo dejó todo y la besó. Había coches acumulándose detrás de ellos y la gente les gritaba, y a Raphael no le importó. Sonrió, eufórico por verla. Llevaba esperando este día desde que la conoció. Habían estado todo el verano escribiéndose.

Él la miró extrañado cuando salieron del aeropuerto y ella se dirigía hacia el campus de Harvard en Cambridge.

—Estás distinta —dijo mientras ella fingía concentrarse en el torrente de tráfico.

Se deshizo de ocho kilos en las últimas seis semanas en Niza y Dallas. Había dejado los helados, los dónuts y la pizza, que habían sido una constante en su dieta durante los últimos cinco años. Aún tenía que perder más, pero era evidente el gran cambio en su aspecto. Había empezado a correr de nuevo al día siguiente de llegar y había perdido otro kilo y medio más. Tras quitarse más de nueve kilos ya estaba a medio camino de su objetivo.

—¿Lo has hecho por mí? —Parecía sorprendido.

—Puede ser. También lo he hecho por mí. Ya era hora.

—Te quiero tal y como eres. No hace falta que hagas eso por mí. —Era evidente que ella estaba interesada en él; prueba de ello era que hubiese aparecido en el aeropuerto con una furgoneta para

ayudarle. Pensaba que Raphael podría traer más cosas de las que tenía.

—No me gustaba a mí misma tal y como estaba. Por eso me puse así —replicó mientras él miraba por la ventanilla de la furgoneta, emocionado por estar ahí con ella. Venir a Boston a estudiar era el sueño de toda su vida. Quería verlo todo ahora que por fin estaba aquí.

—¿Qué tal tus clases? —le preguntó él.

—Bastante bien. Creo que el semestre que viene voy a cambiar de especialidad.

—¿Física nuclear? —preguntó, y ella asintió con una sonrisa. Hablaban el mismo idioma y él la comprendía. Era un alivio estar de vuelta en Boston, lo más lejos posible de Dallas y de su tóxica hermana. Su padre le había devuelto por fin a Araminta sus tarjetas de crédito un mes después y era un poquito menos cruel con Felicity que antes. Ya daba igual. A Felicity no le importaba. Sabía que Raphael la quería y que sus padres lo hacían lo mejor que podían. Les resultaba imposible controlar a Araminta ni a sus celos. En cuanto Felicity empezó a perder peso, Araminta se volvió más horrible. Formaba parte de su naturaleza. Era una persona desgraciada y Felicity por fin había entendido que no tenía nada que ver con ella. Su hermana era así, un ser humano despreciable, infeliz con la vida que llevaba, siempre dispuesta a envidiar y a echar la culpa a todos los demás.

Mientras se iban acercando al campus de Harvard, Raphael apenas podía contenerse. Felicity había traído un plano del campus y sus alrededores para encontrar el alojamiento que le habían asignado. Le dieron lo que había solicitado, un estudio sin

compañeros de piso. Ella tenía una habitación individual por ser estudiante de segundo año del MIT. Como estudiante universitaria y mujer, tenía muchas más restricciones que él. La habitación individual era exactamente lo que ella había deseado, porque así podía estudiar tranquila, y devolvió su nevera a la empresa de alquiler como parte de su decisión de perder peso por fin. Ahora no guardaba comida en su habitación.

—¿A qué distancia está Harvard del MIT? —le preguntó él.

—A menos de dos kilómetros —respondió ella con una sonrisa.

—Tengo que comprar una bicicleta mañana. —Quería verlo todo, ir a todas partes, estar con ella, compartirlo con ella. La familiar imagen del campus de Harvard apareció ante sus ojos. Vio la Johnston Gate y la miró maravillado. Ahora era real.

Cuando llegaron al albergue para estudiantes de posgrado, ella le ayudó a descargar sus maletas y subirlas. Cada uno cogió una bolsa de lona y él además la maleta y la mochila. Cuando deshicieron el equipaje, vio que había traído varios de sus libros de texto en francés para refrescar la memoria sobre las asignaturas que iba a estudiar.

Con la habitación en orden, lo llevó por el campus para que pudiera ver dónde se encontraba todo; después se acercaron al MIT. Su rostro reflejaba la devoción de un peregrino en la Meca; el MIT era su lugar sagrado. Harvard, el segundo. Todos sus sueños se estaban haciendo realidad. Felicity no pudo enseñarle su residencia, pero sí todo lo demás. Cenaron en la cafetería, visitaron la biblioteca y el centro de estudiantes y luego lo acompañó a Harvard. Él la besó antes de que ella lo dejara solo para que se instalara y, por fin,

dormir un poco. Para él eran como las dos de la mañana, pero estaba demasiado excitado para dormir. No quería perderse nada.

La llamó a su residencia media hora después. Cuando contestó, le explicó lo contento que estaba de encontrarse allí y lo mucho que significaba que ella hubiese ido a ayudarle. Su inglés era bueno, con algo de acento.

—Deberías estar durmiendo —contestó ella, aunque estaba igual de emocionada.

—Estoy demasiado feliz como para dormir. Es el mejor día de mi vida. —También había sido uno de los mejores para ella. De la noche a la mañana se había convertido en una chica que tenía novio. Lo quería y le encantaba su universidad. Era un regalo del universo. Después de años sintiéndose fuera de lugar e incomprendida, por fin tenía un hombre que la amaba y la entendía, con los mismos gustos y que jamás hacía que se sintiera como un bicho raro.

Devolvió la furgoneta más una tarta de chocolate con una pinta deliciosa como agradecimiento a su propietario y pedaleó hasta Harvard por la mañana para desayunar con Raphael. Le había dado el plano para que pudiera ver dónde tenía sus clases y lo estaba leyendo diligentemente.

—Qué pena que no puedas venir a clase conmigo —dijo él con tristeza cuando ella se levantó para marcharse.

—Vas cuatro años por delante de mí. —Se rio ella. Él siempre tenía un aspecto desaliñado y parecía sorprendido y emocionado por la vida. Felicity estaba segura de que ni se había molestado en peinarse cuando se levantó, y le encantaba su aspecto. Había en él un aire de inocencia además de una mente brillante.

—Estoy seguro de que podrías alcanzarme si lo intentaras —contestó él con seguridad. Tenía muchísima fe en ella y un profundo respeto por su inteligencia.

Raphael compró una bicicleta durante la hora del almuerzo y fue a verla al MIT esa tarde, después de la última clase de ella. Cenaron juntos en un pequeño establecimiento del campus y a él le pareció que la comida estaba deliciosa. Todo le encantaba y maravillaba, sobre todo ella. Y la veía sexy y aún más guapa con su nuevo aspecto. Ella había empezado a entenderlo y a conocerlo a través de sus cartas y ahora en persona. Era uno de esos seres entrañables que le veían a todo el lado alegre y bueno, lo cual hacía que estar con él resultase placentero, no como con la gente que siempre se estaba quejando, como su hermana, o incluso sus padres, que eran buenos con ella y tenían buenas intenciones, pero que juzgaban a todos por su riqueza, por lo que acumularan o por su aspecto. El de Raphael era un desastre, con la sudadera descolorida y rajada, sus vaqueros con agujeros y sus zapatillas viejas, pero era la mejor persona que había conocido nunca.

Cuando Sam llegó a casa desde Long Island la noche del día del Trabajo, sentía que había pasado un fin de semana agradable, pero estaba feliz de haber vuelto. Su padre se encontraba en su estudio, repasando algunos documentos en su mesa. Entró para darle un abrazo. Él se mostró feliz de verla y sonrió en cuanto ella entró en la habitación. A ella le pareció cansado, pero de buen humor. Llevaba una semana sin verlo, desde antes de su viaje a San Francisco. Ella se había ido a Long Island el viernes y él había vuelto esa noche.

—¿Has tenido un buen fin de semana, papá? —Esperaba que no se hubiese sentido demasiado solo. Había dudado si ir a Long Island. Se sentía culpable por abandonarlo.

—Muy bueno —contestó él sin más explicaciones. Había cosas que no le contaba, pero no muchas. En la mente de su padre ella seguía siendo una niña y quería proteger su relación con Jane y ahora más aún.

—¿Quiere eso decir que has estado trabajando todo el fin de semana o que te has divertido un poco? —se burló ella. Le comentó que se iba a quedar en la ciudad, que no iba a ir a la granja, cosa que a ella le sorprendió. Le gustaba ir siempre que podía.

—Un poco de las dos cosas —contestó él con evasivas—. ¿Y tú? ¿Has tenido un buen fin de semana?

—Sí. —Pero siempre era agradable volver a casa y ya tenía un trabajo que debía presentar esa semana—. Te he echado de menos. —Él se conmovió al oírlo y se preguntó cuándo deberían Jane y él contarles a sus hijas lo que estaba pasando. Todavía no. Era demasiado pronto y él quería saborear antes su éxtasis con Jane. Pero, al final, se lo contarían. Aparecía en sus ojos una mirada de ensoñación cuando pensaba en ella y Sam sonrió cuando salió del estudio para deshacer la maleta—. Descansa un poco, papá. Pareces exhausto. —Daba por sentado que había trabajado mucho en San Francisco. No se le pasó por la mente en ningún momento que hubiera otra razón. Robert y Jane casi no habían dormido durante el fin de semana, pero habían aprovechado bien el tiempo. Él sonrió cuando Sam se fue a su habitación.

En cuanto llegó, Sam llamó a Amelia a su residencia. Estaba sin aliento cuando respondió. Había ido corriendo desde su habitación a

contestar al teléfono que estaba en el pasillo de la residencia. Había hablado con Willie antes de que saliera su vuelo y pensaba que la llamaba de nuevo para decirle que se había retrasado. Se sorprendió cuando vio que era Sam y no Willie.

—Cuéntamelo todo —dijo Sam, y Amelia se rio. Era un sonido de felicidad, lleno de culpabilidad y placer. Seguía en una nube después del fin de semana. Sabía que estaba mal haberse acostado con él, que no estaban casados, pero se sentía de fábula. Él había puesto los medios para que no se quedara embarazada.

—Estoy en medio del pasillo de mi residencia —le recordó Amelia.

—Maldición —contestó Sam, frustrada—. ¿Ha sido estupendo?

—Mejor que eso. Me he sentido en el paraíso.

—¡Dios mío! ¡Lo habéis hecho! Amelia, estás loca.

—¡Yo no he dicho eso! —la corrigió Amelia—. Ha sido maravilloso, eso es todo.

—No tienes por qué decirlo. Hablas como si estuvieses borracha.

—No lo estoy. Solo soy feliz. —Bajó la voz para que todo el pasillo y las chicas que pasaban no la oyeran—. Es una persona increíble. Es tan fantástico como pensaba. —Había tenido la leve preocupación de que resultara distinto o decepcionante cuando volviera a verlo. Comunicarse por carta o telegrama no era lo mismo. Quentin llamaba a Sam todos los días, pero él podía permitírselo. Willie no. Pero había resultado aún mejor y más cariñoso de lo que recordaba o de lo que se había atrevido a esperar. Sam se alegraba por ella. A Amelia le encantaba hablarle de él porque lo conocía y sabía que era tangible.

—¿Cuándo va a volver? —le preguntó Sam.

—No volverá. Ha sido para él un gran esfuerzo venir esta vez. Voy a intentar ahorrar todo lo que pueda de mi asignación para ir en las vacaciones de Navidad. Quizá le pida a mi madre que me ayude como parte de mi regalo por las fiestas. Iría justo después del día de Navidad. —Quedaban más de tres meses y el corazón se le encogía al pensarlo, pero era cuanto podían hacer. Se le había ocurrido otra idea que quería estudiar y proponerle. Pero Amelia necesitaba el permiso de su madre para hacerlo y no quería preguntárselo todavía. Mientras la escuchaba, Sam fue consciente de lo afortunada que era ella, ya que podía hacer casi todo lo que quisiera y el dinero no era un obstáculo. Su padre era tremendamente generoso y no suponía ningún problema para ellos. Sabía por Amelia que su madre y ella debían tener cuidado, que habían estado justas de dinero durante los últimos seis meses. Quentin era discreto al respecto y las cuestiones económicas no eran tampoco un obstáculo para él, pero tenía un trabajo y no podía tomar un vuelo sin más cuando quisiera. Decía que no tenía vacaciones hasta noviembre, lo cual les parecía a los dos toda una eternidad. Así que Amelia y ella estaban en el mismo bando, con hombres a los que amaban muy lejos. A veces, Sam se preguntaba si al final eso acabaría con sus relaciones. Pero Quentin le decía que solo tenían que ser pacientes y actuar como adultos.

—¿Cuándo puedo verte para poder charlar? —le preguntó Sam.

—¿Cenamos el fin de semana? —le propuso Amelia.

—¿Por qué no te vienes a Greenwich el fin de semana? Vamos a ir la semana que viene.

—Me encantaría. Tengo que preguntarle a mi madre. La he dejado plantada toda la semana y los fines de semana los pasa sola. Me he

sentido un poco mal, porque le he dicho que estaba ocupada. No me ha dicho nada, pero probablemente ha pasado unos días bastante feos. A lo mejor tengo que quedarme con ella o, al menos, una parte del fin de semana. Te avisaré.

—Dile que se venga. Eso mantendrá ocupado a mi padre para que nosotras podamos hablar. Se llevan bien y puede que a ella le guste. A mi padre le cae bien y tú y yo tendremos bastante tiempo para charlar. —Parecía una manera muy eficaz de matar varios pájaros de un tiro, de modo que las dos chicas estarían juntas y cumplirían también con las obligaciones familiares—. Se lo preguntaré a mi padre —añadió Sam—. Y luego se lo preguntas tú a la tuya. Estoy segura de que él va a decir que sí. Espero que tu madre no te quiera para ella sola y te tengas que quedar en la ciudad.

—Le gusta estar con vosotros y le encanta la granja. —Colgaron un minuto después. Otras dos residentes estaban esperando para hablar por teléfono y Amelia se disculpó y volvió a su habitación, contenta con el plan.

Sam regresó al estudio de su padre unos minutos después. Robert seguía allí, guardando sus documentos en el maletín para llevarlos al despacho al día siguiente. Levantó la vista cuando vio que Sam entraba de nuevo en la habitación. Se tropezó un momento en la puerta y, a continuación, recuperó el equilibrio. Últimamente estaba mucho mejor y los tropiezos ocurrían con menos frecuencia.

Fue directa al grano.

—¿Pueden venir Amelia y su madre a Greenwich el próximo fin de semana? —preguntó sin rodeos, y él levantó los ojos con una sonrisa de colegial a la que Sam no prestó atención y ni siquiera vio.

—Claro, por supuesto. ¿De quién ha sido la idea? —Sentía curiosidad por lo que podría haberle dicho Jane a su hija.

—Mía. He invitado a Amelia a pasar el fin de semana y se siente mal por dejar sola a su madre. Me ha dicho que se queda sola los fines de semana y que esta semana no la ha visto, porque mi amiga ha estado bastante ocupada, así que entiende que debería verla la semana que viene.

A él lo divertía lo poco que sabían o se imaginaban sobre ellos.

—Me parece una idea estupenda —dijo él con tono alegre—. Aloja a su madre en la casa de invitados grande. Está un poco más apartada de la casa principal, pero le resultará más cómoda. Amelia puede quedarse contigo en tu habitación, como hizo antes. —Lo tenía todo pensado. Era perfecto. Las chicas habían entrado en su juego. Estaba deseando contárselo a Jane.

—Vale —convino Sam—. Vosotros dos podéis jugar a las cartas, charlar o lo que sea mientras Amelia y yo estamos juntas. A lo mejor podrías llevarte a su madre a montar.

—Algo se nos ocurrirá para no molestaros —bromeó él.

—Gracias, papá —contestó ella, y volvió a su habitación mientras él se sentaba a su mesa sonriendo después de que ella saliera. Llamó a Jane para contárselo y también se rio.

—Esas dos podrían dirigir el mundo. Me parece perfecto.

Él bajó la voz.

—Voy a alojarte en la casa de invitados, no en la casa principal, para poder estar contigo y volver a escondidas a la casa antes de que las chicas se levanten. De todos modos, duermen hasta tarde. —Y él era madrugador. Era una solución redonda.

Y Sam no le contó que Willie Brockhall acababa de venir a visitar a Amelia el fin de semana. No quería que su padre lo extrapolara a su situación con Quentin. Estaba inquieto por su romance telefónico con un hombre que estaba a cinco mil kilómetros de distancia. Sabía que su padre esperaba que Sam perdiera interés por él, pero estaba más enamorada de Quentin cada día que pasaba. Y su padre no necesitaba que ella le recordara la relación de Amelia y que las relaciones a distancia sí que funcionaban, a veces. Iba a decirle a Amelia que fuese también discreta respecto a la visita de Willie.

El fin de semana en Greenwich en la granja de los Walker resultó aún mejor de lo que Robert había esperado después de que Sam le hablara del plan. Jane se alojó en la casa de invitados más apartada de la casa principal. En cuanto las chicas se fueron por la noche al dormitorio de Sam, donde Amelia dormía con ella en su enorme cama, Robert se escabulló en silencio por la puerta de atrás y atravesó un campo a lo largo de un estrecho sendero para pasar la noche con Jane. Ella le preparó el desayuno y fueron a montar a caballo al amanecer. Él le dejó un caballo muy dócil y la llevó a los rincones más lejanos de la finca. Cada día estaban más unidos y las chicas pasaron muy poco tiempo con ellos, salvo en las comidas. Querían estar solas para hablar con libertad sobre los hombres de sus vidas sin que sus padres las pudieran oír.

El fin de semana se convirtió en un modelo que seguirían en el futuro y que satisfacía todas sus necesidades, la de Jane y Robert pasando tiempo con sus respectivas hijas y, además, estar juntos e incluso dormir en la misma casa de invitados los fines de semana. La

apartada casa de invitados se convirtió en su nido de amor de los fines de semana y sus hijas no sospecharon nada.

Jane y Robert hablaron de ello un día.

—Tenemos que decírselo. No quiero que crean que las hemos mentido durante meses cuando por fin se lo contemos —dijo Jane. Pero también les gustaba guardarse su romance para ellos. Hacía que fuera más íntimo y especial, aunque sabían también que estaban poniendo en peligro la confianza de sus hijas en el futuro. Todavía no tenían claro cuál era el momento adecuado para contárselo. A veces, Jane se preguntaba si ese momento llegaría.

15

Halloween era divertido en todos los campus. Amelia en Columbia, Sam en la NYU, a pesar de ser una estudiante no residente, Raphael en Harvard como estudiante de posgrado y Felicity en el MIT, se disfrazaron para asistir a fiestas y comieron caramelos del «truco o trato», salvo Felicity, que había perdido cuatro kilos más y estaba a otros tantos de su objetivo y se negaba a hacer nada que la hiciese engordar. Todos se divirtieron. Y Caroline les envió a todos una foto suya con el traje original de la bruja de *El mago de Oz*, con la cara verde y el sombrero de punta. Su madre lo había pedido prestado en el estudio y Caroline había ganado un premio en la USC por el mejor disfraz y el mejor maquillaje.

Decía que le estaba yendo bien y les contó a las chicas que no estaba saliendo con nadie ni quería. Estaba trabajando duro por superar el periodo de prueba de la universidad, dedicaba todos sus esfuerzos a eso y creía que probablemente estaría libre para Navidad. Dijo que esperaba poder ir a Nueva York durante las vacaciones de Navidad o en febrero y que quería verlas a todas entonces. Sam decía que le parecía que empleaba un tono muy serio, pero que había tenido muy mala experiencia con Adam. No conocían el resto de la historia, ya que Caroline había sido muy sutil en su correspondencia con todas ellas después del baile. Felicity era la que estaba más unida a ella tras haber estado juntas en el hotel

du Cap. Pero todas estaban deseando verla cuando fuera a Nueva York.

Raphael disfrutó de manera especial Halloween porque para él todo era nuevo, ya que en Francia esa celebración no existía. Se le había ocurrido un disfraz muy creativo de estudiante extranjero de Princeton. Se había puesto una camiseta de Princeton que había encontrado en un mercadillo, una chaqueta, una corbata y unos pantalones grises de franela que compró en una tienda de segunda mano, se puso fijador en el pelo para tener un aspecto especialmente pijo y llevó consigo un tigre de peluche de tamaño real, además de la cara pintada como la bandera francesa, con franjas azul, blanca y roja. Provocó las risas de todo el que lo veía, y los que no lo conocían pensaron que estaba fingiendo el acento francés, lo que lo hacía aún más divertido, pues era real. Felicity iba de Superwoman, con curvas en los sitios adecuados por primera vez en su vida. Estaba encantada con su nueva figura y la lucía con unos leotardos de su clase de ballet, a la que asistía ahora para hacer ejercicio en lugar de correr por la pista; le gustaba mucho más. Y Raphael también disfrutaba del nuevo aspecto de ella y estaba encantado de poder comerse todos los caramelos que le regalaban a Felicity y que se negaba a tocar.

Tuvo ciertos problemas para quitarse al día siguiente la pintura de la cara, especialmente el azul que había utilizado, que resultó ser resistente al agua y difícil de eliminar, la mitad de su rostro parecía magullado cuando fue a clase, y su profesor de física le preguntó si se había metido en una pelea y le habían dado un puñetazo en la cara por llevar un disfraz de Princeton, lo cual hizo las delicias de Raphael. En general estaba disfrutando de su experiencia en Estados

Unidos, y Felicity y él pasaban juntos el mayor tiempo posible, yendo en bicicleta entre sus dos campus, incluso cuando nevaba.

Al día siguiente de Halloween, Quentin llamó a Samantha. Ella le habló de la fiesta en la que había estado disfrazada de Minnie Mouse y él le explicó que el 1 de noviembre era el día de Todos los Santos, festivo en Francia, así que había tenido el día libre en el bufete donde trabajaba. Le dijo que había recibido una buena noticia, que tenía una semana de vacaciones dentro de tres semanas y que quería ir a verla. Ella se sintió entusiasmada al escuchar aquello y, a continuación, hizo un cálculo rápido. Acción de Gracias caía en la semana que él quería ir y no estaba segura de qué opinaría su padre. Era un día importante para ellos y, al no tener más familia salvo el uno al otro, normalmente pasaban ese día solos en la granja. Las vacaciones todavía resultaban difíciles para su padre, aun catorce años después de las muertes de su madre y su hermano.

—¿Podrías venir una semana antes o después? —preguntó ella, y con tono de decepción, él le dijo que no. Tenía que ser la semana que le habían asignado.

—Le preguntaré a mi padre esta noche —le prometió. Habría preferido un momento en el que pudieran amortiguar un poco su presencia e incluir a otros. El hecho de que Quentin viniera a verla durante una semana le dejaría claro a su padre lo seria que era su relación y a Sam le daba la sensación de que su padre no iba a estar muy contento con eso.

Esa noche en la cena sacó a colación con Robert el asunto, con tacto y cautela.

—He hablado hoy con Quentin —empezó diciendo con cuidado, y su padre sonrió.

—Eso no es nada inusual —contestó él, tolerante siempre que Quentin se encontrara a cinco mil kilómetros de distancia. Seguía esperando que perdieran el interés el uno por el otro, pero eso no había sucedido todavía.

—Está planeando venir a Estados Unidos —continuó ella mientras arrastraba por el plato con el tenedor los guisantes y el puré de patatas.

—¿Por trabajo? Le debe estar yendo bien en el bufete, si le van a enviar a un caso internacional —dijo él.

—La verdad es que viene de vacaciones —aclaró ella en voz baja, y su padre se quedó mirándola.

—¿Viene a verte? —le preguntó Robert mirándola a los ojos como si tuviera rayos láser de reconocimiento.

—Quizá… Sí, la verdad es que sí. —Esperó a que se desatara la tormenta, pero no fue así. Hubo un largo silencio en la mesa.

—¿Qué me estás pidiendo, Sam? —Estaba seguro de que había algo más y ella siempre se había mostrado abierta y sincera con él.

—La única fecha en la que puede venir es la semana de Acción de Gracias y me gustaría verlo. —Robert no respondió durante lo que a ella le pareció una eternidad, mientras sopesaba los pros y los contras de su decisión lo más deprisa que podía. Si se negaba a que Sam viera a Quentin, sabía que eso intensificaría su romance, y no tenía ninguna objeción real hacia él, aparte de que tuviera veintisiete años, era un hombre, no un muchacho, y vivía en París, a cinco mil

kilómetros de distancia, y Robert no quería perder a su hija. Pero impedírselo, o intentarlo, no haría más que empeorar las cosas. En un instante decidió dejar el resultado en manos del destino.

—¿Te gustaría que pasara con nosotros Acción de Gracias? —le preguntó, y ella asintió.

—Sí, papá. Me gustaría.

La expresión de amor en sus ojos por otro hombre junto con la confianza que le profesaba a él como padre le derritió el corazón y lo conmovió profundamente.

—Entonces dile que venga. Explícale que es una fiesta importante en Estados Unidos para las familias y para recibir a otros en nuestra mesa de Acción de Gracias. Es bienvenido a pasarlo con nosotros. —Quentin ya le había dicho que se iba a alojar en un hotel, así que no se trataba de pedir que se quedara en la casa, lo cual habría sido también incómodo para Quentin. Sam sintió una oleada de gratitud hacia su padre por su respuesta, saltó de su silla y fue a darle un abrazo.

—Gracias, papá. Significa muchísimo para mí y también para él.

Eso era precisamente lo que Robert temía, tal y como se lo expresó a Jane esa misma noche, cuando fue a su apartamento a tomar una copa de vino y hacerle el amor.

—Va en serio con él —le dijo a Jane, tumbados en la cama.

—Yo creo que sí —convino esta. Llevaban ya casi cuatro meses de relación, desde el baile—. Amelia también va en serio con Willie, pero, por suerte, ninguno de los dos puede permitirse casarse. Es muy distinto en el caso de Quentin y Sam. —Ahora estaba de acuerdo con Robert en que sí existía un serio peligro. Robert había

sabido que la familia de Quentin era muy rica y que tenía un buen trabajo en el bufete donde lo habían contratado.

—Espero que no venga con nada serio en mente y que solo se trate de una visita. A lo mejor el tema se enfría cuando se vean. —Pero no creía que fuera así, y ahora Jane tampoco. A ella también le parecía que iban en serio—. Querrán hacer cosas en la ciudad durante su visita, así que supongo que este año no celebraremos Acción de Gracias en la granja. ¿Queréis pasar Acción de Gracias con nosotros, Amelia y tú? Tenía intención de preguntártelo de todos modos. —Se giró para ponerse de lado en su siempre acogedora cama y la besó. No había otro lugar en el mundo donde prefiriera estar ahora. Su aventura había empezado hacía ya dos meses.

—Nos encantaría —respondió Jane—. ¿No parecerá una intrusión?

—Al contrario. Suavizará el hecho de que Quentin esté aquí, y Amelia también lo conoce. Podría hacer que todo resultara más fácil y relajado. Tú sabes hacer que todo parezca normal y menos dramático.

—Nos gustaría mucho ir —contestó también por Amelia, pues sabía que estaría encantada con la invitación, porque mejoraba el hecho de cenar a solas con su madre, cosa no muy divertida en comparación.

Al día siguiente, Robert le dijo a Sam que había invitado a las Alexander y ella se mostró tan encantada como él, tal y como esperaba.

Quedaban más de tres semanas para Acción de Gracias y Quentin y Sam contaban los días para volverse a ver. Eso hacía que ese festivo tuviese este año un mayor significado para Sam, y Robert lo

afrontaba con inquietud y un escalofrío que le recorría la espalda cada vez que pensaba en ello.

Felicity tomó la decisión la semana de antes de Acción de Gracias. Llevaba más de un mes dándole vueltas. Era un paso importante que nunca se habría atrevido a dar, pero sabía que debía hacerlo por el bien de su salud mental y su crecimiento personal. Raphael tenía algo que ver con este cambio, aunque no era solo por él. Si bien el hecho de que estuviesen juntos lo haría más fácil. La peor parte sería contárselo a ellos, pero tenía que hacerlo. Raphael y ella eran ahora pareja. Los dos habían sido vírgenes hasta entonces y ella sabía que en los últimos meses había crecido, desde que decidió que no le importaba ya lo que su hermana hiciera o dijera. Había empezado a perder peso después de eso. Se había tomado en serio no dejar que entrara más veneno en su cuerpo, ni por la boca ni por los oídos. Araminta era demasiado tóxica como para tenerla cerca.

Llamó a su madre una semana antes de Acción de Gracias y le dijo que no iría a casa. No dijo que la decisión era para toda la vida, pero en su mente era así. Quizá con el tiempo sus padres acabarían aceptándolo. Su madre se quedó impactada cuando se lo dijo y después lloró, cosa que hizo que Felicity se sintiera fatal. Pero se trataba de ellos o de ella, y había decidido hacer lo que fuese mejor para sí misma por primera vez en su vida. Siempre había hecho lo que sus padres querían que hiciera y jamás en diecinueve años la habían protegido de su hermana.

—No puedo ir a casa, mamá —dijo—. No puedo sentarme ahí a escucharla y consentir que me insulte, que sea grosera conmigo y

que me degrade. Tú no puedes detenerla. Ahora me doy cuenta. Es demasiado mayor para castigarla. Lo mejor para mí es quedarme aquí. Estaré bien, mamá. Y tú también. No tendrás que estar todo el día preocupada por lo que ella vaya a hacer o decir o si nos arruinará a todos la cena de Acción de Gracias atacándome.

—Es terrible —contestó Charlene, todavía llorando—. ¿Qué vas a hacer en Acción de Gracias? Deberías estar en casa con tu familia.

Felicity no quería decirle que en realidad no tenía familia, que el comportamiento negligente tanto de ella como de su padre no era lo que deseaba para pasar las vacaciones.

—Organizan una gran cena de Acción de Gracias para todos los estudiantes que se quedan aquí, todos los extranjeros y muchos estadounidenses que no pueden permitirse volver a casa.

—Puedo enviar el avión a por ti —dijo Charlene sin entender nada, como era habitual.

—No quiero el avión, mamá, y no quiero ir a casa. No es culpa tuya ni de papá, ni tenéis nada que ver. —Pero sí tenían que ver, por lo poco que la habían comprendido y por no haberla defendido ni protegido lo suficiente. Y ahora quería estar en Boston con Raphael y no con ellos. Sentaba bien librarse del dolor que sabía que tendría que soportar si iba a casa. Y eso que ya por fin no tenía sobrepeso. Solo le quedaban por perder dos kilos y medio. Al final, el problema no había sido su peso. Siempre había sido el gran odio que su hermana sentía por ella, cosa que sus padres habían decidido ignorar y que pensaban que se solucionaría solo. No había sido así. Y ahora, Felicity necesitaba hacer lo que era bueno para sí misma. Estar con ellos no lo era.

—Hablamos pronto, mamá —dijo, y colgó todo lo deprisa que pudo antes de que aquello terminara con una larga conversación sobre los problemas que había en su familia y cómo cambiarlos. No iban a cambiar, ahora lo entendía.

—¿Se lo has dicho? —le preguntó Raphael cuando ella fue a verlo esa noche.

—Sí —contestó con una sonrisa. Se sentía más ligera que el aire. Y estaba feliz en su compañía. La pesada carga que había soportado tantos años, los celos y la crueldad de su hermana, ya no le pesaban y se había desecho de ello como de su exceso de peso—. Te quiero —dijo rodeándole el cuello con los brazos. Hicieron el amor en la habitación de Raphael, porque las normas en Harvard para los estudiantes de posgrado eran distintas y su habitación era el nido de amor de los dos. Ahora era un hogar para ella y él era su familia, el único que quería tener cerca en ese momento. Y lo mejor de todo era que sabía que podía cuidar de sí misma.

Quentin llegó a Nueva York el sábado anterior a Acción de Gracias y se registró en el hotel Mark. Era un hotel pequeño, moderno y elegante donde se alojaban muchos europeos, cerca de la casa de los Walker. Ya se había alojado antes allí y le gustaba. Estaba nervioso y emocionado por ver a Samantha y había pasado todo el vuelo despierto, pensando en lo que le iba a decir y en cómo sería volver a verla. Nunca se había enamorado de verdad y hacía que todo lo que pasaba entre ellos pareciera más importante. Quería hacerlo bien y sabía que el padre de ella estaba preocupado. Quentin deseaba que Robert conociera a sus padres para que viera

que tenía una familia sólida. Estaba seguro de que sus padres se llevarían bien. Ambos eran poderosos empresarios, acostumbrados a salirse con la suya. Se alegraba de que tanto su padre como su madre hubiesen conocido a Sam y la aprobaran. Pensaban que él era joven para ir tan en serio y que ella lo era aún más, pero confiaban en el criterio de su hijo y respetaban lo mucho que la amaba. Ellos mismos se habían enfrentado a la desaprobación de sus propios padres y no iban a hacer lo mismo con él. Eso provocaría un daño que después no podría repararse. Sam les gustaba de verdad y la veían madura para su edad.

Quentin la llamó desde su habitación del hotel y fue emocionante saber que solo estaba a unas manzanas de distancia y no con un océano que los separara.

—¿Cuándo puedo verte? —le preguntó sin aliento ante la expectativa y la emoción.

Ella estaba igual de emocionada.

—Ahora, si quieres. ¿Prefieres venir o que nos veamos en tu hotel? ¿Tienes hambre? Tienen un buen restaurante en el Mark. —Ella comía allí a veces o iba a cenar con su padre cuando su cocinera tenía el día libre—. O podemos ir a dar un paseo y después volver aquí y comer algo. Mi padre está en Connecticut este fin de semana. Vuelve mañana por la noche.

—Quiero saludarlo, claro.

—Se imaginó que íbamos a estar ocupados. ¿Por qué no voy yo a por ti y damos un paseo? A menos que quieras comer antes.

—Me parece estupendo. Te veo abajo dentro de veinte minutos. Solo tengo que ducharme y cambiarme. Y, Sam, estoy deseando verte.

—Yo también. —Su manejo del idioma era perfecto y se sintió aliviado al oír que su padre no se encontraba en la ciudad y que disponía de una prórroga de un día antes de tener que verlo. Se sentía encantado de estar a solas con ella durante los siguientes dos días y acostumbrarse el uno al otro de nuevo. Hablar por teléfono era distinto a poder rodearla con los brazos.

Robert estaba en Greenwich con Jane, y Amelia, estudiando en la biblioteca de Barnard. Las chicas seguían sin saber nada de su relación. Robert estaba tan nervioso por ver a Quentin como Quentin por verlo a él. Jane trataba de calmarlo y pensaba que el fin de semana en la granja le sentaría bien. La cocinera estaba fuera y Jane se alojaba en la casa principal con él. Era agradable estar allí solos sin las chicas, cosa poco habitual.

Cuando Quentin llegó al vestíbulo, Sam no había aparecido aún. Llevaba una chaqueta, pantalones y un buen abrigo. Quería tener un aspecto respetable para ella. Salió al frío aire de noviembre, miró hacia el parque y la vio caminando hacia él con paso firme y seguro, apenas con una leve cojera. Ella iba vestida con un peludo abrigo de angora azul claro y un gorro blanco de punto de cachemir y sonrió al verlo, y él se dirigió con paso rápido hacia ella. Quentin llegó hasta ella, la atrajo hacia sí y la abrazó con fuerza. A continuación la besó. Con su beso expresó todo lo que su enorme emoción le impedía decir. No podía dejar de sonreír y besarla, y después caminaron despacio hacia el parque. Era un día frío y soleado y el parque estaba precioso. Las últimas hojas rojas se estaban cayendo de los árboles y la ciudad se hallaba llena de energía; una energía

contagiosa. Sam lo agarró del brazo y pasearon por el parque; luego dieron la vuelta y volvieron hacia la casa. Ella había visto lo bonita que era la casa de Quentin, así que no le daba vergüenza que viera la suya, por muy imponente que fuera. Lo condujo a la biblioteca, donde la chimenea estaba encendida. Se quitaron los abrigos y él la atrapó de nuevo entre sus brazos.

—¿Tienes idea de lo mucho que te quiero? —le susurró—. Eres el amor de mi vida.

Eran almas gemelas. Los dos lo sentían y ella se notaba en paz y llena de alegría estando con él. Era una sensación ligera, como si flotara. Se sentía como un cuadro de Chagall viviente, con una pareja feliz volando por el cielo entre la luna y las estrellas y, a menudo, la mujer era una novia. Y entonces se dio cuenta de que se sentía como una novia que fuera a casarse con él. Se sentía ya casada con él a pesar de que apenas lo había visto. Pero sabía que ya le pertenecía.

Pasaron un largo rato sentados junto al fuego, charlando y bebiendo té. Después prepararon la cena con lo que encontraron en la nevera, puesto que la cocinera y buena parte de los asistentes tenían el día libre al estar su padre fuera el fin de semana. Quentin vivía también en una casa grande, aunque la de ella lo era más, y más abrumadora, pero él parecía completamente a gusto y era agradable poder estar solos por fin y verlo en persona tras pasar cuatro meses separados.

Se acurrucaron de nuevo en el sofá de la biblioteca después de cenar y, a continuación, Quentin confesó que estaba cansado y la dejó para recorrer a pie las pocas manzanas de vuelta al hotel. Iba sumido en sus pensamientos, pensando en ella.

No trató de aprovecharse del hecho de que el padre de Sam estuviese fuera ni le pidió dormir con ella ni ver su dormitorio. La estaba reservando para algo mucho más importante y no quería estropearlo. Quería portarse bien en todos los aspectos.

Le fue muy difícil separarse de ella cuando se fue. Sam cerró despacio la puerta después de que saliera y subió las escaleras con una sonrisa en el rostro y los besos de él aún en sus labios.

Quentin y Sam recorrieron Nueva York haciendo todas las cosas que él deseaba. Fueron de compras, a museos, a galerías y se desplazaron a pie por toda la ciudad. Ella pasaba con él todo el tiempo que podía. No tenía clases esa semana, así que estaba libre. El lunes por la noche, Quentin cenó con ella y con su padre en la casa. Fue mejor que lo que Sam se había atrevido a esperar, con Quentin serio y respetuoso. Rindió tributo al profundo amor que sabía que Robert sentía por su hija y lo invitó a almorzar al día siguiente. Robert también se quedó impresionado con eso. Le había propuesto ir al Club 21, sitio que a Robert gustaba. Ella se quedó asombrada cuando Quentin lo invitó y después le dijo a Sam que era lo propio, pues Robert lo había invitado a su vez a él a disfrutar con ellos de una festividad tan señalada. Era la única forma que tenía de corresponderle y mostrarle su gratitud.

Cuando Sam vio a Quentin esa misma tarde después del almuerzo de él con su padre, le preguntó de qué habían hablado y él le contó que sobre todo de negocios, política y capital de riesgo.

—Cosas de hombres —le dijo, y ella hizo una mueca de desagrado.

—No seas tan adulto.

Pero al ir conociéndolo más estuvo segura de que lo era. Quentin era un hombre, no un chico, y se comportaba como tal. Más tarde, Robert le dijo que Quentin era un joven muy agradable. Ella sintió como si se hubieran confabulado contra ella y se molestó.

—No me trates como a una niña —se quejó a Quentin. Pero no era verdad. La trataba como a una mujer a la que amaba. Pudo notar que él era una persona con quien podía contar, como su padre.

No había sabido qué esperar de Quentin nada más llegar. Sabía que Amelia se había acostado con Willie cuando la visitó. Pero Quentin era un tipo diferente de hombre y, en ciertos aspectos, seguía siendo un muchacho. Amelia esperaba ver a Willie después de Navidad, pero todavía no había reunido el dinero suficiente para el billete, así que seguía en el aire. Pero Sam y Quentin habían hablado de acostarse juntos y él no quería que hicieran algo de lo que después se arrepintieran. Pretendía hacer las cosas bien, y pasaban horas besándose, pero sin acostarse. Sam no estaba segura de qué habría hecho si él hubiese insistido, pero se sentía aún más cómoda sabiendo que no lo iba a hacer, aunque a veces les costara resistirse.

La comida de Acción de Gracias que compartieron con Jane y Amelia fue preciosa y perfecta en todos los aspectos. Quentin era un perfecto caballero y contó algunas anécdotas divertidas una vez que se sintió cómodo dentro del grupo. Robert dio las gracias al comienzo de la comida y hablaron de todas las cosas por las que se

sentían agradecidos. La comida fue espléndida, completamente al estilo americano. El pavo estaba perfecto, el relleno excepcional, y había de tres tipos distintos. Había también gelatina de arándanos, crema de espinacas y judías verdes, puré de patatas con salsa de carne y bollos ligeros, que a Sam siempre le encantaban. Y tras la comida, Robert y Jane se sentaron junto a la chimenea a charlar y los jóvenes estuvieron jugando a las cartas, riéndose a carcajadas y acusándose entre sí de hacer trampas. Fue un maravilloso y cálido día en familia y todo lo que la fiesta de Acción de Gracias tenía que ser.

Cuando llegó Quentin, Sam le mostró su colgante del ángel, y le dijo que lo llevaba puesto siempre. Finalmente, Jane y Amelia se fueron a casa y Quentin se marchó con ellas. Regresaría por la mañana para llevar a Sam a ver el árbol del Rockefeller Center. Ya estaba decorado, pero no se iba a iluminar hasta una semana después, así que Quentin se lo iba a perder, pero Sam quería que viera el árbol de todos modos.

—Gracias por el precioso día de Acción de Gracias, papá —le dijo Sam a su padre cuando subían las escaleras en dirección a sus habitaciones.

Su padre guardó silencio, la rodeó con un brazo y la besó, y hubo algo agridulce en el gesto. Sam tenía la sensación de que él echaba de menos a su madre, pero no se lo preguntó. Y, al menos, Jane era una buena compañía para él como amiga.

—Y gracias por dejar que viniera Quentin, Amelia y su madre.

Él asintió y se fue a su habitación con una leve sonrisa.

Estaba lista cuando Quentin la recogió a las once de la mañana siguiente. Él volaba de vuelta a París el domingo, así que les quedaban aún dos días juntos y sin planes de volver a verse. Pero ella se sentía agradecida por el tiempo que tenían ahora.

El árbol del Rockefeller Center era majestuoso y tenía una decoración preciosa, y la pista de patinaje que había debajo estaba abarrotada. Siempre que veía a la gente, Sam añoraba patinar. Le encantaba de pequeña y solía ir a patinar con su madre. Pero era mejor no centrarse en esos recuerdos. No quería ponerse triste. Estar con Quentin la hacía feliz y quería que siguiera siendo así.

—¿Quieres encender una vela en la iglesia? —le preguntó él en la puerta de San Patricio. A ella no se le había ocurrido, pero le gustó la idea. Siempre iba a la misa del gallo con su padre en Nochebuena y encendían velas.

Entraron juntos en la enorme catedral y se detuvieron ante un panel de velas. Quentin metió dinero por los dos. Sam encendió velas por su madre y su hermano, por su padre y por Quentin, se giró y vio que Quentin la miraba con ternura.

—¿Te quieres casar conmigo, Samantha? —preguntó en voz baja, y ella se quedó mirándolo. Al principio pensó que debía haberle oído mal.

—¿Lo dices en serio? —respondió ella entre susurros mientras las velas iluminaban sus rostros, y ella estaba preciosa con su pelo tiziano, como oro bruñido.

—Sí —contestó Quentin con una sonrisa.

—¿No tienes que preguntárselo antes a mi padre?

—Se lo pregunté en el almuerzo y me dijo que sí. Te quiero, Sam. ¿Quieres ser mi esposa? —Ella abrió la boca y la cerró, demasiado

abrumada por un momento como para hablar. A continuación asintió y lanzó sus brazos hacia él, y Quentin la besó y la abrazó con fuerza —. Prometo quererte, protegerte y darte seguridad mientras viva — añadió y vio lágrimas deslizándose por las mejillas de ella cuando le respondió.

—Sí, sí. Te quiero y yo también te protegeré.

No se lo había esperado y él sacó una cajita de terciopelo rojo oscuro del bolsillo. La caja parecía muy vieja y cuando él la abrió, Sam vio una sortija antigua con un gran diamante en el centro. Lo miró a los ojos, sorprendida.

—Era de mi abuela, la que me regaló el colgante del ángel que llevas puesto. A ella le habría gustado que tuvieras esto también.

La madre de Quentin se lo había dado antes de salir de París cuando él le contó lo que tenía pensado hacer en Nueva York. Tenía la bendición de sus padres y también la del padre de ella. Deslizó el anillo por el dedo de Sam y le quedaba perfecto. Su abuela había tenido unas manos pequeñas y delicadas como las de Sam. Ella contempló fascinada el anillo y él la volvió a besar.

—Dios mío —dijo ella mirándolo—. ¡Me he prometido! ¿Cuándo nos vamos a casar? —Ni siquiera había reflexionado acerca de lo que eso significaba. Y se dio cuenta entonces de por qué él no quería acostarse con ella. Quería hacerlo todo bien y esperar a que estuvieran casados.

—Había pensado que el verano que viene, un año después del baile donde nos conocimos. —Quedaban ocho meses, pero es lo que se tardaría en planear la boda—. Tu padre dijo que era decisión tuya, si querías casarte en Connecticut o en Nueva York. Todavía

habrá que pensar en muchos detalles. —Y cuando él dijo eso, los ojos de Sam se llenaron de lágrimas y él la abrazó.

—Echo de menos a mi madre —susurró ella—. Acabo de darme cuenta de que no tengo una madre que me ayude a planear la boda, a comprar un vestido ni a vestirme.

Él la abrazó un largo rato, en medio de la paz de la iglesia, pensando en el futuro y en el pasado, y después salieron de San Patricio a la luz del sol con su brazo alrededor de ella, sujetándola mientras bajaban los escalones de la catedral, comprometidos.

16

La Navidad fue tremendamente frenética, más de lo habitual. En cuanto Sam y Quentin se prometieron, Robert envió una nota anunciándolo a *The New York Times*. El objetivo pasó a estar de inmediato en el verano siguiente, pues había muchas cosas de las que hablar y que decidir. Escogieron la fecha. Se casarían el 11 de julio. El baile de Versalles había sido el 12 de julio. Fue Quentin quien lo propuso y parecía un día idóneo. Sam quería casarse en su casa de Nueva York. Sus padres habían celebrado fiestas en su casa para doscientas personas, con cenas y baile, pero Quentin y ella no querían tantos invitados. Sin su madre presente, Sam prefería una boda más pequeña y estaban tratando de mantener el número en cien. Los dos tenían familias pequeñas y querían que fuera íntima. Y Jane tuvo la delicadeza de ofrecerse a ayudar a Sam con los detalles de la boda como, en otras circunstancias, habría hecho su madre. Sam se sintió agradecida y aceptó el ofrecimiento. No tenía parientes mujeres que la aconsejaran.

Amelia se quedó sorprendida con la noticia del compromiso cuando Sam se lo contó. Sam llamó a Felicity y a Caroline y se alegraron mucho por ella. Era la primera de su pequeño grupo de debutantes que se había prometido. Felicity y Raphael tenían por delante varios años de estudios antes de que pudieran pensar en el matrimonio, quizá se decidieran al cumplir los veintimuchos o los

treinta y pocos. No les importaba esperar. Caroline seguía reticente después de Adam y todavía no había empezado a salir con otros chicos. Su ex había roto con Fay Mallon de una forma muy pública y llamó a Caroline, pero ella no quería verlo de nuevo y no le devolvió las llamadas. Sabía que volvería a salir con alguien y que algún día conocería al hombre adecuado, pero todavía no. No estaba preparada y se estaba concentrando en los estudios. Acababa de terminar su periodo de prueba en la USC.

—Tendré cien años antes de que Willie y yo podamos prometernos —le dijo Amelia a Sam con tristeza—. Seremos demasiado pobres para casarnos, a menos que él encuentre un trabajo mejor y yo consiga tener éxito como abogada. Y para eso quedan años. Diez años, si hay suerte.

Amelia empezaba a entender ahora lo que su madre había querido decir cuando afirmó que hubiera preferido que se enamorara de un hombre con recursos. Pero no había sido así. Se había enamorado de Willie y tenían que sacarle el mayor provecho y ser imaginativos. Incluso verse suponía un desafío. Ella había conseguido juntar casi el dinero suficiente para pagarse el billete a Londres y su madre le había dado el resto. Cogería el avión al día siguiente de Navidad. Estaba deseando verlo. No lo veía desde el día del Trabajo. Iba a pasar una semana con él y Willie estaba planeando venir a Nueva York en verano. Tardó en convencer a su madre, pero Jane había aceptado que Amelia solicitara pasar su penúltimo año de carrera en el extranjero, y hacerlo en Londres, lo que significaba que ella y Willie estarían juntos todo un año académico, si es que la admitían en los programas disponibles en Londres, cuya convalidación aceptaban en Columbia. Era su única posibilidad de estar juntos y

aún quedaban nueve meses. Eso hacía que su semana de reencuentro tras la Navidad tuviera aún más valor. Amelia no sabría hasta febrero si aceptarían que pasara su penúltimo curso en Londres. Su vida juntos era un tiempo de espera entre sus visitas, con cinco años más de estudio por delante.

Robert y Sam iban a ir a París el día siguiente de Navidad. Robert quería conocer a los padres de Quentin. Tenía planeado quedarse solo unos días y pensaba estar de vuelta en Nueva York para pasar la noche de fin de año con Jane. Se quedarían en la granja para celebrarlo de manera discreta. Sam se iba a quedar en París diez días con Quentin y sus padres para continuar dando forma a sus planes. Sam le había prometido a su padre que se graduaría en la universidad y que viviría con Quentin en París durante los dos últimos años de universidad. Estudiaría en la Sorbona los dos últimos cursos, por lo que tenía que presentar la solicitud en esta visita. Y Quentin quería buscar un apartamento con ella. Tenían mucho que hacer.

—Tu madre pasó dos años de estudios universitarios en París —le recordó Robert a Sam, lo que hizo que pareciera más familiar, y ella tenía la sensación de que a su madre le habría gustado que las cosas también discurriesen así para ella. Todo iba encajando, y Jane y ella iban a ir a ver vestidos de novia a su regreso de París. Sam le había pedido a Amelia que fuera su madrina, y a Felicity y a Caroline que fueran sus damas de honor. Se sentía más unida ahora a ellas que a sus antiguas amigas del instituto. Y no había intimado mucho con sus compañeras de clase de la Universidad de Nueva York al no vivir en las residencias ni formar parte de la vida social del campus, puesto que dormía en casa todas las noches. Y ahora iba a vivir con

su marido en París. Por su parte, Quentin seguiría buscando un apartamento para los dos en primavera si no encontraban el idóneo cuando ella estuviese en París. Y probablemente tendría que volver de nuevo para adecuar el apartamento y ultimar lo del cambio de universidad. El apartamento de soltero de Quentin era demasiado pequeño. Había muchas cuestiones pendientes y había que mantener un contacto diario con París para coordinar los siguientes pasos.

Sam pasó la Nochebuena con su padre, igual que siempre, y Jane y Amelia fueron a verlos el día de Navidad. Jane estaba muy elegante últimamente, ahora que trabajaba para una revista. Su trabajo era tan emocionante como se había esperado y como Pascale le había prometido. Era un ambiente excitante, estimulante: creativo. Le encantaba trabajar con Pascale. Era una maravillosa maestra, mentora, compañera de trabajo y amiga.

Cuando fueron de visita el día de Navidad, Amelia estaba emocionada con su viaje a Londres para ver a Willie. Salía al día siguiente. Había perdido peso de tantas comidas que se había saltado para ahorrar dinero para pagar el billete a Inglaterra.

Willie iba a llevarla a Brockhall Manor para que por fin pudiera verlo y conocer a sus padres y a su hermano. Le había pedido que llevara «lanas» y ropa de abrigo porque no había calefacción en la casa Dower, solo el calor que proporcionaban las chimeneas. Había reservado una pequeña habitación para ella en un hotel londinense que ya conocía, donde podría recibir mensajes de su madre si era necesario, pero en realidad se iba a alojar en su piso con él. Sam la envidiaba por ello, puesto que sabía que su visita a los padres de Quentin sería respetuosa y sometida a vigilancia, y que no tendría la

libertad de Amelia ni las mismas experiencias. Pero ella se iba a casar y Amelia no. Cada una tenía unos objetivos en la vida y los perseguirían de la mejor forma posible.

Cuando Amelia aterrizó en el aeropuerto de Heathrow, Willie la estaba esperando y la abrazó con tanta fuerza que no podía respirar.

—Dios mío, creía que nunca llegarías. Han pasado casi cuatro meses. —Pero ya estaba ahí y ahora iban a disfrutar de cada momento al máximo. Fueron rápidamente desde el aeropuerto a su casa. Su piso de Notting Hill era pequeño y encantador, con libros amontonados por todas partes y un desorden simpático, y cinco minutos después de su llegada, ya estaban en la cama recuperando el tiempo perdido. Lo único que Amelia podía hacer ahora era rezar por ser aceptada para cursar su penúltimo año en Londres. Así pasarían juntos nueve meses enteros. Lo único que quería ahora era estar en Londres con él. Lo estaban deseando los dos.

Cuando Sam y su padre llegaron a París el mismo día que Amelia llegó a Londres, se alojaron de nuevo en el George V. Los Dupont los invitaron a cenar esa noche y Quentin llevó antes a Sam a su apartamento a tomar una copa de champán y casi terminaron en la cama haciendo el amor, pero él reaccionó antes de que ocurriera nada dramático y se obligó a parar. Los siguientes nueve meses hasta su boda iban a ser los más largos de su vida, pero sabía que respetarla era lo que tenía que hacer, quisiera ella o no y, en algunas ocasiones, no quería. Él ya estaba descubriendo que ella era más

pasional de lo que su apariencia relajada, tímida y discreta sugería. Era la promesa de muchos placeres y sorpresas en su luna de miel y muchas duchas frías hasta entonces.

La cena con el padre de Sam y los padres de Quentin fue bien, aún mejor de lo que esperaba la pareja de prometidos. Los dos padres compartían muchos intereses, sobre todo, relacionados con los negocios, y la madre de Quentin estuvo encantadora con Sam. La trataba como si fuera su hija. Le garantizaron a Robert que la cuidarían mucho. Él confesó que pensaba venir a verla a menudo y ellos le dijeron que siempre sería bienvenido. Todo transcurrió mejor de lo previsto. Y él se fue dos días después para reunirse con Jane en Nueva York. Fueron directos a la granja de Connecticut al día siguiente de su regreso y él le confesó lo mucho que lo entristecía que Sam se fuese a vivir a París, por muy agradables que fueran Quentin y su familia. Estaba feliz por Sam, pero sentía tanto perderla. La casa y su vida estarían vacías sin ella.

—A mí me va a pasar lo mismo con mi hija —contestó Jane—. A menos que algo cambie. En cuanto puedan permitírselo, ella se casará con Willie y se irá a vivir a Londres. Si siguen juntos, Amelia querrá mudarse a Londres cuando se gradúe. Y el año que viene va a pasar allí el penúltimo curso. Casi se ha ido ya. Literalmente ha estado muriéndose de hambre durante los últimos cuatro meses para poder pagar un billete para ir a verlo. Al final le di algo de dinero para el viaje antes de que desapareciera por completo.

Ir a la granja de Greenwich con Jane era como estar en casa. Ella se comportaba ya con Robert con toda familiaridad y aportaba paz y alegría a su vida. Tras cuatro meses juntos, les resultaba más natural estar juntos que separados. La casa de él parecía vacía y

solitaria cada vez que Jane se marchaba a su propio apartamento cuando Sam estaba en casa. Robert seguía pensando en su difunta esposa, pero por fin sentía paz al recordarla, como si ella estuviera en un lugar tranquilo y le deseara lo mejor. Había pasado mucho tiempo y se sentía libre para construirse una vida con Jane. Una vida de la que sus hijas seguían estando completamente ajenas. Robert todavía ocultaba con celo su secreto. No quería que nada entorpeciera su vida con Jane y tenía miedo de que una de sus hijas pudiera poner alguna objeción. Pero Sam estaba centrada en su boda y Amelia en ir a Inglaterra cuando pudiera para ver a Willie, y Jane no creía que ninguna de las dos fuera a suponer un problema para ellos. Robert quería esperar a contarlo después de la boda de Sam. Y luego Sam estaría en París y supuestamente Amelia en Inglaterra durante un año y no podrían meterse en sus vidas. Iba a suponer una larga espera hasta que se lo contaran. Jane dejó la decisión en manos de Robert.

Recibieron el año nuevo con champán en la granja y se fueron a la cama justo después de la medianoche. El placer que sentían era mayor cada día, al igual que el amor que se tenían se volvía más profundo. Y él nunca lo decía, pero, en algunos aspectos, Jane se amoldaba a él mejor de lo que lo había hecho Diana. Tenían más intereses en común y ella era maravillosa con Samantha. Y Jane se sentía satisfecha y disfrutaba de su trabajo.

Los meses entre enero y julio pasaron volando. En enero, en cuanto Sam regresó de París, encontró con la ayuda de Jane el vestido de novia perfecto para ella. Lo mantuvieron en absoluto secreto y lo

guardaron en una de las habitaciones de invitados de la casa de Robert. Era el vestido más hermoso que Sam había visto nunca.

En febrero, Amelia fue aceptada para pasar su penúltimo curso en Londres convalidado con Barnard, lo cual supuso un enorme alivio para Willie y para ella. Pasarían juntos nueve meses hasta que ella regresara a Nueva York para su último año de carrera. Y entonces estarían de nuevo separados.

En marzo, Quentin encontró un apartamento en el distrito siete con vistas al Sena y en abril Sam fue a verlo y le encantó. Tenían que tomar juntos muchas decisiones respecto a la decoración y les llevó varias semanas organizarse y tomar las primeras decisiones concernientes a su casa.

Para abril, todos los preparativos de la boda estaban ya hechos; todo estaba decidido, pedido y en orden. En mayo enviaron las invitaciones. Ya era oficial, real. Sam había elegido los vestidos de las damas de honor en Saks, de un rosa muy pálido que quedaba precioso en las tres chicas y todas llevarían ramos de rosas del mismo color. Caroline preguntó si podría llevar a un acompañante a la boda. Estaba saliendo con un médico de Los Ángeles, un joven cirujano plástico, y parecía muy contenta. Era quince años mayor, pero a los padres de ella les gustó y no pusieron ninguna objeción.

Jane estaba repasando las listas de menús con la empresa de catering con absoluta precisión un fin de semana en Connecticut cuando recibió una llamada de Pascale, su jefa de *Chic*. Eran las diez de la noche.

—He tomado una decisión —dijo Pascale con determinación.

Jane esperó a lo que fuera a decir. Para entonces, ya había aprendido que Pascale era un poco impulsiva, pero una vez que

tomaba una decisión, jamás cambiaba de opinión. Y tenía sus inspiraciones más creativas a última hora de la noche o los fines de semana. Llamaba con frecuencia a Jane a medianoche y, en una ocasión, a las dos de la mañana para decirle que quería cambiar la apariencia de las páginas de belleza.

—¿Qué decisión? —preguntó Jane con una sonrisa. Le encantaba trabajar con Pascale y había aprendido mucho de ella en poco tiempo.

—Me jubilo. Quiero hacerlo cuando todavía pueda viajar y divertirme con mi marido. Nunca había pensado en jubilarme y ahora me doy cuenta de que me estoy privando de pasar tiempo con él. Trabajar tanto es necesario y bueno a tu edad, no a la mía. —Parecía muy decidida. Jane no estaba segura de si debía tomárselo en serio o no.

—Pascale, no te puedes jubilar —replicó Jane con firmeza—. La revista no será la misma sin ti. No hay nadie como tú. Tómate unas vacaciones, un año sabático, pero no te jubiles.

—Ya lo he decidido y he elegido a quien me va a suceder —dijo Pascale con su acento sutil pero todavía presente. Jane no podía imaginarse quién era. Ya había pasado por una experiencia idéntica con un nuevo director ejecutivo que le costó su trabajo—. Quiero irme a finales de año. Tú vas a ocupar mi puesto de directora editorial. Quiero que tomemos juntas las decisiones a partir de septiembre. Prepárate. Tu hija no va a estar aquí en otoño, así que no tendrás excusa para no aceptar el puesto. No cabe ninguna discusión —dijo y colgó, y Jane miró a Robert, consternada. Él había escuchado su lado de la conversación y lo único que entendió era que Pascale se iba.

—¿Se jubila? A lo mejor hace bien. ¿Ha dicho quién se queda en su puesto? —Jane parecía descontenta. Ya no quería ser directora. Le gustaba su trabajo tal cual era. Ser la segunda de a bordo tenía sus ventajas. Toda la responsabilidad y los dolores de cabeza no recaían sobre sus hombros.

—Yo —respondió, impactada con la noticia—. No quiero asumir todos los problemas que conlleva ser la directora ejecutiva. Me encanta mi trabajo tal y como es ahora. —Y sobre todo le encantaba pasar tiempo con Robert. Ahora tenía tiempo para él.

—Yo tengo otra idea —dijo él sonriéndole—. También tengo un trabajo para ti. A jornada completa, con mucho que hacer, mal pagado pero muy valorado. Has hecho una gran labor con la boda y has sido muy buena con Sam. Yo quiero ofrecerte ahora otro trabajo —dijo con gesto engreído.

—¿Quieres contratarme? ¿De qué? ¿De organizadora de eventos? Robert, yo he estado ayudando porque os quiero a Sam y a ti. No deseo ser organizadora de bodas ni de fiestas. Para eso necesitas a alguien joven. Ni siquiera estoy segura de que se me dé bien.

—Se te da de maravilla y eres joven. —Ella parecía dudar. Lo amaba sin medida, pero no quería trabajar para él. Sería demasiado incómodo. Ya era bastante duro mantener su relación oculta. Él se inclinó y la besó mientras ella dejaba los menús de la boda—. Quiero que seas mi esposa. Esta locura ya está durando demasiado. Llevamos nueve meses juntos y nos conocemos desde hace diez. Sam te quiere. Yo te quiero. Creo que le caigo bien a Amelia. No sé por qué seguimos escondiéndonos. Nadie se va a enfadar. Quiero casarme contigo. Tú puedes organizar la boda, donde sea, cuando sea, de la forma que quieras. ¿Quieres casarte conmigo, Jane? —

preguntó y se apoyó sobre una rodilla en su dormitorio mientras ella lo miraba fijamente, llena de asombro. No había pensado que el matrimonio pudiera ser una opción. Nunca habían hablado de eso, solo de su romance.

—¿Lo dices de verdad?

—Sí. Debería habértelo pedido hace meses. —Se puso en pie y la besó de nuevo.

—¿Cuándo? —le preguntó ella con cautela—. No puedo preparar dos bodas a la vez. —Estaba demasiado estupefacta como para poder pensar con claridad.

—Probablemente sí podrías. Limitémonos a casarnos discretamente con las chicas. Quiero vivir contigo sin ocultarnos, ya estoy cansado de hacerlo. ¿Te quieres casar conmigo?

Ella sonreía mientras lo miraba fijamente.

—Vaya. Sí, una propuesta de matrimonio y de trabajo en solo cinco minutos.

—Puedes aceptar el trabajo que quieras, pero sé mi esposa, Jane. —Parecía suplicarle y ella lo rodeó con los brazos y lo besó—. Hagámoslo pronto. Podemos contárselo a las chicas mañana cuando volvamos a Nueva York.

—¿Estás seguro?

Robert había dado un paso de gigante.

—Completamente —respondió él sonriendo, casi eufórico.

Jane llamó a Sam y a Amelia antes de que fuera más tarde y las invitó a las dos a cenar la noche siguiente.

—¿Para hablar de la boda? —preguntó Sam. Estaba abrumada entre la boda y los estudios—. Tengo exámenes finales la semana que viene. Pero puedo ir mañana a cenar —dijo. Le estaba

agradecida a Jane por todo lo que había hecho por ella, tanto como cualquier madre.

—Y tengo que hablar de los menús contigo —dijo Jane—. No creo que el pescado sea buena idea. Hay demasiada gente que tiene alergia. —Quentin quería lenguado y langosta de plato principal.

Amelia estaba recogiendo su habitación de la residencia, pero prometió estar también para cenar temprano.

Robert se mostró de muy buen humor durante todo el trayecto hasta la ciudad. Las chicas llegaron a tiempo. Antes de cenar, Jane parecía avergonzada cuando empezó a explicarse, por lo que Robert tomó el mando.

—Tú estás enamorada de Quentin, Sam, y nosotros estamos felices por ti. Creemos que es un hombre maravilloso. —Y a continuación miró a Amelia—. Y tú estás enamorada de Willie y él también nos gusta mucho y esperamos que los dos podáis seguir adelante. —Las dos chicas sonrieron ante lo que dijo—. Y nosotros también estamos enamorados. Estoy enamorado de tu madre —le dijo a Amelia—. Y ella está enamorada de mí —le dijo a Sam—. Nos hemos estado viendo a escondidas y ahora queremos casarnos. Pronto. Ya. Hemos pensado que deberíais saberlo. —Se inclinó y besó a Jane.

Las dos chicas se empezaron a reír ante una explicación tan directa, y también Jane. Lo hizo de una manera sencilla, fácil y nada complicada.

—¿Por qué no nos lo habéis contado? —preguntó Sam. Lo había sospechado en un par de ocasiones y, después, había concluido que estaba equivocada. Robert y Jane habían sido muy discretos.

—Ahora ni siquiera sé por qué. Quizá nos daba vergüenza estar enamorados a nuestra edad o pensábamos que os podría molestar o algo parecido. Espero que no os moleste, porque somos muy felices —añadió Robert—. Y os queremos a las dos con toda el alma. Ya somos una familia.

—¿Cuándo vais a casaros? —les preguntó Amelia. Estaba sonriendo, contenta por su madre.

—Antes de la boda de Sam —respondió Robert—. Solo los cuatro, y quizá en la granja.

—¿Querríais hacerlo en nuestra boda? —les ofreció Sam con generosidad, y lo decía en serio.

—No queremos quitarte el protagonismo. Es tu día —contestó Jane con decisión.

—Y yo no quiero esperar tanto —añadió Robert.

Terminaron acordándolo para dos semanas después.

El fin de semana del día de los Caídos, el 30 de mayo, Jane y Robert se casaron ante el pastor local en la granja. Jane llevó un discreto vestido blanco de algodón de Chanel y un ramo de flores blancas del jardín. Se intercambiaron unas sencillas alianzas de oro. Y la cocinera preparó después un almuerzo delicioso. No hubo jaleo ni fanfarria. Pronunciaron sus votos tradicionales delante de sus hijas, que ejercieron de testigos.

Jane se mudó a la casa a la semana siguiente. A los pocos días era como si siempre hubiese estado allí. Sam se mostró cariñosa y hospitalaria y la ayudó a instalarse. La onda expansiva del baile de Versalles había llegado muy lejos e incluso había inundado a Jane y Robert, a Quentin y Samantha, a Amelia y Willie, a Raphael y Felicity…, y quién sabía a cuántos más. Resultaba increíble esa

conjunción. Las semillas las habían plantado en Versalles un año antes y una a una estaban floreciendo. La primavera estaba en el aire.

17

La boda de Samantha fue perfecta en todos los aspectos. Cada detalle terminó siendo el acertado. Su vestido era una obra de arte con capas de organdí, un cuello alto, largas mangas de organdí, una cola que flotaba por detrás de ella y un velo que era un susurro de tul casi invisible que la rodeaba por entero y le cubría la cara. A Robert se le saltaron las lágrimas al verla y Quentin se quedó por un momento sin habla. Ella bajó con elegancia la majestuosa escalera de su casa y pasó del brazo de su padre al de Quentin. Robert ocupó su lugar junto a Jane en la primera fila de asientos. Ella llevaba un largo vestido beis de encaje con un abrigo a juego por encima. El color quedaba perfecto con su pelo rubio. Los vestidos rosa claro les quedaban preciosos a las damas de honor. Quentin llevaba el mismo frac que se puso en Versalles. Robert, el padre de Quentin y el resto de los hombres vestían de esmoquin. La madre de Quentin llevaba un vestido azul marino muy elegante de manga larga.

Jane había ordenado al florista que llenara la casa de lirios del valle y su delicada fragancia inundaba el ambiente. La casa estaba fresca gracias al aire acondicionado a pesar de estar en julio y las puertas del jardín se encontraban abiertas para quienes quisieran disfrutar de la cálida noche de julio.

La ceremonia en sí fue sencilla y seria, sus votos tradicionales y sinceros, aunque Sam había elegido los de «amar, honrar y valorar»

en lugar de «obedecer». Se veía en sus caras la esperanza que tenían el uno en el otro y en su matrimonio mientras se miraban con ternura e intercambiaban unas finas alianzas de oro, que suponían para ambos un antes y un después. Jane se dio cuenta de que Samantha ya no parecía una niña. Era una mujer que aceptaba plenamente todo lo que aquello conllevaba, ahora y en los años venideros. Era el comienzo de un viaje y de una vida, como tenía que ser, y ninguno de los cien invitados que actuaron como testigos lo tomó a la ligera. Todos hablaron con claridad cuando se les preguntaba si apoyaban este matrimonio.

Para Sam había empezado con un vestido de gala blanco que la había llevado a un vestido de novia y un velo blancos exactamente un año después. Lucía toda la sobria elegancia de una joven novia enamorada.

Robert y Jane habían iniciado el mismo viaje de un modo más sencillo seis semanas antes, pero con el mismo amor y dedicación profunda del uno hacia el otro.

No faltó ni un detalle ni hubo error alguno. Y el recuerdo de su madre y de su hermano acompañó a Sam ese día, y a Robert, dándoles su bendición para los años que les esperaban. Jane había prometido acompañarlo en las dificultades que hubiese en su vida, igual que Samantha hacía ahora.

Cuando el pastor declaró a Sam y a Quentin marido y mujer y Quentin la besó, a Robert se le saltaron las lágrimas. Y un momento después hubo un clamor de júbilo entre todos los invitados y el champán empezó a fluir sin tregua hasta que se sirvió la cena.

Mientras permanecían de pie bebiendo y charlando con sus amigos, Felicity les estuvo contando a las demás damas de honor

que su hermana acababa de prometerse. Araminta se iba a casar con otro texano, un hombre del mundo del petróleo con un enorme rancho a las afueras de Houston. Tenía hijos mayores que Araminta y ella iba a ser su cuarta esposa. Felicity no la envidiaba. Nunca lo había hecho. Probablemente, él era lo que más convenía a Araminta y le proporcionaría el estatus y la autoestima que ella había anhelado durante años. Se iba a casar en Navidad y Felicity creía que quizá iría, por pura curiosidad y como gesto de buena disposición. Asistirían ochocientos invitados y su madre estaba ocupada planeando la boda. Felicity ya había decidido mudarse a Francia con Raphael cuando él regresara un año después y quizá se cambiaría a la Sorbona, igual que Sam, para su último año de carrera, o a la Politécnica. Felicity había recibido clases intensivas de francés de parte de Raphael y lo hablaba con bastante fluidez.

A todas les cayó bien el nuevo novio de Caroline. Era, en ese momento, el cirujano plástico preferido de las estrellas. Trataba bien a Caroline y parecía un buen hombre de verdad. Aún no habían hablado de casarse. Caroline quería graduarse en la USC antes de pensar en el matrimonio. No había prisa alguna.

Amelia estaba a punto de iniciar, en seis semanas, su gran aventura en Inglaterra para su penúltimo año de universidad y tenía pensado volver a Barnard para el último y así graduarse con su clase antes de empezar la carrera de Derecho. Estaba planteándose solicitar el ingreso en la facultad de Derecho de Columbia y esperaba conseguirlo. Pero antes de eso le quedaban dos años más de universidad.

Todas las chicas estaban hablando de sus planes. Parecían más adultas, más sofisticadas y más sabias que un año antes en el baile

de Versalles. Ahora eran mujeres adultas, no unas simples jóvenes.

Robert le dio un toque en el brazo a Willie mientras escuchaba a las chicas y le hizo una señal para que lo acompañara. Lo llevó a su estudio y cerró la puerta.

—Una boda preciosa —comentó Willie—. Yo iré encorvado y con bastón cuando llegue la nuestra —añadió con pesar.

—Tengo que hacerte una proposición —dijo Robert. Le había caído bien desde el momento en que se conocieron y se fiaba de su instinto—. He investigado un poco y sé que realizas un buen trabajo donde estás. Nunca te van a pagar un sueldo decente. Se hallan demasiado sumidos en la tradición y en las viejas costumbres. Sé que quieres estar en Inglaterra este año con Amelia allí. Va a pasar ese año en el extranjero contigo. Yo creo que necesitarás un poco de ayuda. Ella volverá a Nueva York dentro de un año para pasar su último curso en Barnard. Estoy dispuesto a ofrecerte un trabajo a partir de junio, o antes si ella adelantara su regreso. Y no veo por qué no puede estar casada mientras estudia su último año. Si quieres casarte el verano que viene, tendrás un trabajo con el que podrás mantener a una esposa, si aceptas el trabajo y aprendes conmigo sobre el mundo del capital de riesgo. Ganarás cinco veces más que ahora, siendo claros. Lo he hablado con Jane y ella lo aprueba. No tienes que estar atrapado en Inglaterra si no quieres. Y con un buen trabajo podrás casarte y Amelia podrá terminar sus estudios siendo tu esposa, igual que va a hacer Sam en París. Si puedes aguantar este año mientras ella estudia su penúltimo curso en Londres, creo que las cosas serán mucho más fáciles para vosotros dentro de un año. A veces, Willie, todos necesitamos un poco de suerte y una mano amiga.

Willie era un joven brillante y Robert se sentía cómodo con su oferta de trabajo para dentro de un año mientras Willie lo miraba fijamente y se ponía colorado. Parecía estar a punto de echarse a llorar o de besar a Robert, a la vez que este le daba palmadas en el hombro y le servía una copa de verdad de su propio bar. Willie dio un trago largo y clavó los ojos en su benefactor.

—¿Tengo su bendición para pedir en matrimonio a Amelia? —preguntó.

—Sí, pero tendrás que pedírselo también a su madre. Ella es ahora mi hijastra pero ese asunto sigue quedando fuera de mi jurisdicción —contestó Robert con una sonrisa—. Con un trabajo decente no vas a tener ningún problema con su madre. Sabemos que os queréis y no nos parece bien que tengáis que esperar dos o tres años para casaros cuando ella termine de estudiar. Y Amelia podrá estudiar Derecho mientras tú trabajas para mí. Creo que una boda el verano que viene puede ser lo más acertado, ¿no? —Willie asintió con frenesí mientras deseaba contárselo a Amelia, y a continuación miró a Robert con timidez.

—Se lo iba a pedir a ella de todos modos. Íbamos a mantenerlo en secreto si nos prometíamos, pero habríamos tenido que estar prometidos varios años sin su oferta de trabajo. Jamás me habría atrevido a pedirle a usted un trabajo, aunque lo había pensado.

—Yo también. Y ya está decidido. Te espera un trabajo aquí para cuando los dos volváis de Inglaterra.

Willie salió del estudio detrás de Robert con una expresión de pasmo en el rostro y fue a buscar a Amelia para contárselo. Estaba hablando con su madre con gesto serio y guapísima con su vestido de dama de honor.

—¿Qué vas a hacer con el apartamento, mamá? —le acababa de preguntar Amelia. Le daba pena pensar que su madre lo vendiera. Se había criado allí—. ¿Lo vas a vender?

Su madre le contestó en voz baja para que nadie pudiera oírla.

—Lo voy a conservar para ti —dijo con sigilo.

—¿Para mí? —Amelia parecía sorprendida y confundida.

—Robert está hablando ahora con Willie sobre un trabajo —continuó—. Estoy segura de que Willie te lo va a contar. Si todavía le quieres dentro de un año, podréis casaros, Willie podría trabajar para Robert mientras tú terminas tus estudios y creo que nuestro antiguo apartamento sería un lugar perfecto para una joven pareja. Incluso tendríais una habitación para un niño o dos. —Robert le había contado a Jane lo del trabajo antes de hacer la oferta. Se lo había sugerido a Jane y eso había cambiado considerablemente las perspectivas de Willie, que podría permitirse casarse teniendo un buen trabajo y Jane prefería que Amelia estuviese casada y en Nueva York y no pasando penurias en Inglaterra con un aristócrata sin blanca. Una vez casada con Willie sería vizcondesa, pero era más importante que él pudiera mantenerse a sí mismo además de a su mujer y a su familia. Y en el antiguo apartamento estarían viviendo cerca, apenas a unas cuantas manzanas de distancia—. Voy a echarte de menos este año —dijo Jane a la vez que Willie se acercaba a ellas—. Iremos a veros y quiero que vengas a casa en Navidad —añadió con firmeza.

—No vas a tener tiempo para echarme de menos —contestó Amelia con una sonrisa agradecida. Estaba encantada con lo del apartamento—. Con tu nuevo puesto en la revista vas a estar de lo más ocupada. Estoy orgullosa de ti, mamá, y feliz por Robert y por

ti. —Jane todavía tenía recelos en cuanto al puesto de directora ejecutiva y no quería que Pascale se fuera. Iba a ser una responsabilidad enorme dirigir la revista y esperaba desempeñar una labor decente. No estaba segura de saber todavía lo suficiente.

—Enhorabuena por tu nuevo trabajo —le dijo Jane a Willie cuando se acercó para colocarse al lado de Amelia. Tenía muchas cosas que contarle.

—Gracias —contestó él, todavía profundamente conmovido por la conversación que acababa de tener con Robert—. Eso lo cambia todo.

—Esa era nuestra intención —repuso Jane sonriéndoles a los dos antes de apartarse para hablar con los demás invitados mientras Willie y Amelia compartían sus noticias con un luminoso futuro por delante. Al final, el baile de Versalles había sido mágico.

Willie miró a Amelia, todavía asombrado por su buena suerte. Había conocido a la mujer de sus sueños en Versalles y ahora, de repente, se abrían por arte de magia unas puertas que antes estaban cerradas.

—Tengo que pedirte una cosa. —No podía esperar un minuto más. Había pensado que esa noche después de la boda iba a hablar con ella sobre lo de prometerse en secreto. Ahora podían hacerlo sin esconderse gracias a Jane y a Robert.

—¿Qué es todo eso de una oferta de trabajo? —le preguntó Amelia. Estaban pasando muchas cosas a la vez en mitad de la boda de Sam.

—Luego te lo cuento. ¿Te quieres casar conmigo, Amelia Alexander?

Ella le sonrió.

—Mi madre acaba de decirme que me regala su apartamento para que podamos casarnos y tener hijos allí.

—Y Robert me va a dar un trabajo. Podemos estar prometidos durante el año que viene y casarnos el próximo verano —contestó él con una voz todavía inundada de incredulidad—. ¿Te quieres casar conmigo? —dijo, desesperado por saber su respuesta.

—Sí —respondió ella.

Él la besó; acto seguido sacó del bolsillo una cajita de terciopelo negro y la abrió. Había un pequeño pero brillante anillo con un rubí engastado fijado en el terciopelo. Se lo puso en el dedo y encajó a la perfección. Ella se quedó mirándolo con asombro mientras él la miraba lleno de orgullo a la vez que Sam se acercaba a ellos. Vio el anillo de rubí de inmediato.

—¿Qué es eso? —les preguntó a los dos.

—Acabamos de prometernos —respondió Amelia con una gran sonrisa—. Versalles me ha dado suerte también a mí —continuó, y los tres se rieron—. Y hasta he conseguido una hermana gracias a él —añadió antes de dar un abrazo a Sam, que estaba feliz por los dos. Se lo merecían. A continuación fue en busca de Quentin para contarle lo de Willie y Amelia y al otro lado de la sala vio a su padre besando a Jane. También parecían felices. Ya había habido dos bodas desde aquella noche de cuento de un año antes y ahora vendría otra más. Y puede que Raphael y Felicity también lo hicieran algún día. Al final, el baile de Versalles había cumplido con su cometido. Resultaba que una antigua y, al parecer, obsoleta tradición formaba parte del mundo moderno y había unido a las personas adecuadas. El destino y la historia habían obrado su magia una noche que les trajo alegría y las bendijo a todas. Había transformado

para siempre sus vidas, tal y como sus madres habían prometido que ocurriría.

Una invitación exclusiva, un viaje a París y una noche espectacular que cambiará las vidas de cuatro jóvenes para siempre.



Es el verano de 1959 y el palacio de Versalles está organizando una gala que hará historia. Un baile en el que un selecto grupo de debutantes será presentado a la sociedad y a la realeza. Para cuatro de las jóvenes invitadas será un evento que nunca olvidarán.

Amelia Alexander, que espera ser admitida en la facultad de Derecho, duda si participar en lo que considera una tradición arcaica. Pero su indomable madre, que tanto ha luchado y se ha sacrifi cado, la anima a asistir.

A Felicity Smith, que proviene de una familia acomodada de Dallas y

estudia Física Nuclear, no le interesan la moda ni la vida social, pero acepta acudir al baile para complacer a su familia y salir de la órbita de su hermana.

Caroline Taylor está viviendo un apasionado romance con un actor diez años mayor que ella… Pero ¿es amor verdadero o su interés responde a la influencia de su famoso padre, una leyenda de Hollywood?

Y luego está Samantha Walker, una estudiante de Historia del Arte con un padre sobreprotector y un pasado marcado por una tragedia que sigue atormentándola.

Danielle Steel es, sin duda, una de las novelistas más populares de todo el mundo. Sus libros se han publicado en cuarenta países, con ventas que superan los mil millones de ejemplares. Cada uno de sus lanzamientos ha encabezado las listas de best sellers de *The New York Times*, y muchos de ellos se han mantenido en esta posición durante meses.



Título original: *The Ball at Versailles*

Primera edición: noviembre de 2026

© 2023, Danielle Steel
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Jesús de la Torre Olid, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial basado en el diseño original de Pan Macmillan
Imagen de portada: © Granger; © Getty Images; © Alamy Stock Photo; © Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-01-03790-0

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Un baile en Versalles
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Sobre este libro
Sobre Danielle Steel
Créditos